

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



El tránsito Videla-Viola

Vicente L. Saadi,
Carlos Abalo, Julio Godio

Apuntes para reflexionar sobre política

Héctor Schmucler

Entrevista a Getino

Interpretar y transformar

Vittorio Strada

Polémica sobre el exilio

Oswaldo Bayer
Rodolfo Terragno

Literatura y exilio

Julio Cortázar,
Liliana Heker,
David Viñas, Luis Gregorich

Armamentismo y energía nuclear

Mauricio Schoijet

Documentos económicos, políticos y sindicales

Los amigos

Antonio Marimón

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

Certificados de licitud de contenido en trámite ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Registro en trámite ante la Dirección General del Derecho de Autor.

Director: Jorge Tula.
Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: Carlos Abalo, José Arié, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán

Diagramación: María Osos

Las ilustraciones de Raúl Soldi fueron tomadas de Miguel Cané, *Juventud*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

Índice

COYUNTURA	
La propuesta militar de una democracia autoritaria y restringida	2
Cinco años y una nueva etapa, por Carlos Abalo	6
Entrevista a Vicente L. Saadi: No tenemos expectativas con Viola	8
Viola, ¿línea dura o apertura?, por Julio Godio	9

POLEMICA (I)	
Sobre "polisemias", pampas y confusiones, por Elena Casariego	12

DISCUSION CRITICA	
Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política, por Héctor Schmucler	15
Entrevista: Octavio Getino y la reformulación de las cosas	16
Interpretar y transformar, por Vittorio Strada	19

POLEMICA (II)	
El papel del intelectual, por Osvaldo Bayer	23
El exilio crea una deuda, por Rodolfo H. Terragno	23

Héctor J. Cámpora	24
SE DICE DE MI	
Cámpora y el camporismo, por Alberto Guerberoff	24

DOCUMENTOS	
Economía: el pensamiento del peronismo	25
Confederación Socialista Argentina: Construyamos una Argentina democrática y popular	28
Los metalúrgicos tienen la palabra	30

LA ARGENTINA DESDE ADENTRO Y DESDE AFUERA	
Entre Cortázar, Heker, Viñas y Gregorich	33
América Latina: exilio y literatura, por Julio Cortázar	35
Exilio y literatura, por Liliana Heker	35
Los amigos, por Antonio Marimón	37
Carta a una escritora argentina, por Julio Cortázar	35
Entrevista a David Viñas: "El silencio es la metáfora de Argentina", por Norberto Colominas	38
La literatura dividida, por Luis Gregorich	39

CUESTIONES NACIONALES	
Armamentismo y energía nuclear en Argentina, por Mauricio Schoijet	40

POLEMICA (III)	
La europanoia de su majestad, por José Ricardo Eliashev	43
Oscar Braun	46

POLEMICA (IV)	
CO.SO.FAM.: "Sólo la verdad hará posible la convivencia"	47

Carta de los lectores	47
-----------------------	----

COYUNTURA	
El problema de Beagle	48

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de...
Importe de mi suscripción a *Controversia* por seis o doce números, a partir del número...
Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.
Suscripción México por seis-doce números \$ 250 o \$ 500
Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40
Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32
Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30

Nombre
Dirección

Dirigir toda la correspondencia a: Jorge Tula, Apdo. postal 20-619, México 20, D. F.

COYUNTURA

Democracia autoritaria y restringida

Nicolás Casullo

I. Crisis y consensos

A nadie escapa que la situación económica y social del país se anuncia, para la etapa Viola, como una realidad sumamente crítica y de previsible aumento de demandas por parte de múltiples sectores postergados y disconformes.

Si bien la propuesta de Martínez de Hoz fue predominantemente el despliegue de un curso económico de crisis como política de poder (y en este sentido los años de la dictadura, que van de 1976 al presente, no pueden ser ingenuamente leídos como una simple desarticulación de la estructura económica que "debilitó" el proyecto político del sector hegemónico), si bien es cierto este nuevo escenario de crisis, tampoco debemos deducir de ello que esta actuación del estado militar le signifique altos reaseguros de control, recursos fantasmales o inédita capacidad estratégica.

Leer las cosas así sería otorgarle al actual dominio una racionalidad no sólo al margen del conflicto social y político que plantean las oposiciones, sino también desvinculada de las propias necesidades del poder: en este caso descomprimir, dar cuotas de respuestas, delegar mandatos, prever su institucionalización y proyectarse con áreas de respaldo. En síntesis, producir su legitimidad.

Entonces, un punto clave a reflexionar es que, de darse una nueva dimensión con predominio político civil, la tan mentada crisis quizás invierta sus signos. Desde nuevas correlaciones de fuerza, (donde los intereses populares incorporen un renovado sentido político) ese cúmulo de factores económicos y sociales hoy parte de la estrategia de Martínez de Hoz, pueden pasar de indicadores de la fortaleza de un proyecto hegemónico oligárquico a ser expresiones desarticuladoras del mismo.

En este marco ambivalente el general Viola acumula por lo tanto la política draconiana y "exitosa" de Martínez de Hoz-Videla, y al mismo tiempo el mayor marco económico, político y social opositor que recuerde el país. Es a partir de esta perspectiva, de conflictos latentes y en avance, que el nuevo presidente elegido por las fuerzas armadas debe empezar a resolver el problema más confuso, discutido y estratégico del futuro argentino: la propuesta política de la dictadura.

Es decir: el modelo de dominio, superador del actual régimen de facto. Lo que la Argentina política, sindical, empresarial, universitaria y hoy también eclesiástica analiza o transforma en presión, expectativa, escepticismo o buen augurio. Una cuestión quizás todavía planteada en términos demasiado economicistas —ratificación o cambio del modelo económico imperante— pero que progresivamente irá encontrando sus espacios políticos propios, sin disfraces.

La oficialista revista *Gente* comentó dos meses atrás: "Las fuerzas armadas llegaron al poder con

el suficiente consenso como para haber trabajado el liderazgo que le falta al país. Sin embargo ese consenso, y a otros gobiernos militares ya les ocurrió, termina por desaparecer". El consenso es el gran invitado ausente en la actual estrategia de poder.

El modelo de extrema disciplina del trabajo, de desestructuración salvaje de sectores productivos y de represión política permitió básicamente una decisiva transferencia de ingresos, donde la participación del salario se redujo de 45% en 1975 a menos del 33% a finales de 1980. En este marco, el traslado de mano de obra asalariada (sindicalizada) hacia empleos por cuenta propia creció de un millón de personas en 1975, a 2 millones 700 mil en 1980. El crecimiento fabril, que era de 5,4% anual en el período 1970-75, descendió a 0,34% anual de 1976 a 1980.

Indicadores generales pero importantes, que pueden empezar a responder sobre esa falta de consenso que aflige a *Gente*. La "refundación de la república" es un planteo político a cargo de las fuerzas armadas que pasaría por una intención difícil: la preocupación del estado militarizado por sectores sociales más amplios donde asentarse. El camino institucional que anticipa ese respaldo y en parte de respuesta a la creciente presión democratizante de las masas.

II. Lo prometido es difícil

Si bien la dictadura da a entender que la propuesta política goza de buena salud desde hace un año, a partir de la difusión de las *Bases* y a través del empobrecido diálogo de Harguindeguy, la vocación democrática con que se autodefinió la Junta todavía no alcanzó el plano de las concreciones mínimas.

El vicepresidente del Partido Justicialista, Deolindo Bittel, comentó sobre este oscurecido panorama: "Creo que los propios comandantes en jefe no saben por dónde empezar y parece que el gobierno no tiene un criterio uniforme al respecto, lo que es muy grave". Es probable que, en esta enrucijada de silencios y retóricas cada vez más inocuas, gravite lo fallido de la primera etapa del diálogo 1980 bajo responsabilidad del ministerio del interior. Ni el peronismo aún con sus diversidades internas expresó una desarticulación política y sindical esperada por el gobierno, ni el radicalismo, a pesar de la benignidad de los juicios de Balbín y del ala derecha partidaria, pudo ser sumado para un claro tránsito cívico-militar del proceso.

Por lo tanto las FF.AA. se enfrentan —desde una situación de indudable fuerza— a un complicado desafío: transitar hacia la reorganización institucional con un espectro político poco modificado en sus clásicas formas e ideologías opositoras y mayoritarias. Una meta institucional que los militares especificaron desde sus primeras proclamas,

como propuesta que despoéticamente esperanzase a las fuerzas políticas del país, y contrapesase a la profunda represión no legislada (ni civil ni militarmente) sobre todos los niveles de la sociedad.

Esa promesa sin plazos de retorno a la democracia comienza hoy a corporizarse levemente, y por su simple naturaleza de democracia institucional a instaurar, es decir desde sus primeras distensiones, aparece como una práctica de la política que confrontará con el vasto autoritarismo ejercido durante estos años. Este desencuentro repercute cada vez más contradictoriamente en el ámbito militar, y puede sintetizarse en las diferencias que existen entre un "calmo arreglo" superestructural para la democracia, y la imprevisible agregación popular, por más restringida que se la prevea, en los futuros espacios institucionales rehabilitados.

La salida democrática, si bien pudo ser desde el poder militar la abstracta y forzada espera impuesta sobre la sociedad civil como contrapartida a una represión que no dió cuentas a nadie, muy difícilmente tal salida democrática desde las fuerzas políticas pueda ser cómplice de lo sucedido.

Es probable entonces que este modelo de violencia aplicada y promesas verbalizadas sobre una sociedad refleje hoy en los gabinetes castrenses sus contradicciones y hasta lo frágil de tal dualidad, y en este pantano radique la latente noción de "no salida", o "muy difícil salida" que impera en muchos círculos políticos argentinos con respecto al actual proceso.

III. Acumular no es legitimar

Sobre este último telón de fondo se proyecta la encrucijada argentina que quiere transitar desde el modelo militar autoritario hacia el ordenamiento democrático. A pesar de que las argumentaciones de las FF.AA. en el plano del futuro diseño político han sido hasta ahora bastante inconsistentes, resulta manifiesto que el propósito militar es que el conjunto de la sociedad política asuma lo actuado por la Junta y fundamentalmente por el gabinete económico que funcionó como eje ejecutivo estratégico.

El almirante Lambruschini ratificó recientemente "la necesidad de partidos renovados, pero sobre todo de nuevas corrientes de opinión" para la próxima etapa, frente a lo cual el marino veía con cierto escañamiento "una tendencia en la mayoría de los sectores a aferrarse a viejos esquemas". Como oportuno alerta repitió que "desandar lo andado sería suicida".

Si en términos de análisis suele aceptarse que las dos funciones básicas del estado son encauzar un sistema de acumulación y legitimar un dominio, en el caso argentino ambos perfiles del poder dan la sensación de aparecer como etapas distintas y sucesivas. El autoritarismo de Videla-Martínez de Hoz entonces, para la implantación de un curso económico estructuralmente reformador, con un desentendimiento del consenso político y social inédito en el país. La "apertura" de Viola hoy, para la búsqueda de legitimar lo andado, en los mejores términos de negociación. Es decir, encarar la relación Estado-masas en adecuación a los intereses de los sectores dominantes que promovieron el Estado del actual curso económico: lo que se pretende es un sistema político avalador, no "viejos esquemas" que podrían jaquear.

Allegados al bisoño gabinete del presidente Viola dijeron, en este

sentido, que se aspira "lograr la integración de grupos civiles y militares para la solución de todos los asuntos nacionales, y evitar los clásicos ciclos entre civiles y militares". Para el poder militar, el año 1984 debiera ser el punto de llegada de una propuesta "civil-militar" que convenga la solución de "todos los asuntos".

Sin duda la legitimación no puede provenir de otra vía, por más digitada que esté, que no sea la democratización de la sociedad. No obstante, según las fuerzas armadas, para que esta democratización se realice, previamente lo que debe reformularse es el modelo político, el modelo de estado. Reformulación que debe desembocar en un acuerdo administrador. Esto es: un nuevo estado que actúe y se defienda por encima de imprevisibles políticas. El neoliberalismo cerealero más concentrado procura extender y al mismo tiempo centralizar las funciones del nuevo estado de tendencia tecnoburocrática.¹

La superación del régimen de

fuerza 1966-1973 se produjo con la rehabilitación del marco institucional a partir de fuerzas políticas y sectores económicos dispares y ya constituidos que regeneraron —desde ellos mismos— un estado de legitimidad y consenso. En el actual caso se pretendería constituir, en cambio, un modelo que acuerde la "armonía" no ya a través del libre juego de las fuerzas políticas, tampoco a través de un corporativismo social, sino mediante un diseño de democracia limitada y como planteo regresivo del propio paradigma democrático burgués.

Comentó Viola en enero de este año su "activa participación en la elaboración de las Bases Políticas que se iniciaron con el diálogo en 1980", dando a entender que por encima del nuevo presidente militar persiste, como obra magna, el propósito de edificar una etapa de legitimación con precisos límites de tolerancia.² Como aclararon hombres del entorno Viola y recogió una revista, "de Videla a Viola hay apenas un cambio de dos letras".

IV. Trilateralismo gaucho

Sin embargo el tiempo del consenso, si de esto se trata la cuestión democrática, no es un conflicto que se resuelva desde meditados organigramas. Comentaba *La Nación* en uno de sus últimos editoriales políticos: "una de las paradojas de los últimos treinta años es que mientras se sancionaban nuevos y más previos estatutos para los partidos, los resultados de las sucesivas elecciones no solo escapaban a las intenciones de sus redactores civiles o militares, sino que contribuían a acentuar el ritmo de la crisis".

Resultado lúcido el periódico en su comentario, al tratar de enlazar los actuales propósitos del gobierno militar con la accidentada historia de nuestra institucionalidad.

La "ingobernabilidad de la democracia", tema de moda y actual preocupación del poder en el mundo capitalista, tiene en el caso argentino una larga y escabrosa cronología. Trayectoria veracruz que emergió explícitamente (sin mayores ideologismos que la encubrieran) en la lucha radical para incorporarse al sistema político, que se verificó en el derrocamiento de Yrigoyen y el fraude posterior, y que regresó y alcanzó desde el poder el paroxismo de "la disfuncionalidad democrática" desde 1955 en adelante con respecto al peronismo.

La conciencia hoy presente en las esferas dominantes del sistema en su conjunto de que el modelo político democrático necesita recortes, exclusiones, desmembración de instancias peligrosas, en fin, de que se hace imprescindible la defensa autoritaria del "estado democrático", ha sido una anticipación vanguardista, y alucinante a veces, de las distintas alianzas del dominio antipopular en la Argentina.

Ahora bien, esto no significa que una lectura desde intenciones democráticas reales deba descansar en la seguridad de las "decisiones" en el espectral regreso de... historia. Si bien el actual proceso puede concluir allí adelante con algo parecido al fraude del '80, a la prohibición contra el peronismo de 1958 y 1963 o a la búsqueda fallida de un acuerdo tipo 71-73, en las presentes circunstancias el reiterado discurso militar busca, no sin contradicciones en su frente interno, una respuesta conciliable con la realidad nacional que afortunadamente intentó alterar desde 1976. Pretende y necesita heredarse, desde las condiciones nacionales e internacionales con que un poder económico y militar buscó resituar a la Argentina, para consolidar un dominio resquebrajado y amenazado. En otras palabras, legalizar en los mejores términos lo aplicado: represión, liquidacionismo y curso económico de alto beneficio sectorial. Estas variantes, en un contexto fijado por el mercado mundial donde se fueron reduciendo, crítica y alarmantemente para el subdesarrollo con crecimiento, los espacios para nuevas estrategias de acumulación (alternativas) que permitan una participación medianamente óptima.

La reformulación del modelo institucional en la Argentina, sin desprenderse entonces de su particularidad histórica de déficit democrático como constante nacional, se inscribe actualmente, sin embargo, en una más vasta tendencia autoritaria que promueve el sistema en su conjunto para la reestructuración política de los distintos y escalonados dominios en crisis.

La publicación peronista *Línea* comenta: "no es una necesidad el



que las cosas ocurran como lo prevén y lo desean los gerentes criollos de la Comisión Trilateral". La revista habla, aludiendo sin duda a la visita y el "okey" al proceso del distinguido huésped y rentista del teatro Colón, David Rockefeller. Un juicio acusador que esgrime también el desarrollismo, ahora mucho más duro frente al gabinete económico de Viola que no lo inculcayó. "La actual política del gobierno —dice Frondizi— está dictada por la Comisión Trilateral que integran los grandes consorcios. No podemos estar a las órdenes de los capataces internacionales".

Ciertamente la Argentina es un país que entra en los círculos del trilateralismo y su visión de preterir un mundo aliado, correspondiente y abastecedor de necesidades. Pero más allá del aspecto económico que implica el trilateralismo y su posible elección de una Argentina sujeta a lo cerealero-alimentario en la crítica reedición internacional del trabajo, lo que interesa aquí es el aliento que este renovado pensamiento de derecha, a escala mundial capitalista, le está dando a un nuevo diseño político de control, autoritario-consensual, que se proyecte como reaseguro para las próximas décadas.

No estamos hablando de una conspiración imperialista con avanzada de la CIA, como suelen mediar con sencillez las izquierdas, sino de un fenómeno más profundo, articulado y de ambiciones epocales, como solieron ser los grandes redespigues y reificaciones del estado en la crónica capitalista. Por lo tanto no son los halcones de Reagan y su republicanism anti-comunista y proccionista los sujetos de este discurso que se esparce, sino más bien la propuesta de un sistema en crisis, cuando pasa a ser pensada en términos políticos por el fabuloso búnker del transnacionalismo amenazado en su estrategia.

V. El modelo político

La propuesta económico-militar en la Argentina se inserta en esta tendencia autoritaria.

Es decir, más que de una elucubración del Pentágono se parte de una sociedad bajo prima *freedmanista* que necesita reconvertirse estrechando la demanda social. Cuotificando y elitizando su oferta. Desprotegiendo al productor que no modera precios en economía abierta, y al consumidor que no modera consumos en situación de escasa posibilidad de reclamos. Una sociedad que se perfila hacia el recorte de la presencia laboral organizada y fortalece un estado antirregulador, anti-controlador y antinegociador. Una Argentina que mira en términos económico-sociales se aproxima hoy, desde el pensamiento de su actual gobierno, a la necesidad de un nuevo modelo político "democrático", de opciones restringidas.

A la "creación de un consenso" que deje atrás una historia de proyecto democrático y popular.

Un modelo político institucional que no busque armonizar los planteamientos de distintos sectores sociales jugando bajo el equilibrio contractual del estado, sino un modelo donde el Estado de la dominación gobierne a las masas. La idea es que el estado administrador (institucionalizando desde otra perspectiva a las FF.AA.) diluya la línea divisoria que diferencia administración social de política como conflicto, y en tanto poder, ese estado se transforme en definitivo homogeneizador de lo social.

Lo que subyace en la propuesta

política, a través de los muchos contextos militares, es lograr finalmente una suerte de *sociedad budo queda* (regresismo ideológico), donde una reformulación económica-institucional-política *retrotraiga el conflicto* a una situación social donde este se vuelva "dominable" por el debilitamiento popular.

En primer término entonces, el modelo político debe resolver, separar, el problema del *mayoritario* en lo democrático argentino. Para esto la refundación republicana debe dejar atrás viejos esquemas, vehiculaciones de demandas, y partir del "acuerdo-solución global" donde el nuevo estado regulador, "participativo", delegado a lo civil-militar, se inscribe como *regímen unanímista* en cuanto a los postulados económicos, políticos e ideológicos esenciales. Es decir, ubique a lo que no lo legitimaría, como antidemocrático. Fije las fronteras de lo posible, fuera de lo cual cualquier consenso es padre del caos antidemocrático. La batalla contra la subversión ideológica (que no reconoce etapas ni conclusiones) es entonces el *ordenamiento disciplinar* con que la democracia segmentada se defiende del populismo, la demagogia, el estatismo, el nacionalismo, el peronismo: de cualquier posibilidad de habilitar fuerzas de cambio.

La democracia, tal cual lo anuncia la Junta, tal cual lo aconseja el trilateralismo, pasa a ser "inevitablemente frente a las crisis" —la estrecha producción de la *normalidad política represiva*. Un modelo que *naturaliza sus límites*, de acuerdo a la lectura y los beneficios de un dominio oligárquico.

VI. La propuesta política

Aunque el Estatuto Político no ha visto todavía la luz pública, de "diálogos", declaraciones y advertencias oficiales se pueden inferir los criterios que priman en la actual conducción de las fuerzas armadas para la edificación de una salida democrática:

1] *Un Estado administrador del "proyecto Argentina"*, que constitucionalmente atesore las formas y los modos del futuro transcurso del país: lo legítimo y lo ilegítimo de la realidad social y política.

2] *Una más decisiva participación institucional de las FF.AA.*, que otorgue al sector castrene nueva capacidad en lo económico y político para alentar o "corregir" rumbos.

3] *La resolución superestructural del modelo político a instaurar*, donde nuevos y viejos partidos, fragmentos de éstos y sectores "representativos" tengan la palabra a partir del cronograma militar, y donde toda presencia de las masas en el proceso implique la amenaza de cierre del diálogo y avance del "militarismo duro".

4] *La necesaria fragmentación de los partidos mayoritarios*, por lo menos indefectiblemente del peronismo, a través de políticas oficiales marginadoras o profundizadoras de las brechas internas entre sectores pro-militares y sectores pro salida civil.

5] *Desarticulación de la unidad sindical a nivel nacional*, mediante la nueva legislación atomizadora y una política integradora de los gremios mayores. Constitución, por lo tanto, de varias centrales sindicales.

6] *Generación de nuevas fuerzas políticas*, a partir de sectores peronistas escindidos, fuerzas provinciales, partidos menores (socialismo democrático, democracia progresista). Los modelos varían de

movimiento a partido, de centro e centro derecha, y sus líderes rumberos pueden ser Videla, Harguindeguy, Viola, Galtieri, Massera. Este proyecto puede ser un requisito *sine qua non* para arribar a una democracia eleccionaria.

7] *Regimentación de precisiones fronterizas políticas e ideológicas*, como responsabilidad de todas las fuerzas políticas en juego, en cuanto a no comprometerse y aprobar la marginación de tendencias "antidemocráticas".

8] *Inhabilitaciones políticas a nivel personal y partidario*, a través de lo cual orientar permanentemente el desemboque de cada uno de los proyectos políticos intervinientes en la institucionalidad.

9] *Prohibición de alianzas electorales*, que signifiquen desconcertos cuantitativos en la etapa eleccionaria, o frentes nacionales o de izquierda no previstos. Se aceptarían confederaciones partidarias, constituidas y reconocidas con la suficiente antelación.

10] *Nuevas normas de funcionamiento partidario interno*, aceptadas a partir de legislaciones emanadas del gobierno militar, que faciliten el control político de sectores y programáticas internas de cada partido.

11] *Alta exigencia de inscripciones regionales para la participación política*, que privilegie acuerdos entre partidos legalizados y dificulte la generación de fuerzas políticas no previstas en determinados lugares.

12] *Retraso indefinido de elecciones nacionales*, para cuando el gobierno militar considere que las condiciones están dadas de manera óptima.

VII. ¿Y por el pueblo cómo andamos?

Pasando de las miras estratégicas del gobierno militar al campo de la oprimida sociedad civil y política opositora, el *planteo institucionalizador* aparece dibujado en un campo de conflicto: el de la crisis y desgarramientos sufridos por el pueblo argentino en distintas escalas.

Estos desgarramientos de un tejido social y político (lo que no significa necesariamente quiebre de identidades) confrontado con lo que venimos describiendo en cuanto a la propuesta del poder, llevan a pensar en la incontestable vigencia del problema de la democracia en la Argentina desde el punto de vista de las masas. La necesidad de acceder a un tiempo donde el pueblo recomponga voces, capacidades y múltiples espacios de actuación propia.

Entonces: la *vigencia del dilema democrático institucional a recuperar*, enfrentando los aparatos y capacidades de la planificación autoritaria. La *vigencia de una nueva concepción democratizadora que vuelva a pensar, desde el conjunto de las fuerzas populares, las formas, los modos y los contenidos de una batalla por la democracia real y su constante ampliación en los marcos institucionales*. Proceso que logre un gobierno de las mayorías para la aplicación de un programa de las mayorías.

Si bien las fuerzas políticas principales que hoy cuestionan a la dictadura han retenido su capacidad de interlocutores ineludibles para el estado militar, su derecho a réplica, su carga denunciante, reflejan sin embargo la debilidad en la que se sustentan: a nivel político, la presencia y las exigencias de las masas no están a la orden del día. Y todavía no se percibe que las distintas conducciones, en camino de la

legalización, respondan claramente a esa necesidad de que los sectores populares reencuentren su participación en esta dimensión de la política. El reclamo o la protesta es hoy fragmentario, básicamente gremial, defensivo y no articulado.

Esta debilidad, que muestra a la resistencia política solo en el plano de las amenazas y a veces bastante aisladas esferas dirigentes, es muy posible que no solo sea producto de la represión, la censura y el amedrentamiento vivido. También para estas dirigencias gravita, por una parte, el hecho que se arrastra la desorientación y el desengaño de la última experiencia democrática. En segundo término las descohesiones del conjunto de fuerzas políticas que impiden lograr coincidencias más amplias. Por último las nuevas referencias económicas y sociales que plantea el país, ante las cuales si bien los principales partidos han preservado su identidad, no han elaborado aún un cuerpo de respuestas dinamizadoras del mundo popular antidictatorial.

Quizás este último aspecto sea el central y el más difícil de afrontar. La propia historia popular acontecida agotó concepciones del hacer político que se creyeron revolucionarias, progresistas y también ortodoxas. Pero sobre todo el reto viene de los muchos trastocamientos estructurales y culturales de los últimos años que parecieran dejar atrás una "vieja" y reciente Argentina. Frente a esta realidad las fuerzas políticas dan la sensación de mostrar por ahora solo desconcierto.

Expresaba en febrero el dirigente Raúl Alfonsín: "estamos en presencia de una oligarquía totalitaria y es posible que triunfe porque vivimos el desencuentro de las mayorías". Tal vez la figura radical le estuviese hablando más a sectores partidarios propios que al resto de la comunidad política. Efectivamente, en el horizonte de una primaria coincidencia que muchos reclaman para efectivizar un polo civil democrático, el radicalismo ha mostrado una clara tendencia a jugar solitario y con buena letra, evitando escindir, y como buscando otra vez ser el *partido de la salida*, pactada, aunque sin duda corrido históricamente cada vez más a la derecha.

De ahí puede entenderse la constancia crítica con que el ex senador Luis León postula el brizne a acuerdos amplios. También Alfonsín, para quien se debe transitar aceleradamente hacia "una alianza de fuerzas opositoras, que no se entienda como pacto electoral". De ahí las duras palabras de Enrique Vanoli: "la UCR mantuvo un pacto no escrito con los militares, de oposición tranquila. Frente al partido, Balbín aparece como único responsable de esta actitud pasiva con la que el partido no coincide".

El referente inmediato para este primer paso de coincidencias, pasó a ser el texto firmado por el radicalismo y el peronismo a principios de los setenta frente a otro gobierno de facto. "¿Quiénes le temen a La Hora del Pueblo?", expresó Bittel hace poco, al parecer alentador de una idea semejante: "en la democracia es auspicioso vivir esta clase de hechos".

Esta es la opinión de Bittel como conducción oficial, probablemente apoyada por importantes sectores políticos y sindicales inermes (la CGT por ejemplo). La incógnita sobre la vitalidad de esta tendencia sin embargo subsiste: ¿cómo se moverán los sectores más próximos a las

posiciones del desarrollismo frondizista? ¿Isabel Perón en libertad avalará el camino de un acuerdo para la democracia con el radicalismo, como pensó diez años atrás Perón desde su liderazgo?

El encuentro Bittel-Balbín puede que haya sido un acto de advertencia para el gobierno militar. Luego existió una reunión entre Saadi, Unamuno, Niembro y Stecco por el peronismo, y Alfonsín, León y Caoero por la UCR. Desde Tres Arroyos emergió un insolito documento multipartidario llaman a la unidad nacional y firmado por el justicialismo, el radicalismo y el MID. Finalmente, desde la retórica nunca muy precisa de Balbín, se conoció la frase "con Perón no se hizo una alianza, pero bastó que el pueblo se diera la mano y cambió la fisonomía de la Argentina".

Puede decirse que el líder radical simplemente relató un hecho histórico, o que dio pie a otras expectativas. También, que su partido va sufriendo los primeros síntomas del desfinde de la expectativa Viola, habiendo el general armado ya su gabinete. Por último, como hipótesis que se comenta desde hace tiempo, puede que para Balbín, ni la figura de Bittel ni la de Isabel se aproximen a reemplazar a Perón, y por ahora él, es el "líder histórico menor" que queda.

Retornando al peronismo, la conducción de Bittel con el aval del sindicalismo cegetista y la figura de Lorenzo Miguel, pareciera haber coincidido con el grupo ultraverticalista de Isabel Perón, en cuanto a recalcar la imagen de esta última en su jerarquía de presidente del partido y figura importante de una conducción colegiada del Movimiento (lo que no significaría jefatura histórica, pero sí, "esencial factor de unidad").

Es desde posiciones antiverticalistas donde persiste el jaqueo a la posición de perentoria unidad que alienta Bittel. Manifestó al respecto el ex ministro Robledo: "Los cuadros tradicionales del justicialismo están agotados. Se cierra una etapa con la muerte de Perón y se abre la necesidad de una reorganización profunda". Bittel no se opondría a una reorganización, pero privilegiando para este tiempo una unidad sin disidencias frente a la dictadura.

Robledo parecería moverse sin mucha base de apoyo, lo que no significa que apostando a una salida cívico-militar, no recobre fuerzas internas. Las Jornadas de Economía Social impulsadas por Caffiero, respaldaron como acto de unidad la misión cumplida por Bittel hasta el presente, y provocó que Unamuno puntualizara que "era una muestra de la comunión inquebrantable del peronismo". Algo similar, en optimismo, fue lo apuntado por Lorenzo Miguel, quien considera que "el justicialismo está más fortalecido que antes de 1976. Ahora somos muchos más que siete millones de medio de votos".

Los millones de insatisfechos con el actual orden militar, sin embargo, no encuentran todavía definidas políticas de consolidación partidarias y reencuentros amplios que perfilen una opción clara de lucha democrática. Los nucleamientos cristianos buscan un nuevo punto de confluencia, el Partido Comunista llama a "un convenio nacional democrático con partidos, sindicatos, iglesias y fuerzas armadas", y Simón Lázaro del Partido Socialista Unificado, considera que "toda acción de unidad socialista debe contribuir



VIII. La imaginación democrática

Como hipótesis, quizás resulte oportuno considerar el sentido estratégico de la propuesta del gobierno militar con su modelo político de corte autoritarista y posibilidades restringidas. Hay una agenda de las fuerzas armadas, que se dice sin plazos pero con rumbos ya establecidos. Una institucionalización que cercene y busque recortar formas y aspiraciones populares resulta sin duda el corazón de este estrategismo sin plazos.

Frente a esta concreta realidad las respuestas de las políticas populares, por una *alternativa democrática*, signarán la década que se abre. Una democracia política contestataria y de masas, que apunte a una recuperación institucional real o el libre juego de las corrientes mayoritarias y minoritarias, y que se conciba en la permanente profundización y ampliación de lo democrático en todos los niveles de la sociedad.

Frente a un estado de estirpe autoritaria que se pretenda homogeneizador del todo social, el proyecto democrático del pueblo debe acentuar las diferencias de objetivos que hoy existen en la sociedad argentina, distinciones históricas que deben resolverse en auténticos ámbitos democráticos. Frente a una planificación que intenta estructurar una sociedad controlada, las fuerzas populares deben abrir el debate y la participación por una democracia que se genere y procese desde los sectores postergados.

Salta a la vista que la conquista de una democracia institucional plena que permita un gobierno de las mayorías, vuelve a ser en la Argentina, como nunca dejó de serlo, una responsabilidad y un producto del pueblo.

Y es con respecto a este tiempo que se inaugura en el país, que las distintas fuerzas democráticas y na-



cionales deben recrear mucho de su hacer político, reinterpretar críticamente historias propias, y responder a emergentes realidades culturales, ideológicas y existenciales de acuerdo a las crisis y contornos que hoy caracterizan al proceso argentino. Como en otras circunstancias nacionales, pero quizás esta vez de manera más clara, se evidencia que hoy caracterizan al proceso argentino. Como en otras circunstancias nacionales, pero quizás esta vez de manera más clara, se evidencia que hoy caracterizan al proceso argentino. Como en otras circunstancias nacionales, pero quizás esta vez de manera más clara, se evidencia que hoy caracterizan al proceso argentino.

La dominación plantea una reducción de la política a las esferas más concentradas del estado, lo que exige una respuesta donde lo participativo y la imaginación popular vayan generando un complejo discurso de la amplitud de lo político. El gobierno militar diseña una verticalidad democrática ordenadora, lo que debe promover una contestación democrática desconcentrada del problema del poder. Las actuales autoridades conciben lo institucional como ámbitos inmodificables y sofocantes, lo que implica un planteamiento democrático alternativo que redefine el significado de los espacios institucionales.

Desde estas perspectivas, lo democrático surge y pasa a entenderse desde el conflicto y las diferencias sociales. Desde este punto de vista, la democracia es el transcurso prohibido del pueblo. Desde esta comprensión, la democracia es el paradigma nacional a fortalecer. Por lo tanto, reconocerla como horizonte de masas no significa el solo hecho de redactarla en un programa, no significa la supuesta limitación de miras de un proyecto popular, sino el hacerse presente de este proyecto desde los más profundos problemas a resolver.

A partir de este encuadre las fuerzas nacionales y populares deben reconsiderar los déficit y limitaciones experimentadas. Esencialmente el peronismo, como movimiento mayoritario de masas, es el que asume la más alta cuota de responsabilidad en este panorama de los ochenta. Conducir se replantea el país, abre a las expectativas y a las formas de actuación de

los sectores sociales, y sobre todo reorganizarse a través de un nuevo y crítico fortalecimiento democrático que deje atrás ideologismos burocráticos y asfixiantes políticas internas de poder. También aquellos partidos populares menores, nacionales, cristianos, socialistas, antimperialistas, necesitan revisar profundamente sus nociones políticas, teóricas, ideológicas, para situar su presencia real en el proceso argentino y aportar a las nuevas dimensiones de lucha democrática que hoy tan dificultosamente recorren brios.

Harán falta entonces, como proyecto futuro, experiencias participativas y gran imaginación práctica y teórica de recreación democrática por parte del Movimiento Popular y del conjunto de las fuerzas populares. Y en esta trayectoria verdadera, poner en marcha nuevas conmoviones frente a problemas nunca resueltos.

Por ejemplo: alentar el ensamble de las fuerzas populares y al mismo tiempo concebir las desestructuraciones que impidan lo masivo totalitario, integracionismos finalmente antidemocráticos, y aniquilamiento de las diferencias y del pensar crítico.

Por ejemplo: proyectarse hacia la recuperación institucional plena con los reaseguros de una política más vasta que trascienda esos límites, pero sin mitificar las políticas marginales al sistema político, modificaciones que desembocan en una abstracta lucha social que termina atrapada por ideologismos cercenadores de lo democrático popular.

Por ejemplo: avanzar hacia una relación distinta entre lo político y lo sindical que hace presente al pueblo, reformulación que permita la unidad y las distinciones, la conducción y el diseño, y que vaya superando —a través del movimiento popular replantado— el clásico divorcio impuesto por lo institucional entre sindicalismo y organización partidaria.

Si las crisis del presente dan mayor conciencia de las cosas que los apacibles tiempos del dogma y "las seguridades", hoy vamos sabiendo cada vez más que la democracia, ya sea burguesa, liberal, institucional, nacional, popular y transformadora, ha sido obra casi exclusiva de las masas en todos los tiempos del sistema. Nuestra historia nacional lo confirma. La dominación política y económica ha tenido que ver con esa democracia, solo en su tarea de esconderla, reducirla o cancelarla.

1. Como lo expone un párrafo de las *Bases Políticas*: "El estado debe dejar a hacer lo que la iniciativa privada comience a hacer lo que la iniciativa privada no puede." El nuevo curso liberal, en la periferia, necesita estados "democráticos" fuertes.

2. La filosofía que fundamenta las *Bases Políticas para la Reorganización Nacional* expresa, esencialmente, la restricción democrática: se necesita un Estado de "conducción integral" que "garantice funcionamiento" económico y sociales. Se precisa un desarrollo "de una democracia contra el estado con autoridad [...] apto para preservar los populismos demagógicos y andrúquicos [...] (y) con una participación capaz de armonizar y unir a todos." Se necesita "afianzar la cohesión nacional", "proteger el orden social y político [...] (y) la rotación en el poder y su transferencia sin alteraciones significativas." Esto para "que se asegure la coherencia a través del tiempo de los sucesivos elencos gubernamentales." Se pretende una democracia "contra el estado a través de un estado con nueva participación (redespigues). Se busca integralidad. Garantía. Máxima autoridad. Preservar. Unificación. Cohesión. Protección del orden. No alteración. Coherencia en el tiempo. El texto es por demás explícito.

Cinco años y una nueva etapa

Carlos Abalo

Después de cinco años, el programa económico de la Junta Militar peruana encaminarse a un fracaso estrepitoso. ¿Es así realmente?

Los objetivos económicos y sociales de 1976

¿Cuáles fueron los grandes objetivos económicos y sociales que se plantearon los militares en 1976? Los podemos enumerar así: 1) centralizar el capital; 2) aumentar las ganancias y la capacidad de acumulación de la gran burguesía; 3) promover la competitividad externa nacional en los sectores con ventajas comparativas; y 4) integrar más profundamente al capitalismo argentino con el capitalismo internacional. Estos objetivos perseguían el propósito de hacer más eficiente al capitalismo argentino y de articularlo con más fuerza al capitalismo internacional, adecuándolo a las nuevas condiciones del mercado mundial. Para cumplir aquellos objetivos lanzaron una ofensiva destinada a disminuir la capacidad de presión política y social del proletariado. Este último objetivo articuló, englobó e hizo posible el cumplimiento de todos los demás.

La aplicación del programa económico, como era de esperar, provocó una serie de conflictos y contradicciones sociales que amenazaban desestabilizar a la sociedad, y los militares, frente a ello, se disponen a ajustar una estrategia cuyas líneas más generales han quedado definitivamente incorporadas al país capitalista de los próximos años.

Cuando el peronismo volvió al poder, en 1973, intentó organizar el tránsito hacia un modo de acumulación más moderno basado en la renovación de la alianza política entre la burguesía y los obreros. A diferencia de las alianzas socialdemócratas europeas, constituidas por el gran capital y el proletariado industrial, en el que está representado por partidos obreros reformistas, la alianza peronista incluía a la burguesía marginal y los obreros estaban políticamente integrados a un movimiento populista. La renovación del capitalismo, en el programa peronista, se basaba en la expropiación parcial de la renta agraria diferencial en escala internacional y la modernización de la burguesía marginal mediante un programa controlado de reconversión industrial.

La alianza no pudo estabilizarse por la crisis política del peronismo y el empuje reivindicativo de los obreros. La inestabilidad entre las clases extremas y el fin del auge en la economía mundial precipitaron la ruptura del frente dirigido por la fracción más reformista de la burguesía y, como consecuencia de ello, sobrevino una impetuosa oleada inflacionaria. La gran burguesía se reagrupó, aisló a su fracción reformista y atrajo hacia su lado a la burguesía marginal.

El golpe militar de 1976 se basó en la recomposición del frente burgués con una perspectiva antiobrera y con un programa

antipopulista. El capitalismo, desde el punto de vista de sus necesidades internas, debía homogeneizar su modo de acumulación para estabilizarse, lo que sólo podía obtenerse mediante una mayor centralización del capital y un reforzamiento de las ramas competitivas en el mercado mundial, vale decir, colocando en lugar prominente, dentro del frente burgués, a los terratenientes. La centralización y el encumbramiento de la burguesía terrateniente iba a implicar la liquidación de la burguesía marginal. Cuanto más cerca de los terratenientes se encontraba el eje de la recomposición del frente burgués y cuanto más intensa fuera la centralización del capital, más aislada quedaría la burguesía marginal y, por lo tanto, más condenada a separarse del frente que ella misma había contribuido a engendrar.

Por otra parte, la centralización del capital y la búsqueda de mayor capacidad competitiva exigían el abandono de la autarquía y la integración al capitalismo mundial. Con escasas inversiones directas y un bajo ritmo de crecimiento, la integración sólo podía desarrollarse a partir del capital financiero. De esa manera también se valorizarían los grandes capitales internos con escasas posibilidades de colocación, entre ellos los agrodólares obtenidos con los altos precios internacionales de los cereales. Cuanto más estrecha fuera la integración al capital financiero y más amplia la apertura de la economía, menos espacio quedaría para la burguesía mediana y marginal, que necesariamente tendría que terminar endeudada al capital financiero.

En la primera parte del período de cinco años, los militares consiguieron doblegar la resistencia obrera, elevar la masa y la cuota de plusvalía y diferenciar la escala salarial, un instrumento necesario para dividir el frente obrero. La gran burguesía industrial todavía esperaba un segundo momento de expansión y por eso retuvo mano de obra. Debido a ello, la desocupación —disimulada por la expulsión de trabajadores de países limítrofes— fue muy baja. La rebaja arancelaria y la apertura de la economía se complementaron en una segunda etapa con la liberación del mercado financiero y la revaluación del peso, con la excusa de frenar el desarrollo inflacionario. Contrariamente a lo que piensan muchos, esta etapa no se contraponía a la anterior, sino que representó su culminación natural.

La integración de la burguesía argentina al capitalismo mundial es inabordable, en la fase actual, sin la apertura de la economía y la promoción de las ventajas comparativas. Esto implicaba la expansión de las importaciones, la consecuente liquidación de una franja de la industria y la promoción de la economía agraria, en el marco de una creciente concentración de la producción y la centralización del capital.

La burguesía agraria y el tipo de cambio

La promoción agraria no tenía por qué ser general. Lo competitivo y de fácil acceso al mercado mundial comprende, en esta etapa, a la producción de cereales y oleaginosos en la pampa húmeda con costos decrecientes, o sea, en propiedades extensas y con capacidad financiera para absorber insumos importados. La integración de esta fracción de la burguesía en el frente interburgués con un carácter predominante era ineludible, porque en la Argentina es el único sector con capacidad competitiva internacional y con posibilidades de captar una renta diferencial en el mercado mundial. Esta circunstancia fue una característica específica del reordenamiento de 1976.

La vuelta a precios y tipos de cambio favorables para este sector, como sucedió en 1976, no era suficiente para provocar un cambio definitivo, que incluyera la centralización del capital y una mayor articulación con el capital imperialista. Este modo de acumulación no podía hacer desaparecer por sí mismo las profundas contradicciones interburguesas que existieron desde la crisis de los años treinta en adelante. La formación social argentina siempre hizo deslizar el momento del predominio terrateniente en la acumulación hacia su contrapartida: la alianza populista entre los obreros y la burguesía, con enorme gravitación de la burguesía marginal. Sólo se podría evitar el paso hacia la alianza populista debilitando a los obreros y a la burguesía marginal, ejerciendo un poder político autoritario permanente y aplicando una política monetaria restrictiva, poco flexible a las necesidades de la acumulación.

Para que la estrategia agraria exportadora prevaleciera en el largo plazo y fuera capaz de integrarse al capitalismo internacional se requería menor inflación, mayor estabilidad cambiaria, costos de producción decrecientes e importaciones elevadas. En resumidas cuentas, era necesario que el apoyo a las exportaciones agrarias no llegara por la vía exclusiva de las devaluaciones, sino por la reducción de los costos de producción agrarios mediante la incorporación de insumos impor-

tados (en el área de la tecnología) y la disminución de los costos industriales. De esa manera se podría obtener un tipo de cambio más estable y revaluado (lo que facilitaría el desarrollo del capital financiero) y una rebaja arancelaria sostenida (lo que permitiría la expansión del comercio exterior). Pero ello implicaría una menor actividad industrial y, en consecuencia, la creación de condiciones favorables al mantenimiento del salario en un nivel relativamente bajo, sin necesidad de recurrir a una permanente represión sindical y política.

Una elevada importación ayuda a negociar mercados de exportación. Un mercado financiero abierto combinado con una renta agraria diferencial en escala internacional, en condiciones de producción extensiva y de lenta expansión industrial, significan agrodólares que pueden girarse fácilmente al mercado financiero internacional, para su colocación en el exterior o en el país, en asociación con la banca mundial. Para que este proceso pueda desarrollarse y, a la vez, generar una creciente integración con el capitalismo mundial, se necesita que el tipo de cambio suba con mucha más lentitud que los precios internos. Lo que el capital agrario exportador pierde con el tipo de cambio, lo debe recuperar con ventajas de escala de producción (grandes extensiones de tierra) y con costos más bajos (insumos importados y menores impuestos).

Sólo este mecanismo puede paralizar la vuelta a un sistema de rápido crecimiento industrial no selectivo. Sólo así se puede liquidar a la burguesía marginal, obligar a la concentración industrial, sellar la alianza entre el gran capital agrario y el capital financiero y resguardar el papel privilegiado de la gran burguesía terrateniente en el frente interburgués.

La devaluación como política para el sector agrario es de corto plazo y susceptible de ser conmutada revertida. Es propia del período en que existía una disputa permanente acerca del patrón de acumulación. Si la burguesía terrateniente no deseaba volver a ser expulsada del frente interburgués y quería mantener su predominio dentro del mismo, debía, por lo contrario, buscar un patrón fijo de acumulación

que anulara a sus adversarios, que la uniera al capital financiero internacional y que resaltara sus ventajas comparativas por vía de los costos, aunque sin cuestionar el carácter extensivo de la modalidad de producción agraria pampeana. Es natural que esta política fuera resistida dentro del propio sector agrario por los productores medianos y pequeños, por los menos especializados y por los poco diversificados en sus inversiones, porque implica también la concentración de la producción y la centralización del capital agrario, la fácil disponibilidad de medios financieros y la diversificación de las inversiones para hacer frente a los retrasos en el tipo de cambio. Sin embargo, el camino de la no devaluación es una estrategia de cambio a largo plazo, resistida por los productores con más urgencia de ganancias a corto plazo y, por ello, con menos posibilidades de encarar una visión estratégica de sus intereses. Sólo así se comprende por qué la política de los últimos tres años es la continuación de la implantada en 1976.

La crisis financiera, consecuencia del reordenamiento

La expansión del mercado financiero y su posterior crisis eran componentes necesarios dentro de un proceso de reconversión de gran magnitud. La realización de las mercancías y, con ella, la valorización y el resguardo de la integridad del capital requieren una restricción monetaria en medio de la anarquía de la producción capitalista. Esa restricción es aún mayor en períodos de crisis y reconversión y sólo puede ser ejercida por el estado. El ejercicio de esa restricción, aparentemente de aplicación general pero, en realidad, selectiva, constituye la política monetaria.

Las empresas marginales no son erradicadas del mercado sin antes pasar por la imposibilidad de pagar un crédito. La imposibilidad de realizar el valor de las mercancías (crisis comercial) da lugar al pedido de crédito. El crédito se monetiza (se transforma en dinero para el que lo solicita), pero cuando llega el vencimiento no es posible concretar el pago. Cuando falta de pagos es acumulativa (crisis financiera), el banco que monetizó el crédito puede ir a la bancarrota. Cuando hay bancarrota es generalmente el estado el que reintegra el dinero a los depositantes del banco. Con la emisión lanzada para pagar la devolución de los depósitos se vulnera la restricción monetaria, porque se cubre con dinero una mercancía que no se realizó, con la consiguiente depreciación del signo monetario, que así recae sobre el conjunto de la sociedad y principalmente sobre los asalariados, sujetos a ingresos fijos y a la imposibilidad de resguardarse de la pérdida de valor de la moneda. En pocas palabras: si la crisis comercial es necesaria para que desaparezca una parte de la burguesía marginal y para reestructurar la producción capitalista, la crisis financiera, al convertirse en crisis monetaria (depreciación), expresa la concreción de la crisis comercial imprescindible para la reestructuración. La crisis financiera no es, entonces, un tropiezo imprevisto, sino la evidencia de que se está concretando el reordenamiento de la estructura productiva. Claro que lo imprevisto no está descartado si

la crisis financiera rebasa ciertos límites.

Los cambios sociales y la escisión en el frente interburgués

Ahora sí, podemos volver a formular la pregunta: ¿logró sus objetivos el plan económico?

En el momento actual puede decirse que los objetivos no se han cumplido plenamente, pero ello no implica un fracaso, sino la iniciación de una etapa en la que deberán efectuarse algunas correcciones. Dichas correcciones pueden afectar también, parcialmente, a los objetivos.

En la etapa de Videla, los militares consiguieron reducir numéricamente a la clase obrera de la industria manufacturera y disminuir su peso social, político y económico; asimismo, diversificaron sus remuneraciones y condiciones de vida, con lo que le restaron homogeneidad. Hubo, también, una indudable centralización del capital: la crisis financiera y monetaria es, como lo vimos, la evidencia que lo demuestra. Nadie puede dudar que aumentaron las ganancias y la capacidad de acumulación de la gran burguesía, dado que la participación de los asalariados en el ingreso nacional disminuyó por lo menos 8 puntos y que la acumulación no se distribuyó de igual manera en el conjunto de la burguesía,

porque si no no habría quiebras ni crisis financiera. Asimismo, se promovió la competitividad externa para la exportación de cereales y oleaginosos, lo que colocó a la burguesía terrateniente en un lugar destacado del frente interburgués. Por último, existe ahora una mayor integración al capitalismo mundial por el crecimiento del comercio exterior y la interconexión del mercado financiero local con el internacional.

Al cabo de cinco años la sociedad ha cambiado considerablemente. Es posible que haya casi un millón de obreros industriales menos y un sector terciario mucho más grande, no sólo en el área financiera, sino también en la de los restantes servicios y el comercio, incluyendo el de importación. Por otro lado, en el frente interburgués se produjo un drástico cambio: la burguesía marginal (industrial, comercial, agraria, financiera) se fue escindiendo de la alianza inicial hasta formar un firme frente opositor. La existencia de este nuevo frente ha debilitado la coherencia del bloque que apoya la política económica oficial, porque muchos sectores de la mediana y gran burguesía nacional y extranjera (industrial, agraria, comercial, financiera) se han visto, también, parcialmente perjudicados. De esta manera, el apoyo social a la política económica oficial en el frente burgués

se redujo a una mínima expresión social. La pequeña burguesía asalariada, asimismo, está igualmente escindida. Sin embargo, el frente opositor apunta contra la política económica, pero mucho menos contra el gobierno militar. La una no se puede disociar del otro, pero no se puede dudar que se hizo un hábil manejo de la cuestión y la cúpula militar no aparece identificada con el equipo económico. A ello contribuye la absoluta falta de un programa integral frente al régimen y el vuelco conservador que se ha producido en una gran parte de la opinión pública.

Sin embargo, la escisión en el frente burgués es grave y constituye, en este momento, la principal fuente de tensión para los militares.

Esta escisión era inevitable, porque el reordenamiento sólo podía encararse con una crisis. Sin embargo, el tipo de reordenamiento practicado extendió demasiado el caos económico. Los sectores empresarios afectados fueron muy numerosos y muchos no tuvieron la más mínima oportunidad de reconvertirse o de encontrar un espacio en el nuevo orden. Persisten altas tasas de inflación, el endeudamiento externo casi se triplicó y la balanza de pagos presenta los problemas más graves de toda la historia del país, aunque estas manifestaciones son, en cierta medida, una consecuencia lógica del reordenamiento. Sin embargo, muchas de las consecuencias provocadas han sido innecesarias, aun aceptando el carácter más general del reordenamiento. Esto se debe en muchos casos a los instrumentos utilizados en la reconversión, pero mucho más a la ideología de la misma (cuyo análisis requeriría un capítulo aparte) y, por consiguiente, a su política. De ahí que el cuestionamiento apunte a la política económica.

Los militares deberán negociar ahora los límites y las modalidades de la reconversión, pero no el reordenamiento en sí, que es en gran medida irreversible y en ello está la parte de éxito de esta etapa. Afectar los límites y las modalidades de la reconversión significa, en primer lugar, poner en tela de juicio la composición del frente interburgués y su conducción, sobre todo el papel de la gran burguesía terrateniente y su alianza con el capital financiero. No es extraño, por ello, que la primera víctima de este cuestionamiento sea el principal artífice de la política económica: Joe Martínez de Hoz.

La etapa de Viola

A partir de la crisis actual, en la sociedad argentina está abierto el debate sobre una política económica optativa encuadrada dentro de los objetivos actuales pero con perspectivas un tanto diferentes para algunos sectores sociales. En el plano de la especulación, se puede pensar que la línea competitiva en el mercado mundial no necesariamente debe estar reservada sólo a una parte de la producción agraria litoraleña, sino que deberá abarcar a otros productos agropecuarios y, más especialmente, a algunas ramas industriales muy seleccionadas, capaces de integrar a sectores más amplios de la burguesía industrial. Para ello están las inversiones realizadas en la infraestructura, particularmente en el renglón energético (hidroelectricidad y energía nuclear), que deberán tener un

testimonio latinoamericano

Nº 5. NOVIEMBRE/DICIEMBRE 1980

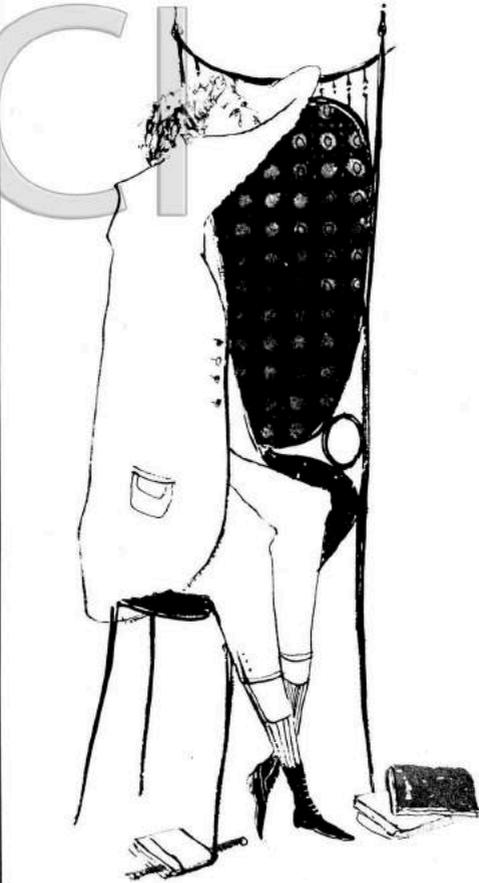
- Latinoamérica: La reacción Reagan, por Héctor Borra
- Argentina: La legitimidad imposible por Alvaro Abós
- Uruguay: Un país en cuestión por Lincoln R. Maiztegui.
- Martín Fierro en París por Fernando E. Solanas
- La propuesta de Alfonsín por Roolfo Bergalli
- Sobre el enigma eurocéntrico por Hugo Chumbita
- Poemas de Claribel Alegria

o DOSSIER; EL RETORNO DE EVITA

SUSCRIPCION

(por 6 ó 12 números): 15 ó 30 U\$S

Correspondencia y suscripciones: Apartado Postal 32.142 BARCELONA, España



campo de posibilidad acorde con su reciente desarrollo. Para ello habrán que tocar, en primer lugar, la paridad cambiaria; en segundo lugar, la estructura arancelaria, y también la política impositiva, crediticia y la estructura financiera.

La caracterización económica del modo de acumulación es apenas una apariencia. Su esencia más profunda está en la conformación de las clases, que son las que dan lugar a un determinado modo de acumulación, pero las clases no pueden entenderse separadas de la política, del estado y de las instituciones del estado. Sin embargo, la descripción económica es imprescindible, un paso previo necesario, sobre todo cuando el temor en boga al reduccionismo económico induce a diluir las relaciones de clase y a sustituirlas por articulaciones aparentes que conducen a la utopía, al subjetivismo y a los buenos deseos, pero no a la objetivación determinada por la base material y las posibilidades que de ella se derivan.³

Estas observaciones son de especial valor para la etapa actual. Hemos dicho que, en la modalidad de acumulación pendular y compartida, el momento de preeminencia de la burguesía terrateniente dentro del bloque de poder era seguido por un reagrupamiento en el que los terratenientes quedaban aislados mientras, en el otro polo, se restablecía la alianza entre la burguesía marginal y los trabajadores, en la que, finalmente, también ingresaba la mayor parte de la gran burguesía industrial.

Este no es el caso actual, porque algunas de las condiciones que facilitaban aquellos desplazamientos

ya no existen.⁴

La responsabilidad política del período transcurrido entre marzo de 1976 y marzo de 1981 corresponde casi exclusivamente a los militares, que se apoderaron del estado bajo el impulso de un reagrupamiento social que ya describimos. Dijimos también que este período que termina se caracterizó por el predominio de la burguesía terrateniente y, más recientemente, por la alianza de esta clase con el capital financiero. Eso no significa que el ejército, la fuerza armada decisiva, sea tributaria de la burguesía terrateniente y que se identifique en todo momento con ella.

El ejército tuvo un papel protagónico en la orientación del desarrollo capitalista del país, muchas veces en sustitución de la propia burguesía. A veces, ese papel estuvo determinado por el anquilosamiento político de las clases dirigentes; otras, por la necesidad de arbitrar en las disputas fraccionales, para evitar un curso peligroso para el porvenir del capitalismo o por la necesidad de actuar con una estrategia de largo plazo que superara la impaciencia suicida en favor de intereses inmediatos. En 1976 accedió a apoyar un programa económico que favorecía en primer lugar a la burguesía terrateniente, debido a la coyuntura mundial propicia a los alimentos, al carácter del reagrupamiento de clases en ese momento y a la necesidad de disminuir la importancia social y política de la clase obrera, de la burguesía reformista y de la burguesía marginal. Sin embargo, las condiciones han cambiado. El frente interburgués de 1976 se resquebrajó y el período de Videla-Martínez

de Hoz termina sin que sea posible visualizar una estrategia optativa para el desarrollo industrial y para la aplicación de la inversión realizada en la infraestructura.

Si en el próximo período el péndulo del poder económico se inclinara hacia la gran industria, no será exclusivamente por la inercia de la modalidad de acumulación pendular, sino —en primer lugar— por los cambios ocurridos en los requerimientos y las expectativas de las clases poseedoras del capital y —en segundo lugar— por la aparente determinación del ejército, como máxima instancia del estado, de dar una respuesta a esos requerimientos e insistir en la búsqueda de una vía de desarrollo para el capitalismo argentino adecuada a las nuevas condiciones mundiales y sin perder de vista los objetivos fundamentales marcados en marzo de 1976.

Esto significa un plazo más largo para el reordenamiento y una negociación con el conjunto de las fuerzas sociales. Se abre la instancia de la negociación, a la vez que la afirmación de la perdurabilidad, porque el traspaso futuro del poder político sólo tendrá lugar —si no se producen acontecimientos sociales de mayor relevancia— si se llega a cumplir el objetivo de poner en marcha una reorganización definitiva del capitalismo, que llevará mayor tiempo de preparación. La nueva etapa será una continuidad y una ruptura con respecto a la anterior. Una continuidad, porque los militares tratarán de ratificar los mismos objetivos generales. Una ruptura, porque para ello tendrán que buscar una política basada en acuerdos más amplios, que requirirá nuevas instancias de negociación. Esta podría ser la tarea de Viola.

1. Por eso todas las políticas decisivas en las crisis capitalistas son monetarias. El monetarismo, por su parte, no se propone terminar con la inflación, sino conducir la crisis por el sendero de la lógica capitalista: la concentración de la producción y la Argentina de capital, el aumento del fondo de acumulación a costa del ingreso de los asalariados y la erradicación de las fracciones marginales de la burguesía.

2. La ideología de la política del reordenamiento capitalista de 1976 se basó en una concepción que, en diversos aspectos, igualó a la Argentina a un país capitalista desarrollado (salvo en lo referente a la posibilidad de mejorar la productividad agraria). Dicha concepción sobreestimó la capacidad ordenadora del mercado —evidente en la organización financiera— y subestimó el papel ordenador del estado en la actividad económica general (aunque no en la imposición de un tipo de cambio sobrevalorado). En Brasil, por ejemplo, con una ideología más intervencionista y proteccionista, tuvo lugar un desarrollo más sostenido e intenso de la industria. Claro que este sesgo ideológico tampoco se puede desvirtuar de la orientación en favor de la burguesía terrateniente (no hacer nada para forzar un incremento de la productividad agraria, sobrevaloración cambiaria y convencimiento de que la mayor parte de la industria es ineficiente).

3. En controversia se pueden encontrar múltiples expresiones de esa nueva forma de idealismo, que a veces responde a una intención política consciente o inconscientemente regresiva. No puntualizo los ejemplos por imposibilidad material de abrir una polémica en todos los casos. La saludable heterogeneidad de la revista ofrece —sin duda— la oportunidad de profundizar estas discusiones.

4. Un ejemplo entre muchos: el tipo de cambio actual, sobrevalorado con respecto al pasado reciente en el sector industrial. En realidad, este tipo de cambio corresponde a una alianza de clases diferente de la que solía predominar antes de 1976 y está lejos de responder a la especialización internacional y menos proyectado hacia la diversificación industrial. La decisión sobre el tipo de cambio es, entre otros temas no de modo estrecho, una determinación política orientada hacia un bloque de poder determinado.

no Isabel la que conduzca al peronismo.

P: Tanto en el país como en el exterior se da como probable que Isabel volvería a rodearse de su entorno natural, es decir, el encabezado por López Rega...

Saadi: Pienso que nadie puede hablar demasiado de eso porque nadie lo sabe. Isabel no ha tenido contactos —salvo su abogado— con ningún dirigente de una u otra tendencia.

P: ¿Es posible la unidad del peronismo?

Saadi: La unidad es un hecho. Que haya alguna rama o sector que se plantee el diálogo, como por ejemplo Matera, no tiene ninguna significación, ya que ni siquiera son peronistas. Que de un Movimiento tan grande como el nuestro, se caiga un gajo, es absolutamente intrascendente. El que va a negociar con este gobierno no lleva detrás suyo ni la voluntad de su mujer.

P: ¿Quisiera dar algún mensaje para los miles de argentinos que hoy están exiliados, y sobre todo para los peronistas que sufren esa condición?

Saadi: Sólo puedo expresarles que se capaciten, que se unan, que coordinen con el país, que trabajen para la resurrección del país, y —en el caso de los peronistas— para la fortificación del Movimiento. El país nos necesita y por lo tanto no deben perder el tiempo ni desgastarse en luchas intestinas e innecesarias. Cuando regresen deben hacerlo más capacitados y sobre todo más maduros.

Viola, ¿línea dura o apertura?

Julio Godio

1. Al fin de cuentas era un Martínez de Hoz

En declaración a la prensa durante los últimos meses del año pasado, el almirante Lambruschini ha insistido repetidamente en que el proyecto económico del golpe militar es "garantizar un desarrollo económico y el bienestar popular" y que la marina no avala "distorsiones" en favor de "capitales especulativos" y cualquier política "neocolonial". No es difícil darse cuenta contra quien dirige sus dardos este marino intimamente asociado al proyecto desarrollista-neoperonista del almirante Massera: el blanco es Martínez de Hoz.

Es cierto que el "Plan Martínez de Hoz" logró ciertos éxitos en comparación con la situación crítica heredada del período isabelino: redujo la inflación, logró atraer capitales, mejoró la balanza de pagos, no recurrió a la emisión para financiar el déficit fiscal y abrió una línea de liberalización del comercio internacional que puede ser útil dentro de un programa económico nacional-popular. Pero no cumplió con las dos condiciones fundamentales para tener éxito, esto es lograr un aumento sostenido de la inversión privada y pública en el sector productivo y equilibrar a largo plazo nuestras cuentas exteriores. Efectivamente, la inversión privada ha sido centralmente financiada, lo que ha aumentado la deuda externa a 20 bn. de dólares; sólo en el sector petrolero ha sido significativa la inversión productiva. Por otro lado, si bien la balanza comercial ha mejorado, ello ha sido a costa de las importaciones y por los buenos precios de las exportaciones tradicionales entre 1977-1979. Pero la economía no creció; el nivel PBN per capita es inferior al de 1974 y la producción industrial al nivel de 1975.

De manera que los éxitos del plan son precarios. Por eso mismo persisten fenómenos que, al acercarnos a una fase del ciclo económico que exigirá la devaluación del peso y un aumento de las importaciones, es previsible un déficit creciente en la balanza de pagos. El déficit actual de la balanza de pagos es de 2,5 bn. y se espera una larga recesión en 1980. Pero no terminan aquí los problemas: es conocido que la inflación pudo ser reducida principalmente a través de una caída brutal del salario real, en un 50% en los últimos cinco años. La política de salarios diferenciados no ha sido "suficiente" para bloquear la resistencia colectiva de la clase obrera y todo indica que durante 1981, superando las trabas legales para la acción conjunta, el movimiento huelguístico continuará en ascenso afectando toda la estrategia "estabilizadora".

Otro mecanismo importante de freno a la inflación ha sido la emisión de valores de deuda pública, pero esto ha sido posible por la implantación de tasas de interés elevadas, lo que bloquea la inversión. A su vez, tasas de interés altas dificultan al empresario no sólo la inversión sino también la disponibilidad de recursos para el pago de salarios. Como consecuencia de todo ello se ha reducido el mercado interno y han quedado centenares de empresas, lo que explica que no sólo protesta la clase obrera sino también las fracciones de la burguesía nacional afectadas, no sólo urbanas sino también rurales como se verificó en el affaire Volando. Sólo ciertas capas de la pequeña burguesía urbana se han beneficiado, pero por su peso constituyen sólo una base social restringida de apoyo a la dictadura.

Si tuviéramos que sintetizar los efectos del "Plan Martínez de Hoz" podríamos decir que han beneficiado a una reducida "oligarquía propietaria", predominantemente rentista, grandes latifundistas, dueños de capital financiero, propietarios de bienes raíces urbanos y al capital financiero internacional, a este núcleo se suman algunas empresas industriales, principalmente firmas multinacionales monopolísticas en las ramas química, petroquímica y electrónica. E-

te sector beneficiado por el "Plan de Martínez de Hoz" ha logrado enriquecerse no sólo a costa de los ingresos de los trabajadores sino atacando y tratando de destruir áreas enteras de la estructura productiva tradicional de sustitución de importaciones, al tiempo que se debilita el papel del capitalismo de estado, considerado "subsidiario" dentro del sistema de economía nacional.

Lo paradójico del "Plan Martínez de Hoz" consiste en que no pudo desmantelar el sistema productivo anterior, aunque provocó desplazamientos de capitales del sector productivo al especulativo y al comercio de importaciones; al mismo tiempo tampoco logró satisfacer las expectativas de toda la burguesía argentina, especialmente en el sector rural, donde voces muy fuertes desde la Sociedad Rural exigen una devaluación monetaria para estimular las exportaciones. La liberalización del comercio internacional no dio como resultado que la contraparte inversora o exportadora (esto es EU y Europa Occidental) aumentara nuestras exportaciones. Por el contrario, seguimos siendo marginales en ambos mercados y sólo por ironía de la historia el mercado de los países socialistas concurrió a apoyar a la economía argentina con un volumen de importaciones que ya llega a 800 millones de dólares anuales (incluida China). De modo que el plan sólo ha servido, inicialmente, para establecer el "orden burgués", pero desembocando en una "gran bacanal" en beneficio de las fracciones más retardatarias de la oligarquía y el capital financiero internacional. El gran cuento de "Joe" de lograr una economía eficiente no era nada más que una copia ridícula del modelo aplicado con éxito en Corea del Sur, pero en Argentina no podían funcionar las ideas de Friedman pues es un país capitalista dependiente, que ha desarrollado el mercado interior como eje del proceso de acumulación, articulado en la agroindustria. Es decir —es un sistema de sectores económicos integrado, que difícilmente se podía hacer "involucionar" globalmente, salvo que un "milagro" (por ejemplo que la CEE se hubiese decidido a suprimir el férreo proteccionismo que ejerce, cosa que es actualmente imposible) se hubiese producido. Pero ello no sucedió, con lo cual se derrumba el modelo, que sólo podía, como en Corea del Sur u Hong Kong, funcionar a través de exportaciones manufactureras, mano de obra barata y sumisas, y un sistema de clases poco diferenciado.

De este modo, ha sido Martínez de Hoz quien se ha convertido en un obstáculo para el tránsito glorioso de Videla a Viola. El nuevo presidente de facto, aunque se resista, necesitará abrir el juego para liberarse del esquema y por eso ha planteado la división del ministerio de Economía en tres áreas (Economía, Hacienda y Obras Públicas). Esta actitud de Viola estimula a los opositores a "Joe", que van desde el desarrollismo hasta el nacionalismo industrialista. Pero, lo más importante es que destruye el segundo símbolo de la dictadura, esto es el mito según el cual el "Plan de Martínez de Hoz" era la única receta posible para superar la crisis, tesis que inicialmente logró apoyo en parte del pueblo. También el primer símbolo, la "lucha antisubversiva", amenaza con descubrir su propia esencia, esto es que en nombre de una guerra inexistente se combatió a la izquierda peronista y marxista con métodos genocidas, asesinando indiscriminadamente, lo cual ha generado un repudio social interno y externo. Así, han sido las fuerzas armadas las que han violado la premisa de la estrategia militar que dice que el radio del golpe militar no puede ser más amplio que la posibilidad de ocupación. En este caso, la violación de esa premisa ha consistido en reprimir a personas que para el pueblo eran inocentes. Y, con este error histórico —es decir, matar 15 000 personas de "más"—, la dictadura militar ha generado a las "Madres de Pa-

za de Mayo" y a un Premio Nobel de la Paz. Bueno, era inevitable: la alta oficialidad ciega en la Doctrina de la Seguridad Nacional, no comprendió que el grupo de seguidores de Martínez de Hoz apoyaban el genocidio para concluir con un aumento de la tasa de interés bancaria.

Ahora ambos mitos comienzan a derrumbarse simultáneamente, y más de un general perplejo reflexionará en su intimidad si valía la pena haber arriesgado tanto para hipotecarlo todo a este Quisling argentino llamado Martínez de Hoz.

2. Tres dilemas de la junta militar

Sería superficial e izquierdista creer que las dificultades internas de la junta militar desembocarán en una crisis política a corto plazo. Tanto factores estructurales (la legitimidad estratégica ganada en 1976 como resultado de la superación del "caos", la debilidad estratégica de una oposición tradicional atrasada ideológica y políticamente y el conflicto fronterizo con Chile) como coyunturales (un nuevo presidente tiene siempre por lo menos un año de expectativa esperanzada) no permiten cálculos calenturientos. Pero sería también erróneo no captar que en la nueva etapa política que inicia Viola se superponen conflictos sociopolíticos nuevos con antiguos y que éstos tendrán a estimular la actividad opositora. El principal conflicto que hereda Viola es el derivado de la Ley de Asociaciones Gremiales, que impide objetivamente acuerdos entre la junta y los sindicalistas, aun los más moderados de la CNT. Este conflicto, amparado en una fase que inevitablemente conduce a conflictos laborales por una mejor distribución del ingreso, terminará colando a la junta ante un dilema mayúsculo: nunca, desde 1955, se fue tan lejos contra el movimiento obrero, por eso nunca como ahora es tan difícil retornar (como ocurrió en 1958 o en 1969) sin que se derrumbe el tercer símbolo (la lucha contra los "corruptos"). Es de prever que el sindicalismo de fábrica (que de paso sea dicho está generando líderes independientes) no se negará a colaborar con sectores gremiales que controlan los sindicatos nacionales de industria en caso que éstos impulsen la lucha por aumentos salariales y otras reivindicaciones y la unidad en una sola CGT.

RESUMEN de la actualidad argentina

- Todo lo que sucede en nuestro país extraído de su prensa diaria.
- Un amplio panorama sobre la producción política en el exilio.
- Los principales documentos de coyuntura elaborados en Argentina.
- Rescate de la cultura popular latinoamericana (cuentos, poesía, ensayo).
- Entrevistas
- Suplemento especial AMÉRICA LATINA

Aparece quincenalmente editada por el Club para la Recuperación Democrática Argentina.

Suscripción:

América Latina: por 6, 12 ó 24 números: US \$ 15, US \$ 30 y US \$ 60
Europa: por 6, 12 ó 24 números: US \$ 13, US \$ 26 y US \$ 52

Correspondencia a: NAL - CC 150.189 - Madrid - España

Entrevista a Vicente L. Saadi: "No tenemos expectativas con Viola"

Con ocasión de realizarse recientemente en París el "Coloquio Internacional sobre la Política de Desaparición Forzosa de Personas", los compañeros de Resumen dialogaron con Vicente Leonidas Saadi, destacado dirigente del Partido Justicialista. Transcribimos el texto aparecido en el número 38 de dicha publicación.

Pregunta: ¿Qué expectativas abriga el Movimiento peronista ante la asunción del mando por el Gral. Roberto Viola?

Saadi: Nosotros no tenemos ninguna expectativa por el cambio de gobierno. Esto es una continuación de lo actual, en peores condiciones; y dentro de lo que nos permite el deterioro y el descrédito procurarán incrementar represiones de otro tipo, tal vez un poco más evolucionadas. Este señor no está en condiciones de resolver nada. El país está en quiebra y entregado a las multinacionales. Este señor es el mismo que cuando se produjo el golpe en 1976 era Jefe del Estado Mayor, luego fue Comandante en Jefe de la fuerza, más importante y ha firmado, mantenido y expresado todos los desatinos que se han cometido en el país y contra el país.

Casualmente Viola llega al gobierno sin el respaldo que tenía antes, como Comandante en Jefe del arma. Va como un Gerente, que tiene un

Directorio encima que es la Junta Militar y tiene un camino emparejado de ambas partes que no le permitirá moverse. Podemos afirmar que no tiene respaldo para moverse, ni ganas de hacerlo y producir una transformación. En síntesis, es un instrumento más del régimen. No creo que las condiciones económicas que vive el país, y que se manifiestan dramáticamente en el empresario argentino, en el campesinado, en el éxodo de artistas y profesionales y por sobre todo en el campo obrero, que está con el 30% del poder adquisitivo en relación de lo que ganaba en el '76, vuelva a repetir, no creo que este gobierno pueda resistir mucho tiempo.

Como hombre del justicialismo estoy convencido que no hay ni la más leve expectativa para que pueda producirse un cambio.

P: Es indudable que el plan económico será de características continuistas, mucho más aún si tenemos en cuenta la designación de Loren-

zo Sigaut para ocupar la cartera que deja vacante Martínez de Hoz. ¿Cuál es su opinión al respecto?

Saadi: Evidentemente será continuista. Este es un gobierno que responde a la Trilateral y a las multinacionales, y Sigaut es hombre de la Fiat, entonces resulta ingenuo pensar que va a modificar algo. Su despacho lo tiene instalado en la Fiat y desde allí lanzará la política económica para el país. Vuelvo a reiterar que en estos momentos todo es quiebra y liquidación en el país, se han derogado casi todos los aranceles aduaneros para quebrar a la industria argentina. Sólo se han salvado las empresas multinacionales que tienen capitales establecidos en el país y han importado toda la basura del mundo...

P: ¿Cómo ve al movimiento obrero en 1981?

Saadi: Lo veo pujante. Se va a organizar bajo las banderas de la CGT y no dudo que ésta se impondrá en todo el territorio de la república. De esta forma, los entreguistas dentro del movimiento obrero van a conocer el polvo del ostracismo a muy corto plazo.

P: Ante la inminente liberación de Isabel Martínez queríamos conocer su opinión, ¿será bandera de unidad o división para el peronismo?

Saadi: No creo que Isabel pueda significar una bandera de división. Ella, seguramente, se va a colocar por arriba, no va a interferir y puede ser prenda de unidad. El Movimiento se va a organizar democráticamente conforme a lo que resuelvan las bases y ellas deberán resolver en última instancia si debe ser o

Claro que estará planteado cómo se ubica políticamente el sindicalismo argentino, hoy escindido principalmente entre un ala neovandorista que opera desde la CNT, un ala que continúa firme dentro del peronismo oficial y una amplia franja sindical a nivel de empresa que trata de maniobrar eludiendo ver comprometida su acción por las divisiones en las alturas y que podrá ser incorporada mayoritariamente tanto a un peronismo renovado y unido como a un nuevo movimiento nacional de ideología socialista. El segundo conflicto en el que se verá enredado el general Viola es el derivado de la puja entre diferentes corrientes en el campo de la política económica. Algo es seguro: si Viola se orienta a dar espacio al desarrollismo o si bajo la presencia de tecnócratas en los ministerios permite la influencia del desarrollismo y las organizaciones empresariales que exigen el regreso a mecanismos de regulación tradicionales (devaluación, proteccionismo, control de cambios, etc.), ello tendrá efectos directos sobre la cúpula militar, puesto que implicará tanto una mayor incidencia de nuevos grupos de interés en las decisiones políticas como de corrientes económicas que sólo aceptan la teoría del "Movimiento de Opinión" como síntesis de los movimientos políticos populares existentes, en primer lugar el peronismo. Por eso, si bien cambios en la política económica no implican mecánicamente la desaparición del objetivo estratégico de crear el "partido de élite", provocarán incursiones de la sociedad civil dentro de un estado que también se legitimaba a sí mismo por su inexpugnabilidad frente a los "intereses sectoriales", aunque como lo demostró el "Plan Martínez de Hoz", su política representaba sólo los intereses sectarios de una fracción del bloque social dominante.

Es necesario por eso captar que la prometedora política de "diálogo" anunciada por Viola, cuyo objetivo central es buscar apoyo en los partidos políticos, sindicatos, iglesia, etc., para legitimar consensualmente no ya el "restablecimiento del orden" sino la existencia misma de la dictadura militar, generará fisuras en las fuerzas armadas, y que éstas pueden ser aprovechadas por la oposición para acentuar el desgaste de la junta militar. Lo que la dictadura pretende, por encima de todo, es lograr que los partidos populares y el sindicalismo avalen el modelo autoritario, de "democracia controlada", neoliberal. El "Movimiento de Opinión Nacional" es sólo un objetivo táctico, y la dictadura no tendría problemas en entregar el gobierno a una coalición peronista-radical si ésta toma como suyo el programa de las Pautas. Pero, justamente eso es lo imposible, porque el radicalismo y el peronismo, aunque tengan deserciones, se negarán a sí mismo. Lo mismo ocurre con el sindicalismo, donde muchos sindicalistas "quisieran" ser convidados al festín, pero observan que el puesto que se le designa no es en el comedor sino en la cocina. Por eso la "apertura" de Viola será un juego donde la oposición moderada tratará de arrancar concesiones y donde Viola irá enredándose progresivamente, porque su drama es que necesita abrir el juego pero impidiendo al mismo tiempo que se articule una nueva Hora del Pueblo y se consolide la CGT. Por eso la apertura será limitada y la combinación diabólica entre diálogo y represión seguirá presente. Pero ahora en las condiciones de un gobierno que no puede gobernar como lo hizo entre 1976-1980 porque está socialmente aislado y con problemas económicos y laborales insolubles sin un cambio brusco de timón. Así el dilema de Viola es el siguiente: necesita abrir el juego, pero no puede "perder" el juego. Algo parecido le sucedió a Lanusse entre 1971-1973.

En política es difícil prever cual será el motivo central que puede convertirse en eje de un reagrupamiento nacional antidictatorial. Además de la "revisión" de la política económica, hechos como el conflicto del Beagle o arremetidas "heroicas" del almirante Massera, pueden ser sucesos importantes. Pero creo que un gran debate se desarrollará sobre el Estatuto de los Partidos Políticos. Todavía no se conocen las bases del nuevo estatuto. Pero es posible que, por primera vez en la historia política del país, se tratará de ir más lejos que la mera prohibición a los símbolos peronistas, a las jefaturas carismáticas y al comunismo. Es de prever el intento de imponer un 8% del padrón electoral en la capital y las principales provincias, impedir "coaliciones" y reconocer aquellas fuerzas políticas que acepten como "razón de

estado" las Pautas Programáticas. La dictadura militar no abandonará graciosamente su objetivo de transferir el gobierno a un conglomerado de centro-derecha. Por eso, el mismo debate estimulará la actividad de los partidos nacional-democráticos y la crítica al régimen.

3. Contra la dictadura, por una nueva sociedad

La actual dictadura militar terminará al "estilo" de 1973. Si bien la historia no se repite, es de prever que el desarrollo de la acción sindical junto con una creciente incorporación a las movilizaciones de los partidos políticos, agrupaciones universitarias, la iglesia, etc., terminarán por "desarmar" el proyecto golpista. En la resistencia se concentra la vitalidad de una táctica antidictatorial correcta. Pero es necesario comprender que para el campo popular constituye una gran responsabilidad no llegar al punto de crisis-compromiso para el restablecimiento de la democracia, sin expresar las aspiraciones populares en un programa de renovación nacional capaz de agrupar a la mayoría y abrir camino a una etapa histórica que recupere y supere las fases progresistas que van de 1916 a 1930 y de 1945 a 1955.

La primera cuestión, a mi juicio, es entender que se necesita coincidir en un proyecto político de Reconciliación Nacional para la Democracia. Este objetivo tiene que apoyarse en un eje simple pero contundente: el compromiso por parte de partidos políticos, fuerzas armadas, iglesias, asociaciones gremiales y patronos, etc., que haga posible el libre juego democrático. Quedarán afuera —y no quizá sin lucha violenta— los que se resisten, especialmente desde la derecha, a aceptar esta alternativa histórica. Hemos llegado a una situación en que se abren dos caminos: o restablecemos pronto la democracia política o vamos a un período prolongado dictatorial con una posible guerra civil y con peligros de intervención extranjera. Creo que deseamos impedir la segunda alternativa. Luego, se desprende la necesidad de separar el acuerdo político nacional cuyo tema se restringe a garantizar colectivamente la democracia y la seguridad del estado del tema de proyectos sociales alternativos para la Argentina. Pero, para conquistar primero ese acuerdo y para garantizar luego una democracia renovada es necesario unir a la mayoría del pueblo, con eje en los trabajadores, en una nueva voluntad nacional-popular de cambio social y de reubicación correcta del país dentro del nuevo orden económico internacional.

Es necesario recordar que uno de los componentes de la crisis política que facilitó el golpe de estado de 1976 fue el "retroso" de las corrientes democráticas para proponer un programa económico-social que garantizase la reinsertión positiva de la economía argentina en el mercado mundial. El Plan Geibard contenía formulaciones positivas, pero la "política" reaccionó sobre él negativamente y, como es sabido, no sólo desde la derecha sino también desde la

izquierda. Ahora bien, el fracaso del "Plan Martínez de Hoz" conducirá a la agitación social. Pero ésta puede desembocar en un callejón sin salida si no se elabora un programa económico que reagrupe a corrientes provenientes del peronismo, del radicalismo, del PI, del socialismo, del comunismo.

El eje del programa económico irigoyenista fue la distribución del ingreso, la incorporación de regiones marginales y un primer paso hacia la formación de un sector estatal de la economía en industrias estratégicas (especialmente energía y fabricaciones militares) dentro del esquema agroexportador. El peronismo puso su eje en un proyecto nacional-industrialista, apoyado en el capitalismo de estado, de sustitución de importaciones y acumulación de capital por expansión del mercado interior. Ahora es necesario elaborar un programa que cumpla con tres condiciones: 1) garantizar el desarrollo económico nacional basándonos en el sector "fundamental" de la economía nacional, esto es la economía agraria; 2) reconvertir el sector industrial para que cumpla con dos requisitos básicos: impulsar una economía agroindustrial moderna y desarrollar industrias de punta que garanticen nuestra independencia nacional; y 3) complementar nuestra política de comercio con todos los países del mundo con acuerdos con aquellas empresas multinacionales que están implantadas o puedan serlo, que permita liberar recursos nacionales hacia áreas prioritarias, al tiempo que circunscriba la política arancelaria de importaciones a los principios de eficiencia, costos e interés nacional.

La Argentina, como cualquier país del Tercer Mundo, sólo podrá subsistir e incidir en el mundo actual realizando el socialismo según un modelo nacional, un socialismo a la Argentina. Este es el objetivo estratégico de las fuerzas de izquierda. Pero ello no será posible en un país como el nuestro, con un desarrollo capitalista importante y una sociedad civil desarrollada, sin un proceso de agrupamiento de la mayoría de la población a partir de sus instituciones básicas, esto es sindicatos y partidos. Los resultados del "malentendido" de 1973-1976 demuestran que el estado, salvo un hecho exógeno, improbable, no se derumbará "de golpe", arrastrando consigo a la disolución del modo de producción capitalista. Pero, al mismo tiempo, las "taras" no realizadas por el FREJULI le han sobrevivido y esperan su concreción. El fracaso de Martínez de Hoz ha creado nuevamente condiciones para plantear al pueblo la necesidad de un nuevo modo de sociedad, de "Renovación Nacional" de larga duración para la mayoría del pueblo, incluida parte de la gran burguesía nacional, y de interés para los sectores democráticos de las fuerzas armadas.

Es necesario en primer lugar plantear un plan de transformación económica que sólo será posible aplicar si, a partir de la apertura democrática, se logra unir a la mayoría de la población, incluida la gran burguesía nacionalista. Este plan económico, para triunfar, es decir para aislar y quebrar la resistencia de los intereses

afectados, debe necesariamente aparecer como viable al conjunto del pueblo, y ser consensual.

Apoyándose en Braun, éste debe basarse en cuatro medidas fundamentales. Primero: expropiación con indemnización de la gran propiedad agraria y establecimiento del impuesto a la renta potencial. Segundo: transferencia de los ingresos rentistas a las empresas rurales capitalistas y cooperativas eficientes, a través de aumento de precios agrarios, de acuerdo a tasas de productividad. Tercero: establecimiento de un férreo control financiero de cambios, para evitar la fuga de capitales y poder negociar la deuda externa. Cuarto: fortalecer el sector estatal de la economía, con tres medidas básicas: reforzamiento de su capacidad financiera, aumento de la renta petrolera a través de la fijación de nuevos precios y desarrollo de las industrias de punta estratégicas para la seguridad nacional.

Obviamente esta política deberá articularse con otras medidas, especialmente la reducción de las tasas de interés, aumento de salarios y establecimiento de un "proteccionismo selectivo" que permita al país integrarse dentro del nuevo orden económico internacional, preferentemente con el MCE, con los países socialistas y América Latina. Se trata de un programa que, al tiempo que abre perspectivas al capitalismo nacional, sólo puede ser emprendido por un bloque nacional-popular, apoyado ante todo en la clase obrera. No debe descartarse que la aplicación de un plan económico de estas características se desenvuelva junto al mismo proceso de lucha por la recuperación de la democracia; este fenómeno exigirá adecuamientos tácticos, pero no significa subsumir lo específicamente político en lo económico, a menos que se piense que la dictadura argentina representa lo mismo que el régimen somocista.

El otro aspecto decisivo de una estrategia de "nueva sociedad" consiste en impulsar una política de cogestión y autogestión en la economía nacional. Si bien lo primero es liberar al sindicalismo de la ley reaccionaria actual y garantizar su papel principal, esto es su carácter de organización para la lucha social, es necesario dar un paso hacia la implementación de una función sindical poco desarrollada pero embrionaria, o sea su papel como gestor de la economía nacional. Justamente uno de los rasgos del período 1973-1975 fue el intento de implantar la cogestión en Argentina (Luz y Fuerza, ENTEL, Agua y Energía), porque los trabajadores comprendían que sin democratizar la empresa era difícil garantizar estabilidad a los cambios en la correlación de fuerzas logradas en el plano político. La implantación de la cogestión en grandes empresas estatales y privadas educa al proletariado en su papel social dirigente; lo capacita intelectualmente para conocer y dominar los "misterios" de la gestión empresarial y, si se aplica de abajo hacia arriba, desde el puesto de trabajo a la dirección de la fábrica, dificulta la propia existencia del sindicalismo burocrático. Es necesario abordar con audacia la difusión de esta proposición, que puede ser una vía de acercamiento entre corrientes sindicales peronistas y clasistas y que, dentro de una orientación principista, no se contraponen con la función básica del sindicato como organización sociopolítica de lucha reivindicativa con eje en el contrato colectivo de trabajo. La cogestión y la autogestión son armas programáticas para la renovación de la sociedad argentina, puesto que, al tiempo que atacan la médula del autoritarismo de la junta militar, son instituciones de la administración colectiva que ofrecen la posibilidad de sintetizar las diferencias políticas, lo que es muy importante para un proceso de unidad que presupone superar en el seno del pueblo la crisis moral "originada" por la débil del gobierno de Isabel, y mismo que la falsa división entre peronistas y antiperonistas.

Dentro de una estrategia global de modelo de "nueva sociedad" apoyada en la cogestión y la autogestión también podrá adquirir un significado actual y progresista la lucha por la vigencia de la Reforma Universitaria, cuya plataforma autogestionaria exige su articulación con una democratización general de la sociedad argentina y con una correspondencia pautada entre el programa económico y los estudios universitarios.

El tercer aspecto se refiere a la cultura nacional. Una de las causas por las cuales fracasó el proceso democrático abierto en Argentina es de carácter cultural, entendiendo por cultura el "cemento" de la nación-estado. En Argentina,

por diversas razones que centralmente tienen que ver con la oposición entre el modelo liberal-oligárquico de 1880 y el régimen peronista, se ha producido una escisión entre componentes ideológicos que deben ser integrados en un nuevo "espíritu nacional". Estos son la tradición tercermundista, nacionalista y participativa peronista, el liberalismo democrático y pluralista radical, el socialismo y el catolicismo. Este conglomerado "cultural" también expresa, aunque no agota, la antigua oposición interior-puerto.

Para unir a la mayoría del pueblo se requiere una reestructuración de la identidad nacional, que no supone la elaboración "previa" de una "teoría general de la cultura nacional", elaborada en un gabinete, sino una correcta valoración de la necesidad de acoplar a la acción sindical y política común un amplio debate ideológico al cual cada corriente concurra con su "fracción de conocimiento". Ya no basta con la consigna de "Reparación contra el Régi-

men" o la de "Comunidad Organizada" para unir a la mayoría como en 1916, en 1945 o 1973. No basta porque, subterráneamente, la sociedad argentina debate empíricamente por qué del auge popular de 1973 se pasó a esta tragedia nacional. Y la empiria se resistirá a ser encajeada en fórmulas anteriores, aunque cada sector siga, con razón, fiel a su pasado político. La práctica "filosófica" del pueblo sólo aceptará ser matriz de una nueva voluntad nacional-popular si los núcleos de dirección se abren ante la reflexión empírica y aceptan renovar y armonizar sus proposiciones, acorde con las exigencias de la renovación nacional. Estamos entrando en una fase potencial de gestación de un nuevo movimiento nacional de masas como en 1943.

1 Ernesto Bilder, "La actual coyuntura económica argentina", en Nueva Sociedad núm. 51, Caracas, 1980.
2 Oscar Braun, Crítica al Plan Martínez de Hoz. Propuesta para un plan alternativo (mimeo).



novedades

LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS

K. Marx/F. Engels PP 69

CONTRIBUCIÓN A LA DINÁMICA DEL CAPITALISMO TARDÍO

Natalie Moszkowska PP 91

ESTADO Y CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA.

Casos de México y Argentina

Pascal Arnaud

LITERATURA Y MARXISMO: UNA CONTROVERSIA

Mijail Lifshitz y otros

LA NOVELA LATINOAMERICANA EN VÍSPERAS DE UN NUEVO SIGLO Y OTROS ENSAYOS

Alejo Carpentier

ANTOLOGÍA de ROBERTO ARLT

selección y prólogo: Noé Jitrik

OBRA LITERARIA COMPLETA de RODOLFO WALSH

prólogo: José Emilio Pacheco

CONVERSACIÓN AL SUR

Marta Traba

Solicite información sobre nuestros libros SIGLO XXI EDITORES: Av. Cerro del Agua 248, México 20, D.F.

Distribuidora en Guadalajara: Federalismo Sur 958, Guadalajara, Jal.

CUADERNOS POLITICOS 27

Cacciari ► Poder, teoría y deseo **Vasconi ► La escuela: microfísica del poder?** **W Pellicer de Brody ► La seguridad nacional en México** **CIDAMO ► Economía y política en Argentina** **Cueva ► La nueva encrucijada del Ecuador**
Dixon ► La izquierda norteamericana y la revolución en América Latina **Paiva ► Estado y educación en Brasil**
Arriaga ► El magisterio en lucha **Manjarrez ► La indiscreción de Elena Poniatowska** **Enero-marzo de 1981**

Revista trimestral de Ediciones Era

Ediciones Era	Agencia Guadalajara
Avenida 102 México 13, D.F.	Apartado 32 140
☎ 581-77 44	☎ 12 60 37 / Guadalajara, Jal.

Sobre "polisemias", pampas y confusiones

Elena Casariego

Juan Carlos Portantiero escribió en el número ocho de *Controversia el trabajo* Peronismo, socialismo, clase obrera, donde buscó caracterizar la realidad del peronismo en el proceso argentino sobre todo a partir de lo expresado por dicho movimiento en la última etapa nacional. Desde una perspectiva cuestionadora, Elena Casariego responde a esas reflexiones.

"Horacio... hay muchas cosas que tu filosofía no puede comprender..."
William Shakespeare (*Hamlet*).

Hay un pensamiento de izquierda —un paradigma— que desde hace cuatro décadas intenta interpretar, acercarse o "entrar" al peronismo con escasa suerte. Por una u otra razón el fenómeno desbordó sus "herramientas analíticas universales" y con una obstinación poco previsible por la ciencia sigue constituyendo el polo popular y revolucionario de la política argentina.

Bajo el velo de la crítica a "la otra" izquierda encontramos en *Controversia*, una vez más, el viejo paradigma:

"Abstractamente, la izquierda que en la década del 30 no supo darle propuestas a los trabajadores (viejos o nuevos) que crecían con la industrialización, ha enfrentado a partir de entonces [...] su socialismo verbal a la falsa conciencia nacionalista popular, demorándose en la trivial caracterización del peronismo como estado ideológico del desarrollo capitalista. El error presente en esa conexión inversa entre clase obrera y política, trajo la tentación inversa: el peronismo —se imaginó— es el socialismo. Evita pasó a ser una versión —mejorada por criolla— de Rosa Luxemburg; Perón, un Mao de las pampas; y la clase obrera urbana, que simplemente había consolidado en el justicialismo una larga vocación por las reformas sociales que tenían al sindicalismo como expresión, devino en la fantasía del campesinado colonial de Fanon. Pocas frases hubo entonces tan vacías como aquella (que algunos intentan refluor ahora) que afirmaba que el peronismo será revolucionario o no será. La realidad era mucho más mólica que todos esos dilates: movimiento interclasista, con una ideología nacionalista popular en que su columna de masas es la clase obrera sindicalizada: he aquí un punto de partida [...]"¹

Si bien pareciera que algo se ha avanzado en este punto de partida desde las épocas de la caracterización como "fascismo", "bonapartismo" o "populismo" —también evocadas desde la autoridad de herramientas analíticas universales—, una vez más el socialismo verbal conduce a las bromosas sendas de la incompreensión. Dejemos de lado que ni Evita es una versión de Rosa Luxemburg, ni Perón un Mao de las pampas. Tampoco un Hitler sobre caballo pinto o un rampante Napoleón III de camisa sudorosa. Con todo, la visión que se nos presenta del líder de los trabajadores argentinos deja ver las huellas de un gorilismo mal depilado:

"El papel que cumplía el carisma de Perón —aunque desgastado entre 1973 y 1974— era precisamente el de soldar en un movimiento a fragmentos que respondían a la lógica de los partidos. El resultado de esa concentración de autoridad en un papa infalible que interpreta y adapta la doctrina a las circunstancias ha conducido, en cuanto a métodos políticos, a la burocratización, corrupción y falta de vida democrática en el interior del movimiento; a la tendencia a liquidar a toda contestación socialista interna o externa; al oscurantismo ideológico y cultural".²

Raro que un pueblo indiscutiblemente luchador y lúcido siguiera durante más de treinta años a ese "papa infalible". Pero también la "nueva" izquierda nos da su explicación:

"Por cierto que, en un preciso contexto histórico, esto vino acompañado de una orientación nacionalista, de hostigamiento a las clases dominantes locales y de una distribución progresiva de los ingresos, lo cual constituyó el

humus poderoso sobre el que se asientan la lealtad de las clases populares frente a Perón".³

En otras palabras: pan y circo con escarapeles argentinas. Una "mise en scène" para asustar a los oligarcas con el son de los bombos y una marcha de tonada pegajosa. Como decía un viejo peronista de los barrios obreros de Buenos Aires (haciendo gala de una profunda sabiduría): "con todo respeto, compañero, le voy a hacer su autocritica".

Herramientas analíticas universales y pensamiento político

Europa dio el *okey* para que la intelectualidad de izquierda argentina comenzara a desgarrarse las vestiduras ante la "crisis del marxismo": no hay actualmente nada más "demodé" que ser leonista o partidario de los socialismos reales. Sin embargo, las herramientas analíticas universales parecen haber quedado inclumadas.

Tales herramientas contienen una propuesta resolutive de la historia —el comunismo— cuya esencia es la propiedad social de los medios de producción, en tanto condición material para la realización del "reino de la libertad". Está en discusión si el socialismo es sólo un momento de transición o el final del camino con otro nombre. En todo caso, desde tal concepción de "lo revolucionario" se considera al peronismo como "sólidamente reformista", y el Movimiento "será o no será" según se autocalicifique o no de socialista.

Parecería ignorarse que, si en este mundo hay alguien gravemente enfermo de "polisemia", ese es el socialismo. Sucede que uno de los problemas fundamentales dentro del marco ideológico marxista es ni más ni menos que "el pasaje de lo abstracto a lo concreto"; y las propuestas de formulación de este pasaje han dado lugar a las infinitas versiones —utópicas, verbales o reales— del marxismo contemporáneo.

Los socialismos reales son el resultado, la materialización, de una concepción ideológica y de un proyecto político que contienen en sí los elementos esenciales que han de manifestarse en la organización y en la conducción real del socialismo. Y si se cuestionan los socialismos reales hay que cuestionar entonces el conjunto del sistema teórico marxista, la concepción del mundo sobre la cual se fundamentan.

Como ejemplo: ¿es posible una propuesta democrática, participativa y pluralista popular desde una concepción teórica que tiene como uno de sus ejes centrales el concepto de *conciencia enajenada* (falsa conciencia, conciencia precientífica, reformista, corporativa, etc.) *del sujeto potencialmente revolucionario*, a la cual se opone "la ciencia" como saber absoluto, como "prefiguración de la conciencia verdadera" donde ese sujeto debería arribar? ¿No es ésta una de las bases del *elitismo* marxista en todas sus manifestaciones: el papel del partido; de los intelectuales orgánicos e inorgánicos; de la "vanguardia esclarecida", etc. etc.?

¿No recorre este elitismo "en última instancia" el conjunto del pensamiento marxista: desde Marx y Engels hasta Gramsci, por hablar sólo de los clásicos?

¿Puede un poder estructurado sobre esta concepción abrir sus componentes para la incorporación pluralista de sectores de la clase obrera —del sujeto por excelencia— que reclaman el derecho a ser participantes de las decisiones políticas y económicas, el derecho a reivindicar identidades nacionales o religiosas sentidas profundamente como propias? ¿Son por eso "sólida-

mente reformistas" o contrarrevolucionarios? Habría que preguntarle a Walesa.

No negamos, sin embargo, que un modelo económico de tipo socialista en algunas de sus variantes —como economía estatal, como autogestión obrera o como economía mixta planificada, aun con los interrogantes que estos modelos nos plantean— se presenta como más apto para el desarrollo de las naciones tercermundistas que el capitalismo o el liberalismo clásicos dominados en la etapa actual por las grandes empresas transnacionales. Por lo demás, la crítica al capitalismo liberal ha sido tradición del peronismo, y —desde un marco doctrinario de ferente— el general Perón señaló que, dadas las tendencias de evolución de la historia, la definición de un socialismo nacional sería una forma apta para materializar las banderas de Independencia Económica, Soberanía Política y Justicia Social.

Pero establecer "el" socialismo antes de saber con la *cuota de poder real* con que cuentan los sectores populares, y calificar el carácter revolucionario o no de tales sectores desde ese "modelo ideal", es poner el carro delante del caballo: una irresistible manzana de Adán para los socialismos verbales.⁵

Lo cual estaría indicando la existencia de dos tipos fundamentales de pensamiento sobre lo social: por una parte, el pensamiento "científico" y, por otra, el pensamiento político estratégico, doctrinario.

La "ventaja" del primero es que sus criterios de verdad están dados básicamente por la intersubjetividad de los pensadores sociales, por el mundo de los elegidos de la ciencia, por las élites intelectuales. En tanto no se requiere una inmediata confrontación con la realidad real, este pensamiento puede moverse en lo abstracto, en la elegancia de las "leyes sociales universales", en la especulación expositiva.

El otro tipo de pensamiento —el doctrinario— sabe que "la única verdad es la realidad". Enfrentado cotidianamente al desafío de dar respuesta a esa realidad que pretende transformarse, no puede sino situarse en el plano de lo concreto, de lo particular, de la "única diferencia", de la totalidad de las múltiples determinaciones de lo real. No se trata, por supuesto, de un simple empirismo: a partir de los grandes ejes ideológicos, basado en los principales lineamientos de sus objetivos estratégicos, utilizando una bagaje de información sistematizada, sintetizando las aspiraciones y las formas de la lucha popular, y considerando el marco de las relaciones de fuerzas con el enemigo —debe "elaborar doctrina". Es decir: trazar las líneas de respuesta para las diferentes coyunturas políticas, diseñar fórmulas de acción, plantear las formas de ejecución de los movimientos tácticos y estratégicos.

Por esto, todo líder que realmente —no en la fantasía— debe conducir a un pueblo, lo que tiene que hacer es "interpretar y adaptar la doctrina a las circunstancias". Eso es lo que hacía el general Perón, y por otra parte, lo que ha hecho cualquier conductor de un pueblo: Lenin o Mao; también lo que pretendía hacer Gramsci. El problema es que, muchas veces, se acostumbra a leer la producción teórico-doctrinaria de los líderes marxistas que si fueran "papeles" al margen de la historia y de las circunstancias a las cuales ese pensamiento intentaba dar respuesta.⁶

Movimiento peronista y "polisemia"

Debemos aceptar que una parte importante de los hijos de sectores medios antiperonistas que se acercaron al Movimiento desde comienzos de los años 70 —especialmente los que provenían del cristianismo y se deslumbraron con el marxismo, como así también los que venían de la izquierda en sus diversas variedades— tuvieron una imagen "moldeable" de lo que en el peronismo querían ver.

Al respecto, el mesianismo montonero fue el más dramático. Efectivamente, luego de los primeros meses del gobierno popular llegó a pensar que el general Perón había dejado de ser peronista y creyó poder "hacerlo volver a su cauce" a través del uso discrecional de la violencia. Como contrapartida, luego de la muerte del General, la Triple A comienza a actuar como una respuesta mesiánica antagónica; y la idéntica metodología de tratar de imponer líneas políticas a través del "aparatoismo", al margen de toda participación popular y dirigida a gestar un terror indiscriminado, sería una de las excusas para la más brutal experiencia a

que fuera sometida posteriormente Argentina.

Indudablemente otra cosa —muy distinta— fue y es el peronismo para los peronistas. Para ese pueblo que ha vivido natural y combatiendo su identidad política durante varias décadas, y que no dudó en repudiar masivamente, desde la Plaza de Mayo, esos dos trágicos intentos de "copar" el Movimiento.

Lo cual deja nuevamente en pie la pregunta: ¿qué es el peronismo? El general Perón diría: "un Pueblo que lucha por su liberación contra las fuerzas reaccionarias interiores apoyadas por los imperialismos foráneos".⁷

Con referencia a la definición de un "pueblo" parecerían plantearse, desde el campo del marxismo, distintas respuestas. Por un lado está la concepción más rigidamente clasiista, al estilo Marx y Lenin; por otra —en especial Mao Tse-tung— elabora un concepto que, además de los condicionantes estructurales y sus correspondientes intereses objetivos, está caracterizado por instancias históricas y políticas. El pueblo no es un por sí y para sí abstractamente. Se define por su antagonismo con un enemigo concreto —a partir de la contradicción principal en cada etapa histórica-política— y contiene en su seno un conjunto de sectores sociales cuyas contradicciones no antagónicas pueden resolverse en el interior de un proyecto de liberación y de objetivos políticos que los engloban.

Mientras la visión clasiista presenta una tendencia más determinista —intereses objetivos = partido político que los representa—, una perspectiva que incorpore el concepto de "pueblo" podría aproximarse más fluidamente a comprender el sentido que el peronismo le da al Movimiento.⁸

En el trabajo que analizamos la caracterización del peronismo como interclasismo indicaría su casi necesaria ruptura entre el neoperonismo policlasista del interior y la clase obrera sindicalizada. Esta ruptura —evitada por el "carisma" de Perón, pero conteniendo una lógica poco viable— debería necesariamente producirse en tanto el peronismo constituye para los trabajadores sólo la "defensa corporativa de sus intereses inmediatos, siendo la mentalidad dominante la de grupo de presión".⁹

Pero veamos la supuesta soldadura a contrapelo del Movimiento Peronista, en términos de los "intereses objetivos" que contendría en su seno. Tal como se señala en el mismo trabajo, "la base social del peronismo es compleja [...] esquemáticamente esa complejidad se resume en una coalición electoral que ha tendido a agrupar a la totalidad virtual de la clase obrera sindicalizada, a partes de sectores medios y bajos de la población, incluyendo entre los primeros a la llamada burguesía nacional y entre los segundos a los pequeños arrendatarios y propietarios y a trabajadores terciarios urbanos, semiurbanos y rurales".¹⁰

He aquí, si bien esquemáticamente, una descripción de lo que constituye un pueblo. Queda la duda sobre el papel que en esta nueva etapa pueda cumplir la "llamada burguesía nacional" dentro de esa conjunción de fuerzas; pero, ¿cuáles son los intereses antagónicos existentes entre los sectores sociales señalados? ¿Qué duda cabe que, en su conjunto, han sido afectados históricamente —y hoy más que nunca— por las políticas desarrolladas a partir de mediados de los cincuenta? ¿Qué impide a la gran mayoría de ellos la posibilidad de incorporarse en un proyecto nacional antioligárquico y antiperonista? El problema no parecería ser "estructural" sino esencialmente político.

Precisamente, lo que determina la fuerza política de la propuesta popular del peronismo es su carácter de Movimiento. La constitución de una forma orgánica que permite la incorporación de los intereses sectoriales en un proyecto político común de transformación nacional y social. En la constitución del Movimiento Peronista se encuentra la capacidad potenciada de cada uno de los sectores que en él se integran o donde el eje central, la columna vertebral, lo constituye la clase trabajadora organizada.

Un profundo error del pensamiento "científico" sobre el problema sindical es considerar que los trabajadores argentinos se mueven por meros intereses corporativos: el salto cualitativo del sindicalismo en Argentina es su *vertebración política* a través del Movimiento. De allí que lo que siempre ha querido desesperadamente crear el régimen sea un sindicalismo corporativista que, en todo caso, se mueva cogida a gestar un terror indiscriminado, sería una de las excusas para la más brutal experiencia a



estructuradas para conformar esta versión: el vanguardismo, como partido laborista en su forma más clásica, y el participacionismo, en la hipótesis de una alianza entre ejército, empresarios y sindicatos.

La necesidad de una organización sindical de los trabajadores con objetivos políticos que incorporen y superen los intereses corporativos forma parte de la doctrina peronista desde sus inicios:

"Surge en Francia el gobierno de la burguesía, que organiza el estado nuevo bajo las formas burguesas que llegan hasta nuestros días. En esa organización, las corporaciones fueron despojadas de su poder político, que pasó a ser resorte de los partidos políticos, creación auténticamente burguesa, restando para los primeros una función puramente gremial, tal como lo sostienen hoy los políticos demoliberales. Nacen así los sindicatos de trabajadores como herederos de las corporaciones, pero despojados de todo poder efectivo, desde que se les deja el derecho de discutir por unos centavos más de salarios, en tanto la burguesía, por medio de los partidos políticos, orquesta las leyes que se encargan de establecer las formas de ejecución que impiden todo progreso. Es en esta ficción, cada día más irritante, que se desenvuelve el gobierno de la burguesía en la explotación de las masas urbanas y rurales durante casi todo el siglo XIX".¹¹

Al ignorar este hecho esencial del peronismo, es posible entraparse con las apariencias; la lucha de los trabajadores por la defensa de sus salarios como hecho en sí. Al respecto, consideramos pertinente reproducir la interpretación que del "Rodrigazo" se hace desde tal perspectiva:

"Baste recordar el Rodrigazo, culminación de una más sorda sucesión de cuestionamientos a la política de ingresos establecida, con el absoluto respaldo de Perón, por el ministro Gelbard. Quizás resulte útil recordar que fue entre marzo y junio de 1974 cuando se registró el promedio mensual más alto de conflictos gremiales durante los tres años de gobierno peronista".¹²

Creo que nadie dudaría que si el General hubiera pedido a la clase trabajadora un sacrificio de sus salarios, al menos el nivel de las huelgas hubiese disminuido considerablemente en el periodo señalado. Pero éste es tal vez un buen ejemplo de cómo se movía el líder con sus bases trabajadoras. Si analizamos el discurso del 12 de junio de 1974, se vuelve evidente que —además de liquidar políticamente la provocación ultrazquierdista el 1 de mayo— el general Perón había ido desarrollando una maniobra contra los sectores "retardarios" y las presiones de las transnacionales, asentándose sobre la movilización de los trabajadores, tanto a través de las huelgas como convocando a Plaza de Mayo.

En general, durante los gobiernos peronistas ha existido una muy alta movilización obrera por reivindicaciones salariales: precisamente porque el Movimiento propugna una concepción que permite a los sectores trabajadores los suficientes márgenes de libertad como para desarrollar sus propias fuerzas. La afirmación de que fueron las "presiones salariales" la causa princi-

pal de la caída del gobierno popular es un simplismo economicista.

Por lo demás, el "Rodrigazo" no es sólo cuestionamiento salarial; es el desplazamiento de una opción política —el lopezreguismo— a través de la creciente influencia de los trabajadores organizados en el proceso de la política nacional.

Podemos citar aquí las recientes declaraciones de uno de los más destacados dirigentes sindicales de la Argentina actual. Refiriéndose a la impugnación de cuatro sindicalistas que aceptaron el diálogo con la junta militar, señala que "el problema es político, ya que el sindicalismo argentino es político y no profesional como el europeo; es político porque es peronista".¹³

En el peronismo, lo político y lo sindical se interpenetran a través de un conjunto de mecanismos y de diversas instancias organizativas de base, en especial las comisiones internas laborales y las unidades básicas barriales. Desde este conjunto se definen las reivindicaciones salariales en función política, las actividades comunitarias y laborales en vistas de un mismo proyecto globalizador, las posibilidades de integración de los intereses sectoriales en un proyecto nacional y popular, la deliberación alrededor de objetivos políticos —con un papel central para los trabajadores— dentro de ellos —más allá de la lucha por "unos pocos centavos más de salarios", más allá de los intereses estrictamente corporativos.

Por medio de sus distintos canales de participación, el Movimiento permite potenciar todas y cada una de las propuestas que el proyecto popular contiene y sintetiza; y si no existiera, lo que habría que crear en nuestro país es —justamente— un movimiento de masas.

El problema de la identidad popular

Paradójicamente, la "nueva izquierda" considera políticamente improductiva a largo plazo la unidad del Movimiento. Es que si el peronismo se parte según la "lógica de los partidos" —el laborismo sindical y el populismo provincial— entonces (¡al fin!) tendrá ella el sueño de la clase obrera propia, con intereses estrechamente corporativos, moviéndose sólo en el plano de las reivindicaciones inmediatas y clamando por los intelectuales que le den su conciencia revolucionaria.

Pero esta izquierda no quiere ahora el "partido revolucionario de la clase obrera"; nos dice que hay que crear un *movimiento de masas*, pero, eso sí, socialista. En tanto ésta sea la propuesta, no se impugnará tanto al movimiento de masas como tal —que está creado desde hace 35 años— sino su doctrina supuestamente reformista, su "oscurantismo ideológico y cultural".

¿O se pretende crear un nuevo movimiento con una composición social distinta? ¿O es sólo una forma organizativa diferente? ¿O la clase obrera no debe incorporarse en el mismo proyecto político con el resto de los sectores populares: con los pequeños propietarios y arrendatarios, con los trabajadores terciarios urbanos, semiurbanos y rurales? En resumen: lo que a esa izquierda le parece terrible es que la clase trabajadora integre el conjunto del pueblo con una *identidad política propia* —el peronismo— en función de un proyecto transformador de la sociedad argentina.

A veces se cometen el error de explicar en términos "científicos" el fenómeno de la identidad popular, la fuerza que adquiere esa identidad en sus distintas manifestaciones cuando se ha forjado y consolidado en una sociedad desgarrada por antagonismos precisos: peronismo y antiperonismo. Fácil es para muchos hijos de las clases medias antiperonistas recordar esa mezcla de humillación y odio con que los mayores sentían la rebelión de "la negra" y la invasión de sus cotos selectos: los lugares de veraneo, el centro, los cines, los clubes expropiados para las obras sociales, el temor a "la muchachada".

Menos fácil —para quienes no pudieron ser realmente peronistas y sentir esa "empatía" que forma parte fundamental de su riqueza— es entender la contransea desafiante de conservar las fotes de Perón y Evita, la tozuda impermeabilidad popular ante los medios de comunicación nacionales e internacionales que insultaron y degradaron durante décadas a su líder, el significado de su insobornable sentido de la lealtad, lo profundo de la dignidad entre los trabajadores, lo irreversible de su sumisión rebelada, la euforia desbordante de demostrar que "le daba el cuero", el poder de la picaresca de un pueblo rompiendo su proscripción.

Imposible comprender sólo desde las frías herramientas analíticas la potencia de esa complicidad colectiva y desordenada de ser peronista, de esa apasionada desprolijidad con que los pueblos escriben su historia, de ese "algo más" que la mera ideología racional, de esa "mística" con que el hombre suele rodear a todo lo que ama".¹⁴

Contrariamente a lo que siempre ha pensado la izquierda, consideramos que es en esa ciencia popular y en la historia de la defensa de su identidad —que, en tanto doctrina, es esencialmente dinámica— donde se encuentra lo más revolucionario del peronismo.

Quizá resulte útil recordar que, mientras tanto, esta izquierda "sólidamente revolucionaria" —con su pulcra valijita de herramientas analíticas universales en la mano— deambulaba de una sigla a la otra y de la crítica-autocrítica a la autocrítica-crítica sin que, ese sí patético diálogo de sordos con "la clase", afectara demasiado su soberbia.

Peronismo y política nacional

Cabe preguntarse cuál es el marco de relaciones de fuerzas nacionales e internacionales en que se desarrolla el enfriamiento entre los polos antagónicos principales de la Argentina moderna; el problema de las distintas manifestaciones del poder controladas por uno u otro de los campos enfrentados.¹⁵

El gran triunfo del general Perón fue concitar para su proyecto al 85% de la sociedad civil argentina (62% de fuerza propia y 23% de la alianza con el radicalismo) con lo cual se produjo un cambio cualitativo en el desarrollo de la política del país. El proyecto oligárquico-imperial había perdido sus bases sociales de legitimidad, a diferencia de 1945 y 1955, cuando contaba con el grueso de los sectores medios para enfrentar al peronismo.

De allí que se redefiniere el carácter del enfrentamiento: un proyecto nacional y popular que convocaba a la gran mayoría de la población, pero carecía de la fuerza suficiente para anular el poder económico transnacional y oligárquico y, por otro lado, sólo había logrado neutralizar temporalmente el poder militar, deteriorado por el ejercicio de siete años de gobierno pero unificado en su concepción antipopular.

Es cierto que se cumplía entonces un fenómeno especial que hace al "papel del individuo en la historia". Sólo el general Perón concentraba la capacidad de unificar a diversos sectores sociales y políticos para ese proyecto; sólo él contaba con un poder de convocatoria indiscutido en el seno de la sociedad y podía —sobre la base de ese poder— establecer los lineamientos de una política antioligárquica y antimperial, aun en condiciones internacionales altamente desfavorables.

La crisis que sobreviene luego de la muerte del General (fenómeno que ha ocurrido en gran parte de las sociedades tras la desaparición de un líder) nos obliga a plantearnos si necesariamente el alineamiento de fuerzas que él estructurara ha sufrido —más allá del deterioro y la

desorientación de los primeros tiempos— alteraciones irreversibles.

A partir del golpe de 1976 la junta militar sustenta una tendencia hacia la concentración acelerada del poder económico en manos de los sectores oligárquico-transnacionales. Pocas veces una política económica ha sido tan claramente antipopular: sin concesiones hacia los sectores nacionales, sean éstos trabajadores o pequeños y medianos empresarios. Al mismo tiempo, en tanto tal proyecto carece de bases sociales masivas, está obligado a ejercer una dominación altamente represiva. Porque una política que no se asienta sobre márgenes de consenso debe necesariamente emplear la represión, la que en la sociedad argentina no estuvo sólo dirigida a los grupos guerrilleros.

Tendríamos así —en términos muy gruesos— al bloque dominante afianzado en un poder militar rigidamente represivo; con inteligentes y podríamos decir que inesperadas alianzas internacionales (que incluyen a la URSS y China), reforzadas recientemente por el triunfo de Reagan en Estados Unidos. Desarrollando una política destinada a cambiar la faz económico-social del país, algo que encuentra escasa base social en el interior de la sociedad.

Por otra parte, una oposición política —cuyo centro de gravedad es el Movimiento Peronista— que abarca a las grandes mayorías; golpeada por su fracaso en reestructurar un proyecto luego de la muerte del General; relegada y atomizada ante la dureza represiva; afectada en sus estructuras orgánicas tradicionales (disolución de la CGT, intervención de sindicatos, proscripción de los partidos políticos) y sin capacidad por el momento de alcanzar una efectiva unidad de acción para golpear conjuntamente. Este bloque popular ha comenzado, sin embargo —pausada y dificultosamente aún—, a recomponer sus propias fuerzas, a llenar los intersticios que ninguna política del gobierno puede sellar, a romper su indignado silencio.

En la coyuntura política argentina se ha dado una clara polarización entre las instituciones armadas y la sociedad civil, donde la correlación de fuerzas favorece claramente a aquéllas. Por primera vez a cada uno de los bloques antagónicos le falta justamente lo que al otro le sobra: las bayonetas no sirven como asiento; pero un proyecto civil sin capacidad para generar un espacio político de avance popular, que posibilite la profundización de las contradicciones en el interior de las fuerzas armadas, carecería de posibilidades ofensivas en el mediano plazo.

La apertura prevista para la "etapa Viola" se presenta como peligrosa para ambos bloques. La descompresión de una sociedad reprimida puede iniciar un proceso de "politización" que desborde los marcos previstos por el gobierno y haga aflorar más críticamente las contradicciones entre los sectores militares. Al mismo tiempo, sin embargo, una política desarrollada desde la junta con suficiente habilidad podría establecer cuñas en el seno del endeble proceso de recomposición del bloque opositor y rescatar a una parte considerable de sus bases sociales, especialmente entre las clases urbanas.

En esta situación —no casualmente— el Movimiento Peronista continúa siendo el núcleo central de la oposición popular a la política de la junta militar. En tanto instrumento de la clase trabajadora y el pueblo, el "hecho maldito del país burgués" sigue demostrando su vitalidad corrosiva para minar la estabilidad del poder dominante. Es indudable que la experiencia política y organizativa de las bases peronistas y su profunda conciencia participativa constituyen la clave de esta posibilidad de reconstrucción y hostigamiento.

No obstante, en el mediano plazo, el proceso de consolidación unitaria entre las principales corrientes internas, y la afirmación de un tipo de conducción pluralista y representativa, muestra una complejidad que no es posible ignorar, al margen del apoyo y reconocimiento hacia quienes actualmente ocupan los cargos directivos del Movimiento. Es posible pensar que en este proceso ha de producirse un juego contradictorio entre tendencia centrífugas y centripetas, entre un conjunto de condiciones que tienden a desgajar fuerzas y otras que las irán reagrupando.

Dentro de este marco contradictorio el peronismo debe formular un proyecto político-económico viable para la nación en las nuevas condiciones históricas y sociales, ya que es indudable que la política desarrollada por las fuerzas armadas —junto a los cambios producidos en el ámbito internacional— hacen imposible re-

producir los esquemas planteados en una perspectiva de gobierno popular en las dos experiencias anteriores.

No estamos hablando de utopías verbalistas; simplemente señalamos el hecho de que el conjunto de los peronistas deben iniciar un debate sobre los lineamientos principales de acuerdo entre las distintas corrientes para la gestación de una propuesta de cambio radical de la Argentina. Sabemos que la posibilidad de ejecución de tal propuesta supone necesariamente una previa definición de las relaciones de fuerzas en favor del campo popular; y también que los más refinados informes técnicos y doctrinarios carecen de significado si no constituyen un proyecto sentido como propio por las fuerzas políticas reales.

Teniendo en cuenta tales restricciones, una tarea para los militantes peronistas es la madura aproximación al conocimiento y discusión de la actual realidad argentina e internacional, a fin de ser capaces de ir generando respuestas ante diversos problemas. El reordenamiento del poder político internacional y las posibilidades de desarrollo, dentro de éste, de Argentina y el Tercer Mundo; las connotaciones de la elección de Reagan y la nueva política exterior de los Estados Unidos; las redefiniciones políticas y económicas de las potencias del bloque socialista; las tendencias del mercado mundial y su control por parte de las empresas transnacionales. El lugar de Argentina en la crisis alimentaria mundial; la situación del sistema industrial en el país; el significado de la alta tecnología en el esquema productivo y en las comunicaciones; los problemas energéticos nacionales e internacionales. Los intereses económicos y la política de la socialdemocracia hacia la región latinoamericana; las grandes centrales sindicales y sus relaciones con el sindicalismo argentino; la iglesia en América Latina y en Argentina; el carácter de los sectores políticos nacionales aliados al peronismo; el papel y las características de las fuerzas armadas en nuestro país.

No pretendemos agotar aquí aquellos temas acerca de los cuales es imprescindible contar con información sistematizada para la elaboración de una propuesta política global del Movimiento; pero, seguramente, tales ejes de interés han de ser más fructíferos, para los peronistas, que continuar una polémica en el marco trazado por los nuevos socialismos verbales.

1 Juan Carlos Portantiero, "Peronismo, socialismo, clase obrera", en *Controversia*/8, México, septiembre de 1980.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*

4 Juan Domingo Perón, *La Hora de los Pueblos*.

5 Si de verbalismo se trata, podríamos organizar un campeonato de "revolucionarismo verbal" como un divertimento más para quienes se encuentran "in paribus infelicitum".

6 En este sentido, expresa Oscar del Barco (insospesado de peronismo): "Durante demasiados años nos han hablado del partido soviético y contado una historia totalmente fragnada para inocentes, para estúpidos o para funcionarios del movimiento comunista internacional. Una historia donde siempre aparecía Lenin en actitudes hieráticas siempre siempre atrevido a un auto y diciendo un discurso, o Lenin conversando con los obreros y campesinos [...] Del Lenin que ordenaba fusilar uno de cada diez vagabundos, del creador de la Checa, del Lenin que se opuso ferrocamente a la dirección obrera de fábrica, del Lenin que liquidó a los soviets, la oposición de izquierda, los sindicatos, ni una sola mención. ¿Por qué?"

7 Debemos empezar a hablar de la historia real de la URSS, y a estudiar los escritos de Lenin en estrecha relación con la realidad; creo que es necesario terminar con la lectura perversa de Lenin, con esa lectura típica que consiste en desvirtuar la historia" ("¿Era Lenin un perverso?", en *El Machete* número 3, México, Julio de 1980).

8 Acotemos que hace más de una década esta propuesta de estudiar la producción científica y su circulación con el proceso histórico —y no como una "ciencia" que se desarrolla abstractamente al margen de la historia— era moneda corriente entre una mayoría de los integrantes de las "Cátedras Nacionales", peronistas, de la Universidad de Buenos Aires.

9 Juan Domingo Perón, *La Hora de los Pueblos*.

10 *Ibid.*

11 Juan Domingo Perón, *La Hora de los Pueblos*.

12 Juan Carlos Portantiero, *op. cit.*

13 Roberto García, declaraciones de la Agencia EFE, publicadas en uno más uno, México, 13 de noviembre de 1980.

14 Juan Domingo Perón, *La Hora de los Pueblos*.

15 Es preciso repetir que tal marco debería ser usado en forma sistemática para analizar la historia política argentina de los últimos cuarenta años, que los mismos pensadores de izquierda no dudan en calificar de "empeste". Esta sería una corrección a los ideólogos, porque fácil es hablar sobre lo que debería haberse hecho, pero el problema es consolidar un poder popular irreversible ante un bloque enemigo que no es precisamente "debilicho".

DISCUSIÓN CRÍTICA

Generalmente el hacer político es un acontecimiento encubierto por el lenguaje político. La política, como complicado transcurso que reclama nuestra intimidad desde lo colectivo, que desde las intenciones subjetivas se transforma en agregación con sentido, es la realidad más descuidada del análisis político. Es una suerte de fenómeno entre paréntesis, que el propio discurso político pareciera no estar capacitado para tratar.

La lengua política, y a eso estamos acostumbrados, opera sólo en las posturas explícitas, en sistematizaciones reificadas, desde lemas "eficaces", en contextos ideológicos organizados. Ese es el universo legalizado, con sus historias, con sus ritos, con sus eternos retornos, con sus codificaciones críticas. Este es el endurecido plano que, por lo común, sepulta la necesaria discusión sobre la subjetividad del hacer político.

La política, en tanto práctica, en tanto teoría, concluye por esconder al sujeto. La ya milenaria palabra política termina hablando por nosotros, por cada uno de nosotros: termina más cuando irónicamente pensamos, sentimos, que como nunca nuestra voz es intrasferible, desenajadora, rupturista.

Contraversia, insinuadora e insuficientemente, ha preferido siempre los interrogantes. Apuntar a los vacíos como forma de enriquecer la conciencia de las crisis que hoy afligen a las fuerzas democráticas y transformadoras de Argentina, de América Latina, de Occidente y del mundo. Considerar que estas crisis también ponen en cuestión las formas y los contenidos del hacer político. Exigen revisar co-movimientos fundadores, nociones culturales que otorgan "lógicas", racionalizaciones que cada vez menos dan cuenta de la complejidad social, saberes sistematizados que hoy se muerden la cola más que reencontrar a los hombres reales que producen las historias.

Héctor Schmucler lanza la primera piedra en esta discusión con "Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política". En una entrevista Octavio Gettino charla sobre la no salida de modelos y proyectos políticos imperantes y la necesidad de un retorno a la comprensión de lo cultural. Vittorio Strada en "Interpretar e trasformare" un ensayo incluido en Aldo Gargani et al., *Crisi della ragione*, Turin, Einaudi, 1979, pp. 179-196, reflexiona sobre la razón, la utopía y la ciencia en el pensamiento marxista.

Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política

Héctor Schmucler

Las experiencias y el aprendizaje de los últimos años nos han movido, a muchos de nosotros, a modificar sustancialmente gran parte de las creencias que teníamos sobre la sociedad y su transformación. El desafío principal que ahora se nos presenta es pasar esa nueva concepción a términos políticos. En nuestro caso —los argentinos que estamos fuera de la geografía nacional— el resto se multiplica: no sólo se trata de ordenar un cuerpo de ideas generales a partir de la realidad de un país (tarea que nos incluye en un vasto universo constituido por todos los argentinos que están repensando el quéhacer político) sino que para nosotros se trata de incorporar a ese universo desde la situación particular del exilio.

Con frecuencia, la valentía, la sensatez y la sistematización de algunos planteos teóricos no encuentran correlato preciso en las formulaciones políticas. En una lectura discretamente atenta de los números de *Contraversia* publicados hasta ahora es posible reconocer dos lenguajes que se reiteran: el de la audacia de la abstracción y el de la vejez de ciertos postulados políticos. ¿Podríamos haber hecho otra cosa? ¿En qué medida ha influido en nosotros la percepción de que lo tautológico es tranquilizante y por lo tanto se vuelve aceptable, creíble? La inquietud que genera nombrar lo que los hábitos culturales y las limitaciones ideológicas han reprimido (no nos ha empujado a repetir pasadas retóricas, a reandar caminos transitados, aunque a veces se cambien los decorados de los linderos)? ¿Cuánta imaginación nos hemos negado porque parece reñida con la solemnidad de las demostraciones "científicas"? ¿Cuánta realidad, en definitiva, ha pasado intocada a nuestro lado porque nuestros modelos mentales previos no ofrecían el lugar preciso para otorgarles existencia?

Las nuevas concepciones sobre la sociedad a que aludimos en un principio no sólo modifican (en el sentido de mejorar) los viejos esquemas sobre los que acostumbráramos a construir nuestra hipótesis políticas: producen un cambio sustancial en la manera de afrontar el conocimiento de los procesos históricos. Lo que sigue constituye, apenas, la enumeración, desordenada e insuficiente, de algunos problemas que considero deberíamos tener en cuenta:

1] Desde el punto de vista del análisis de la sociedad, la vieja división de inspiración marxista entre "estructura" y "superestructura" parecería haber entrado en grave crisis. La idea de que un asiento económico y, la estructura, es el sustento sobre el que se montan (determinándolas) las diversas formas en que se organizan las instituciones más variadas de la sociedad con-

creta, dio lugar a simplificaciones que hoy resultan intolerables.

2] Desde la perspectiva de los individuos (es decir, la división entre individual y social debería entenderse sólo como un mecanismo reflexivo), las nuevas conceptualizaciones incorporan crecientemente la subjetividad como elemento inexcusable a tener en cuenta para considerar las acciones humanas. La maltratada subjetividad (por ahora rechazada, de vuelta de la "muerte del sujeto") pero también de cierto psicoanálisis) aparece como componente sustancial de los procesos históricos. El deseo (y no hay deseo que no se articule en la subjetividad) no sólo se dibuja como algo que no hay que reprimir en los procesos sociales sino que, por el contrario, debe considerarse como parte estructurante de esos procesos. No se trata, en adelante, de también considerar el deseo como graciosa muestra de amplitud política. El deseo es político; toda política, dicho de otro modo, da cuenta, quiera o no, del deseo. Cuando en los procesos sociales se realizan políticas en las que se pretende marginar el deseo, éste, en algún momento, se toma su revancha.

3] Las premisas anteriores, pues, nos colocarían en una nueva situación ante la política. Ya no sólo se trata de considerar la acción de las masas como encarnación abstracta de clases sociales sino de entender las múltiples determinaciones o condicionantes de esa acción. Se trata, igualmente, de observar los procesos históricos no sólo como el accionar de las masas-clases sino también a partir de otros núcleos de influencia tales como: a] grupos que se recorran en la sociedad a partir de intereses que podríamos llamar "humano-sociales"; b] individuos que aportan su acción a manera de irrupciones cualitativas sobre la realidad: artistas, líderes religiosos, líderes catalizadores del deseo de las masas.

4] La política, en tanto proyecto que los hombres construyen para vivir de una determinada manera, debería plantearse desde una perspectiva estratégica de vida cotidiana, desde un modelo de ser concreto de los hombres en el mundo. La maraña social debería imaginarse puesta al servicio de ese ordenamiento cotidiano y no al revés, como repetidamente se ha hecho. Se trata de poner énfasis en el estilo de vida, lo que desde otra perspectiva se llamaría modelo o estilo de desarrollo. El estilo de vida tiene que ver con una concepción de cultura, más que con índices cuantitativos de producción y consumo. Debería ir el eje articulador de las propuestas políticas (que incluye patrones económicos, organización del poder, instrumentación tecnológica) y no permanecer

como derivación o consecuencia de cambios en la estructura económica.

5] Se trata de no imaginar ingenuamente un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas como si fuera un fenómeno con sustancial e irreversible de la sociedad humana. Sería preciso, en cambio, detectar cuál es la concepción sociocultural que está detrás de ese desarrollo; se trata de percibir, en las condiciones materiales y no materiales de existencia que surgen de ese desarrollo, la prefiguración de un estilo de vida. Deberíamos aclarar que cuando hablamos de condiciones de existencia entendemos, entre otras cosas, las siguientes: a] la forma de relación de los hombres entre sí, que incluye la del individuo con su deseo; b] la relación de los hombres con la naturaleza; lo que apunta no sólo a los problemas medioambientales sino a la manera como la naturaleza se integra en la cosmovisión de los seres humanos; c] la relación de los hombres con los instrumentos y el uso de los mismos, que condiciona las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza. El problema de la tecnología debería considerarse como un hecho esencial en la concepción materialista del mundo, exactamente en las antipodas de la versión dominante que sostiene su neutralidad.

6] Lo sugerido hasta aquí constituyen puntos de partida posibles para que la política, en el inmediato porvenir, tenga un anclaje verdadero en la realidad. Cada punto podría servir de detonador para múltiples reflexiones y búsquedas; pretenden ser nudos de conflictos más que afirmaciones de seguridad ya conquistadas. Lo que no parece cuestionable es que el futuro nos autorice a no considerarlas. Hasta nuestros días la fragmentación de la realidad ha sido enorme y muchas veces cada su momento apareció como totalidad. El desafío próximo exige reintegrar las partes, incluir lo deshecho, sacrificar dogmas y reconocer las numerosas verdades que organizan la trama social. Pero he aquí una pregunta clave que nos condiciona en la reflexión: ¿qué significa nuestra situación de exiliados para pensar la política en la Argentina? Por un lado se diluye la especificidad del exilio en la medida que comparte la misma dimensión de problemas que realmente padecen los argentinos en Argentina; por otro, en cambio, requiere considerar la carga subjetiva de la situación de alejamiento. El destierro comporta la pérdida del lugar, la desubicación para pensar la realidad. Si ya no es concebible pensar la política desde un andamiaje teórico de leyes generales, el enraizamiento, la situación concreta, el *ubi*, en definitiva, es condición insalvable. En consecuencia, un esfuerzo complementario de reinserción debería ser constituyente del pensamiento político en el exilio.

7] Por las páginas de *Contraversia* han transcrito básicamente dos opciones políticas: el peronismo y el socialismo. ¿Cuáles son los acuerdos? ¿Cuáles las divergencias? Si arrancamos nuestra meditación de los puntos anteriores señalados, ¿qué sentido adquiere la diferencia? Desde otra mirada: ¿qué impide la coincidencia? ¿Qué significa hablar de socialismo o peronismo si se pudiera acordar, a priori, en un modelo de sociedad para la existencia de los hombres concretos? ¿Qué es el socialismo sino el "realmente existente" o la utopía donde la subjetividad de los hombres encuentra las formas de satisfacción de sus deseos? ¿Qué es el peronismo sino la forma en que los argentinos han ido encontrando la manera de reconocerse en la historia? Salvo que se piense en el socialismo como lo teleológico y en el peronismo como una realidad que es preciso aceptar, por accidental y, por lo tanto, precedera ¿por qué no romper un deber ser tan abstracto como inexistente y ubicarnos en la complejidad de lo real humano? Si se abandona la idea de partido como el organismo que sabe porque tiene la verdad, si se decreta de la política como la especialización técnica de algunos, si el poder, como forma de exclusión y privilegio, es combatido en sus rostros plurales para propiciar la participación de todos y la expansión de cada uno, ¿por qué aferrarse a esquemas anacrónicos y no pensar todo de nuevo para inventar (o reinventar) el movimiento que aglutine a las fuerzas que en la sociedad argentina aspiran a un cambio en el sentido descrito? ¿Qué considerar, si no, cuando hoy pensamos en política? Si todavía podemos creer, que no es demasiado tarde, en una plática donde los signos del apocalipsis cada día son ensayados ¿nos atreveríamos a decir que el objetivo de nuestra política es hacer posible la alegría y si no, ¿qué?

MONTHLY REVIEW

febrero 1981, vol.4.5

PROCESO DE TRABAJO Y CAPITALISMO

El capital y la ética del trabajo

La representación del trabajo en la literatura

VALL-FORGONA, 40, BAJOS BARCELONA 12

Suscripción anual: 1.500 pesetas en España; 2.500 pesetas en el extranjero (vía aérea).

ENTREVISTA

Octavio Getino y la reformulación de las cosas

Desde el peronismo al actual pesimismo de la civilización capitalista. En el medio, la necesidad de rescatar lo mucho que quedó confirmado a partir del último proceso argentino—visiones de una historia, papeles del pueblo—pero sobre todo el desafío de imaginar y elaborar lo nuevo desde posiciones populares. Mientras capitalistas avanzados y modelos socialistas hablan hoy de distintas frustraciones, en otra parte, allá en el sur, un país reprimido de diferentes formas necesita pensar casi todas las cosas, para salvar lo que tiene de valioso en su experiencia histórica, para la difícil tarea de inaugurar las restantes. Algo de esto en la charla con Octavio Getino. (N.C.)

Responsabilidades y reorganización del Movimiento

P: Durante su último gobierno el peronismo puso de manifiesto innumerables y dramáticas contradicciones internas. A pesar de que fue derrocado por el peligro concreto que representaban las masas en el espacio de un gobierno popular, frente a su caída ni siquiera existieron esbozos de resistencia. Desapareció nada menos que Perón de esta historia de lucha. Podemos decir que el Movimiento esté situado hoy en una etapa de crisis y reformulación, enmarcada por el repliegue. ¿Como ves ese pasado reciente y el momento actual?

Octavio Getino: Es indudable que el pueblo argentino y la sociedad en su conjunto, no sólo el movimiento peronista, han sufrido una gran derrota. En este cuadro el peronismo es mayormente responsable porque era el eje y la conducción de un proyecto popular. Esta derrota tiene que ser analizada entonces en términos rigurosos, a fin de evaluar sus causas y superar las deficiencias. Hemos perdido el gobierno porque ni siquiera supimos aproximarnos a tener el poder real. Por lo tanto, a nosotros, como peronistas, nos cabe la responsabilidad principal. Podemos criticar a la derecha, al jaqueo de nuestros enemigos y principalmente a las fuerzas armadas, podemos criticar a la izquierda y particularmente a la ultrazquierda, fuerzas que se complicaron en este juego de pinzas para debilitar mucho más al proyecto, podemos criticar la política de las potencias operando contra el gobierno, podemos criticar todos estos factores responsables de lo que ocurrió, pero antes que nada—si nosotros nos asumimos como conducción del pueblo, cosa que seguimos siendo—debemos empezar por un proceso de reflexión autocrítica democrática y abierta, como un proceso que sea políticamente válido. Que se entienda, no se trata de empezar con mea culpas que no conducen a nada.

P: En relación a toda una forma y contenido histórico del peronismo, el elemento más crítico del presente tal vez sea la desaparición de Perón.

G: Va a ser difícil construir la conducción del Movimiento Nacional, dada la gran significación que tuvo Perón. Pero evidentemente el pueblo ha generado no sólo conciencia sino una inmensa cantidad de cuadros medios que deben analizar lo sucedido y generar las nuevas formas organizativas del movimiento. El peronismo fue siempre una fuerza con alto poder de recreación y recuperación, y pienso que lo volverá a ser frente al proyecto a largo plazo que pretenden los militares.

P: Un tema muy discutido hoy: las formas de democracia interna que debiera mostrar el peronismo, a desarrollarse durante el proceso venidero. ¿Cuáles y cómo?

G: El pueblo argentino se ha expresado democráticamente cuando fue gobierno, ya sea en gestiones directas de estado, en gestiones par-

lamentarias, en luchas de fábrica, en las clásicas concentraciones populares. Siempre mostró una práctica democrática que excede a aquellos marcos de análisis que tienen como única referencia lo institucional-parlamentario. El peronismo fue mucho más que el respeto que tuvo a las instituciones. Hace falta profundizar este tipo de experiencias democráticas para que no nos limitemos al clásico espacio político que impone el sistema. Es decir: existe una capacidad de gestión directa, democrática y diversificada de las masas peronistas. Pero este problema también obliga al estudio de experiencias de países vecinos y lejanos, dependientes y desarrollados, porque hoy lo democrático es un problema presente en todas las sociedades: capitalistas, tercermundistas y socialistas. Partir entonces de la discusión y práctica de modelos participativos, modelos autogestionarios, pero fundamentalmente de la propia experiencia histórica de nuestro pueblo.

P: Frente a los retos que debe enfrentar el peronismo en esta complicada y desfavorable, por ahora, historia que nos espera, ¿cómo sitúa el problema de la conciencia popular?

G: En nuestro caso partimos de un alto nivel de madurez de conciencia por parte de la clase obrera, que nos permite pensar en viejos y nuevos tipos de participación democrática en todos los planos sociales. No se si esta realidad define a todo el Tercer Mundo, pero creo que es absolutamente posible de concretizar y hacer avanzar en el caso del pueblo argentino. Hay conciencia, hay experiencia, hay capacidad con respecto a tales concepciones democráticas y participativas en todos los niveles que hacen a la política, desde los institucionales a los no institucionales.

P: Para esta nueva etapa y para tales exigencias de lucha y profundización democrática hacia el cambio, hacia la transformación, ¿el modelo Movimiento es el mejor diseño que tiene el peronismo para hacerse presente? ¿O tal vez el modelo partidista, o el sindicalista político?

G: Tal vez esto, el modelo de organización a darse en el futuro, sea el problema más importante de la perspectiva popular. Las tendencias que pretenden transformar el peronismo en partido liberal clásico van a pesar de aquí en más, si es que no existen elaboraciones superiores a dicha propuesta. Creo que la tradición política y cultural argentina no se adecúa popularmente a la idea de partido. Pienso entonces en la vigencia del Movimiento Nacional, en tanto tenga la constante preocupación de ir definiendo una conducción orgánica y representativa. El movimiento debe arribar a un punto de encuentro y respeto entre todos los sectores que lo conforman. Al mismo tiempo, definir las estructuras nuevas de acuerdo a las nuevas realidades, en la idea de que a lo mejor una estructura meramente movimentista, al viejo estilo, quizá resulte deficiente. Sobre todo precaria en relación a la complejidad que plantea hoy el poder, que crece cada vez más hacia sofisticadas tecnologías y formas de administración. A nosotros nos corresponde entonces una actualización plena en este sentido. Pensar en el movimiento como era hace diez años no ayudaría a dar respuesta a las nuevas necesidades. Por eso es un desafío, es un tema y es un problema a resolver.

P: ¿Qué validez le das a un partido peronista a partir de las estructuras sindicales?

G: La tendencia al laborismo se da sobre todo por la incapacidad de los cuadros políticos del movimiento para dar respuestas adecuadas a la organización y los intereses del propio movimiento. El partido peronista no fue la herramienta más capaz para conducir de manera armónica, por lo cual lo sindical siempre se trans-

formó en herramienta eficaz y directa de lucha de los trabajadores, con las claras limitaciones del sindicalismo. Ahora bien, la tentativa de transformar esta realidad de hecho, en laborismo, estuvo presente desde los inicios del peronismo. Pero no creo que este tipo de tendencias sean las más válidas para el proceso venidero. Una política obrerista estaría incapacitada para conducir a las mayorías nacionales, y por su propia estructuración sindical se encontraría en un juego sin salida.

Reducción y ampliación de la política: su historia

P: De muchas maneras en la historia reciente de las militancias progresistas y revolucionarias existió una concepción del hacer político que planteó esta paradoja: cuanto más política se pensaba que se hacía, más se reducía y empobrecía la noción popular de la política.

G: Creo que existe siempre un peligro evidente en lo que llamamos un reduccionismo de lo político, reduccionismo que termina por afectar los elementos más vitales del individuo y de un pueblo. A veces este reduccionismo se trata de justificar por la necesidad y la urgencia de dar respuesta a las dificultades que plantea el quehacer político. Pero generalmente este reduccionismo es la forma de pensar la política. Esto sucede sobre todo en la militancia, donde se toma muy poco en cuenta la más rica dimensión que conforma a un pueblo, la cultural, y se la sustituye por folklorismo. Por lo tanto se reduce todo a una pragmática carente de perspectiva y hasta de capacidad política.

P: Para vos entonces reformular este hacer político, en tanto repliegue a lo que el sistema impuso como esfera de la política, implicaría abrirse a una nueva interpretación de lo cultural.

G: Sin duda. El hacer político debe contemplar la cultura en toda su dimensión y no fundar su acción sólo en las urgencias que muestra una coyuntura, en tanto todo el quehacer de un pueblo manifiesta una cultura que llega a ser, definitivamente, política real. La cultura de un pueblo es su voluntad de crecer hacia la conformación de una personalidad diferenciada, y esto se manifiesta en todos los actos de la vida de un pueblo: en la manera de vestir, de hablar, de alimentarse, de contrafraternizar, de construir una vivienda, de producir una herramienta, en la manera de reaccionar frente a la adversidad, de solidarizarse, en la manera de sembrar, de rezar o no rezar. Todo esto es lo que la política debe recuperar y abarcar. Cuando intentamos hacer política debemos tener conciencia del conjunto de todas estas particularidades. Pobres serían los resultados de una política que no atiende a estos elementos decisivos. Si bien la política debe analizar la correlación de fuerzas con el enemigo, la penetración de las transnacionales en el país, la metodología de lucha, sobre todo sin embargo debe integrar esa cultura hasta en sus expresiones más irracionales, inconscientes, íntimas, si quiere proyectarse como política transformadora.

P: En tus análisis partes de la noción de espacio nacional como generador de las ideologías políticas del cambio. ¿Cómo se articula la necesidad de una reformulación política con esa concepción del espacio nacional? Es decir, ¿cómo vinculas ese espacio nacional con la teoría del cambio en la Argentina?

G: La nación son los hombres, desde sus diferencias sociales, situados en un espacio histórico determinado. Un espacio nacional no se define sólo y básicamente por su mayor o menor desarrollo económico, sólo por su industrialismo y cantidad de chimeneas. Esta es una concepción economista, industrialista, para definir los espacios nacionales, muy difundida tanto por los que defienden como por los que atacan al sistema. Es una concepción originada en las grandes metrópolis y se encuentra también claramente presente en los países socialistas. Por el contrario, lo que a nosotros como pueblo que lucha por su liberación nos importa es la calidad de los hombres y los procesos que, desde una perspectiva de vida distinta, va definiendo el desarrollo. El mayor o me-

nor desarrollo se verifica entonces en el mayor o menor desarrollo de las calidades de vida individuales y de un pueblo.

P: Desde esta aproximación a la idea de espacio nacional, ¿cómo surgen las políticas que vertebran una lucha por la democracia y el cambio?

G: Entraríamos aquí en el terreno de la organización de la nacionalidad. Es decir, los niveles de coherencia que expresa el pueblo. Lo que genera un pueblo en términos políticos responde a dos niveles de características: aquellas que van surgiendo como propias de ese espacio nacional, y aquellas que los pueblos traducen históricamente de la relación de ese espacio nacional con otros espacios exteriores, cercanos y lejanos. En este sentido en América Latina las experiencias son muy distintas. En el caso argentino no existieron masas campesinas y urbanas con una conformación cultural prehispánica, como la azteca y la inca. Fue mucho más fácil para los españoles y luego para el *laissez faire* inglés fundamentalmente situar desde lo neocolonial, sus modelos institucionales para regular las situaciones sociales cuando ya se había generado una cultura política nuestra, argentina, criolla. Estos modelos políticos se incorporaron como partes de la civilización en tanto pautas que buscaron aparecer como "únicas". Estos modelos descalificaron como "barbarie" formas de participación y de vida de muchas maneras democráticas y participativas que una historia había producido, particularmente en el interior del país. Desde este momento estas formas de participación, estas formas democratizantes se someten a las nuevas reglas de liberalismo librecambista. Estas nuevas formas significaban determinada concepción de los partidos políticos, la liquidación de los caudillos y de otras formas organizativas populares, la regimentación de ciertos mecanismos políticos que quedaron circunscriptos a las elites económicas. Esta limitación de lo político se impone como modelo necesario para garantizar un orden y una estabilidad de dependencia.

P: Nace y se consolida la Argentina política burguesa. Pasa a ser parte de nuestra historia, aun reconociendo lo forzado de una institucionalización que no responde a una historia de formas y concepciones políticas que la lucha por la nacionalidad había dejado registradas.

G: El régimen de partidos y el parlamentarismo, más que traducir las necesidades de un funcionamiento democrático, traducen las necesidades de los grupos de poder oligárquico, tanto en lo que hace a la confirmación de ese poder como al cuestionamiento de ese poder. Porque inteligentemente se instaura no sólo un modelo de afirmación del poder sino también de crítica al mismo. Es decir, Europa también trae el aspecto resistencial. Es así que el anarquismo y el socialismo incorporan el modelo dominante, en tanto modelo ordenador productivo y de neutralización de las rebelías.

P: Podríamos decir: se rompe abruptamente a través de un poder institucionalizador, poder con fuerza y capacidad de creación, una línea de continuidad. Una línea que de haber existido para el pueblo no hubiese significado las monteras federales en las primeras fábricas y en el incipiente proletariado sino la articulación de una historia popular, la reconstrucción de códigos propios.

G: El modelo de organización nacional rompe con la posibilidad de que la resistencia popular se reencuentre con las formas históricas de cuestionamiento popular que se habían verificado durante setenta años de vida argentina: es decir, impide el reencuentro con la multiplicidad democratizante y participativa que había mostrado la larga etapa independentista y federal. Los portavoces de la oposición al estado oligárquico, al estar desligados de una historia cultural y política, en realidad no están entonces construyendo un proyecto histórico popular que pueda crecer hegemónico en la futura historia argentina, aunque así lo crean. Sólo cuando las grandes masas comiencen a participar con su incidencia cultural, con sus modelos políticos intuitivos o fragmentariamente experimentados en el pasado, es cuando comienza a aparecer una oposición democrática y profun-

damente desestabilizadora: el irigoyenismo y sobre todo el peronismo.

El transcurso de la democracia

P: El peronismo y el conjunto de las fuerzas populares luchan hoy por el retorno a la democracia. ¿Qué concepción de democracia debe plantear el movimiento popular en la Argentina?

G: La democracia no es una abstracción. Hay una democracia institucional que de distintas maneras se ha impuesto en nuestros países. A veces se la cuestionado a esto como democracia burguesa, pero mucho más la hemos ido incorporando y muchas veces sin pensar demasiado si responde a una auténtica participación popular. Sin embargo las formas democráticas institucionales se han percibido más de una vez como insuficientes para resolver los reclamos democráticos de las masas. Además, en nuestra concreta historia, estas concepciones institucionales siempre han sido vistas con desconfianza por el pueblo porque casi siempre han sido utilizadas contra el propio pueblo.

P: ¿Es el peronismo el que inaugura esta desconfianza, esta conciencia de los límites institucionales?

G: Con el peronismo aparece una nueva noción de democracia, que trabaja paralelamente sobre dos caminos. Por un lado con respecto a lo institucional-parlamentario, que sigue teniendo vigencia aunque las masas no depositan en

eso sus mayores expectativas. El pueblo deposita su confianza más en un accionar democrático y participativo en otras áreas sociales y políticas, donde comienza a estar presente de otra manera. Se inaugura una participación popular inédita: en las fábricas, en los barrios, en la vida cotidiana, en las asambleas obreras, en los comités, en la relación de lo sindical con lo político y cotidiano, que desde 1945 es una relación que tiene nuevas referencias y alcances. Desde esta experiencia histórica nunca podría ser concebida como un medio para arribar a la liberación. Sería un eje absolutamente falso. No se puede concebir la liberación de un país sin un permanente proceso de profundización democrática: la democracia como una meta, pero también y sobre todo como un transcurso. Y esto tal vez sea un tema que no hemos trabajado y discutido lo suficiente en el peronismo, en parte por descansar en la realidad de que nunca las burocracias en el peronismo tuvieron facilidades para controlar los avances populares.

Autocrítica: peronismo e izquierda

P: Dices en tus últimos trabajos que las fuerzas transformadoras en la Argentina tuvieron una concepción crítica del sistema pero les faltó una visión autocrítica.

G: El problema que se plantea en un Movimiento Nacional que centraliza en una sola persona, Perón, lo que sería el equivalente de un comité central ampliado, es que lo primordial

NOVEDADES.

LIBRO DE BOLSILLO

**786 H. P. LOVECRAFT: EN LA CRIPTA

**787 DAVID HUME: INVESTIGACION SOBRE EL CONOCIMIENTO HUMANO

Traducción, prólogo y notas de Jaime de Salas Ortúeta

**788 ALEXIS DE TOCQUEVILLE: LA DEMOCRACIA EN AMERICA, 1

**789 ALEXIS DE TOCQUEVILLE: LA DEMOCRACIA EN AMERICA, 2

**790 RAFAEL ALBERTI: PROSAS

Prólogo y selección de Natalia Calamari

ALIANZA DICCIONARIOS

JOSE FERRATER MORA: DICCIONARIO DE FILOSOFIA

DICCIONARIO DE HISTORIA DE ESPAÑA

JEAN DUBOIS Y OTROS: DICCIONARIO DE LINGÜISTICA

DICCIONARIO DE LITERATURA PENGUIN/ALIANZA

DICCIONARIO DE LITERATURA PENGUIN/ALIANZA

ALIANZA

ALIANZA

DICCIONARIO DE CIENCIA POLITICA

Dirigido por Axel Görlitz

632 págs.

ISAAC ASIMOV: ENCICLOPEDIA BIOGRAFICA DE CIENCIA Y TECNOLOGIA

WILLIAM L. LANGER: ENCICLOPEDIA DE HISTORIA UNIVERSAL

D. G. A. WHITTEN y J. R. V. BROOKS: DICCIONARIO DE GEOLOGIA

NIKOLAUS PEVSNER, JOHN FLEMING y HUGH HONOUR: DICCIONARIO DE ARQUITECTURA

ALIANZA TRES

59 IRIS MURDOCH: EL CASTILLO DE ARENA

60 MIJAIL BULGAKOV: EL MAESTRO Y MARGARITA

61 LA MUERTE DEL REY ARTURO

62 GERALD DURRELL: BICHOS Y DEMAS PARENTES

63 JOSE BERGAMIN: AL FIN Y AL CABO

alianza editorial mexicana
José morán 93 1-a tel. 5-16-71-08 México 18, d.f.



pase a ser la dosis de confianza del movimiento popular en el caudillo, y el hecho de que se deposita en el líder las responsabilidades mayores del manejo del proceso. Por eso, en nuestra historia como movimiento existen muchas infidelidades que nacen de la carencia de una reflexión crítica y autocrítica de lo que se está haciendo y promoviendo por parte de los cuadros políticos y sindicales dirigentes. Y no sólo carencias en términos teóricos sino en términos que ayuden a mejorar las prácticas del proyecto popular. No existió crítica y autocrítica en los niveles dirigentes que conducían el proceso. Y eso que incluso Perón practicaba autocríticas a su propia conducción, aunque al mismo tiempo le costaba expresar públicamente los errores que se habían cometido. Sin embargo cuando filmábamos la película-reportaje en 1971, Perón habla sin pelos en la lengua de los errores cometidos por la conducción táctica y estratégica. Perón se manejaba con capacidad crítica frente al proceder del movimiento. Por ejemplo, cuando descargó una excesiva responsabilidad sobre el poder gremial para lo cual este último no estaba preparado. Perón pasó luego esa responsabilidad al área-política, para tratar de compensar lo que fue un error. Perón no dijo explícitamente "me acabo de equivocar", pero en la práctica misma corrigió el rumbo. En cambio en los cuadros dirigentes, en los cuadros medios, no existió un proceso de elaboración que permitiera extraer un cuerpo de conclusiones.

P: ¿Cómo interpretas las nociones de autocrítica que imperaron desde 1968 hasta 1976 en las militancias de izquierda en la Argentina?

G: Existió una autocrítica como mero proceso ideológico que en realidad nunca tocó las raíces conceptuales de los errores, autocrítica que proviene esencialmente de la izquierda. Es decir, reflexiones teorizantes que producen nuevos tipos de reflexiones en un marco desconocido de lo que expresaba la historia popular real. Hay entonces un aparente proceso crítico y autocrítico, limitado a elites políticas y sin mayores incidencias en el proceso. Después está el otro proceso, donde muchos de nosotros entramos: los sectores medios que fueron ganados por el movimiento nacional, por el movimiento obrero peronista. Sector que tampoco reflexionó adecuadamente ni mucho menos el espacio social y político al cual se integraba. Sector que entró con más voluntarismo que otra cosa, que mitificó al peronismo en una mezcla de idealización y paternalismo muy poco acompañada de un rigor crítico. Idealización de la clase obrera como si fuese perfecta, sin aportar esencialmente lo que el intelectual está obligado a aportar a un movimiento, es decir su trabajo, su pensamiento.

P: ¿Cómo situas en esta etapa, y en relación a lo que estamos hablando, a La Hora de los Hornos?

G: El trabajo político del intelectual, en este plano, se limitaba a la crítica contra el dominio, contra la cultura colonizada, al estudio de los resortes del poder. *La Hora de los Hornos* incorporaba lo mejor que se había logrado en el campo denunciata. Es decir, cuáles eran las características y las metodologías del enemigo. Y tal vez dábamos alguna respuesta para acabar con este tipo de situaciones históricas. Pero lo que no fue suficientemente analizado, discutido y proyectado, fue qué es lo que queríamos realmente construir. Esta carencia la podés trasladar a toda la política peronista transformadora, entendiendo frente a esta carencia que la incapacidad para pensar en positivo, para pensar en la idea de un proceso transformador, es más importante que descifrar cómo vencer a un poder enemigo. Nosotros no queremos superar al adversario para ocupar el lugar y las formas del adversario sino para poner en marcha un proyecto que rompa con las formas políticas, ideológicas y de desarrollo que impone el adversario. Tal vez estoy hablando de lo más difícil de diseñar. Sabemos que la dominación es incapaz de dar respuestas satisfactorias. Nos toca entonces a nosotros, a las fuerzas populares, estudiar y proponer soluciones alternativas.

Una nueva alternativa de desarrollo

P: Cuando hablas de respuestas alternativas, ¿piensas en ciertos modelos socialistas existentes hoy?



G: Vayamos por parte. Los países metropolitanos, los países capitalistas desarrollados, viven hoy una abundancia material relativa, una gigantesca posibilidad de usos tecnológicos, pero en un modelo de sociedad que en lugar del famoso bienestar trajo profundos recortes de la capacidad individual, del ser humano. El prometido paraíso se transformó en una realidad de aislamiento, despolitización, desencanto y recortes de la democracia. Frente a esto nos encontramos con el modelo socialista, proyecto enormemente positivo en relación con el capitalismo, en tanto involucra toda una redistribución del producto del trabajo del hombre para el hombre, pero modelo que sustituye una forma de dominio de los grupos monopolíticos por un dominio de grupos burocráticos que cercenan las posibilidades de desarrollo del individuo. La sociedad socialista es una sociedad restringida, donde se amputa la participación y la democracia, que deberían ser fundamentos de una sociedad auténticamente socialista. Por buscar el desarrollo de los índices productivos, por buscar el proceso industrializador que compita, el área socialista sacrifica la democracia y por lo tanto una necesaria forma de desarrollo humano. Renuncia a lo que debería ser el eje de un auténtico socialismo; el hombre como posibilidad plena.

P: Por estos caminos entonces se visualiza, actualmente, una no salida. La civilización occidental, mundializada, siempre propagandizó sus potencias como la más espectacular trayectoria del hombre en la historia. De aquel optimismo se llega hoy al más creciente pesimismo de posibilidades. Pero esta crisis cultural ha juegado también a las clásicas razones que fundamentaban muchas ideas de cambio de sistema.

G: Tanto en el capitalismo como en el socialismo se impone hoy la racionalidad del objetivo de "crecimiento", así entre comillas, enterrando la opción por una distinta calidad y forma de concebir la vida. En realidad, en los dos modelos, se retoma lo más tradicional de la ideología burguesa expansiva, algo muy presente en el pragmatismo de las burocracias socialistas, donde el valor se mide por un criterio de eficacia económica y científica. Frente a esto, si no establecemos nosotros un modelo de desarrollo diferente a esos dos, aparentemente antagonicos pero en realidad coincidentes, se perderán definitivamente de vista la relación del hombre con su identidad cultural, con su espacio, con la naturaleza y consigo mismo.

P: ¿Existiría la posibilidad de encontrar fragmentos de experiencias y de aportes teóricos para generar una concepción de ruptura con respecto a estos dos modelos que hoy parecieran totalizar las probabilidades?

G: La civilización cristiana occidental parte de la relación de cambio y de conquista. No se concibe, desde sus referencias, la relación del hombre y la naturaleza como dos energías que deben respetarse e intercambiar solidariamente sus fuerzas. La idea occidental es de conquista,

ya sea de la tierra, del hombre, de los nuevos mundos, del máximo beneficio, del espacio. Supone por lo tanto posesión y explotación, enfrentamiento y manipulación. No es nunca una relación de amor. Esto último, el amor, supondría sin duda nuevos y diferentes conflictos, pero de otro corte, en una dimensión precisamente del amor actuado y del deseo operando, dimensiones que podemos encontrar en otras culturas como algunas latinoamericanas prehispanicas. La inca, por ejemplo. Quizás en esta diferencia encontremos un corte profundo, es decir en el nivel que intentamos hablar. Quizás encontremos en esto una ruptura cultural con respecto al mercantilismo, capitalismo, civilización, progreso, modernidad y uso. La relación del inca con la tierra es una neta relación de amor, lo mismo con los instrumentos y con las ideas de desarrollo de su propia existencia, a partir de la madre tierra y del sol padre. A partir de ahí generó una fuerte capacidad técnica y social distinta. El lucro inmediato, la obtención de plusvalor, el trabajo como basamento de un poder acrecentándose y concentrándose, el consumo como jerarquía humana, es lo que introduce el capitalismo.

P: Habría entonces un reto para nosotros; un único horizonte a combatir. Un horizonte de llegada que hoy impera, fruto o herencia podríamos decir de lo que se consolidó y se abala en términos de pensamiento, teoría y práctica en el siglo XIX, tanto por el liberalismo como por el socialismo y las ciencias.

G: Ciertamente en el capitalismo como en el socialismo actual este problema, este drama, aparece. La sociedad puede conquistar la cibernética, duplicar índices de producción, transformar lo colectivo en potencia material frente a la cual nadie se reconoce, taxatar, controlar. Pero nace también, brutalmente, la insatisfacción en el hombre al advertir que se agotan concepciones de lucha por una real felicidad que hacen a su existencia: concepciones imprescindibles de tener. El retorno al privilegio de la naturaleza, de lo humano, implica una toma de conciencia de que si no se modifican los proyectos de sociedad, el drama se acentuará. Pienso una ruptura en sentido humanístico, noción que hoy se subestima demasiado.

P: Frente a esta realidad, ¿qué significa el peronismo hoy en la Argentina?

G: Creo en la vigencia del Movimiento Nacional, al que hay que redefinir claramente desde una situación que hoy es muy distinta a la de treinta, veinte o diez años atrás. Redefinición que implica un trabajo de invención y creación política, de imaginación y valentía por parte nuestra, que cubra el vacío intelectual que hoy se verifica. Desde esta concepción el peronismo tiene que tener por lo tanto políticas para todo el espectro nacional, incluido los sectores que piensan que el proceso pasa por otros partidos. Sólo así el peronismo puede aspirar a conducir el conjunto de las fuerzas nacionales y populares. Esto no significa una identificación que reduzca diferencias ni ningún integralismo sino conducir abarcando, y desde un marco democrático donde todas las fuerzas tengan su voz y sus posiciones políticas y sociales. Desde esta perspectiva la presencia del militante peronista, del intelectual, del cuadro medio, del técnico y del profesional, es una presencia natural en el proceso que reconstruye. Todos tienen el mismo derecho en relación a sentirse parte del peronismo, para participar en la discusión y elaboración de políticas. Al respecto te aseguro que encuentras gente fuera del peronismo, gente que se dice no peronista, que tiene una concepción mucho más peronista que otros que declaman su peronismo. Lo que importa en el presente es construir un proyecto nacional hacia el futuro para contribuir a la liberación del pueblo y del país. Frente a este desafío las necesidades del movimiento popular son enormes. El movimiento no puede rechazar los aportes de los que están adentro y afuera del país. Si el movimiento quiere ser real conducción del proceso para resolver los problemas de la sociedad, debe abrirse a ese reto requiriendo de cada peronista una actitud de modestia suficiente frente al pueblo y de aporte imprescindible. Lo que el movimiento debe dejar claro desde su conducción es a qué modelo de sociedad aspira. ●

Interpretar y transformar

Vittorio Strada

La última de las *Tesis sobre Feuerbach* afirma: "Los filósofos sólo han interpretado de diversos modos el mundo, en cambio de lo que se trata es de transformarlo". No se podría encontrar una enunciación más lapidaria que esta del proyecto teórico-político de Marx. Sin embargo, generalmente la *Tesis* es interpretada ahora la afirmación de la supremacía absoluta de la praxis sobre la teoría. Es conveniente releer el aforismo de Marx para captar en él su significado más profundo. El sujeto de la primera proposición es la filosofía ("los filósofos"), y sobre su obra se hace un juicio; en cambio la segunda proposición propone, sin dirigirse a nadie en especial, una tarea. ¿Para quién? El contraste entre la primera y la segunda proposición está marcado por los dos verbos en cursivas: interpretar ("interpretado"), un participio pasado porque es esto lo que ha hecho hasta ahora la filosofía y transformar (un infinitivo que, también en el original, indica una acción futura). El objeto de los dos verbos es el mundo. Todo el peso del párrafo recae sobre la cláusula, sobre el transformar, sobre esta nueva tarea asignada a la filosofía en lugar de aquella vieja que había venido realizando hasta ahora. Se trata, por lo tanto, de un transformar que adquiere un sentido fuerte y penetrante, no de un mero cambio del cual el mundo (y la filosofía) no podían sustraerse incluso antes de las *Tesis*. ¿De qué transformación se trata? En las dos proposiciones encontramos también un adverbio; en la primera el adverbio "sólo", y en la segunda la conjunción adversativa, "en cambio"; esto quiere decir que no hay una transposición completa entre el decir y el hacer (entre el interpretar y el transformar); el mundo ha sido "sólo" interpretado; pero, además, ha sido interpretado "de diversos modos". El problema de la transformación se plantea después que la filosofía se ha limitado ("sólo") a dar "diversas" interpretaciones. ¿Cómo es posible entonces la transformación?

He aquí las tres preguntas que, imprecisamente, plantea la onceava *Tesis*: ¿quién es el sujeto de la transformación del mundo? ¿En qué consiste tal transformación? ¿Cómo puede ésta llevarse a cabo? La respuesta a estas preguntas, se dirá, puede hallarse sin dificultad a lo largo de toda la obra de Marx, la cual constituye precisamente tal respuesta. Pero sigamos leyendo las dos últimas líneas de la *Tesis* conclusiva. Dentro de este microcosmos discursivo el sujeto de la transformación no puede ser otro que la filosofía, sujeto de la interpretación de la primera frase. Y la transformación del mundo no podrá ser nada más que la realización de un proyecto de la filosofía. Es por ello que la transformación del mundo será solamente posible a partir de una interpretación transformada del mismo, y por lo tanto la transformación será en primer lugar interpretativa. Queda abierta la cuestión del pasaje de este "en primer lugar" a un "en segundo lugar", es decir al lugar de la transformación real del mundo. En la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Introducción Marx, después de haber desarrollado una reflexión histórica y teórica bastante compleja y esclarecedora, llega a la misma conclusión de las *Tesis sobre Feuerbach*: "Lo mismo que la filosofía encuentra en el proletariado sus armas materiales, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas intelectuales". Y todavía: "La filosofía es la cabeza" de la emancipación, mientras que "el proletariado es su corazón". En fin, "la filosofía no se puede realizar sin suprimir el proletariado, el proletariado no se puede eliminar sin realizar la filosofía". El problema es precisamente el de la soldadura entre "filosofía" y "proletariado" de modo tal que la primera pueda realizarse y el segundo eliminarse.

Una observación indispensable a la lectura de la última *Tesis sobre Feuerbach* y de la conexa *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Introducción, es que el contexto de am-

bos escritos es la crítica de la religión (cristiana) y de la versión secular-especulativa que de ella había dado el idealismo alemán, y en particular Hegel. Leyendo el inicio de la *Crítica*, dedicado al fenómeno religioso, no debemos dejarnos encandilar por la famosa definición de la religión como "opio del pueblo". Definición que, considerada en abstracto, nos hace aparecer a Marx iluminístico y anticlerical, casi como si quisiera hacer de la religión el instrumento de un engaño realizado por los sectores dominantes en perjuicio de las masas. Pero considerado en su verdadero contexto desmiente esta interpretación que, aun siendo abusiva, no ha dejado de ser corriente. No es éste el lugar para hacer una lectura morosa y atenta de la *Crítica*; bastará sólo recordar lo que procede a aquella expresión: "La religión es el lamento del oprimido, el sentimiento de un mundo sin corazón y, al mismo tiempo, el espíritu de una condición desprovista de espiritualidad". Frases que, como otras de esas mismas páginas, encierran una de las definiciones más válidas sobre la religión; una definición que también es el reconocimiento de su verdad histórica, el homenaje a su autenticidad humana para toda una época milenaria, puesto que sólo con el mismo, en cuanto intérprete de una transformación del mundo (y del hombre, porque "el hombre es el mundo del hombre, el estado, la sociedad"), Marx supone que ha llegado el momento de la decadencia de la religión. La religión es (fue) la expresión activa y necesaria de un "mundo sin corazón", y su "misericordia" expresa "tanto la miseria real como la protesta contra esta miseria real": en un mundo espiritualizado, la religión no sólo fue la duplicación subvertida y compensatoria de una opresión sino también el lugar donde se manifestó la "protesta" contra este mundo y donde se ha conservado la esperanza de un mundo distinto del presente.

Si la religión es todo esto, queda claro, en primer lugar, que su crítica no sólo no podrá ser la misma del racionalismo iluminista ni tampoco aquella, por cierto más avanzada, de Feuerbach, quien "no ve, por tanto, que el 'sentimiento religioso' es también un producto social y que el individuo abstracto que él analiza pertenece, en realidad, a una determinada forma de sociedad" (*Tesis 7*). Mientras para Marx "la crítica de la religión es [...] en germen, la crítica del valle de lágrimas, del cual la religión no es nada más que la aureola"; y por lo tanto "la crítica le ha quitado a la cadena sus imaginarias flores, no para que el hombre la lleve sin fantasía ni consuelo, sino para que arroje la cadena y tome la verdadera flor". A Marx, a diferencia de Feuerbach, no le alcanza el haber descubierto el desdoblamiento que el hombre hace del mundo "en un mundo religioso e imaginario y en un mundo real" y critica a Feuerbach porque después de desenmascarar este mecanismo religioso "no se da cuenta que [...] queda por hacer lo fundamental" y es por esta misma razón que ignora que "lo fundamental" es al mismo tiempo de naturaleza teórica (interpretativa) y práctica (transformativa); en otras palabras, se trata de comprender "la contradicción de esta base terrenal consigo misma", contradicción que da lugar al desdoblamiento religioso y, luego, pasar a "revolucionarla precisamente, eliminando la contradicción" (*Tesis 4*). En suma, la religión se supera tomando de ella la instancia de "protesta contra la miseria real" y encarnando su valor de "espíritu de una condición desprovista de espiritualidad": en la crítica de la religión interviene el momento de la acción y del futuro. De la definición marxiana de la religión se deduce claramente que la "crítica de la religión" es la premisa indispensable para la "tarea de la filosofía puesta al servicio de la historia", filosofía que transforma coherentemente esta crítica en "crítica del derecho", del mismo modo que transforma la "crítica de la teología" en "crítica de la política". Finalmente, Marx, por un lado, nos da de la religión una de las definiciones más abier-

tas y adheridas a la realidad que se conocen y, por el otro, afirma su transitoriedad y su fin por el hecho de haber ella manifestado y preservado las energías humanas durante toda la época en que "los filósofos sólo han interpretado el mundo de diversos modos"; mientras que ahora ha comenzado la época en la que "se trata de transformarlo". Por lo tanto, si el mundo no será transformado, la religión volverá a ser "el sentimiento de un mundo sin corazón" y, al mismo tiempo, "el espíritu de una condición desprovista de espiritualidad".

El proyecto de Marx resulta tanto más imponente si se tiene en cuenta el significado que él atribuye a la religión, de la que se consideraba (no individualmente sino históricamente) el heredero, el crítico, el realizador y el abrogador. Mientras en su teoría crítica y crítica teórica de la religión muestra abiertamente la verdadera raíz y la matriz ético-intelectual de ésta y presenta un proyecto de acción histórico-práctica (la realización-superación de la religión), en ese mismo escrito (la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*) lleva felizmente a término su primera formulación pública de la naciente (pero ya formada) concepción materialista de la sociedad, presente aquí como relación sociedad civil-estado, relación que pocos años después se concretará, por el primer término, como conjunto orgánico de fuerzas productivas y de relaciones de producción y, por el segundo, como conjunto otro tanto orgánico de superestructura política y formas de conciencia social. Pero aquí urge destacar que en este materialismo histórico-dialéctico *in nuce* ya opera el concepto de clase y sobre todo de clase universal, el proletariado, "arma material" de la filosofía. El proletariado es "una clase con cadenas radicales, una clase de la sociedad civil que no [es] una clase de la sociedad civil, una clase que [es] la disolución de todas las clases", una clase que es, en una palabra, "la pérdida completa del hombre" y que por lo tanto puede "conquistarse nuevamente a sí misma sólo recuperando completamente al hombre". Es a partir de aquí que "cuando el proletariado proclama la disolución del orden actual del mundo no hace más que pronunciar el secreto de su propia existencia, ya que él

DEBATE

REVISTA INTERNACIONAL MARXISTA

año 4, número 16, febrero-marzo de 1981.

Dirección: Revista Internacional Debate, c/o Librería Vecchia Talpa, Piazza dei Massimi 1/A, 00186, Roma, Italia.

Muros, bloques y ghettos

Comunismo español:

Bien venga la crisis!

Comunismo mexicano:

Esto es hablar, compañeros

Oposición sindical brasileña:

Partido obrero o sindicato

apolítico?

Debate conversa con Lula

Da Silva y Jacó Bittar

CGIL italiana:

Debate entrevista a

Rinaldo Scheda de la

secretaría nacional de

la CGIL

Dossier Medio Oriente

Introducción a la novela

policial

de Osvaldo Soriano

es la disolución de hecho de este orden del mundo" y "cuando el proletariado exige la negación de la propiedad privada no hace más que elevar a principio de la sociedad lo que la sociedad ha elevado ya a principio del proletariado y se halla realizado en él sin intervención propia como resultado negativo de la sociedad".

Y será en este terreno atea-teísta-religioso y sociológico-revolucionario que crecerá el robre de la economía marxiana, la cual se derrama con tanta potencia y riqueza que nos hace olvidar a veces la tierra fértil en que hunde sus raíces. Si bien la epistemología marxiana, con sus instrumentos y sus resultados, se sitúa en la corriente del saber científico y es consciente de no tener entre sus manos la llave maestra que abre cada fenómeno económico concreto con la aplicación inmediata de leyes generales de carácter suprahistórico, es verdad también que en el saber científico moderno la obra de Marx ocupa un lugar inigualable por la síntesis que realiza entre la ciencia, un proyecto de emancipación universal y una —igualmente universal— teoría de esa emancipación. No se trata de dos Marx, el científico y el utopista, como vulgarmente se afirma; como si se pudiera reconocer la herencia de uno rechazando el aporte del otro. Marx no es ni siquiera "utopista", y no precisamente por el hecho de que con él se haya operado el "paso de la utopía a la ciencia". Con Marx el proyectismo abstracto de las utopías se desvaneció definitivamente en tanto el impulso emancipatorio que se coagulaba en las construcciones utópicas él lo extrae directamente de un mucho más vasto y originario espacio de expansión: el ocupado durante milenios por la religión. En Marx el impulso emancipatorio universal, heredado de la religión, se fusiona con una operación científica realizada siguiendo la línea de la ciencia de su tiempo y se abre una técnica de acción histórica centrada sobre los mecanismos económicos, sociales y políticos descubiertos en la realidad de su tiempo. Y precisamente en esta síntesis viva y productiva consiste la novedad de la *ratio* marxiana que en sus orígenes se nutre de una *irratio* primigenia (en caso de asignarle primitivas al fenómeno religioso), del mismo modo que el robre radiante se nutre en un *humus* oscuro. La insuperable correlación entre *ratio* e *irratio* —insuperable siempre que no se postule una razón desprovista de todo residuo irracional como la hegeliana, porque aquí estamos en presencia de un "pensamiento especulativo" que es puramente místico— tiene un doble significado: por una parte, lo irracional es el concepto límite de lo racional, y por la otra es su esfera germinal. A la omnipotencia de la razón del racionalismo metafísico, un racionalismo científico contraponía una razón poderosa dentro de los límites de la finitud humana. En el espacio de este segundo racionalismo se despliega también la razón científica de Marx, cuyo *proprium* y cuyo *notum* no es precisamente el hecho de postular una "armonía preestablecida" como hacia el racionalismo clásico sino el hecho de proyectar una "armonía preestablecida", es decir proyectar aquella negación sociológica y realización atológica de la religión que promovía y fundaba la misma operación cognoscitiva marxiana y no sólo la acción revolucionaria, o mejor dicho la una y la otra se fundaban en un único todo teórico-práctico. El momento de la *irratio* es intrínseco al momento de la *ratio* en la suprazón marxiana, que vivirá su crisis de disgregación precisamente cuando se intente anatomizar y viviseccionar su unidad orgánica, negando al Marx "utópico" para reconocer sólo al "científico", como hizo el revisionismo bersteiniano en la primera verdadera gran crisis que sufrió el pensamiento de Marx. (Totalmente diferente fue en cambio el enfrentamiento con Bakunin, el cual, a su manera, había realizado el pasaje de una religiosidad secular-idealista a una práctica revolucionaria ateo-religiosa, aunque sin la razón científica de su gran rival; por lo cual en Bakunin podemos ver el primer gran irracionalismo revolucionario. La relación entre Bakunin y Marx fue al mismo tiempo de competencia por la hegemonía del movimiento y de oposición en la sustancia y en la forma de concebirlo.) La crisis revisionista amenazó realmente con deshacer la unidad de la razón marxiana por su apelación a un pragmatismo táctico y a un concretismo científico que podrían haber arrastrado al marxismo por el camino tradicional de un racionalismo empírico (demasiado superficial resultó el "retorno" a Kant como para abrir una real perspectiva problemática: la cuestión Kant-Marx pertenece

ce al futuro); por otra parte, la ortodoxia kautskiano-plejanoviana mantenía aquella unidad sólo formalmente, positivizando al Marx "científico" y conservando la "utopía", sí, pero sobre un fondo bastante abstracto y lejano, y sobre todo reduciendo precisamente a una "utopía" consolatoria y estimulatoria aquello que había sido la médula espinal del accionar marxiano.

Fue Lenin quien dio una nueva y enérgica unidad a la razón marxiana, distinta sin embargo de la originaria, colocando a su vez en esta resurrección-transfiguración de Marx su propio ímpetu intelectual, pero además permitiendo que fluyera un torbellino histórico que Marx había contemplado y estudiado, sólo presentando su novedad e importancia: la experiencia de países distintos a aquellos donde, en formas diferenciadas pero unitarias, el capitalismo se había afirmado y expandido. De qué modo Rusia —país en vías de desarrollo capitalista retardado pero acelerado— pudo convertirse en el centro de este renacimiento *sui generis* de la razón histórica marxiana, es una cuestión que está lejos de no tener importancia, pero en nuestro contexto es irrelevante. Debe tomarse en cuenta no sólo el hecho de que, en esta recomposición renovadora del marxismo, la propia vastedad maciza y opaca de la experiencia histórica incorporada a sus esquemas operativos los dilataba hasta el límite de tolerabilidad. Hay que destacar también el particular tipo de "utopismo" que venía a sustituir al originario marxiano: el racionalismo de Lenin, en este caso semejante al de la tradición radical-revolucionaria rusa y asentado en un particular estado y ritmo del desarrollo de la cultura rusa respecto de la europeo-occidental, llevaba a la "crítica de la religión" marxiana hacia posiciones de carácter iluminista, del mismo modo que al específico materialismo marxiano —cuyo significado se podía comprender sólo dentro de su supraracionalismo histórico-utópico— se lo cargaba de una herencia premarxista que la repetida referencia a Hegel no contribuía, por cierto, a purificar. Esta transfiguración del marxismo fue la contribución histórica para su resurrección, y sobre todo fue la contribución para su universalización no intensiva —como en el "europeco" Marx— sino extensiva, vuelta a lanzar hacia espacios que Marx no conocía aún los verdaderos contornos.

Antes de hablar del resultado de esta reanimación leninista de la razón de Marx es necesario recordar que en aquel periodo fueron realizadas otras tentativas. No podemos hacer de Sorel una figura de la historia del marxismo, pero su importancia para esta historia es relevante porque se ubica en un punto tangencial en el que el marxismo se pone en contacto con un fenómeno nuevo que, en ciertos aspectos, es su doble invertido, opuesto y caricaturesco: el fascismo. De Sorel —cuya presencia refleja se encuentra en marxistas como Lukács y Gramsci— lo que más nos interesa por ahora, y en general, es su noción de mito. En un momento en el que el mito, especialmente en Francia, era objeto de estudio científico por parte de la etnología, Sorel lo descubre como vitalizadora energía revolucionaria, y es más, descubre que no puede ser entendido si se lo toma —como hace el etnólogo— como un objeto extraño y residual de una época remota y perimida: para entender el mito debemos convertirnos nosotros mismos en sujetos míticos, viviéndolo desde adentro. El segundo descubrimiento de Sorel es que el mito, lejos de ser la forma espiritual de una época protohistórica, es una dimensión permanente del espíritu humano, y por tanto también del hombre moderno. El pensamiento abstracto no sólo no está en condiciones de comprender el mito sino que ni siquiera participa en su creación. El mito es una categoría trascendental del espíritu, su base está formada por una raíz afectiva, dado que es la respuesta a exigencias y aspiraciones vitales imposibles de suprimir. Sorel llega a este descubrimiento a través de su conocida polémica antisocrática y antintelectual, animada de una preocupación por las nuevas formas de racionalización capitalista-industrial, con sus consecuencias de escisión y atomización del organismo social, y por la nostalgia ("lugar común" de tanta filosofía cultural sobre todo alemana) de la bella unidad comunitaria, instintiva y creativa de la helenidad. Sorel, para encontrar su teoría del mito, o —sería más apropiado en realidad— para vivirlo, debe salir de la esfera de la etnología de su tiempo y re-

montarse a Vico, otro filósofo aislado entre los racionalistas (cartesianos) de su tiempo. Pero, a diferencia de Vico, Sorel afirma la presencia del mito en el presente y, sobre todo, su efecto revolucionario para el futuro. El mito, como energía afectivo-comunitaria, vale por el impulso que imprime a quien lo vive y participa de él, para aquella "obra solemne, grande y sublime" —como escribe en *Reflexiones sobre la violencia*— que es el socialismo. Efectivamente, "mientras no haya mitos aceptados por las masas se podrá hablar de rebeliones hasta el infinito sin llegar jamás a hacer surgir un movimiento revolucionario". Incluso la crítica revisionista al marxismo extrae de Sorel un significado particular en función de su visión del mito: las partes científicamente insostenibles de la teoría marxiana son míticamente esenciales y vitales. Si la ciencia transforma a la vida en fórmulas, el mito restituye la vida a las fórmulas; y sólo una fórmula viviente y vivida (precisamente un mito) puede resultar un principio de acción. El proceso de Sorel es, por lo tanto, el inverso de Marx, quien parte de una "crítica de la religión" para alcanzar —sin jamás erradicarse de su primer terreno formativo (mítico)— el máximo de abstracción concreta posible en una investigación histórico-científica, cuyos resultados se convierten en la base real de una acción política revestida del mito titánico originario. En Sorel, el mito, dilatado a universo de la acción, elimina la ciencia en su autonomía particular, reduciéndola a función instrumental de impulsos afectivos e imaginativos (míticos) de masa, primarios y superiores respecto del pensamiento analítico-reflexivo. Sorel, que había captado lo insuprimible de la dimensión mítica (aunque no estuvo en condiciones de indagar en forma plausible la relación que existe en el mundo moderno entre mito y ciencia), otorgaba al mito una esfera de acción ilimitada, como si desde la época de las "bestias" de Vico, dotadas de fantasía "muy corpulenta" no hubiese cambiado nada o casi nada. Entre otras cosas, a Sorel, movido por su anti-jacobinismo (y antiintelectualismo) y por su veneración de la moral y la democracia de los "productores", se le escapó que, precisamente su mito, además de vivir entre vastas masas, debía convertirse en un instrumento de menores "jacobinas", transformándose, al menos en parte, en mistificación para un nuevo dominio ("intelectual"). Sorel, con el sentido de lo "sublime" y su justificación de la violencia, era el profeta del triunfo de la *irratio* sobre la *ratio*, invirtiendo las suertes precarias de una razón positivista y científica que pretendía dominar las fuerzas oscuras conforme a la perspectiva de un progreso ilimitado.

En Lukács, un mito originario actúa como impulso de un movimiento de larga trayectoria: desde la fase idealista, recorrida por una inquietud kierkegaardiana, pero dominada por una racionalidad hegeliana, hasta la conversión marxista y leninista de la conciencia de clase y de la organización de partido; y desde aquí a un coherente estalinismo filosófico y especulativo, para concluir en un revisionismo antiburocrático y en un marxismo ontologizado. El mito inicial es el de una helenidad como patria perdida del hombre, que vive alienado y trastornado en el mundo de la escisión y de la angustia, pero que no obstante rememora la bella totalidad perdida y espera el "advenimiento de lo Nuevo" y el éxodo hacia una reconquistada armonía superior. La civilización griega lukácsiana, como la de Winkelman, Schiller y Goethe (y más tarde de Hegel y de Marx), es el ideal resplandeciente de una infancia de la humanidad, ideal que luego los románticos disolvieron, haciendo perder a los griegos su carácter exclusivo de pueblo extraño en condiciones de comprender el mito sino que ni siquiera participa en su creación. El mito es una categoría trascendental del espíritu, su base está formada por una raíz afectiva, dado que es la respuesta a exigencias y aspiraciones vitales imposibles de suprimir. Sorel llega a este descubrimiento a través de su conocida polémica antisocrática y antintelectual, animada de una preocupación por las nuevas formas de racionalización capitalista-industrial, con sus consecuencias de escisión y atomización del organismo social, y por la nostalgia ("lugar común" de tanta filosofía cultural sobre todo alemana) de la bella unidad comunitaria, instintiva y creativa de la helenidad. Sorel, para encontrar su teoría del mito, o —sería más apropiado en realidad— para vivirlo, debe salir de la esfera de la etnología de su tiempo y re-

construirse a través de las estrellas única claridad de los caminos! Todo es para ellos nuevo y, sin embargo, familiar; aventura y, sin embargo, posesión. El mundo es ancho y, sin embargo, como la casa propia, pues el fuego que arde en las almas es de la misma naturaleza que el de las estrellas; se separan claramente el mundo y el yo, la luz y el fuego, pero a pesar de ello se llegan a ser extraños; pues fuego es el alma de toda luz, y todo fuego se viste de luz". Y un poco más adelante Lukács define la nueva fase del espíritu que, llegado a este punto, no puede respirar más en el perdido mundo cerrado de la helenidad: "Hemos descubierto la productividad del espíritu, y es precisamente por esto que los modelos originarios han perdido para siempre su evidencia objetiva y nuestro pensamiento recorre un camino infinito de aproximación que no se satisfice nunca y que no satisface jamás". Pero la riqueza y la amplitud del nuevo mundo de la "productividad del espíritu" están limitadas por la falta de esa "totalidad" que daba en cambio bienestar al mundo de los griegos; "totalidad" que "como *prius* configurador de todo fenómeno individual, significa que puede ser perfecto y consumado algo concluso, cerrado, perfecto porque todo aparece en ello, nada está excluido y nada remite a una exterioridad superior". El deseo ardiente que tiende hacia la totalidad, testimoniado en la novela, no es nada más que el impulso mítico hacia una nueva radicación y recuperación de la tierra perdida, que no será ya una imposible restauración del mundo griego, sino un "quitar" (en el sentido hegeliano) la soledad y la escisión de la época de la "productividad del espíritu" o de la "acabada pcaminosidad", reconquistando una más rica unidad entre pensamiento y acción, subjetividad y objetividad, hombre y naturaleza. Dentro de este marco se despliega el marxismo de Lukács, que ha sido siempre un marxismo ideal, filosófico, especulativo, superpuesto al marxismo real, práctico, concreto encarnado en cada momento en la política comunista. Es así como las *Observaciones de método acerca del problema de la organización*, con las que concluye *Historia y conciencia del clase*, definen un partido leninista perfecto, como forma de la mediación entre teoría y práctica, pero ignoran las contradicciones y las remotas y próximas razones históricas del partido leninista imperfecto pero existente que actuaba en la historia rusa y mundial. Del mismo modo, Lukács teorizará más tarde un "realismo-socialista" impecable, como inicio de una nueva e imaginaria fase ético-estética, y no captará el significado del "realismo socialista" que efectivamente se creaba, incluso con su propia contribución. Y, más tarde aun, intervendrá en favor de una renovación antiburocrática del sistema dominante en los países del este, pero no llegará a comprender que dicha renovación podía darse sólo a través de una crítica radical de ese marxismo que él de joven había teorizado de una manera y de viejo continuaba teorizando, aunque ahora de un modo distinto. Y es por esto que Lukács tuvo siempre razón y, a la vez, siempre estuvo equivocado, y su marxismo, para repetir una distinción banal, era tanto "oriental" como "occidental" y resultaba, al mismo tiempo, grato e ingrato al poder y a los opositores del poder. Su estalinismo no fue un "sacrificio del intelecto", como se le suele reprochar, sino la natural trayectoria de su razón que debía establecer con el racionalismo estaliniano un cierto acuerdo, después de haberlo establecido mucho más profundamente con el racionalismo leniniano. Un último capítulo de *El asalto a la razón*, el capítulo más complejo, difícil e instructivo, debía ser de carácter autobiográfico: cómo una irracional voluntad de razón total pudo conducir a la voluntariosa racionalización de una totalidad irracional (totalitaria) y cómo la postulada unidad de teoría y práctica pudo desembocar en una dramática divergencia de teoría que corre detrás de una práctica, pero que es siempre dejada de lado por ésta. Pero a lo mejor *El asalto a la razón* tiene un secreto autocrítico-autobiográfico: es la exorcización de un impulso originario, al que convencionalmente llamaremos kierkegaardiano y soreliano, con la fórmula mágica de una razón absoluta que por un instante ilusorio puede dar la tranquilizadora impresión de aplastar al demonio de la *irratio* (pero que también impide ver que la irracionalidad histórica más atroz actúa a dos pasos de distancia bajo la forma de razón y de organiza-

ción y habla con palabras marxistas). Solamente a través del personaje de una novela de un escritor por él amado como Thomas Mann podría descifrarse el secreto de Lukács; y en parte lo es, en el espacio que hay entre *La montaña mágica* y el *Doctor Faustus*. "György Lukács y la tragedia del pensamiento moderno": así se podría parafrasear el título de un ensayo de Lukács sobre Mann. Pero hay que reconocer que Lukács siempre supo salir de esta tragedia con una salud espiritual digna de atención, gracias al consuelo que le proporcionaba su razón hegeliano-marxista; la tragedia le tocó en suerte a otros y a otro.

La obra de Lukács fue la última y gran (y por ciertos motivos, es grandiosa), aunque mistificada, tentativa de hacer revivir, después de Marx y de Lenin, la unidad de la razón marxista como mito (y utopía y "crítica de la religión") y ciencia y política. El poslukács del marxismo conoce, por un lado, la teoría y la práctica pura (en otro sentido muy impura) del poder con Stalin y, por el otro, la

impotencia de una teoría que no se traspasa en práctica. La razón marxiana se despedaza en sus componentes o, cuando se mantiene en su apariencia de unidad, sus componentes son sustituidos y la unidad se demuestra ficticia. En el marxismo político, de poder, el componente mítico-utópico-religioso se mantiene, pero como fetiche e instrumento ideológico de mistificación y de dominio, y la ciencia se detiene en una verdadera repetición de sí misma, y paralelamente frena el desarrollo de toda investigación, transformándose de este modo en seudociencia. En el marxismo filosófico, el momento utópico se hipertrofia, ahogando toda instancia de científicidad y, con Ernest Bloch, adquiere un carácter claramente religioso (aunque "ateo"). Es aquí donde parece encontrar su fin la parábola iniciada con la marxiana "crítica de la religión": la "filosofía de la esperanza" de Bloch llega a relacionarse con la teología (protestante y católica) fecundándola y sazónandola, ayudándola, de este modo, a darse una nueva dimensión histórica,



social y política. Se puede decir que si con Stalin (pero incluso antes y después de él) el marxismo se limita a dar al César lo que es del César, con Bloch sobre todo se da a Dios lo que es de Dios. Esta contribución será evidente en el caso de pensadores como Horkheimer y Adorno que, si bien no se los puede inscribir en el elenco profesional de los marxistas, han tenido con el marxismo una íntima relación. En ambos casos, pero sobre todo con la "nostalgia de lo totalmente otro" de Horkheimer y menos explícitamente con la "dialéctica negativa" de Adorno, se produce un retorno, o al menos una apertura, a la dimensión teológica y religiosa, traducida, obviamente, en términos seculares. En la otra corriente del marxismo teórico, la que llamaremos convencionalmente "estructuralista" y que ejemplificaremos con Althusser, el momento utópico ("humanista") del marxismo es eliminado con desdén y en cambio se da una hipertrofia de su cientificidad en términos claramente positivistas. Aquí el marxismo se encausa nuevamente en el flujo de la investigación científica, pero al mismo tiempo quiere, a esta altura irrazonablemente, conservar no sólo su especificidad sino incluso su prerrogativa de ciencia más "verdadera" o de punto privilegiado de agregación de las otras ciencias. Cuando la razón dialéctica marxiana se descompone en una utopía, en una ciencia y en una política, es imposible reconocer en ella esa energética novedad revolucionaria que indudablemente tuvo mientras fue vista, desde varias hipóstasis, en su integridad. Por otra parte, es imposible ver a la razón marxiana, allí donde es proclamada como viviente, en el "socialismo real"; allí donde es la doctrina armada y estatuada y donde sanciona una jerarquía social que es totalitaria en un modo imperfecto únicamente porque lo humano, por suerte, no conoce la perfección. En esta disgregación de la razón revolucionaria, por tanto, veremos la "crisis del marxismo" y no en una supuesta "falsificación" del proyecto de Marx por el hecho de que la revolución tuvo lugar en la "atrasada" Rusia o porque el empobrecimiento obrero no se ha registrado, como vulgarmente se sostiene con frecuencia aplicando al marxismo en forma simplista el principio de Popper. El marxismo, en efecto, está en condiciones de explicar tales anomalías en cuanto es un sistema conceptual lo suficientemente dinámico y complejo como para no

desintegrarse frente a la manifestación imprevista de los hechos y, más aún, está en condiciones de enriquecerse en sus propias estructuras. Y por otra parte el principio popperiano exige un desarrollo propio bastante fuerte para poder ser aplicado al crecimiento del saber científico, como lo saben bien, a esta altura, los pospopperianos. Pero, en cambio, la desintegración de la unidad de la razón práctico-científico-emancipatoria, en el interior del proyecto marxiano es señal de una desvalorización específica. La pregunta acerca de la "crisis del marxismo" puede reformularse en otras dos que le quiten al discurso sobre dicha "crisis" su carácter especulativo y vulgarmente abstracto: ¿Han perdido validez las razones históricas de la razón marxiana? ¿Es posible una nueva vida de esta razón sin que caigamos en la repetición formal de aquella que ya concluyó o, lo que aún sería peor, sin que sea instrumentalizada abusivamente por un poder que pretende ser su paladín y garante; es decir una nueva vida que sea capaz de depurarse de aquellas propias tendencias internas que la condujeron al cumplimiento de su ciclo y a la creación de su simulacro abusivo y opresivo? A la primera pregunta es fácil responder positivamente: la sociedad moderna no sólo no ha suprimido las condiciones de existencia que dieron lugar al surgimiento, como respuesta creativa, de la razón marxiana, sino que les ha dado mayor relieve. La exigencia de una "transformación del mundo" se hace sentir actualmente con mucha mayor fuerza e intensidad, incluso si ha disminuido hoy la posibilidad de transformarlo (y crece la conciencia de esta disminuida posibilidad). La "nueva violencia" que nos circunda es también el resultado de esta situación y conciencia nuevas, y no sólo la herencia de una época que ha conocido, incluso en nombre del socialismo, las más atroces masacres de la historia y que ha construido al mismo tiempo las armas de su propia racionalización implacable y de su latente autodestrucción. Si las razones de la razón marxiana siguen existiendo, no sabemos, naturalmente, si y cómo esa razón podrá responder nuevamente a tales razones. Pero el tramo de historia que hay entre la primera crisis de la razón marxiana, la del revisionismo "clásico", y la crisis actual, está tan lleno de acontecimientos excepcionales que es imposible repetir el aforismo banal y desconsolado según el cual la historia no enseña nada y la expe-

riencia no se trasmite; si así fuese, además de todo, el marxismo se habría verdaderamente acabado y, con esto, la cultura se reduciría a una pura ociosidad intelectual. El marxismo debe aprender a renunciar no a su mito emancipador sino a la expresión titánica y enfática que éste tuvo en la marxiana "crítica de la religión" y en la leninista "lucha contra la religión", y que por cierto se ha mantenido en todo el marco político de la sociedad comunista futura (la extinción del estado, el fin de la división del trabajo, etc.). La teoría marxista del fenómeno religioso debe ser revisada para depurarla no sólo de los elementos extraños iluministas que se le incorporaron sino de sus propios impulsos de origen hegeliano y feuerbachiano (aunque originariamente superados en Marx) que convierten a la religión en algo que debe ser superado en un saber absoluto, restituido a la tierra después de haber sido proyectado al cielo, disuelto en una realización revolucionaria que supere todas las contradicciones de base. A la experiencia religiosa se le debe reconocer una potencialidad antropológica, siguiéndola en todas sus variaciones y transformaciones hasta llegar a su actual secularización. El marxismo debe aprender a renunciar a una politicidad total que, llegado a este punto, ha demostrado ser la condición y el instrumento de este nuevo fenómeno —que, equivocadamente, el marxismo no ha tomado en consideración— que es el totalitarismo: es decir, la supresión de la vida en la sociedad civil y la absolutización de una estructura estatal-partidaria que se pretende intérprete unívoco de voluntad de la clase, de las masas, del pueblo, de la nación, de la historia y que constituye el más masivo y opresor poder burocrático de que se tenga memoria. El marxismo debe aprender a renunciar a pretenderse una superciencia que perdura en el flujo de las ciencias y debe comprometerse a un constante y múltiple reconocimiento de sí mismo, de sus propios métodos y resultados, en contacto con el saber científico que deviene según sus propias lógicas de movimiento y renovación y que en los últimos decenios se ha abierto hacia orientaciones epistemológicas completamente nuevas en relación con aquellas clásicas decimonónicas. Finalmente, el marxismo debe elaborar una teoría de la cultura más amplia y sutil de la que hasta ahora ha trazado los arbitrarios límites entre reacción y progreso, o que si ha renunciado a trazarlos fue sólo para refugiarse en un ambiguo silencio contemporizador. Si las razones de la razón marxiana se mantienen y no se observa su superación, son vivas también las razones de esa irratia sobre la cual un racionalismo abstracto, incluso marxista, ha lanzado su anatema, cuando no las ha dejado simplemente de lado con una ignorancia plena de suficiencia. También la historia real del marxismo, y del movimiento que en él se inspira, y no sólo la historia del mundo en el que viven y actúan, es suficientemente rica en tensiones y catástrofes como para poder convertir a la experiencia cristalizada del "irracionalismo" en un patrimonio común, a descifrar, por cierto críticamente como se haría con cualquier otra creación cultural, pero reconociéndola como un texto que virtualmente se dirige a todos. Sin llegar hasta un superracionalismo que vea en lo irracional una forma de razón, un racionalismo adomático verá en la razón un horizonte siempre presente y siempre inalcanzable, jamás separado de la línea de sombra que exalta su luz. Tal vez esta nueva recomposición de aquello que hemos llamado la razón marxiana es una tarea superior a las facultades de un mundo que no obstante la justifica. Quizá la exigencia emancipatoria, la energía política y la instancia científica seguirán actuando aisladamente o reunidas en síntesis fugaces y contingentes; cada una de ellas divididas en corrientes diversas en un mundo que busca una mera sobrevivencia técnico-animal. Quizá la unidad de la razón marxiana seguirá siendo aquella falsa unidad de una organización de poder vacía pero blindada. Tal vez podamos verdaderamente repetir las palabras del joven Lukács que, al final de su *Teoría de la novela*, se preguntaba si "son meras esperanzas las que anuncian la llegada de lo nuevo, indicios de un futuro todavía tan débil que el estéril poder de lo que simplemente es puede aplastarlo cuando quiera, como un juego". En este caso, sin embargo, ese "todavía" sería el signo de un ilegítimo residuo de esperanza. ●

POLEMICA (III)

Con los presentes escritos de Osvaldo Bayer y Rodolfo Terragno concluye un intercambio polémico que se inició en *Controversia*/4 con el artículo El privilegio del exilio. Confrontando con las ideas de Terragno, en el número 7 Bayer plantea una propuesta para el regreso de fueguino, en el Privilegio que duele aprovechar (núm. 9-10).

El papel del intelectual

Osvaldo Bayer

Estimado Terragno:

Tu respuesta a mi propuesta del regreso colectivo de los intelectuales argentinos a nuestro país es sin lugar a dudas brillante en estilo pero confusa y contradictoria. Pero no vale, creo, seguir acumulando argumentos o frases felices en sucesivas entregas a una polémica en la que tendríamos ya que llegar a propuestas concretas.

Me acusas de ingenuidad ("un batman libertario que cae sobre la Casa Rosada para vencer a los perwersos": la figura es aguda en cuanto a su compasiva mordacidad, tiene la pizca de ironía portea que sin mayor retórica ayuda a descalfarme con cariño como una especie de romántico a la violeta). Bien, entre mi "ingenuidad" y tu resignación paralizante habría que buscar el término medio realista y práctico, el método de lucha futura contra la dictadura, el programa de los intelectuales exiliados.

Y aquí está el punto que interesa esclarecer: el papel de los intelectuales. No puedo aceptar tu fórmula de densificar hasta que aclare. Ni puedo menos aceptar una de tus frases admonitorias contra mi proposición de regreso conjunto. Te cito: "Cuando los intelectuales quieren ser ellos —no el pueblo— quienes derroten a una dictadura (y más, cuando pretenden serlo desde fuera) incurrir en el pecado de arrogancia e incumplen el único deber que tienen: entender y hacer entender". (Las cursivas son mías; O. B.) Y: "Un intelectual es, simplemente, aquí a quien la sociedad ha eximido de otras tareas, para que observe, reflexione y proponga cosas que le sean útiles a la propia sociedad. No es un líder. No es el protagonista".

Ahí está el gran error. Estamos de acuerdo que el intelectual no debe ser necesariamente un líder (¿y por qué no si tiene la capacidad y vocación?) pero sí por lo menos tiene que poseer la inquietud de sentirse protagonista en las luchas del pueblo. Otra vez caemos en la élite: los intelectuales aquí —en la cátedra, en el cenáculo, desafiando el juego de abalorios—, el pueblo allá, dando la cara. La historia se niega a aceptar tu tesis. La figura luminosa de José Martí nos está diciendo lo contrario. En la revolución de octubre estuvieron los intelectuales y artistas del mundo entero —y no me refiero a los ideólogos, en el hermoso ejemplo de solidaridad revolucionaria que se llamó la República de los Consejos de Múnich se hallaron permanentemente esas bellas almas llamadas Kurt Eisner, Gustav Landauer y Erich Mühsam (tres intelectuales irremediables); en las batallas del proletariado berlinés estuvo siempre el espíritu y la figura de Rosa.

La única posible y fructífera misión del intelectual es estar con

el pueblo, en el pueblo, principalmente en los momentos decisivos. (No me refiero a la obra sino a la actitud personal.) Y esto sin demagogias, idealismos o fraseologías. Los intelectuales del mundo nos dieron un magnífico ejemplo en la guerra civil española: formaron filas en la columna Durruti, en las brigadas internacionales, en los regimientos regulares de Miaja, al lado del albañil, del labriego, del empleado de banco. El privilegio de ser intelectual les servía para una doble responsabilidad: estar con la lucha del pueblo, vivirla, hablar su lenguaje. Y relatarla, documentarla, interpretarla. Pero no desde París, sino allí, en el Ebro, en Madrid, en Huesca.

El origen libertario de nuestro movimiento obrero dio magníficos ejemplos de la marcha unida de trabajadores e intelectuales, hombre con hombre. En el Congreso de la Federación Obrera Argentina —en 1933— se discutió si se admitía al escritor Alberto Ghiraldo —definido allí como "obrero intelectual y emancipado"— como representante de los estibadores de Villa Constitución. Se lo admitió por 44 votos a 5. Claro, eran los tiempos en que la actividad sindical se completaba con trabajos educativos y culturales a un mismo plano. La época de los Ghiraldo, Florencio Sánchez, Evaristo Carriego, Maturana, Gilimón, Barret, González Pacheco y tantos otros.

Sin darte cuenta sacralizas al intelectual, lo mandas a la torre de marfil —aunque a ésta tratas de disfrazarla de mangrullo— quitándole derecho y deber de protagonizar la lucha por la dignidad junto a cañeros y soldados, amas de casa, curas y maestros de ranchos. Tu misma vida desmiente esta interpretación cuando te quedaste —bien entrada la brutal represión videlista— en tu escritorio de periodista defendiendo la libertad de las ideas.

A mi propuesta del regreso masivo de intelectuales argentinos a nuestra tierra la descalificas llamándola "regreso con fanfarrias". No se qué fanfarrias nos esperarían ahora en Ezeiza. Estoy seguro que ni monseñor Primatista nos dará la bendición ni Ernesto Sábat nos aguardaría con su condecoración del rey Juan Carlos en el pecho. Que ahora no hay peligro de persecución es una interpretación muy particular tuya de ver la realidad argentina. Los torturadores y asesinos están allí, agazapados, en cada esquina. Que ahora hasta Borges condene los crímenes militares sólo quiere decir que no estábamos equipados cuando levantamos nuestra voz ya en marzo de 1976 contra los Massera, Videla, Viola, Harguindeguy, Agosti, Galtieri y toda la pandilla sombría de la muerte y la tortura. (Hasta la corrupta aristocracia alemana que había ayudado a Hitler a subir al poder en 1933,

comenzó a conspirar contra él en 1944.) Llegará el día en que toda esa obscena mascarada de cogotudos, arribistas, críticos con vaselina, uniformados y "Schieber" que saludaron al "gobierno de nuestras Fuerzas Armadas" comiencen a rasgarse las vestiduras (¡que gran motivo para un Goya, un Brühl, un Hierónimus Bosch!). Lo que hagan ahora los que fueron al besamanos de marzo de 1976 no nos tiene que preocupar. Nuestra tarea es estar sí, siempre presentes en el hostigamiento, en la tarea esclarecedora, antiautoritaria, de democratización. Y tratar de cambiar lo antes posible la soledad del exilio por la compañía de lo nuestro, con los nuestros.

Por supuesto que ni vamos a hacer la revolución francesa, ni la de octubre, ni vamos a repartir la tierra como Emiliano, ni vamos a levantar trincheras en la Plaza de Mayo como si fuera el Madrid del 35. Ni sentiremos héroes ni iluminados. Además, la Argentina de 1981 no es la de 1982. Y Reagan es Reagan y la socialdemocracia alemana sonríe compuscente con la venta de tanques y fragatas a los torturadores del Plata y Moscú condecora a los verdugos de Córdoba y Bahía Blanca.

Esa es nuestra realidad internacional. Pero en la realidad internacional se logró un Pérez Esquivel, se logró el Premio de la Paz de la Iglesia Evangélica Alemana para las Madres de Plaza de Mayo. Y para los pueblos del mundo —mal que le pese al Pentágono, a Bonn o Moscú— Videla y sus compinches constituyen un baldón para el género humano.

Tengo conocimiento que mi proyecto de regreso masivo —tal como lo describí a grandes rasgos en mi carta anterior (véase *Controversia*/7)— ha sido calificado de candoroso e ingenuo. Insisto en que nada de eso tiene. Es fundado, razonado, calculado hasta en sus últimos detalles y público, porque no tiene nada que esconder. Por supuesto, como toda empresa, tiene algo de aventura, en el buen sentido del riesgo. Es un intento hu-

milde, fuerte, colectivo, basado en la fe en la solidaridad internacional. ¿Ingenuidad? Enhorabuena. ¡Tal vez a los argentinos —en nuestro inveterado pesimismo a la Discépolo— nos falte un poco de ingenuidad, de esa que dio a luz el Sermón de la Montaña. (En 1976 he visto reír a carcajadas hasta las lágrimas a profesores latinoamericanos y europeos —autores de sesudos estudios sociológicos— cuando escuchaban a Ernesto Cardenal en Europa proclamar la revolución de la bondad y sostener que los nicas iban a vencer al Pentágono.)

Para terminar no puedo menos que citar el documento del Equipo Arquidiecésano de Pastoral de Villas de Emergencia que fue publicado por sacerdotes que están en la Argentina. Un documento valiente titulado "La verdad sobre la erradicación de las villas de emergencia". Allí se describe detalladamente el macabro plan de la dictadura llevado a cabo contra los humildes, la verdadera cara del "éxito" de Martínez de Hoz. Y se menciona con nombre y apellido a los "responsables directos e inmediatos: comisario Osvaldo Lotito; Guillermo del Cioppo, director de la Comisión Municipal de la Vivienda e intendente Osvaldo Cacciatore". Es un análisis detallado de la perversión a que ha llegado el régimen Videla-Viola, y el atropello y estigma a la dignidad humana. Vale la pena reproducir el nombre de los sacerdotes que lo firman: Héctor Botán, Miguel Ángel Valle, Daniel de la Sierra, Rodolfo Ricciardielli, Jorge Vernazza, José Meisegeier y Pedro Lephaile. Ese documento escrito en el país vale más que cien interpretaciones sobre el momento argentino que podemos hacer nosotros en el exterior y que tú dices que debe ser nuestra misión en la actualidad. Ese renacer de las fuerzas populares en nuestro país en su lucha por la democracia nos llama a que bajemos del mangrullo de marfil en que nos encontramos actualmente y entremos a caminar todos juntos mirando hacia el Sur.

Berlín, enero de 1981

El exilio crea una deuda

Rodolfo H. Terragno

Estimado Bayer:

La polémica nos ha puesto de acuerdo. Tu última carta es, casi, una continuación de "El privilegio del exilio": aquel artículo mío que te causó "gran desazón y tristeza".

El intelectual —es tu actual opinión— debe estar "con el pueblo, en el pueblo", principalmente en "los momentos decisivos". Evocás a los hombres que, durante la guerra civil española, "formaron filas" en la columna Durruti, en las brigadas internacionales, en los regimientos regulares de Miaja, al lado del albañil, del labriego, del empleado de banco". En "los momentos decisivos", hicimos exactamente lo contrario: relatar, documentar, interpretar "desde París" (o Berlín, o Londres).

Los argentinos (no se sabe bien cuándo) enfermamos gravemente. La nuestra es, como todas las enfermedades sociales, capaz de alimentarse a sí misma: es una suerte de autismo, una alocución colectiva que aumenta al ensimismarnos. Los intelectuales tienen la obligación, aun inmersos en el ambiente enfermizo, de desentrañar la realidad. No es, desde luego, una tarea fácil. Cuando uno se aleja, y si no lleva la enfermedad consigo, tiene mayores oportunidades de enten-



der. No fue por eso que nos fuimos: nosotros huimos de los riesgos. Lo que se espera es que, al menos, hayamos sacado provecho —y seamos capaces de transmitir— la experiencia de la serenidad, la perspectiva de la lejanía, los resultados de la confrontación con otros valores. Es en esto que estamos en deuda: nos hemos dedicado más a la denuncia (unas veces imprescindible, otras necesaria, muchas veces ociosa) y a la retórica. No hemos terminado de comprender qué pasó, por qué y qué vendrá. Cada uno de nosotros reescribiremos las mismas cosas que escribía hace diez años, como si nada hubiera ocurrido entre tanto. Las dictaduras no son fenómenos de la naturaleza. ¿Cómo fue que produjimos una? ¿En qué estábamos (todos) equivocados? ¿Cuáles son las salidas que no conducen a la reiteración?

Creo que deberíamos dedicarnos, con humildad, a buscar respuestas, y no a procurarnos un aura de heroísmo. Heroísmo que no tuvimos en el momento oportuno.

Esta es la razón de mi diseño remanente. No he sido yo quien juzgó —te cito— "candoroso o ingenuo" tu proyecto.

Al término de una polémica suele ser provechosa la relectura de los argumentos propios y ajenos; redescubrirlos, después de haberlos esgrimido, refutado o simplemente esgrimalado. Si acaso te dedicás a este ejercicio, entre los míos encontrarás profesado —hacia vos— un respeto que no se ha contradicho ni se ha debilitado durante la discusión.

Londres, febrero de 1981.

SE DICE DE MÍ

En un número reciente de la publicación La Patria Grande, que se edita en la Argentina y dirige Jorge Abelardo Ramos, se hace una caracterización de Controversia como integrada por, o ligada a, voceros neocompartistas. Es importante una aclaración al respecto, en cuanto a que ninguno de los responsables de la revista formó ni forma parte ni es mediador de tal tendencia, si así puede interpretarse el rótulo. Esto como simple aclaratoria. El artículo que publicamos a continuación, también hace otras referencias políticas e ideológicas que nos involucran con respecto al peronismo, al socialismo, a autocríticas limitadas o tardías (como suele diligenciar la dictadura, en su lenguaje más cabal, a los partidos del pueblo), opiniones que respetamos pero de ninguna manera compartimos, y que oportunamente la revista responderá con ánimo polémico.

Cámpora y el camporismo

Alberto Guerberoff

El camporismo hoy

[...] Una parte de la emigración argentina en México intentó en los últimos tiempos reagruparse alrededor de su figura. Algunos designaron a esta operación política como "neocompartismo", pero cualquiera sea el nombre que se le dé, todos coincidieron en señalar que se trataba de apenas un eco melancólico, penetrado de decepción y plagado de contradicciones de lo que fuera el bullicioso y compacto entorno juvenil del presidente Cámpora. Expresiva de esta corriente es la revista *Controversia* editada en México. Sus redactores principales provienen del grupo *Pasado y Presente* escindiendo del Partido Comunista a mediados de la década del 60 y

Héctor J. Cámpora

Hay figuras que hacen la historia; otras son producto de ella. No, claro está, materia inerte sin ninguna voluntad propia, pero sí espacios que una coyuntura puebla de sentido, de contenidos que fuera de ella serían muy diferentes.

Ese fue el caso de Héctor J. Cámpora, muerto en el exilio, lejos de su patria. Su biografía política llega a una cumbre por que ascienden en hombros de un momento muy particular de la historia argentina. Lo que había en el pasado de su vida, que ya parecía condenada al retiro, no podía preanunciar ese destino que lo signa entre 1972 y 1973. Cámpora fue el emergente de una crisis general de la sociedad argentina y sólo la oportunidad, compuesta de azar y de cálculo ajeno, lo llevó a un fulgurante primer plano durante un momento fugaz, contradictorio, de la desgarrada historia contemporánea de nuestro país.

La crisis que elevaría a Cámpora hacia ese cenit había nacido al promediar el ciclo de aquella patibularia farsa que quiso llamarse "Revolución Argentina". Se expresó primero en el "Cordobazo", pero sus manifestaciones fueron prolongadas y de diverso signo: progresivamente fue abarcando a todos los núcleos vitales de la

sociedad, pero sobre todo colocó a las fisuras generacionales como el elemento más estruendoso de la protesta social. De una protesta que primordialmente nacía de un desaliento moral, de una generalizada angustia de los jóvenes frente a un destino nacional fenicio, mezquino. Ese torbellino marcó lo que venía detrás: los viejos y los nuevos reclamos de las capas sociales marginadas del poder, las permanentes preguntas sobre la frustración colectiva que el pueblo argentino viene haciéndose desde hace mucho.

En ese espacio creció el movimiento social de principios de década del setenta heterogéneo, al punto atormentado que sólo parecía encontrar dirección y proyecto en un mesianismo guerrillero que le prometía una nueva fundación, desde las ruinas. En esa vorágine patética fueron disueltos grupos de clase organizados; sectores que podrían haber sido portadores de otras demandas y tras de los cuales la sociedad agredida podría haber recuperado un perfil productivo de transformaciones. Insensiblemente, ese rostro crispado de una juventud ética que soñaba con una palingsencia social desde las trincheras y que confundía a sus sueños con las realidades, encontró su representante en la

tica y terrorista en luchar contra el peronismo, concurriendo a facilitar su caída.

Parece ser entonces que para los redactores de esta publicación no han cambiado mucho las cosas. Sigue campeando en sus páginas la misma incomprensión de la índole histórico-social del peronismo, del papel de Cámpora, el mismo desconocimiento de la cuestión nacional y del significado de los movimientos nacionales en los países semicoloniales que los distinguió en el pasado y que los condujo a un fracaso tan tremendo que resulta difícil subestimar.

En el plano, por ejemplo, de estructura de clases de la Argentina las ideas de fondo de este grupo no ha cambiado para nada. Ni siquiera se ha reparado en las contundentes lecciones brindadas por la política oligárquica de Martínez de Hoz sobre el verdadero carácter de las clases dominantes argentinas teniendo como tienen los atributos de una prueba definitiva. Es decir que para los artífices sigue siendo la "burguesía" la clase dominante fundamental, sin reparar que se trata del mismo grupo social que Martínez de Hoz condujo al borde del aniquilamiento total y el gobierno militar empujó prácticamente a la ilegalidad.

Digamos finalmente que quienes postulaban ayer este tipo de concepciones en nombre de la "patria socialista" enfrentada a los hechos al movimiento nacional, las vuelven a levantar hoy pero cubiertas bajo el desteñido pabellón socialdemócrata, tan anacrónico como enfundado a intereses extralatinamericanos y por consiguiente completamente inservible para toda perspectiva verdadera de liberación nacional y socialismo. ●

que apoyaron al Frejuli en marzo de 1973. Colaboran también en forma destacada elementos despreñados del montonismo en descomposición. Acercamiento al tronco tradicional del peronismo y autocrítica del terror quieren ser las características relevantes de la publicación. Sin embargo los frutos de estos replanteos no sólo son tardíos sino francamente decepcionantes. Después de un derrumbe tan estrepitoso como trágicas fueron sus consecuencias, no puede reducirse toda la cuestión a una mera crítica del "foquismo". Se omite cuidadosamente lo fundamental, que consiste en el hecho que todos estos grupos y tendencias, invocando unos un falso "peronismo" y otros un no menos falso "marxismo", cifraron toda su acción polí-

figura de un viejo político.

Cámpora no había sido hasta entonces más que la imagen de la lealtad hacia Perón. Este, empeñado en transformar la protesta colectiva en la última fase de su campaña por el retorno al poder, buscó entonces a Cámpora porque no podía confiar en otros negociadores, demasiado propensos a las seducciones que venían desde lo alto.

Pero en el proceso, aquél que había sido elegido por su lealtad, se fue transformando en el emblema de esa activación social, juvenil, inorgánica en términos de lazos profundos con la sociedad, que expresaba los anhelos más íntimos de una voluntad colectiva de cambios, pero que no podía dar una oferta política congruente con las demandas que recibía.

Así se llegó al 25 de mayo de 1973, a los 50 días de Cámpora presidente. En *Controversia* hemos escrito que ese lapso fue el más hondamente democrático que vivió la Argentina. ¿Es eso cierto? Creemos que sí, pese a todos los planos de ambigüedad que la época tuvo. Fue democrático en lo que mostró de presencia de masas, de sed de transformaciones. No lo fue en cuanto faltó la madurez para entender la etapa en que se vivía: sin dirección, el proceso quedó en manos de quienes confundían la política con la guerra permanente e imaginaban como un período de "tiempo corto" a lo que en realidad sólo era una posibilidad en el "tiempo largo" para desarrollar cambios democráticos en una sociedad que estaba corroída hasta el hueso por un autoritarismo que de ningún modo había desmantelado sus estructuras.

Cuando la ilusión cayó, Cámpora era ya prisionero de una imagen que seguramente no hubiera querido crear. La muerte de Perón, un año después, frustró lo que quedaba de esperanzas en un proceso de transición democrática, que ya estaba descompuesto y que pronto se pudriría.

Los cuatro años de encierro con que el gobierno militar condenó a Héctor Cámpora elevaron su figura moral, lo asentaron en una dignidad que lo acompañó hasta su muerte, cuando el exilio era ya una gracia tardía. Hasta la prensa argentina debió mostrar ese respeto.

Al evocarlo, ahora, nos es imposible colocarlo fuera de su circunstancia. Reflexionar sobre su figura equivale a hacerlo sobre la dramática etapa de nuestra historia de la que fue protagonista; sólo esa luz compleja podrá iluminar su perfil, más allá de la gran consideración que se le deberá siempre a un hombre que sirvió con honestidad a su pueblo. ●

DOCUMENTOS

Economía: el pensamiento del peronismo

Bajo la coordinación general del ex ministro Antonio Cafiero se realizaron las Primeras Jornadas de Economía Social organizadas por el Partido Justicialista. El evento duró dos días y asistieron 200 economistas. Controversia publica la segunda parte de la "Declaración Final" (documento de 50 páginas), donde se perfila una propuesta para el futuro.

Los perfiles productivos. Argentina en la economía mundial

El Justicialismo formuló una respuesta adecuada a su tiempo y circunstancia cuando impulsó deliberada y decididamente la industrialización sustitutiva de importaciones en la postguerra. Y fue coherente cuando en 1973 afianzó el proceso de apertura exportadora como previo a la racionalización de la protección externa. Y cuando revalorizó la función del mercado interno para un proceso de desarrollo autosostenido. Ahora quiere restaurar en el centro de las preocupaciones económicas la *prioridad del crecimiento*, promoviendo una alianza nacional para la producción que reemplace la actual confabulación para el estancamiento.

Para ello es necesario, en una visión que procure abarcar el horizonte de la década del ochenta, interpretar nuestra realidad de país de desarrollo intermedio en un contexto de multiplicación de los centros de decisión en el mundo; de formación de grupos de países dispuestos a llevar a adelante procesos de crecimiento asociado y de reubicación de actividades productivas a nivel mundial.

La visión de la dinámica internacional y nacional ha llevado al Justicialismo a rechazar la teoría de las ventajas comparativas en sus versiones estáticas y simplistas como "patrón para definir el perfil productivo argentino. En el mundo ideal de algunos libros de texto, con ausencia de restricciones cualitativas y cuantitativas al comercio, e igualdad internacional de los precios de los factores, quizá tendría sentido apostar el futuro del país y el bienestar del pueblo a la capacitación productiva en un conjunto relativamente restringido de bienes y servicios en los cuales la Argentina puede tener ventajas comparativas naturales o sociales. En la realidad concreta, donde no se verifican los supuestos antes indicados, el país tiene la obligación de dar una respuesta compleja y múltiple en el momento de definir su modelo productivo. Tampoco debe olvidarse que el país no se plantea una elección de perfil productivo partiendo de la nada, como ha ocurrido con otros países en desarrollo a partir de la postguerra. Por el contrario, parte de una industria sólida y de amplia base, como la que aún hoy resiste los embates de una estrategia económica regresiva y de tierra arrasada. Por tanto, su estructura productiva no puede ser ajena a la definición de un marco de inserción de la Argentina en el mundo.

Se debe decidir, por lo tanto, si nuestra economía será *totalmente abierta*, sujeta a la vulnerabilidad de precios y cantidades en sus exportaciones primarias, y a los precios de *dumping* y de competencia desleal en sus importaciones; o si por el contrario se reconocerán las duras realidades del comercio internacional, protegido, limitado, subsidiario y cuantificado. La opción del justicialismo es obvia. El mercado internacional ha sido, en los últimos 25 años (como no lo fue en los 25 precedentes), un importante motor del crecimiento económico; a pesar de la desaceleración ocurrida a raíz de la crisis energética, todavía puede serlo, sobre todo para economías que conservan, como la nuestra, un importante margen de diversificación de mercados y de profundización de intercambio. El reconocimiento de este hecho, que ya se hiciera explícito en 1973, nos lleva a afirmar que si bien la Argentina no debe ser una economía totalmente abierta, tampoco debe propender a una autarquía de la cual pueda derivarse una asignación de recursos que haga más lenta e incons-

tante la senda del crecimiento, desaprovechando las posibilidades dinamizadoras que ofrece el comercio exterior. Una *economía de apertura concertada* que tome en cuenta la existencia de conjuntos de países que alientan la competencia en el interior de sus fronteras comunes, pero la limitan —o la suprimen— respecto del resto del mundo, es una salida coherente con el perfil productivo antes mencionado, el nivel de empleo y bienestar, y la autonomía que el Justicialismo se propone alcanzar. Esta estrategia de asociación privilegiada pero no exclusiva, con paridad y reciprocidad, permite combinar los criterios de las ventajas comparativas dinámicas con los beneficios de las escalas óptimas de producción y la incorporación de tecnologías altamente modernas, adaptadas a tamaños de mercado superiores a las dimensiones de los respectivos mercados nacionales.

Esta propuesta de *apertura negociada* no significa una estrategia subóptima respecto de las "ventajas comparativas ideales" que no tienen en cuenta la realidad del comercio internacional. Cuando en el modelo que proponemos se incorporan expresamente la realidad del intercambio mundial, el esquema de valores de la sociedad argentina y el horizonte temporal visible en el momento de la toma de decisiones, el presunto "óptimo" del libre comercio se convierte en una entelequia. En este marco, optar por un realista subóptimo es elegir la eficiencia.

Así definido un modelo de inserción internacional, el perfil productivo nacional comprenderá básicamente tres sectores: el compuesto por aquellas actividades que pueden operar competitivamente a escala mundial; el integrado por actividades que pueden afrontar la competencia en mercados negociados; aquél que comprende las actividades productoras de bienes no comerciables —entre ellos los sociales—, y las que se definen como actividades promovidas.

El primer sector, el competitivo a escala mundial, incluye las actividades primarias y debe constituir la base del comercio exterior argentino. Como ya lo dijera el General Perón, la provisión de alimentos y materias primas a un mundo cada vez más ávido transformará a "los pobres de hoy en los ricos de mañana". La eficiencia relativa de ese sector le permitirá operar en una economía abierta. No puede, sin embargo, deducirse de ello la viabilidad de una economía solamente basada en las actividades primarias y en unas pocas industrias de exportación, debido a que una parte de su producto necesita de los mercados internos, como es crecientemente el caso de la ganadería; y a que no existe una demanda externa ilimitada a los precios vigentes. En la realidad, el sector primario necesita, para su progreso autosostenido, de la existencia de los otros de forma tal de integrar un conjunto económico y socialmente viable.

El segundo sector, competitivo en el marco latinoamericano o de otras zonas existentes o emergentes, abarca la mayor parte de las actividades industriales y las producciones de origen regional y debe ser estimulado para ingresar en mercado de competencia concertada dentro del marco de sistemas de complementación, intercambio compensado y crecimiento asociado.

En el tercer sector, decisiones políticas referentes a las actividades industriales básicas, por ejemplo, la siderurgia, la minería, la petroquímica, o de punta, que el país se propone encarar —por ejemplo la nuclear—; o la promo-

ción de industrias de exportación; o por razones de seguridad nacional, determinarán la existencia de un área protegida cuyos costos, en términos de subsidios y tasas de protección, deberán ser de público conocimiento. No obstante, este sector debe responder a una de las ventajas comparativas que caracteriza la dotación de factores productivos con que cuenta la Argentina: la excelencia de sus recursos humanos que le permiten encarar tecnologías "cerebro-intensivas".

Esta definición del perfil productivo debe ser apreciada en sentido dinámico; la tendencia debe ser la de ir desplazando actividades desde el sector protegido hacia el sector de competencia concertada y de éste hacia el sector que trabaja en condiciones de plena competitividad. La perdurabilidad y el ajuste dinámico del modelo propuesto se basa en el incremento general y continuo de la *productividad*, a través de innovaciones tecnológicas en el agro: biológicas, agronómicas o mecánicas; de la adecuación de la estructura arancelaria, el aprovechamiento de las economías de escala y la promoción del cambio técnico en la industria y la modernización integral del sector terciario de la economía. Y asimismo se basa en el *ahorro real*, a través del desaliento a los consumos suntuarios, la promoción del ahorro personal o colectivo de los asalariados y la austeridad en el gasto público. Todo ello dirigido a evitar que la posibilidad de la inserción argentina en los mercados externos se base en la depresión de los salarios y el nivel de vida de los trabajadores.

La Argentina y el nuevo orden económico internacional

Para optimizar su desarrollo, la Argentina también debe buscar una participación inteligente y adecuada en la tarea de diseñar un nuevo orden económico internacional. Su punto de partida debe ser el reconocimiento de los vínculos que la ligan con los países en desarrollo "no alineados". Pero ello debe tener en cuenta la peculiar identidad argentina que la aproxima a los países llamados "intermedios", cuyos intereses y reclamos se dirigen a crear condiciones internacionales para la profundización del desarrollo, para expandir los mercados y para acceder al financiamiento internacional. En consecuencia, la Argentina debe propender en los foros respectivos a que se concreten las iniciativas tendientes a establecer los precios internacionales de los productos básicos a niveles justos para las naciones productoras; a que se amplíen las preferencias generalizadas no recíprocas para el intercambio de manufacturas con los países industrializados; a que se implante un sistema de transferencias automáticas de recursos financieros desde los países ricos hacia los pobres; a que se reglamente el acceso a la transferencia de tecnología con debida atención a las exigencias de autonomía de las naciones en desarrollo; a que se concrete un código de conducta para las empresas transnacionales y a que el proceso de redefinición industrial que recién empiezan a encarar los países desarrollados contemple la necesidad de reequilibrar los flujos de comercio y riqueza entre las naciones. Argentina debe bregar por la reforma de las instituciones económicas y financieras dependientes de las Naciones Unidas; en pro de la democratización de sus órganos de conducción y de la automatización de sus prestaciones. En un todo de acuerdo a lo establecido por la Asamblea de las Naciones Unidas que aprobó unánimemente, en 1974, la creación de un nuevo orden económico internacional; y con lo sancionado en la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados.

Asimismo, Argentina debe apoyar en todos los foros internacionales y eventualmente liderar las iniciativas destinadas a poner en marcha un programa de lucha para erradicar las condiciones de pobreza extrema en la que se encuentran sumergida más de una tercera parte de la población mundial.

Si embargo, el *ámbito natural de inserción de Argentina en el mundo es el de América Latina*. La pérdida de prestigio y el aislamiento que dramáticamente caracteriza la actual situación exterior de la República en el área, debe ser inmediatamente revertida. La integración económica latinoamericana debe volver al centro de los objetivos internacionales de la República. El *añanzamiento* y desarrollo de

vínculos integracionistas con los países limítrofes, debe ser reactivado con vistas a la integración económica de un área subregional como lo intentaron los gobiernos justicialistas. Las relaciones económicas con Brasil deben ser examinadas a la luz de la natural competencia histórica entre nuestras naciones, la que no debe impedir los necesarios acuerdos pero en el marco de una expansiva política de desarrollo nacional antes que en la perspectiva del achicamiento de la capacidad industrial y tecnológica de nuestro país. La empresa privada argentina deberá ser habilitada con medidas de fomento y estímulo adecuadas para promover su presencia en todos los mercados latinoamericanos. Las empresas públicas deberán recibir directivas en el mismo sentido.

Mas entiéndase bien que, para cumplir su destino en América Latina, la Argentina necesitará reencontrarse con las instituciones de la Constitución Nacional y con el ejercicio de la democracia.

Políticas e instrumentos

Para el cumplimiento de los objetivos de su programa, la política económica del Justicialismo se propone utilizar tres elementos claves:

a. Un plan de carácter *indicativo* simple, claro y objetivo, diseñado para orientar las decisiones de las empresas privadas y públicas, de los productores y de los consumidores;

b. Un sistema de *concertación económica* y social que actúe como respaldo del plan y que asegure el más alto grado de consenso para sus objetivos;

c. Un difundido espíritu de *disciplina social*, común a todos los sectores involucrados y orientados por la acción docente y persuasiva del estado.

En la instrumentación de este modelo, la concertación será un modo permanente de ejercer la democracia integrada a todos los niveles: en la concepción y realización del plan indicativo, en el control de su cumplimiento y en la resolución de los conflictos económicos coyunturales que puedan surgir entre los actores del proceso. Así, la participación como valor éticamente deseable y políticamente necesario, encontrará expresión operativa permanente en la concertación.

El consenso, la concertación y la disciplina constituyen por sí solos el mejor instrumento de corto plazo para la lucha antiinflacionaria ya que moderarán la pugna distributiva que está en la base del fenómeno inflacionario, hasta tanto las medidas de orden cambiario, monetario y fiscal operen con toda su eficacia. La elaboración de un acuerdo social en el que los precios relativos de los factores y productos se concierten por un lapso determinado teniendo en cuenta los parámetros históricos, las tendencias de los mercados y los objetivos de más largo plazo del programa, complementarán aquel compromiso coyuntural. Ambos acuerdos funcionarán en el marco de continuos ajustes dinámicos.

En consonancia, con tales acuerdos el estado, entre otros fijará las siguientes variables: los salarios mínimos, los tipos de cambio efectivos, los precios y las tarifas de los bienes y servicios públicos con las distinciones que corresponden según actividades y regiones, la composición del gasto, de la inversión pública y de la presión tributaria. La utilización preferencial de estos medios indirectos no debe invalidar la decisión de utilizar aquellos otros de acción directa, cuando, dentro del contexto del plan, de la concertación y de la disciplina, las circunstancias así lo exijan. Las remuneraciones del trabajo que excedan los salarios mínimos serán fijados por convenciones paritarias tripartitas en las que la productividad obrera y modalidades concertadas de participación —incluida la formación de comisiones de modernización— deberán ser tenidas en cuenta y compatibilizadas con los objetivos perseguidos por el modelo. La remuneración del capital será el resultado de las condiciones existentes en el mercado y de la aplicación de una política impositiva que proteja la capitalización de los excedentes y desaliente su uso fuera del marco indicativo socialmente acordado. Se crearán las condiciones para el funcionamiento de un genuino mercado de capitales, debidamente controlado por la autoridad pública. La inversión privada será asumida como una variable inducida por las tasas de retorno del capital invertido, siendo éstas función de las condiciones vigentes en los mercados nacionales e internacionales. La ade-

cuada evolución de los costos y beneficios sociales será un requisito para complementar con el apoyo del estado los criterios de rentabilidad privada y determinar así una asignación de recursos concorde con el marco indicativo acordado. Las inversiones extranjeras serán orientadas hacia aquellas áreas de la economía determinadas taxativamente. Se desalentará la presencia de capitales extranjeros en el sector financiero o en aquellos que hacen a la seguridad nacional o que permitan el dominio de áreas estratégicas o de los mercados. Se aplicará un código de conducta para la acción de las empresas transnacionales y se reglamentará la transferencia de tecnología. La mejor garantía para el inversor extranjero estará dada por la legitimidad institucional y política de los gobiernos y por la vigencia de un marco estable de concertación y paz social. La política fiscal será asumida como instrumento anticíclico y de transferencias activas entre sectores y regiones, con vistas a los objetivos de equidad distributiva e integración nacional, y no meramente destinada a consagrar el equilibrio contable del presupuesto. No obstante, la eliminación del gasto público privilegiado e improductivo y la equidad del sistema impositivo deben tender a hacer crecientemente manejable el déficit del sector público, de manera que, aún respetando aquellas premisas, su incidencia en la política económica sea cada vez menor. El enfoque de la política fiscal será realizado partiendo del criterio de que su redimensionamiento debe operar por vía del aumento del producto, antes que por la reducción forzada del sector público.

La política monetaria procurará desvincular la creación de los medios de pago de relaciones automáticas o situaciones coyunturales del sector externo, especialmente de los movimientos de capitales autónomos de corto plazo. El presupuesto monetario del Banco Central, compatibilizado con las exigencias y objetivos de corto y largo plazo del programa económico, guiará el control de la oferta monetaria. Se utilizará como instrumento de regulación a las desafectaciones condicionadas de efectivos mínimos, si cupieran; los descuentos selectivos y las operaciones, de mercado abierto. Se desarrollará una política de moneda activa y orientada con tasas de interés compatibles con el proceso de ahorro-inversión deseado. Se mantendrá la garantía oficial a los depósitos, graduada en función del plazo de los mismos para estimular los depósitos de ahorro de mediano y largo plazo. Se reivindicará para el sistema bancario y financiero privado su característica de servicio público impropio, recuperando para el Banco

Central las más amplias facultades de conducción y control. Y se revitalizará la función de los bancos oficiales especializados para convertirlos en auténticos instrumentos de fomento sectorial y regional.

En materia de política comercial exterior la Argentina debe proseguir energicamente la diversificación de mercados y de abolición de fronteras ideológicas que caracterizaron la política comercial exterior del Gobierno Justicialista, lo que le permitió crear y expandir el intercambio con las más diversas áreas del mundo, incluidos los países de economía socialista.

La política cambiaría se instrumentará por vía de tipos de cambio efectivos diferenciales que otorguen el debido resguardo a la rentabilidad básica de la producción tradicional y tornen competitivas las producciones que se desarrollen fuera de esa área. Esta política se aplicará de modo que asegure a los productores el ingreso pleno que corresponda a su participación en el proceso.

El desarrollo científico y tecnológico

El desarrollo científico y tecnológico forma parte indivisible de la propuesta justicialista. La sociedad que anhela para el futuro debe comprender que este problema está en el corazón de la conquista de la liberación.

Sin base científico-tecnológica suficiente, la liberación se hace imposible. El mundo es, en esta materia, cada vez más interdependiente, y nuestro potencial actual ya tiene la capacidad creativa necesaria para permitarnos una política nacional inteligente, que concrete sus posibilidades, las desarrolle con programas efectivos y unidad de criterio y opere recíprocamente con todos los centros del mundo.

En esencia, se trata de que este campo tenga un nivel de conocimiento suficiente como para ser razonablemente autónomo. Ningún país puede aspirar hoy a una total autarquía, y el nuestro no puede cubrirlo con igual eficacia todas las necesidades en esa materia. Será vital que las decisiones sobre el desarrollo de nuevos conocimientos que se incorporen a nuevas inversiones queden en manos nacionales o sean gobernables por el país.

La política económica del Justicialismo no sólo se diferencia por sus principios doctrinarios acerca del hombre, la sociedad y el estado, y por las teorías que fundamentan la propuesta de su modelo económico-social, sino también por su posición acerca del equilibrio intergenérico. El Justicialismo rechaza las propuestas que justifican medios autoritarios, elitistas y socialmente inequitativos para alcanzar fines de largo plazo por muy laudables y razonables que ellos aparezcan. Para el Justicialismo "los medios son el fin" y por ello la democracia de participación plena y la justicia social, aquí y ahora, forman parte indivisible de su propuesta.

La justa distribución de los ingresos y la calidad del desarrollo

Para el Justicialismo, como para las principales corrientes doctrinarias y políticas del mundo occidental, la validez de todo sistema económico-social debe ser juzgada a la luz de su capacidad para crecer y redistribuir equitativa y simultáneamente.

La alternativa de "hacer primero" y "distribuir después", confiando en la equidad del mercado, es tan inaceptable como la sucesión contraria. Una estrategia de crecimiento con equidad distributiva implica, necesariamente, el ejercicio de una fuerte dosis de voluntad política, la que, para ser eficaz, debe respetar determinados límites y asumir determinadas restricciones. El distribucionismo puro que no contempla tales límites y restricciones se agota en sí mismo. El antidistribucionismo, sirve para perpetuar las relaciones desigualitarias de riqueza y poder que gobiernan los mercados. Entre ambos extremos el arte político de distribuir con justicia deberá desafiar la impaciencia de los apresurados y la retórica de los utópicos.

Los instrumentos para ejercitar ese arte político que propone el Justicialismo son los siguientes:

1) Políticas de ingreso concertadas entre el trabajo, el capital y el estado que tiendan a aumentar la participación de los salarios en el conjunto de las rentas, ligada a los aumentos de productividad y vinculada con formas de

participación que humanicen la función social del capital.

2) Políticas de distribución selectiva destinadas a mejorar las condiciones de los grupos o sectores sociales más afectados por la pobreza y las privaciones absolutas. En ellas debe jugar un rol importante el asistencialismo social en sus diversas formas. Pero, primordialmente, la realización de inversiones públicas o privadas destinadas a incrementar las oportunidades de empleo y/o la productividad de las tareas de los grupos marginales. El Justicialismo propondrá el lanzamiento de un empréstito social cuyo producto debería permitir, en el transcurso de una década, satisfacer por lo menos las necesidades básicas de todas las familias argentinas.

3) Redistribución de riqueza y capital. Ninguna estrategia redistributiva puede alcanzar efectos permanentes si no está acompañada de políticas que tiendan a redistribuir la riqueza y el capital cuyo grado de concentración suele ser superior al de los ingresos. En tal sentido, fomentar el acceso a un patrimonio mínimo —que comienza con la vivienda propia— o al capital accionario de las empresas, o la propiedad por parte de las organizaciones de trabajadores de los servicios y obras sociales, constituyen algunos de los medios que el Justicialismo preconiza para alcanzar aquellas finalidades.

4) Política fiscal. Tanto por la distribución del gasto y la inversión pública como por la composición de los ingresos, la política fiscal puede y debe tender a acentuar la equidad distributiva. El Justicialismo propondrá un sistema impositivo que grave las manifestaciones de riqueza y de consumos conspicuos, castigue el uso ineficiente de los recursos —principalmente de la tierra—, incentive el uso adecuado de los excedentes económicos y tienda a incrementar la participación de los tributos directos. Asimismo el Justicialismo priorita el gasto público en materia de educación, salud y vivienda, a los que considera eminentemente productivos, rechazando la falsa noción liberal al respecto. Asimismo las inversiones en infraestructura económica a cargo del estado deberán tener en cuenta criterios redistributivos: por ejemplo, prefiriendo en el área de los transportes aquellos destinados al consumo masivo, antes que el uso individual de recursos energéticos escasos.

5) Política crediticia. El sistema financiero debe proveer el funcionamiento de mecanismos simples y adecuados de acceso al crédito, tanto para la provisión de consumos esenciales como para el financiamiento de la vivienda, así como para el desenvolvimiento de las pequeñas unidades de producción o de los artesanos y trabajadores por cuenta propia que necesitan aumentar la dotación de sus capitales. Tales funciones deberán estar a cargo de un instituto especializado, de conformidad en un todo con los lineamientos de la política monetaria nacional.

6) Seguridad social. El sistema previsional debe retornar a las características que lo constituyeron, desde que fuera impulsado vigorosamente por la acción de los gobiernos justicialistas, en una importante expresión de solidaridad social. Debe independizarse del Tesoro Nacional y de las contingencias políticas; autonomizarse su administración con debida participación de representantes de los aportantes y beneficiarios.

7) Obras y servicios sociales. La propiedad y administración por parte de las organizaciones sindicales de aquella parte de la infraestructura social que fue edificada con el propio esfuerzo de los trabajadores, debe ser inmediatamente devuelta a sus legítimos dueños. Ello no constituirá tan sólo una reivindicación social o política, sino que entraña, por una parte, el fiel cumplimiento del principio de la subsidiariedad activa del estado, y por la otra, el ejercicio de una auténtica variable redistributiva.

Finalmente, las políticas e instrumentos destinados a lograr una justa distribución del ingreso deben tender a hacer efectivos los derechos del trabajador, consagrados por la Constitución de 1949: ocupación digna, justa retribución, acceso a la capacitación, condiciones de trabajo, preservación de la salud, derecho al bienestar, a la seguridad social, a la protección de su familia, al mejoramiento económico y a la defensa de sus intereses profesionales.

8) Economías regionales. La estrategia de crecimiento con equidad distributiva que propone el Justicialismo no se agota en la distri-

bución personal o funcional de los ingresos. Incluye, como componente fundamental, la distribución espacial o regional de la renta nacional de forma que se promueva un genuino proceso de integración geopolítica nacional.

El modelo liberal de inserción de Argentina en el mundo, llevado a cabo por la llamada generación del ochenta, marginó de sus beneficios al interior del país; salvo algunas excepciones, fueron desmanteladas por efecto del ciclo, pero los gobiernos justicialistas plenamente advertidos de las desfavorables consecuencias de estos fenómenos, adoptaron medidas compensatorias de gran envergadura: la creación de polos de desarrollo industrial en el interior del país, por ejemplo en Córdoba, y el fomento de los cultivos e industrias regionales. Consecuentemente con estos principios, al retornar el Justicialismo al poder fijó los lineamientos de una "estrategia de desarrollo regional en el ámbito nacional" y acordó —en virtud— "actas de concertación" y de "reparación histórica" entre el Estado Nacional y las provincias y regiones; estructuró el gobierno y la administración de las entidades bancarias oficiales con participación de representantes regionales y lanzó un programa de promoción industrial con debida atención a los intereses del interior del país.

En suma, el Justicialismo sostuvo y sostiene que sus banderas tienen dimensiones regionales, porque la Argentina no será socialmente justa mientras zonas rezagadas; ni económicamente libre en tanto continúen relaciones de dependencia interna, ni políticamente soberana en la medida que su territorio carezca de integración efectiva.

Estas dimensiones de su propuesta adquieren valor superlativo cuando se aprecia la magnitud de la crisis que atravesarían las economías regionales como uno de los efectos originados por acción o por omisión del actual programa económico. La vitivinicultura en Cuyo, las frutas del Valle de Río Negro, el tabaco y el arroz del litoral, el algodón del Chaco y Formosa, la lana en la Patagonia, el té en Misiones, las maderas en el noreste, las nueces y especies de Catamarca y La Rioja, los cítricos, etc., muestran un grave quebranto en el resultado de sus explotaciones y un gran deterioro en el acceso a condiciones razonables de financiamiento, en el desenvolvimiento normal de las exportaciones y en el ordenamiento de los mercados internos.

El modelo económico-social que propone el Justicialismo incorpora a las economías regionales en el sector semiprotectado de la economía para articular, de esta manera, una auténtica integración nacional y facilitar el desarro-

llo armónico. Ello, completando con la realización de obras de infraestructura económica y social en el interior del país y la concepción de planes regionales de desarrollo y la descentralización del aparato estatal nacional, contribuirá a la necesaria equidad distributiva regional que constituye uno de los objetivos de su programa económico. A tales fines también deberá fomentarse el desarrollo de las agroindustrias a través de cooperativas agropecuarias que organicen la transformación de los productos primarios dentro de las zonas de producción con el debido apoyo del estado.

9.9. Las precedentes consideraciones están basadas en el concepto integral del bienestar que procura la acción social propuesta por el Justicialismo. Integral en su dimensión ética porque procura la liberación del hombre y de su familia de las necesidades materiales básicas, pero al mismo tiempo rechaza la esclavitud hacia los bienes que significa el consumismo. Integral en su valoración humana porque une a los reclamos de equidad distributiva la participación plena en las decisiones del trabajo y en la comunidad política. Es integral en el tiempo porque procura compatibilizar la necesidad de los consumos presentes con las exigencias de la acumulación que facilitarán los consumos futuros.

10. El Justicialismo se propone, como objetivo final de su propuesta económico-social, la *felicidad del pueblo*, esto es, lograr un rápido desarrollo humano mejorando la calidad de vida de los argentinos y la *grandeza de la Nación*, es decir, desplegar todas las potencias materiales y espirituales de nuestros recursos.

La compatibilización de ambos objetivos, "en su medida y armoniosamente", es el arte de la política. Y a su finalidad, el Justicialismo preconiza:

* La plena vigencia de los derechos de la persona, entendidos en sentido amplio e incluyendo el derecho a la participación política, social y económica y el acceso a un mínimo de satisfacción de necesidades básicas para todos los argentinos.

* La exaltación de la paz interior, la unión nacional y la amistad entre los argentinos como valores informantes de la comunidad nacional.

* El respeto a las leyes de la ecología y la protección del medio ambiente y el uso racional de los recursos naturales en el proceso de crecimiento económico.

* La difusión de un estilo de vida que preenga contra los excesos del consumismo y el despilfarrar de los recursos.

* Un amplio acceso a la educación y a la cultura, con vistas a una real equidad de oportunidades.

* El franco desarrollo de la infraestructura social a través de inversiones públicas y privadas en materia de salud, vivienda, deporte y recreación social.

* La difusión del ahorro popular, de la productividad del trabajo y la austeridad en los consumos, como base para el aumento de la capitalización nacional.

* La disciplina social para el desarrollo económico, libremente asumida por todos sus protagonistas.

* El estímulo al libre desenvolvimiento de la creatividad e iniciativa personal.

Protagonistas del cambio. Propuestas a los argentinos

El proyecto nacional del justicialismo se basa en la participación activa y solidaria de todos los sectores de la comunidad. Porque se aspira a una sociedad vital en que la dinámica del todo sea un reflejo de la vivencia de los grupos intermedios y éstos baluartes de las libertades personales, habrá oportunidades para todos en la Argentina de fines de siglo veinte, si este proyecto de cambio en paz se cumple.

Nuestro proyecto necesita de los partidos políticos y sus dirigentes, de su vocación de servicio y de su espíritu de sacrificio que han puesto permanentemente al servicio del país, más allá de los agravios y de la gratuita denigración con que les agrede la antidemocracia. Sea para compartirlo, sea para debatirlo, sea para oponerle otro superior, si lo hubiese.

La influencia moral y espiritual de la Iglesia Católica y las enseñanzas económico-sociales que han emanado de este magisterio, deben animar este proceso de cambio. Esto no es nuevo para el Justicialismo que desde sus orígenes ha proclamado la filiación cristiana de su doctrina, y que encuentra en documentos como el



de Puebla la ratificación de muchos de sus postulados.

Los intelectuales deben interpretar el cambio y visualizarlo con suficiente anticipación, poner en juego su imaginación junto con su erudición y la idea junto con la creación concreta. "Toca a la intelectualidad argentina organizarse para asumir su papel protagónico en el marco de lo que el pueblo quiere y lo que sea posible realizar" (Perón).

Inserto en el designio más vasto de definir una identidad nacional y proyectarla en el tiempo, el modelo económico-social que propone el Justicialismo llama a los empresarios y a los trabajadores organizados a asumir sus respectivos roles protagónicos.

La presencia de un estamento de empresarios nacionales —rurales, industriales o de servicios— fuerte y esclarecido en términos políticos y económicos, es un requisito básico para el éxito del modelo.

El Justicialismo quiere empresas rentables y eficientes a través de las cuales los frutos del progreso técnico se difundan en toda la comunidad mediante el sistema de precios y salarios; y empresarios argentinos dispuestos a crear, innovar y luchar competitivamente en los mercados internacionales, especialmente los regionales, a cuyo fin es imprescindible el apoyo tecnológico, financiero e infraestructural del estado. También desea empresas y empresarios con conciencia social, conscientes de la responsabilidad que supone el ejercicio de la propie-

dad privada, que sepan compatibilizar los beneficios con la seguridad, la previsión a largo plazo y la paz social.

Finalmente, lo más importante, es la participación activa del trabajador organizado en la realización del modelo como condición indispensable para su éxito: "Los objetivos de las organizaciones de trabajadores residen en la participación plena, la colaboración institucionalizada en la formulación del Proyecto Nacional y en su instrumentación. Los trabajadores tienen que organizarse para que su participación trascienda largamente de la discusión de salarios y condiciones de trabajo. El país necesita que los trabajadores, como grupo social, definan cuál es la comunidad a la que aspiran. De la misma manera que los demás grupos políticos y sociales. Se requiere la presencia activa de los trabajadores en todos los niveles. Ello exige actualización y capacitación intensas y exige también que la idea constituya el medio esencial que supere a todos los demás instrumentos de lucha". Este es el legado que Juan Perón dejó a los trabajadores, inscripto en el testamento político de su Modelo Argentino.

Nadie está excluido de participar en el proyecto nacional y en el modelo económico-social que el Justicialismo ofrece al país y al pueblo. Pero la realidad concreta de toda actividad vital señala que nada se consigue sin lucha ni sacrificios. El Justicialismo también está preparado para ello; para debatir sus propuestas y para conciliarlas con las fuerzas que le son afines;

para defenderlas frente a sus adversarios y también para combatir por ellas frente al enemigo acérrimo; aquel que le quiere negar presencia y futuro en el devenir de la Patria.

El Justicialismo aspira a crear una sociedad pluralista y abierta en el seno de una Nación Justa, Libre y Soberana. Sus banderas tradicionales: Soberanía Política, Independencia Económica y Justicia Social permanecen invariables. Como en 1945, el Justicialismo luchará por la democracia política en lo interno y por los atributos externos de la soberanía. Como entonces seguirá bregando por un desarrollo económico autónomo e interdependiente. Y fiel a las raíces humanistas y cristianas de su doctrina, sostendrá más firme que nunca la bandera de la Justicia Social.

Porque seguimos afirmando que "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino", los justicialistas estamos dispuestos a ser protagonistas de la reconstrucción en paz de las instituciones de la República. La vastedad y complejidad de esta tarea excede, empero, los límites de sus fuerzas. El Justicialismo propone a todos los sectores representativos de la vida argentina iniciar un gran debate para formular un común proyecto nacional que se prolongue hasta el Siglo XXI que nos encontrará "unidos o dominados". Comenzando por un plan de emergencia frente a la grave crisis económica y social que atraviesa la Nación, el que deberá ser urgentemente elaborado por las fuerzas políticas, los empresarios y los trabajadores. Queda abierta la convocatoria.

Construyamos una Argentina democrática y popular

Al cumplirse casi cinco años desde el 24 de marzo de 1976, no existe ninguna causa que justifique la prolongación del Proceso. Aun más, múltiples razones exigen su inmediata terminación y la devolución del poder al pueblo argentino, sin restricciones de ninguna naturaleza.

La política, la economía, la educación, la cultura, las relaciones internacionales, ofrecen aspectos de crisis generalizada.

Los diferentes sectores de la vida nacional están enfrentados con el gobierno, y sólo las voces de aquellos que se benefician espuriamente, o esperan heredar al régimen militar, acompañan las pretensiones de perdurar simulando creer en las posibilidades de seguir adelante.

La política

El poder omnímodo y totalizador de las Fuerzas Armadas sigue en pie, sin disminuciones o atenuantes. Todas las decisiones pasan por la Junta, todas las designaciones de funcionarios, deben contar con su aprobación exclusiva. Tres miembros son los Tres Grandes Electores que reemplazan al pensamiento y la voluntad de 27 millones de argentinos.

El Unicato mantiene arriñonada a la Constitución Nacional; los grandes idearios de los argentinos han pasado a ser posesión de un sector y los restauradores de siempre pretenden representar todos los valores nacionales. Para ellos, perennes soldados de sus "guerras santas" y de sus "cruzadas", todos los que no coinciden con su óptica para juzgar el pasado, vivir el presente y soñar el porvenir deben ser arrojados del Altar de la Patria, acusados de herejes, condenados por alta traición.

Los intentos por acercar el poder al pueblo han fracasado. Sólo los seudo dirigentes han prestado sus oídos a los llamados de un supuesto

diálogo, y a pesar de contar con toda la fuerza de la propaganda, los intentos de conformar un partido oficialista sobre el cual montar la continuidad del régimen, resultaron absolutamente nulos.

Sobre la mecánica del recambio de hombres, se pretende ahora generar renovadas expectativas, la búsqueda de un nuevo "tiempo", tan necesario en política. En la medida en que estos otros hombres pretendan continuar con los planes trazados, mantenerse en ejercicio hasta 1984, y asegurar las decisiones unilaterales hasta el infinito, pocas esperanzas hacen abrigar al pueblo argentino, que ve en ellos sólo nuevos rostros para similares ideas, para reproducidas medidas contrarias a los intereses populares y del país.

Al finalizar 1980, nada se ha avanzado hacia la pregonada democracia. No se ha descendido más allá del lenguaje ampuloso, de las promesas, de las invocaciones al futuro. Los partidos políticos siguen con sus actividades suspendidas, el prometido Estatuto congelado, ideas y conductas colocadas en el index.

La actividad sindical cercenada. La CGT disuelta e ilegalizada; las huelgas prohibidas. Los trabajadores ignorados, despojados de gran parte de sus conquistas históricas. Es decir, las legítimas expresiones populares de toda sociedad moderna, democrática y libre, no pueden expresarse, acercarse al poder —aun cuando éste no surja de la ley— el conocimiento de la realidad y sus opiniones al respecto.

Mientras se ejerce ese poder alejado una representatividad nunca demostrada, se desconoce la que efectivamente poseen muchos hombres de la política y del trabajo; se exige su auto-exclusión, se fomenta la idea de que es casi un delito el permanecer y perseverar en la lucha a través de los años; como si la lealtad a las ideas, la honestidad

mantenida en el difícil mundo de la cosa pública, fueran más causales de pecado punible que de méritos valederos y sobresalientes.

La economía

Blanco de todas las críticas, el plan económico, verdadero eje del proceso puesto en marcha en 1976, está sumergido en una crisis mucho más allá del punto de retorno.

Como lo ha sostenido siempre la Confederación Socialista Argentina, estas son las consecuencias lógicas derivadas de las esencias del plan, de la incongruencia de "pautas" prometedoras del desarrollo, una economía de producción y no especulativa, un ascenso de los sectores del trabajo a mejores niveles de riqueza, sobre la base de una economía liberal, liderada por los principios ricardianos de los costos comparados en el comercio internacional, recreando la filosofía de la subsidiariedad del Estado sostenido por el absolutismo económico decimonónico.

La economía liberal ha dado pueblos empobrecidos, explotados por reducidos sectores del privilegio; el retroceso del Estado de sus irrenunciables funciones reguladoras ha favorecido las injusticias e incrementado el poder de las oligarquías; la apertura de la economía en mercados mundiales manejados por el imperialismo y las transnacionales ha impedido el crecimiento y elevado la dependencia de las naciones periféricas.

Las pautas que prometen a los argentinos un futuro feliz sobre los principios y ejecutorias de este plan económico, sostienen lo imposible, como lo hacen todos aquéllos —oficialistas u opositores— que afirman que los resultados negativos son el producto de errores de instrumentación o empecinamiento de minis-

tros. Si las pautas, en sus grandes enunciados, fueran sinceras, deberían cambiar no sólo al ministro, sino al plan total, deberían abandonar no sólo los implementos sino las bases sobre las cuales los mismos se aplican.

Si lo que se desea es un país rico y justo, en el que los sectores del trabajo nacional perciban lo que legítimamente les corresponde, en el que los privilegios fundados en el poder económico desaparezcan, en el que los hombres no sean libres únicamente en la ficción ciudadana, sino también y esencialmente como hombres en el quehacer diario del trabajo, y no esclavos de un sistema económico basado en su explotación, es indispensable instrumentar un plan con filosofía, objetivos y medidas útiles para ello, aptas para lograr lo que se sostiene y promete desde las esferas del poder absoluto.

Inflación. Quiebras y especulación. Déficit abultados e insólitos. Caída de reservas, elevadísima deuda interna y compromisos exteriores que rozan los 30 mil millones de dólares. Circulación monetaria de más de 20 billones de pesos, con una emisión del 100% durante el año 1980.

Liquidación de la industria nacional. Desocupación. Caída del salario real y de la participación del salario en el PBI, cercana a sólo el 35%. Regresión del sistema fiscal, determinante de que alrededor del 60% de los ingresos públicos provengan de los impuestos a los consumos del pueblo. Minimización de los presupuestos para educación. Dependencia económica y financiera del exterior en niveles sin antecedentes.

Resultados todos que exigen de mayores comentarios y justifican las exigencias de reemplazo de la política económica.

Como decimos al comienzo, destacan una situación límite, sin posibilidades de retorno dentro de similares o parecidas concepciones económicas a las que se vienen aplicando.

Ya ha pasado el tiempo para curar con simples medidas correctivas: mayor o menor devaluación; más altos o más bajos aranceles proteccionistas; traslado de las deudas públicas hacia el futuro, comprometiendo a las generaciones venideras.

Es insoslayable abrir las puertas a los pensamientos económicos modernos, romper falsos esquemas, alejar a los economistas y consejeros que únicamente visualizan la realidad a través de los intereses de los privilegios y la dependencia. Hay que planificar para el pueblo y el país, entrelazados en un objetivo común.

La educación

Pese a que todos los aspectos negativos señalados en las áreas de la política y de la economía, es quizás en los referidos a la educación, la cultura y la información, donde el plan restaurador ha avanzado más decidida y presivamente.

La educación gratuita y laica se halla seriamente afectada. La ley 1420, señalada por todos como una de las normas esenciales del proceso de desarrollo nacional, la integración de una sociedad multifacética, respetuosa del pensamiento ajeno, enemiga de los dogmas, amante de la libertad y de la democracia, crisol de ideas y formadora de hombres, es atacada desde todos los flancos.

El absolutismo en las decisiones tiene en el ministro de educación a su mejor representante, y el absolutismo de las normas que se van aplicando señala las mayores discrepancias con los objetivos que el proceso dice sostener.

La Ley Universitaria pretende profesores y alumnos asepticos, que enseñen y aprendan alejados de las problemáticas político-sociales del mundo que los rodea.

Gobierno universitario omnímodo. Dependencia del Poder Ejecutivo. Ausencia total de democracia y deliberación.

Limitacionismo y arancel. Encuadramiento o incumbencias de las carreras humanísticas para tratar de evitar el "peligro" que para los restauradores supone el libre conocimiento de las ideas, en los campos de la filosofía, la antropología, la sociología y la psicología.

Ordenamiento de la enseñanza en los niveles medios y primarios con iguales fines. Currícula, contenidos de programas, orientaciones y bibliografías, depurados con similares finalidades de ocultamiento de las ideas que pueblan el mundo de las ciencias y de la cultura.

Introducción de materias de supuesto contenido de ética y de moral, con el objeto de formar conciencias en una "ética" y una "moral" particular y condicionada.

La cultura y la información

Existe el control de las posibilidades de acceso a la cultura y a la información en general, mediante el manejo de la literatura permisible. Las librerías y editoriales argentinas son hoy día una demostración de soledad y de pobreza intelectual; un ejemplo del abismo que existe entre lo que el argentino puede leer y lo que está al alcance de todos en el resto del mundo.

Los medios de información oficiales, la radio y la televisión, llenos de programas anodinos y de emisiones de seleccionada y en muchos casos tergiversada información.

La formación política y cultural de los argentinos está entregada a los comentaristas "oficiales" de turno, que ejercen el "relleno de cráneos" —según el decir francés— metódica y organizadamente. Cada noticia si pasa, pasa por su interpretación, por su comentario distorsionante.

Con seguridad, puede afirmarse que nunca el país estuvo, como ahora, sometido a la ejecución de un

plan tendiente a desinformarlo, a distraerlo de los temas fundamentales, a someterlo a favor de una estructura cultural parcial y programada.

El pasado pendiente

La Argentina sigue sin reconciliarse, sostuvo hace poco una elevada figura de la Iglesia, poniendo en evidencia una verdad patrimonial de todos, que el gobierno no quiere enfrentar y que junto con los otros problemas señalados, suma en menos, más dramáticamente aun, en la realidad argentina de hoy.

Madres, esposas, hijos, hermanos; todos inquieran por aquellos que han sido incorporados al grupo inominado de los "desaparecidos", y para los cuales no quieren tener una respuesta, ofrecer una solución.

Junto con centenares de otros argentinos detenidos por años, sin causa ni proceso, "prisioneros de guerra" como alguna vez se dijera desde el alto nivel presidencial, los desaparecidos y presos políticos, gremiales y sociales, constituyen el remanente de un pasado reciente y altamente doloroso. El destino de todos ellos está en manos de poderes omnipotentes, que soslayan la existencia de los jueces naturales que el país tiene para juzgar, condenando o libertando a sus ciudadanos, con el rigor y la equidad de la Constitución y las leyes.

Como consecuencia de este pasado pendiente y vivo, el país ha tenido que asistir a su deterioro internacional en las recientes reuniones de la OEA, para discutir, no la verdad o falsedad de los hechos imputados por la Comisión de Derechos Humanos, sino el derecho que asiste a otros gobiernos para juzgarnos. Como si importara a los argentinos y a los pueblos de América

el país y someterlo a sus designios. Hay que devolver el poder al pueblo, sin demoras, sin subterfugios. La democracia es un régimen que exige vivencias; nadie puede reemplazarla con supuestos, postergarla con pretextos, enseñar a los hombres sus ventajas practicando la dictadura.

O se vive en democracia o se la suplanta. Nuestro pueblo está en condiciones de gobernarse a sí mismo, sin tutelajes ni autodeclarados protectores. Nadie ha demostrado hacerlo mejor en su reemplazo.

La solución pasa por la vuelta a la Constitución, que permite la libre expresión de la opinión pública; la convocatoria a todos los argentinos para que elijan sus representantes y ejecuten sus programas. Una solución no basada en "urgencias electoralistas", de las que por otra parte nadie tiene por que avergonzarse, sino por exigencias históricas impostergables.

Abiertos todos los canales para la correcta información y confrontación de ideas, sin presiones de los sectores del poder, sin temores por el pensamiento de nadie.

No hay otra solución para que la Argentina se reencuentre a sí misma, incline el duro camino hacia el futuro. No porque con el mero aumento trascendente acto de la expresión de la opinión pública se produzca el milagro de la solución de los problemas no resueltos, sino porque sin este acto básico, político-democrático, no habrá comienzo para enfrentarnos real y definitivamente.

Es necesario, por lo tanto, y más que ello, urgente e insoslayable, dar por terminada esta nueva etapa del desencuentro nacional, este reiterado intento de los grupos minoritarios de controlar

la opinión y el voto de las dictaduras latino y centroamericanas; cómo si fuera relevante la comprensión de los delegados del imperalismo del norte.

La cuestión está aquí, entre nosotros, y para los hombres y mujeres a los que nos duelen y conmueven todas las muertes injustas, todos los desaparecidos ignorados, todos los presos sin razón; sin limitaciones, porque lo sentimos con profundo y ecúanime sentido humano, esta etapa de la historia argentina debe terminar con la verdad y la justicia.

El gobierno debe informar ampliamente. Liberar de inmediato a quienes correspondan. Dejar en manos de la Justicia la solución de todos los problemas pendientes. No cabe otra alternativa y cuanto antes se adopte menor será el daño y las consecuencias que se proyectan hacia el futuro.

Las soluciones

Hemos sostenido al comienzo que nada justifica la prolongación del Proceso. Al comenzar 1981, todos los aspectos de la vida nacional muestran su agotamiento. Aún más, de persistir en ellos, como la política económica, se corre el riesgo de que se regrese a niveles de represión hoy en parte superados, ante las imprevisibles y legítimas reacciones del pueblo, acosado por la disminución de las fuentes de trabajo, la caída de sus ingresos y el avance de la especulación a la que nada preocupa más allá de sus intereses sectoriales.

Es necesario, por lo tanto, y más que ello, urgente e insoslayable, dar por terminada esta nueva etapa del desencuentro nacional, este reiterado intento de los grupos minoritarios de controlar

la correcta información y confrontación de ideas, sin presiones de los sectores del poder, sin temores por el pensamiento de nadie.

No hay otra solución para que la Argentina se reencuentre a sí misma, incline el duro camino hacia el futuro. No porque con el mero aumento trascendente acto de la expresión de la opinión pública se produzca el milagro de la solución de los problemas no resueltos, sino porque sin este acto básico, político-democrático, no habrá comienzo para enfrentarnos real y definitivamente.

Es necesario, por lo tanto, y más que ello, urgente e insoslayable, dar por terminada esta nueva etapa del desencuentro nacional, este reiterado intento de los grupos minoritarios de controlar

la correcta información y confrontación de ideas, sin presiones de los sectores del poder, sin temores por el pensamiento de nadie.

El año 1981 debe ser el año del regreso a la legalidad popular, convocando a los argentinos para elegir su gobierno y decidir sus destinos. Es la única posibilidad que nos resta y hay que ponerla en marcha de inmediato.

La Confederación Socialista Argentina, convoca a todo el pueblo para que se reúna tras este programa de acción común. Particularmente, se dirige a la clase trabajadora, a la que insta a acompañarlo realizando todos los esfuerzos para la constitución de una CGT única y fuerte. Del primer paso indispensable de la recuperación democrática mediante la vuelta al gobierno popular, los trabajadores argentinos tendrán en el programa socialista la herramienta política para alcanzar sus objetivos de clase, con cuyo ascenso al poder sólo es posible la derrota del privilegio, el incremento de la riqueza y su justa distribución, la independencia y crecimiento nacional, bases de una auténtica y efectiva libertad individual.

CONFEDERACION SOCIALISTA ARGENTINA

Comité Nacional Ampliado

Alicia Moreau de Justo — Ramón I. Soria — Oscar Palmeiro — Héctor T. Polino — Ernesto Janín — Rubén A. Visconti — Jorge Deferrari — Manuel Outeirino — Boris Pasik — Aníbal L. Blanco — Cecilia Lericí — Luis Jiménez — Guillermo Beltrami — José Zajarevich — Alberto de Renzis — Luis A. Bergonzelli — Esther Barriounevo — José Armano Cosentino



Los metalúrgicos tienen la palabra

El Consejo directivo de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) hizo público un documento a principio de este año: Hacía Una Estrategia del Movimiento Obrero Argentino. En la misma reunión de aprobación del texto, los dirigentes decidieron no participar en la hace poco constituida CGT. Tales decisiones contaron con la aprobación de 36 delegados de seccionales sobre un total de 63, con 27 seccionales ausentes que impugnaron las resoluciones. La UOM integra la Comisión Nacional de Trabajo (CNT), sector gremial que concurrió al diálogo de Harguindéy el año pasado. Controversia considera necesario abrir un debate sobre el movimiento obrero argentino y por lo tanto dar a conocer para el mismo las distintas posiciones sindicales.

La Unión Obrera Metalúrgica

Con la finalización de 1980 se terminan varias cosas, no sólo el año: se termina el período de Videla, la gestión de Martínez de Hoz, el diálogo del ministro Harguindéy; termina una etapa de este Gobierno Militar. Con el verano, llegarán las clásicas "vacaciones políticas" del país que precederán a la asunción de un nuevo presidente. Todos estos acontecimientos hacen de este fin de año ocasión propicia para que la Unión Obrera Metalúrgica de la República Argentina haga públicas estas reflexiones. Se pretende con ellas, principalmente, acercar a todos los compañeros metalúrgicos elementos de análisis y de juicio sobre los aspectos más importantes que, a nuestro juicio, deben dar marco al necesario y fecundo debate en el seno de la organización a fin de aportar el pensamiento de los metalúrgicos a todo el Movimiento Obrero, al peronismo y al país.

Casi cinco años de labor frente a un poder insensible, nos han puesto como a todos, ante la dolorosa evidencia de que muy poco se ha logrado; apenas defendernos de la más sistemática agresión institucional que las fuerzas nacionales han soportado en este siglo. Toda nuestra labor ha tenido un desarrollo, un fundamento y determinados objetivos; en todo este proceso nos hemos sentido solidarios y acompañados por el Movimiento Obrero en su conjunto; hemos mantenido y mantenemos nuestra posición en los niveles nacionales de conducción sindical; coincidimos con algunos compañeros y disintimos con otros en los enfoques de algunos problemas; no obstante, ratificamos una vez más que la Unión Obrera Metalúrgica es parte indisoluble del Movimiento Obrero Argentino que, unido, organizado y solidario, constituye por derecho propio la genuina expresión de los trabajadores. Con este documento nuestra organización define posiciones y aclara orientaciones; así, definitivamente, los cuerpos orgánicos de la UOM continuarán conduciendo al gremio hacia la unidad gremial, la participación sindical y la reafirmación política, sin aventurarnos apresurados ni nostálgicos retardatarios; sin personalismos sentimentales ni ingratitudes injustas, sin improvisaciones orgánicas ni rigideces excesivas. Cumpliremos la misión con madurez, respetando la organización por encima de los hombres y poniendo como único juez de nuestros actos a los compañeros metalúrgicos.

La Unión Obrera Metalúrgica está decidida a preservar la coherencia orgánica y la lucidez metodológica que la convirtieron en estructura rectora del Movimiento Obrero Argentino. Por ello, hoy más que nunca los metalúrgicos afrontamos el deber de cerrar filas alrededor de nuestra organización para defenderla, vigorizarla y retomar la vieja mística, aquella que siempre nos hizo anteponer los intereses del conjunto a los personalismos y a la contundente eficacia de las mayorías a los estériles egoísmos de los que se pretenden iluminados.

Vamos a marginar la irracionalidad, también en lo interno.

Hemos optado —definitivamente— por expresarnos, fijar posiciones y tomar actitudes a través del único medio legítimo: sometiéndonos a la responsabilidad y a la consecuencia de la mayoría. La única verticalidad que acatamos es la que surge de los pronunciamientos orgánicos y nuestra inspiración proviene de aquellos que ya no están y que nos legaron una UOM unida y ponderosa [...]

Nuestro movimiento obrero

Sin desconocer antecedentes anteriores, el Movimiento Obrero nace como tal con el advenimiento del peronismo. Durante 10 años, desde 1945 a 1955, acompañó protagónicamente el formidable proceso de cambio de estructuras vividos por la Argentina de post-guerra. En lo social, fue el vehículo de integración y articulación política de las masas obreras que se incorporan a la participación de la vida nacional; y en lo económico, la expresión orgánica de los trabajadores que con su esfuerzo comenzaron a gestar la nueva Argentina moderna e industrial. Esta primera etapa da al sindicalismo una gran inserción en las estructuras profundas de la sociedad y la producción, y una relación participativa con el gobierno peronista que, abruptamente, termina en septiembre de 1955.

En los 25 años siguientes, desde 1955 hasta ahora, nuestro sindicalismo se desenvuelve en condiciones muy distintas; y es en esas condiciones —siempre adversas— en que el Movimiento Obrero crece y madura. Casi sin solución de continuidad (salvo cortos períodos de excepción) las organizaciones gremiales argentinas fueron disueltas, intervenidas, prohibidas, proscriptas, congeladas, reprimidas. No obstante, ninguna de esas agresiones pudo comprometer seriamente la existencia de un Movimiento Obrero sólido; los trabajadores organizados teníamos y tenemos un lugar definitivamente ganado en la estructura social argentina, y un rol obviamente decisivo en su estructura económica. Así como en los años 45 al 55 el Movimiento Obrero participó en la gestación de un nuevo modelo social del país, desde 1955 a la fecha ha sido el más sólido bastión en la defensa de las conquistas que caracterizaron aquella sociedad como más justa, y que promovieron a las mayorías populares a una dignidad propia de la persona humana. En estos 25 años el Movimiento Obrero ha tenido siempre una relación contradictoria y enfrentada con los poderes de turno, defendiendo a los trabajadores, sus conquistas y una idea de país. Esta defensa se resolvió unas veces por la lucha, otras por la negociación y, las más, por una combinación de ambas.

Hoy, no obstante estar atravesando la etapa más crítica de su historia, el Movimiento Obrero es más grande y más fuerte que hace 10 o 20 años. Su historia le ha dado características propias en sus métodos, su estilo y su concepción. Nunca rehuyó la lucha, pero no se dejó anular en métodos rudimentariamente contestatarios; siempre que fue útil al objetivo perseguido, sea para los trabajadores o para la patria, dialogó con madurez y negociación con dignidad, pero no se dejó arrastrar —ni los momentos más especiales— por el seguidismo claudicante. Ha mantenido, contra todas las presiones, su clara identificación política con Perón, pero jamás olvidó que el logro prioritario de los objetivos sindicales y el mantenimiento de sus organizaciones fuertes, disciplinadas y eficientes, es su aporte insustituible a la causa del justicialismo [...]

La táctica gubernamental

Para los sectores más influyentes de la administración Videla, especialmente los vinculados al Ministerio de Economía, el sindicalismo fue visto desde el principio como un objetivo a destruir. Las permanentes referencias al "poder sindical", la propaganda de mala fe

contra sindicatos y dirigentes, la persecución y la cárcel, acompañaron las medidas anti-sindicales por todos conocidas, que culminan en las nuevas leyes de asociaciones gremiales y de obras sociales. Adoptaron diversas medidas con el objetivo real de desarticular la organización gremial; pero su ignorancia de los reales sustentos del sindicalismo como fuerza social, condenan la táctica gubernamental al fracaso, porque el Movimiento Obrero superará esta etapa. En efecto, la limitación arbitraria del derecho constitucional de huelga, y de nuestro derecho a discutir convenciones colectivas de trabajo, la disolución de la CGT, la pretensión de fracturar territorialmente nuestras grandes organizaciones nacionales, la reducción y restricción de los fondos sindicales y el despojo de las obras sociales, son todas medidas que persiguen un objetivo final: desarticular el Movimiento Obrero debilitando los sindicatos, reduciendo la vinculación del afiliado con su organización y dividiendo las estructuras de conducción.

La vigencia del Movimiento Obrero se asienta sobre bases tan profundas que esa táctica de debilitamiento, por agresiva que sea, no podrá afectar su fondo. Nuestra fuerza surge, en primer lugar, de la existencia en el país de una clase trabajadora organizada numerosa y madura, que a lo largo de cuarenta años de desarrollo industrial ha ganado dos generaciones de trabajadores disciplinados y con un alto grado de conciencia orgánica, que han sido protagonistas efectivos de su participación en la defensa institucional de sus intereses y derechos. En segundo lugar, la fuerza del sindicalismo se asienta en nuestra inserción en la estructura productiva del país, que nos cuenta con un componente esencial e irreversible. En tercer lugar, la cohesión política de los trabajadores argentinos ha sido un pilar básico de la fortaleza del Movimiento Obrero; más allá de coyunturales o permanentes disensiones en el nivel dirigente, la identidad política de la clase trabajadora argentina con el peronismo, ha dado siempre el referente final de unidad orgánica-funcional en los momentos decisivos. En cuarto lugar, nuestra solidez nos ha dado mayor fuerza, ya que el resto de los componentes de la sociedad argentina se han revelado siempre más divididos y dispersos y menos estables. Y en quinto lugar, nuestro Movimiento Obrero ha enfrentado durante 25 años políticas represivas que nos han desarrollado y fortalecido aún más.

Estas características de nuestro Movimiento Obrero son los elementos que la táctica del gobierno no puede alcanzar; nuestra madurez de conciencia e institucional, nuestra inserción en el aparato productivo, nuestra cohesión política, la debilidad relativa de otros sectores sociales y nuestra larga experiencia de enfrentamiento a la represión sindical, no pueden ser tocadas por los intentos tácticos del gobierno. Hemos defendido cada espacio, cada ley, cada conquista, aquí y ahora, con los elementos que hemos tenido; pero con la seguridad que lo esencial, la fuerza real del Movimiento Obrero, está intacta y, desde allí, cualquier reconquista es posible.

El futuro

Si la etapa que termina se definió principalmente por una permanente defensiva frente a los intentos tácticos de la administración, de ahora en adelante nuestra tarea debe marchar por los carriles de la reconstrucción orgánica, la reafirmación política y la presencia internacional.

La reconstrucción orgánica habrá de culminar efectivamente en una CGT única; pero debe hacerse de modo tal que contenga realmente a toda la Clase Trabajadora organizada y no debe instrumentarse esa gesta gloriosa al servicio de núcleos o sectores que pretendan medrar oportunísticamente con ello; ¿es que alguien puede negarnos el derecho a participar en la CGT y a establecer de común acuerdo las condiciones?; ¿es que alguien puede afirmar legítimamente que una CGT paralizada, debilitada en un mismo proceso de gestación es un logro para los trabajadores? Los metalúrgicos sabemos que no; y por eso continuaremos bregando por la reconstrucción orgánica del Movimiento Obrero, que culmine en una sola CGT, fuerte, representativa y que sea la instancia institucional donde las lógicas divergencias encuentren su punto de resolución

en beneficio de los trabajadores y la Patria.

La reafirmación política será la consolidación de nuestra realidad histórica y nuestra identificación con el peronismo. Más adelante analizamos extensamente esta cuestión; cabe señalar ahora que ello no es otra cosa que el respeto a la voluntad de millones de trabajadores argentinos que se indentifican con el peronismo y que, orgánica y disciplinadamente, habremos de activar en el desarrollo futuro del Movimiento Justicialista como ciudadanos, a través de la rama política, y como trabajadores, a través de la rama gremial, reivindicando el derecho del peronismo a participar en la gestación del futuro democrático argentino, enfrentando los intentos de proscripción o autoproscrición, cualquiera sea su origen [...]

LO POLITICO

El desafío de Perón

A su regreso a la patria el general Perón plantea a los argentinos un desafío de magnitud cíclopea: la construcción de un nuevo modelo de país, la realización en la Argentina de una democracia integrada.

Parecía un designio del destino que quien siendo el líder del movimiento gregario más numeroso e importante de nuestra historia, quien a través de una relación personal y directa con el pueblo argentino había puesto en crisis los mecanismos clásicos de la representación política, viniera a hablar de una democracia representativa plena de justicia social. Pero el país ya no era el mismo, los trabajadores argentinos de ser una masa ansiosa de reivindicaciones habíamos pasado a ser un importante núcleo social organizado; el peronismo de ser un inorgánico clamor de justicia social, independencia económica y soberanía política, era ya la fuerza que intentaba organizar la voluntad política de más de la mitad de los argentinos; el resto de los partidos políticos habían optado por la disidencia civilizada y la defensa de los intereses comunes por sobre los estrictamente partidarios. El empresariado nacional era el sector organizado que reclamaba su posibilidad de aportar al conjunto, y la mujer argentina plena de derechos por obra del justicialismo participaba como protagonista de la vida pública.

A este país a cuya modelación tributó su vida, Perón le pudo transitar el camino del respeto mutuo y la lucha, arduosa sí, pero por la idea.

La conspiración y el lopezreguismo

Así, cuando los argentinos creímos ver que había llegado la hora de la realización de nuestros anhelos, la traición y los enemigos externos, unidos en la necesidad de perpetuar el privilegio, conspiran en una asociación de guerrilla marxista, terrorismo de izquierda y de derecha, de desabastecimiento y sectarismo. Y le tocó al gobierno peronista dar la lucha contra la conspiración. Contra la subversión infiltrada en las filas de su propio movimiento, y contra los sectores que amparados en esta lucha querían realizar su tráfico de lopezreguismo y círculos estéticos, en los que impunemente se trataba de decidir sobre el destino de todos los argentinos, pretendiendo negar con esa práctica la sincera vocación democrática que Perón proclamaba y el país necesitaba para que desplegando toda su energía superara esa situación que ponía en riesgo su propia existencia.

Era la idea de que la democracia se formulara para conformar a la oposición, pero se decide en el círculo. No era ésta la idea de Perón.

El país pudo expulsar a aquellos agentes de la oscuridad y el sectarismo. Que la tentación de reeditar sus métodos no nos arrastre a enfrentamientos estériles.

Las causas del golpe militar

Esta lucha puso al peronismo en desgastadoras batallas internas que le impidieron ser el aglutinante y motor de la unidad nacional que se expresó junto al férreo de su Jefe.

La dispersión del poder fue inevitable, el golpe de estado su consecuencia, más allá de las justificaciones argüidas por sus autores.

Muy lejanos eran los días de la convivencia nacional, nulas las posibilidades de participación [...]

Diálogo político

La Unión Obrera Metalúrgica, en decisión orgánica, aceptó concurrir al diálogo convocado por el Ministerio del Interior a través de uno de sus dirigentes nacionales. Se fijó, con altura y firmeza, clara posición respecto a los temas que preocupaban al Movimiento Obrero y al país. Y lo decimos claramente: lo que el gobierno haga con las impresiones e inquietudes que ha recogido en esta ronda de conversaciones es su responsabilidad, no la nuestra. Los funcionarios decidirán si esos aportes les sirven sólo a ellos, oxigenando su proceso y otorgándose tiempo, o fructifican al aceptarlos lealmente convirtiéndolo en un instrumento al servicio del pluralismo y la participación.

Nosotros dialogamos porque tenemos cosas que criticar y solicitudes que efectuar; dialogamos porque tenemos clara conciencia de lo que queremos; dialogamos porque no nos vamos a automarginar de éste ni de ningún diálogo; dialogamos —en fin— porque no desperdiciamos oportunidad ninguna para poder difundir al país nuestro militante orgullo de trabajadores y de peronistas. Porque dialogar es nuestra responsabilidad, la asumimos; franca, honestamente.

Si otros desvirtúan la posibilidad del diálogo, bastardeando su alto contenido ético y político, allá ellos. Y si alguno cree ser más valiente por quedarse callado, que calle, que el silencio en la vida suele significar consentir y —en el mejor de los casos— resignación.

La señora de Perón

María Estela Martínez de Perón continúa de maría. Su prision excede largamente el marco jurídico que desde el poder se pretende dar y se convierte en un elemento más de disenso nacional. Su cautiverio aparece como incausado, irracional; al prolongarse, surge que el único motivo valioso que le justifica está constituido por las contradicciones entre quienes son los únicos que pueden resolver su situación. La Nación necesita la lúcida e inmediata decisión que disponga su libertad y tal responsabilidad no se endosa ni se comparte: es privativa del poder político, exclusivamente.

La ex presidente de la República —además del derecho a la libertad física— ha sido privada, como otros argentinos, de otros derechos constitucionales. Así, se han violado en ella las garantías de los artículos 17 y 18 de la Constitución Nacional que establecen que la propiedad es inviolable y nadie puede ser privado de ella sino en virtud de sentencia fundada en ley al procederse a la confiscación de sus bienes por comisiones especiales, en flagrante conculcamiento a las más elementales normas de un estado de derecho. Asimismo, como el resto de los habitantes del país, está impedida de ejercer sus derechos a la libertad de expresión y a la participación política.

Es necesario que a la señora de Perón le sean restablecidos sus derechos. Ella, como todos y cada uno de los argentinos, debe ser protegida —y no agredida— por el marco jurídico y por las autoridades que deben garantizar la tutela y el libre ejercicio de las garantías y los derechos constitucionales. Una vez libre, no deben pesar ahora sobre ella fulminaciones antijurídicas que la conviertan en una ciudadana de segunda clase y el gobierno y el país deben reconocer y acatar las disposiciones de su libertad, única arquitecta de su destino.

El justicialismo reivindica en lo interno la posibilidad de su participación en la política del movimiento. Todos los peronistas, incluida la señora de Perón, tenemos el derecho a compartir la construcción de la organización democrática del partido y del movimiento, y cada uno debe asumir la responsabilidad que su capacidad, su prudencia y su vocación de ser líder. No aceptamos por ello la marginación a la que se la quiere obligar, razonado como quienes desean castigar en ella al peronismo en su conjunto; no encubriremos —tampoco— a quienes en su nombre tratan de resucitar la irracionalidad y el oportunismo.

Peronismo y autocritica

Los trabajadores metalúrgicos reafirmamos nuestro peronismo pues creemos que el conjunto de ideas que conforman nuestra doctrina son posibilidad cierta de grandeza nacional. Pero que se nos entienda bien: reclamar y

sostener esta definición política en el seno de la clase trabajadora y de la Nación no excluye otros aportes constructivos y patrióticos. Somos los justicialistas la más importante expresión política del país de los argentinos, pero no la única. Tenemos aportes sustanciales y decisivos que ofrecerle a la patria, pero no nos sentimos propietarios de las soluciones y —es más— estamos convencidos que sin el concurso de todos los sectores no hay reconstrucción nacional.

Hemos emprendido nuestra autocritica, y desde antes del 24 de marzo de 1976. Muchos han sido los errores cometidos, y nuestra paciencia es buena muestra de que así lo reconocemos. Pero esta constructiva actitud no debe ser entendida como debilidad ni como renunciamiento; antes, por el contrario, demuestra fortaleza y temple. Quisiéramos ver al conjunto de la Nación abocada con lealtad a reconocer y señalar errores propios, aun a las Fuerzas Armadas. Más señalamos también que la única autocritica válida y posible, la única autocritica histórica y superadora, está constituida por la reflexión común y —sobre todo— por la posibilidad de construir algo diferente. Es por eso que el gobierno se equivoca cuando prohíbe; prohíbe la actividad política, prohíbe el funcionamiento sindical, prohíbe la discrepancia y la vitalidad cultural, prohíbe la audacia y hasta la reflexión. No se enmiendan errores sino construyendo mejor que antes, y no se puede construir sino en libertad. Y porque queremos construir reclamamos la libre actividad política y sindical. Porque estamos en contra de las mentalidades asustadizas y oscurantistas le decimos al gobierno que no le tenga miedo al libre debate, a la confrontación de ideas, al libre desarrollo de las actividades naturales a través de las cuales el hombre se realiza. La prohibición de la actividad política y sindical tiene tanta racionalidad como el vetar la administración de justicia o la defensa nacional. ¿Se puede acusar vedar la magistratura porque existen malos jueces o impedir la defensa nacional porque existe la posibilidad de que algún militar sea inepto? No puede acusarse a las fuerzas políticas y gremiales de países del anquilosamiento de sus estratos dirigentes cuando se les ha privado del ejercicio del más elemental de sus derechos: el ejercicio de la democracia, único mecanismo de control, censura y recambio en las sociedades evolucionadas [...]

LO ECONOMICO

Objetivos de un programa económico

[...] El análisis realizado sobre las falencias que presenta actualmente la economía argentina permiten definir los objetivos que una política debiera perseguir. Sabemos bien que algunos de ellos presentan más dificultades que otros; pero asimismo consideramos que constituyen las aspiraciones mínimas y básicas de los trabajadores argentinos. Por otra parte, algunos presentan facetas contradictorias entre tanto que otros se complementan y coadyuvan para una mejor cumplimiento.

El primer objetivo debe ser el de aumentar la productividad de la economía argentina. Necesitamos incrementar nuestra eficacia y obtener mejores rendimientos en nuestros establecimientos industriales, agropecuarios, en nuestras empresas de servicios y en el sector estatal.

Se deben sentar las bases para un crecimiento sostenido del ingreso nacional. Debemos superar nuestro estancamiento y alcanzar niveles razonables y estables de crecimiento económico. Interesa principalmente asegurar una línea de tendencia que elimine las variaciones bruscas y permita obtener mayores niveles de bienestar económico.

El ingreso generado debe ser equitativamente distribuido entre los sectores intervinientes. Las desigualdades extremas de ingresos deben desaparecer en las relaciones entre el capital y el trabajo. Un mínimo nivel de subsistencia debe ser asegurado para todos los habitantes del país. Por encima de él deben primar razones de eficiencia, equidad y justicia, tratando de asegurar una igualdad de oportunidades.

Se debe propender a una efectiva descentralización regional, promoviendo todas las zonas del país y contemplando los intereses de las producciones regionales. La política económica debe tener flexibilidad como para no uniformar el espacio físico nacional, sino, al contrario, para adaptarse a las necesidades de cada región,

en el marco de un proyecto global.

Debemos asegurar la libre decisión nacional. Como Nación independiente tenemos nuestro propio modo de ser y nuestro propio estilo de vida. La doctrina nacional, humanista y cristiana, nos aleja tanto del capitalismo individualista como del colectivismo marxista. Por tanto, el programa económico debe establecer mecanismos tales que impidan el desvío de nuestro propio derrotero. En él se encuentra inserto nuestro afán de integración con el resto del mundo.

La actividad económica se desarrolla en un marco natural que es necesario preservar. Los recursos naturales deben ser racionalmente utilizados y debemos cuidarlos por ser un patrimonio común. Una mejor calidad de vida constituye uno de los complementos indispensables de todo proceso de crecimiento. [...]

Una propuesta

A nivel global

El mercado interno debe ser reactivado. Una progresiva elevación del salario real y la promoción de inversiones productivas puede ser los caminos que permitan tal objetivo. No existe, por definición, una dicotomía entre salarios más altos y menor nivel de ahorro. Es sabido que, tal como ha ocurrido, una inequitativa distribución de los ingresos favorece el consumo santuario y no la acumulación de capital. En cambio, un aumento en el nivel de participación de los asalariados incentivaría la producción y por ende la renovación y aumento de la capacidad productiva.

En el sector financiero se debe cambiar la óptica desde la cual se la encara. Para ello hay que comprender que no se trata de un compartimento estanco, sino que forma parte de un conjunto económico y social al que debe servir. De eso se trata. El sistema financiero debe ser capaz de proveer los recursos que el desenvolvimiento de la economía necesita. La autonomía monetaria debe regular los costos del crédito en función de los objetivos prioritarios que se hayan fijado. Estos se buscarán en razones estratégicas, de ordenamiento territorial, de eficiencia económica, de desarrollo tecnológico y de equidad distributiva. Como todo servicio, debe asegurarse su continuidad, sin arbitrios legales ni medidas intempestivas.

La relación entidades financieras-empresas debe ser reconstituida por la ayuda del estado. Existe una situación de endeudamiento que trata el accionador de las empresas, por lo que se hace necesario un sistema de reconstrucción de las unidades productivas general para todo el conjunto económico nacional. El refinanciamiento a proveer a las empresas no puede ser indiscriminado sino en función de aquellas que verdaderamente realizarán un esfuerzo propio para salir del estancamiento. Aspiramos a participar organizadamente de tales tratativas y, de tal forma, asumir responsablemente las obligaciones adicionales que tal gestión producirá.

La industria

En el sector industrial se debe encarar una política que pueda proseguir con el desarrollo del perfil industrial que la evolución del sector viene esbozando. Existen a nivel nacional una serie de factores favorables que permiten superar la existencia de una capacidad potencial de importancia para el crecimiento del sector. La disponibilidad de energía, los recursos naturales y la capacidad de la mano de obra son elementos importantes. Hace falta una política clara, con objetivos precisos, que no deje librada al arbitrio del mal llamado "libre mercado" la suerte de una riqueza productiva que contribuye con más de un tercio al total nacional. Cuando el órgano superior de una sociedad, su Gobierno, no ejerce la conducción, los intereses creados, por sí o por medio de sus representantes, planifican el accionador de todo el conjunto social.

La industria argentina necesita un nivel de protección adecuado, no sujeto a especulaciones teóricas, sino adaptable cada caso a la situación de la industria en particular, de la economía en general, del contexto internacional y de las prioridades que políticamente se fijan.

La industria argentina necesita un nivel de recursos humanos superior al actual. Debemos crear tecnología o incrementar nuestra pro-

ductividad. La formación secundaria y superior no universitaria es clave en tal sentido. Debemos incentivar la innovación y la creación científica y técnica, tanto en el nivel educativo formal como en el informal, en los establecimientos como en las fábricas, a nivel privado y público. Nuestras organizaciones sindicales pueden ser un vehículo eficaz para el desarrollo y capacitación de los recursos humanos.

Necesitamos que la industria se descentralice geográficamente. Por muchas razones, el Gran Buenos Aires no constituye un lugar apto para la vida humana ni es conveniente estratégicamente la concentración industrial. Se debe promover más acuciosamente la radicación industrial en el interior del país y la relocalización de los establecimientos ubicados en los centros más importantes.

La industria argentina debe proyectarse al exterior. Necesitamos recuperar el terreno perdido en materia de exportaciones de productos industriales, que seguramente será fortalecida si desarrollamos nuestra tecnología.

Justamente este último factor debe ser priorizado. La industria argentina necesita, si desea sobrevivir, dedicar una parte importante de sus recursos al desarrollo tecnológico. También el estado debe volcar sus esfuerzos en este campo, en una acción programada y coordinada en conjunto con los protagonistas del sector: empresarios, investigadores y trabajadores. Debemos recordar bien estos conceptos, pues son esenciales: "sin tecnología nacional no habrá una industria realmente argentina, y sin tal industria podrá existir crecimiento pero nunca desarrollo" [...]

CONCLUSIONES

En lo gremial

* La Unión Obrera Metalúrgica es parte indisoluble del Movimiento Obrero Argentino, del que se nutre y al que aporta lo mejor de sí.

* La Unión Obrera Metalúrgica, dejando de lado la irracionalidad y los personalismos ha decidido recuperar su vieja mística en lo organizativo y en lo metodológico, expresándose a través de la única verticalidad posible en su seno: el accionamiento de los pronunciamientos orgánicos.

* Rescatando los ejemplos de Vandor y Rucci va a poner la inteligencia de su accionador político y gremial en lograr la grandeza de la Nación, la unidad del sindicalismo argentino, la defensa de la economía y el afianzamiento de la justicia social.

* El Movimiento Obrero Argentino se ha consolidado en circunstancias represivas. Utilizando la lucha o la negociación, o ambas a la vez, es hoy más poderoso que nunca.

* Reafirmando su peronismo la Unión Obrera Metalúrgica entiende que el mejor aporte al movimiento justicialista que puede hacer es el conservar y potenciar su estructura, ofrendándola a la causa nacional.

* A pesar que la actual administración, y en especial el equipo económico, pretende destruir la organización de los trabajadores a través de la regresión legislativa, la represión y la difamación, el Movimiento Obrero Argentino emergerá —una vez más— incólume de esa agresión, pues su vigencia se consolida en una clase trabajadora lúcida, madura y responsable; de su inserción en la estructura productiva nacional, de su cohesión política y doctrinaria, de su organización frente a la desorganización de otros sectores y de la fortaleza a través de 25 años de represión.

* La Unión Obrera Metalúrgica y el sindicalismo en general han definido en estas difíciles circunstancias todas y cada una de sus conquistas con los métodos que la coyuntura ha permitido, y orgullosos decimos que nuestra estructura y la fuerza que de ella deriva ha sido presevada y será puesta al servicio de la reconquista de la dignidad y la justicia.

* Nuestros objetivos son la reconstrucción orgánica de la Confederación General del Trabajo, verdaderamente representativa, puesta al servicio de todos los trabajadores argentinos; la consecuencia con nuestros ideales políticos que pondremos al servicio de la democracia nacional y la solidaria relación social, el desarrollo económico y profesar la convicción que ha llegado la hora del protagonismo ineluctable de los pueblos.

En lo político

* Somos peronistas y como tales acatamos la voluntad de Perón de su único heredero es el Pueblo; somos disciplinados y por ello trabajamos para cumplir la última directiva del General: organizarnos para concretar la etapa orgánica del Movimiento, superando el gregarismo.

* Vamos en la democracia el único sistema de gobierno compatible con la dignidad de los trabajadores; ello nos compromete a perfeccionar nuestra democracia interna y la del Justicialismo. Pero no ignoramos el valor de otros aportes, ya que las soluciones que la Nación reclama exige el aporte de todos.

* Hemos sido principales protagonistas de la victoria sobre la subversión y del enfrentamiento contra el lopezreguismo; ello nos compromete a seguir vigilantes para no permitir el regreso de ninguno de los dos.

* Consideramos los derechos humanos desde una perspectiva integral, como la persona; toda nuestra acción se encamina a su defensa. Las violaciones que han existido deben ser subsanadas; y todos los argentinos debemos garantizar su irrestricta vigencia.

* Somos conscientes de los errores cometidos y hacemos nuestra autocrítica; igua obligación tenemos todos los argentinos. La única autocrítica válida es la de los hechos, no de las palabras; sólo se hace autocrítica real construyendo realidades mejores. Para eso reclamamos el derecho de actuar libremente en lo gremial y lo político.

* No podemos concebir la Argentina como potencia de segundo orden, ni como satélite. Queremos una Argentina internacionalmente presente, junto a las grandes democracias que han construido órdenes políticos justos, estables y respetados; y con vocación de liderazgo.

En lo económico

* El Plan Económico de Martínez de Hoz ha fracasado. La improvisación desfranzada de "gradualismo", atada a una concepción teórica errónea e incompatible con la realidad argentina, ha producido el desastre que ya se hace evidente.

* El sistema financiero que sólo estimula la especulación está en pleno derrumbe; el sector público crece a expensas de la regresión tributaria, la desinversión privada y el intervencionismo al revés; el déficit crónico del sector externo se cubre con una gigantesca deuda externa; el aparato productivo semidestruido mientras se subsidian las importaciones con el tipo de cambio y la falta de aranceles; la distribución del ingreso deterioró la participación del sector trabajo a niveles de medio siglo atrás; 800.000 trabajadores han sido expulsados del sistema productivo sea por emigración, desempleo, subempleo y desocupación.

* El fracaso del plan económico es de concepción, no de implementación. Debe cambiarse todo el esquema económico, desde la concepción hasta los objetivos y la ejecución.

* Los objetivos que deben perseguirse son el aumento de la productividad, el crecimiento del ingreso generado y su equitativa distribución, la libre decisión nacional que asegure la independencia económica y la racional protección de nuestros recursos naturales.

* Los criterios a aplicar en su implementación deben establecerse posibilitando la planificación democrática e inteligente de la gestión económica, asegurando la participación de todos los sectores representativos en un proceso de concertación que mejore y desarrolle experiencias anteriores, formulado planes de mediano y largo plazo. Se trata no sólo de ver cómo se reparte la torta y su tamaño, sino todas sus etapas, desde la concepción hasta la ejecución.

* Toda propuesta económica debe contener como elementos esenciales la reactivación del mercado mediante una adecuada política de ingresos, la modificación del sistema financiero, la reformulación de la relación empresa-entidad financiera con participación estatal; y en el ámbito industrial, protección adecuada, mejoramiento de recursos humanos, descentralización geográfica, proyección al exterior y desarrollo tecnológico. ●

ARGENTINA DESDE ADENTRO Y DESDE AFUERA

América Latina: exilio y literatura

Julio Cortázar

Lo que sigue es una tentativa de aproximación parcial a los problemas que plantea el exilio en la literatura, y a su consecuencia forzosa, la literatura del exilio. No tengo ninguna aptitud analítica; me limito aquí a una visión muy personal, que no pretendo generalizar sino exponer como simple aporte a un problema de infinitas facetas.

Hecho real y tema literario, el exilio domina en la actualidad el escenario de la literatura latinoamericana. Como hecho real, de sobra conocemos el número de escritores que han debido alejarse de sus países; como tema literario, se manifiesta obviamente en poemas, cuentos y novelas de muchos de ellos. Tema universal, desde las lamentaciones de un Ovidio o de un Dante Alighieri, el exilio es hoy una constante en la realidad y en la literatura latinoamericana, empujando por los países del llamado Cono Sur y siguiendo por el Brasil y no pocas naciones de América Central. Esta condición anómala del escritor abarca a argentinos, chilenos, uruguayos, paraguayos, bolivianos, brasileños, nicaragüenses, salvadoreños, haitianos, dominicanos, y la lista no se detiene ahí. Por "escritor" entiendo sobre todo al novelista y al cuentista, es decir, a los escritores de invención y de ficción; a la par de ellos incluyo al poeta, cuya especificidad nadie ha pedido definir pero que forma cuerpo común con el cuentista y el novelista en la medida en que todos ellos juegan su juego en un territorio dominado por la analogía, las asociaciones libres, los ritmos significantes y la tendencia a expresarse a través o desde vivencias y empatías.

Al tocar el problema del escritor exiliado, me incluyo actualmente entre los innumerables protagonistas de la diáspora. La diferencia está en que mi exilio sólo se ha vuelto forzoso en estos últimos años; cuando me fui de la Argentina en 1951, lo hice por mi propia voluntad y sin razones políticas o ideológicas volví con frecuencia a mi país, y sólo a partir de 1974 me vi obligado a considerarme como un exiliado. Pero hay más y peor: al exilio que podríamos llamar físico habría de sumarse a partir del año pasado un exilio cultural, infinitamente más penoso para un escritor que trabaja en íntima relación con su contexto nacional y lingüístico. En efecto, la edición argentina de mi último libro de cuento fue prohibida por la Junta Militar, que sólo la hubiera autorizado si yo consintiera a suprimir dos relatos que consideraba como lesivos para ella o para lo que ella representa como sistema de opresión y de alienación. Uno de esos relatos se refería indirectamente a la desaparición de personas en el territorio argentino; el otro tenía por tema la destrucción de la comunidad cristiana del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal en la isla de Solentname.

Entre Cortázar, Heker, Viñas y Gregorich

La revista rescata una polémica (en parte polémica y en parte tratamiento del tema) que recientemente se desarrolló entre compatriotas a través de varios medios culturales. La cuestión enfocada es la actual situación de los escritores argentinos y la literatura nacional. De los distintos puntos de vista emerge, sin embargo, un problema de más vastos y profundos alcances: la diferente y contradictoria relación con el país por parte de los que viven en el mismo y los que viven en el exterior. Un asunto que no es la primera vez que encara Controversia con una tendencia definida: la necesidad de aproximar vivencias, relacionar experiencias, ir reencontrándonos. La necesidad de superar la brecha entre allá y aquí, desde las distintas conciencias del drama ocurrido. Indétidamente para nosotros, gran parte de una generación vive escindida. Con sus fantasmas y sus dolores, con su imaginación y su esperanza. Un código que nos hermanaba, tan natural como el aire y el agua hasta un momento, hoy se siente como pérdida: hoy está situado en el plano de las apatías dominantes para el país: aquí que busca que desconozcamos qué somos y con quienes somos. Entonces, nos interesa el tema en términos ideológicos, culturales, psicológicos, desde la piel y la idea: por lo tanto nos interesa el tema políticamente por considerarlo tan importante como las adscripciones políticas, las reflexiones sobre lo sucedido y las discusiones sobre el futuro del país. Mejor dicho, nos interesa por creer que muchas de las definiciones políticas e ideológicas tan abundantes hoy entre nosotros, son sobre todo traducciones de la relación personal, existencial, que tenemos con la tierra lejana. Y tal vez sea este texto subyacente, íntimo, que busca consiente o inconscientemente un mayor enlace o una mayor distancia con lo argentino, el discurso político más decisivo y el menos incorporado a cada una de nuestras discusiones.

El mencionado intercambio de opiniones se desarrolló de la siguiente manera: 1] Un artículo presentado por Julio Cortázar durante el Coloquio sobre Literatura Latinoamericana Actual, en el Centro Cultural Int. de Gerisy la Salle (Julio 1978) y publicado en México por la revista Arte, Sociedad, Ideología (núm. 5, 1978). 2] Una entrevista que se le realizó a David Viñas en España, publicada por el suplemento cultural La Letra y la Imagen núm 39 del 22 de junio de 1980 del periódico El Universal de México. 3] Un artículo escrito por la escritora Liliana Heker, "Polémica con Julio Cortázar", en la revista literaria El Ornitorrinco (núm. 7, enero-febrero de 1980) que se edita en Buenos Aires bajo la codirección de Abelardo Castillo y Liliana Heker. 4] Un artículo de respuesta a Liliana Heker escrito por Julio Cortázar —"Carta a una escritora argentina"— enviado como cable por la agencia de noticias española EFE y publicado en México por la revista Proceso (núm. 216 en diciembre de 1980). 5] Un artículo escrito por Luis Gregorich y publicado en el suplemento cultural-literario del diario argentino Clarín el 29 de enero de 1981.

Como se ve, puedo hoy sentir el exilio desde dentro, es decir, paradójicamente, desde fuera. Años atrás, cada vez que me fue dado participar en la defensa de las víctimas de cualquiera de las dictaduras de nuestro continente, a través de organismos como el Tribunal Bertrand Russell II o la Comisión de Helsinki, no se me ocurrió situarme en el mismo plano que los exiliados latinoamericanos, puesto que jamás había considerado mi lejanía del país como un exilio, y ni siquiera como un autoexilio. Para mí al menos, la noción de exilio comporta una compulsión, y muchas veces una violencia. Un exiliado es casi siempre un expulsado, y ése no era mi caso hasta hace poco. Quiero aclarar que no he sido objeto de ninguna medida oficial en ese sentido, y es muy posible que si quisiera viajar a la Argentina podría entrar en ella sin dificultad; lo que sin duda no podría es volver a salir, aunque desde luego la Junta Militar no reconocería ninguna responsabilidad en lo que pudiera sucederme; es bien sabido que en la Argentina la gente desaparece sin que, oficialmente, se tenga noticia de lo que ocurre.

Así, entonces, asumiendo y viendo la condición de exiliado, quisiera hacer algunas observaciones sobre algo que tan de cerca nos toca a los escritores. Mi intención no es una autopsia sino una biop-

sia; mi finalidad no es la deploración sino la respuesta más activa y eficaz posible al genocidio cultural que crece día con día en tantos países latinoamericanos. Diré más, a riesgo de oír en la utopía; creo que las condiciones están dadas entre nosotros, los escritores exiliados, para superar al desgarramiento, el desarraigamiento que nos imponen las dictaduras, y devolver a nuestra manera específica el golpe que nos inflige cada nuevo exilio. Pero para ello habría que superar algunos malentendidos de raíz romántica y humanista, y plantear la condición del exilio en términos que superen su negatividad, a veces inevitable y terrible, pero a veces también estereotipada y esterilizante.

Hay, desde luego, el traumatismo que sigue a todo golpe, a toda herida. Un escritor exiliado es en primer término una mujer o un hombre exiliados, es alguien que se sabe despojado de todo lo suyo, muchas veces de una familia, y en el mejor de los casos de una manera y un ritmo de vivir, de un perfume del aire y un color del cielo, de una costumbre de casas y de calles y bibliotecas y de perros y de cafés con amigos y de periódicos y de músicas y de caminatas por la ciudad. El exilio es la cesación del contacto de un follaje y de una raigambre con el aire y la tierra

conaturales; es como el brusco final de un amor, es como una muerte inconcebiblemente horrible porque es una muerte que se sigue viviendo conscientemente, algo como lo que Edgar Allan Poe describió en ese relato que se llama *El entierro prematuro*.

Ese traumatismo harto comprensible determinó desde siempre y sigue determinando que un cierto número de escritores exiliados ingresen en algo así como una penumbra intelectual y creadora que limita, empobrece y a veces aniquila totalmente su trabajo. Es tristemente irónico comprobar que este caso es más frecuente en los escritores jóvenes que en los veteranos, y es ahí donde las dictaduras logran mejor su propósito de destruir un pensamiento y una creación libres y combativos. A lo largo de los años he visto apagar así muchas jóvenes estrellas en un cielo extranjero. Y hay algo aún peor, y es lo que podríamos llamar el exilio interior, puesto que la opresión, la censura y el miedo en nuestros países han aplastado *in situ* a muchos jóvenes talentosos cuyas primeras obras tanto promuevan. Entre 1955 y 1970 yo recibí cantidad de libros y manuscritos de autores argentinos noveles que me llenaban de esperanza; hoy no sé nada de ellos, sobre todo de los que siguen en la Argentina. Y no se trata de un proceso inevitable de selección y decantación generacional, sino de una renuncia total o parcial que abarca un número mucho mayor de escritores que el previsible dentro de condiciones normales.

También por eso resulta tristemente irónico verificar que los escritores exiliados en el extranjero, sean jóvenes o veteranos, se muestran en conjunto más fecundos que aquellos a quienes las condiciones internas acorralan y hostigan muchas veces hasta la desaparición o la muerte, como en los casos de Rodolfo Walsh y de Haroldo Conti en la Argentina. Pero en todas las formas del exilio la escritura se cumple dentro o después de experiencias traumáticas que la producción del escritor reflejará inequívocamente en la mayoría de los casos.

Frente a esa ruptura de las fuentes vitales que neutraliza o desequilibra la capacidad creadora, la reacción del escritor asume aspectos muy diferentes. Entre los exiliados fuera del país, por la necesidad de reajustar su vida a condiciones y a actividades que le alejan forzadamente de la literatura como tarea esencial. Pero casi todos los otros exiliados siguen escribiendo, y sus reacciones son perceptibles a través de su trabajo. Están los que casi proustanamente parten desde el exilio a una nostálgica búsqueda de la patria perdida; están los que dedican su obra a reconstruir esa patria, integrando el esfuerzo literario en la lucha política. En los dos casos, a pesar de su diferencia radical, suele advertirse una semejanza: la de ver en el exilio un disvalor, una derogación, una mutilación contra la cual se reacciona en una u otra forma. Hasta hoy no me ha sido dado leer muchos poemas, cuentos o novelas de exiliados latinoamericanos en los que la condición que los determina, esa condición específica que es el exilio, sea objeto de una crítica interna que la anule como disvalor y la proyecte a un campo positivo.

Se parte casi siempre de lo negativo (desde la deploración hasta el grito de rebeldía que puede surgir de ella), y apoyándose en ese mal trampolín que es un disvalor se intenta el salto hacia adelante: la recuperación de lo perdido, la derrota del enemigo y el retorno a una patria libre de déspotas y de verdugos.

Personalmente, y sabiendo que estoy en el peligroso filo de una paradoja, no creo que esta actitud con respecto al exilio de los resultados que podría alcanzar desde otra óptica, en apariencia irracional pero que responde, si se la mira de cerca, a una toma de realidad perfectamente válida. Quienes exilian a los intelectuales consideran que su acto es positivo, puesto que tiene por objeto eliminar al adversario. ¿Y si los exiliados optaran también por considerar como positivo ese exilio? No estoy haciendo una broma de mal gusto, porque sé que me muevo en un territorio de heridas abiertas y de irrestañables llantos. Pero sí apelo a una distanciamiento expresa, apoyada en esas fuerzas interiores que tantas veces han salvado al hombre del aniquilamiento total, y que se manifiestan entre otras formas a través del sentido del humor, ese humor que a lo largo de la historia de la humanidad ha servido para vehicular ideas y praxis que sin él parecerían ociosas o delirios. Creo que más que nunca es necesario convertir la negatividad del exilio —que confirma así el triunfo del enemigo— en una nueva toma de realidad, una realidad basada en valores y no en disvalores, una realidad que el trabajo específico del escritor puede volver positiva y eficaz, invirtiendo por completo el programa del adversario y saliendo al frente de una manera que éste no podía imaginar.

Me referiré otra vez a mi experiencia personal: si mi exilio físico no es de ninguna manera comparable al de los escritores expulsados de sus países en los últimos años, puesto que yo me marché por decisión propia y ajusté mi vida a nuevos parámetros a lo largo de más de dos décadas, en cambio mi reciente exilio cultural, que corta de un tajo el puente que me unía a mis compatriotas en cuanto lectores y críticos de mis libros, ese exilio insupportablemente amargo para alguien que siempre escribió como argentino y no como argentino, no fue para mí un traumatismo negativo. Salf del golpe con el sentimiento de que ahora sí, ahora la suerte estaba verdaderamente echada, ahora tenía que ser la batalla hasta el fin. El solo pensar en todo lo que ese exilio cultural tiene de alienante y de pauperizar para miles y miles de lectores que son mis compatriotas como lo son de tantos otros escritores cuyas obras están prohibidas en el país, me bastó para reaccionar positivamente, para volver a mi máquina de escribir y seguir adelante mi trabajo, apoyando todas las formas inteligentes de combate. Y si quienes me cerraron el acceso cultural a mi país piensan que han completado así mi exilio, se equivocan de medio a medio. En realidad, me han dado una beca de *full-time*, una beca para que me consagre más que nunca a mi trabajo, puesto que mi respuesta a ese fascismo cultural es y será multiplicar mi esfuerzo junto a todos los que luchan por la liberación de mi país. Desde luego no voy a dar las gracias por una beca de esa naturaleza, pero la aprovecharé a fondo, haré del disvalor del exilio un valor de combate.

Intil decir que no pretendo ex-



tropolar mi reacción personal y pretender que todo escritor exiliado la comparta. Simplemente creo factible invertir los polos en la noción estereotipada del exilio, que guarda aún connotaciones románticas de las que deberíamos librarnos. El hecho está ahí: nos han expulsado de nuestras patrias. ¿Por qué colocarnos en su tesitura y considerar esa expulsión como una desgracia que sólo negativamente puede determinar nuestras relaciones? ¿Por qué insistir cotidianamente en artículos y en tribunas sobre nuestra condición de exiliados, subrayándola casi siempre en lo que tiene de más penoso, que es precisamente lo que buscan aquellos que nos cierran las puertas del país? Exiliados, sí. Punto. Ahora hay otras cosas que escribir y que hacer, como escritores exiliados, desde luego, pero con el acento en escritores. Porque nuestra verdadera eficacia está en sacar el máximo partido del exilio, aprovechar a fondo esas siniestras becas, abrir y enriquecer el horizonte mental para que cuando converja otra vez sobre lo nuestro lo haga con mayor lucidez y mayor alcance. El exilio y la tristeza van siempre de la mano, pero con la otra mano busquemos el humor: él nos ayudará a neutralizar la nostalgia y la desesperación. Las dictaduras latinoamericanas no tienen escritores sino escribas: no nos convirtamos nosotros en escribas o de la amargura, del resentimiento, del melancolía. Seamos realmente libres, y para empezar librémonos del rótulo commissioner y lacrimógeno que tiende a mositrarse con demasiada frecuencia. Contra la autopompiación es preferible sostener, por demencial que parezca, que los verdaderos exiliados son los regímenes fascistas de nuestro continente, exiliados de la auténtica realidad nacional, exiliados de la justicia social, exiliados de la alegría, exiliados de la paz. Nosotros somos más libres y estamos más en nuestra tierra que ellos. He hablado de demencia; también ella, como el humor, es una manera de romper los moldes y abrir un camino positivo que no encontraremos jamás si seguimos plegándonos a las frías y sensatas reglas del juego del enemigo. Polonio dice de Hamlet: "Hay

un método en su locura". Tiene razón, porque aplicando su método demencial Hamlet triunfa al fin; triunfa como un loco, pero jamás un cuerdo hubiera echado abajo el sistema despótico que ahogaba a Dinamarca. La vida de Ophelia, de Laertes y la suya con el terrible precio de esta locura, pero Hamlet acaba con los asesinos de su padre, con el poder basado en el terror y la mentira, con la Junta de su tiempo. En esa locura hay un método, y para nosotros un ejemplo. Inventamos, en vez de aceptar, los rótulos que nos pegan. Definámonos contra lo previsible, contra lo que se espera convencionalmente de nosotros.

Estoy seguro de que esto es posible, pero también de que nadie lo logra sin dar un paso atrás en sí mismo para verse de nuevo, para verse nuevo, para sacar por lo menos ese partido del exilio. La toma de realidad a que aludí antes no será posible sin una autocrítica que por fin y de una buena vez nos quite algunas de las vendas que nos tapan los ojos.

En ese sentido todo escritor honesto admitirá que el desarraigo conduce a esa revisión de sí mismo. En términos compulsivos y brutales, tiene el mismo efecto que en otros tiempos se buscaba en América Latina con el famoso "viaje a Europa" de nuestros abuelos y padres. Lo que ahora se da como forzado era entonces una decisión voluntaria y gozosa, era el espejismo de Europa como catalizadora de fuerzas y talentos todavía en embrión. Ese viaje de un chileno o un argentino a París, Roma o Londres era un viaje iniciático, un espaldarazo insustituible, el acceso al Santo Graal de la sapiencia de Occidente. Afortunadamente, estamos saliendo más y más de esa actitud de colonizados mentales que pudo tener su justificación histórica y cultural en otros tiempos, pero que el empujamiento y la simultaneización del planeta han vuelto anacrónica. Y sin embargo, resta una analogía entre el maravilloso viaje cultural de antaño y la expulsión despiciada del exilio: la posibilidad de esa revisión de nosotros mismos en tanto que escritores arrancados a nuestro medio.

Ya no se trata de aprender de Europa, puesto que incluso podemos hacerlo lejos de ella aprovechando la ubicuidad cultural que permiten los *mass media* y los *happy few media*, se trata sobre todo de indagarnos como individuos pertenecientes a pueblos latinoamericanos, de indagar por qué perdemos las batallas, por qué estamos exiliados, por qué vivimos mal, por qué no sabemos ni gobernar ni echar abajo a los malos gobiernos, por qué tendemos a sobrellevar nuestras aptitudes como máscara de nuestras ineptitudes. En vez de concentrarnos en el análisis de la indiosincracia, la conducta y la técnica de nuestros adversarios, el primer deber del exiliado debería ser el de desnudarse frente a ese terrible espejo que es la soledad de un hotel en el extranjero y allí, sin las fáciles coartadas del localismo y de la falta de términos de comparación, tratar de verse como realmente es.

Muchos lo han hecho a lo largo de estos años, incluso valiéndose de su literatura como terreno de rechazo y de reencuentro con ellos mismos. Es fácil identificar a los escritores que se han sometido a ese examen despiadado, pues la índole de su creación refleja no sólo la batalla en sí sino las nuevas inflexiones del pensamiento y de la praxis. Por un lado están los que dejan de escribir para entrar en un terreno de acción personal, y por otro los que siguen escribiendo como forma específica de acción, pero ahora desde ópticas más abiertas, desde nuevos y más eficaces ángulos de tiro. En los dos casos el exilio ha sido superado como disvalor; en cambio, quienes callan para no hacer nada, o siguen escribiendo como habían escrito siempre, se vuelven igualmente ineficaces puesto que acatan el exilio como negatividad.

En la medida en que seamos capaces de esta dura crítica de todo aquello que haya podido contribuir a "llevarnos al exilio", y que sería demasiado fácil e hipócrita actuar exclusivamente al adversario, prepararemos desde ahora las condiciones que nos permitan luchar contra él y retornar a la patria. Ya lo sabemos: poco pueden los escritores contra la máquina del imperialismo y el terror fascista en nuestras tierras; pero es evidente que en el curso de los últimos años la denuncia por vía literaria de esa máquina y de ese terror ha logrado un impacto creciente en los lectores del extranjero, y por consiguiente una mayor ayuda moral y práctica a los movimientos de resistencia y de lucha. Si por un lado el periodismo honesto informa cada vez más al público en ese terreno, cosa fácilmente comprobable en Francia, a los escritores latinoamericanos en exilio les toca sensibilizar esa información, inyectarle esa insustituible corporeidad que nace de la ficción sintetizadora y simbólica, de la novela, el poema o el cuento que encarnan lo que jamás encarnarán los despachos de télex o del análisis de los especialistas. Por cosas así, clara está, las dictaduras de nuestros países temen y prohíben y queman los libros nacidos en el exilio de dentro y de fuera. Pero también eso, como el exilio en sí, debe ser valorizado por nosotros. Ese libro prohibido o quemado no era del todo bueno; escribamos ahora otro mejor.

Un artículo publicado por Julio Cortázar en la revista colombiana *Eco* (Nº 205, noviembre de 1978) contribuye —no intencionalmente pero de manera decisiva— a este esquema. Que Cortázar sea uno de nuestros mayores escritores y tal vez el más universalmente querido por nosotros, que su actitud haya sido siempre solidaria con los pueblos de Latinoamérica, vuelve dignos de atención sus declaraciones, muchas veces negligentes, sobre nuestra realidad cultural. Ya que no se le puede atribuir mala fe, al menos puede suponerse cierto apresuramiento, una necesidad a ultranza de hacer causa común con los exiliados aun a riesgo de dar una imagen maniquea de la realidad, valiéndose de recursos más pasionales que científicos. Cortázar lo reconoce: "No tengo ninguna aptitud analítica; me limito aquí a una visión muy personal, que no pretendo generalizar sino exponer como simple aporte un problema de infinitas facetas". Pero pese a este propósito explícito, Cortázar generaliza,

• Manifiesto presentado el domingo 2 de julio de 1978 durante el Coloquio sobre la Literatura Latinoamericana Actual en el Centro Cultural Int. de Cersy la Salle.

Exilio y literatura Liliana Heker

En los últimos tiempos —y según ciertos enfoques más emotivos que rigurosos— los escritores argentinos damos la impresión de no ser más individuos diversos, discutibles en tanto escritores, conscientemente inmersos o no en nuestra realidad; un millagro ha borrado los matices; hoy somos una especie de abstracción que cabría dentro de una de estas dos categorías neoplátónicas: *radicados en el exterior*, lo que equivaldría a "condenados fatalmente a vivir lejos de la patria", o *radicados en la Argentina*, lo equivaldría a "mártires o muertos en vida".¹ No discuto que, en muchos casos, la difusión de este esquema responda a un propósito de solidaridad intelectual. Tampoco discuto que se origine en situaciones individuales bien concretas. Lo que pongo en duda es que la situación general del escritor argentino —que, por ejemplo, no es exactamente igual a la del escritor paraguayo o chileno; que tiene características, problemas y salidas propios y que por lo tanto exige que se lo analice en su peculiaridad— dudo, decía, que esa situación encaje en el esquema consignado. Y también pienso en duda la eficacia histórica de erigir masivamente en víctimas a los artistas e intelectuales de cualquier país.

En primer lugar, el texto proporcióna una cortada y justifica la inacción; el mismo acusa fuera, el exilio por sí mismo ya supone una "causa" e implica una "protesta", para que entender algo más? Si estamos en el país, la realidad nos impone el silencio; nada podemos hacer; sin contar con que "ya cargamos con nuestra cruz" por el simple hecho de estar acá. En segundo lugar, este esquema postula implícitamente el congelamiento de la cultura nacional, su imposibilidad absoluta de desarrollarse —contra— una nueva circunstancia histórica y, en consecuencia, de incidir sobre esa circunstancia en el exterior, la fatalidad misma del exilio impondría la desvinculación con el proceso cultural argentino, en la Argentina, el medio nos obliga en la parálisis.

Un artículo publicado por Julio Cortázar en la revista colombiana *Eco* (Nº 205, noviembre de 1978) contribuye —no intencionalmente pero de manera decisiva— a este esquema. Que Cortázar sea uno de nuestros mayores escritores y tal vez el más universalmente querido por nosotros, que su actitud haya sido siempre solidaria con los pueblos de Latinoamérica, vuelve dignos de atención sus declaraciones, muchas veces negligentes, sobre nuestra realidad cultural. Ya que no se le puede atribuir mala fe, al menos puede suponerse cierto apresuramiento, una necesidad a ultranza de hacer causa común con los exiliados aun a riesgo de dar una imagen maniquea de la realidad, valiéndose de recursos más pasionales que científicos. Cortázar lo reconoce: "No tengo ninguna aptitud analítica; me limito aquí a una visión muy personal, que no pretendo generalizar sino exponer como simple aporte un problema de infinitas facetas". Pero pese a este propósito explícito, Cortázar generaliza,

hacer del "de afuera" y del "de adentro" dos condenados sin atenuantes, acomoda la situación de todos los intelectuales residentes en Latinoamérica a los requerimientos de su artículo y, con dolor, nos aplasta de un plumazo.

El artículo se llama "América Latina: exilio y literatura", y su intención general no sólo no es imputable sino que puede considerarse generosa. Postula algo así como una ética y una estética del escritor exiliado; propone la no utilización del exilio con disvalor (mera lamentación, o doloroso regodeo en la propia impotencia), sino como conversión lúcida en una acción positiva, en un estímulo creador. Que un escritor use sus palabras para impulsar a otros escritores a que escriban; eso es lo que considero un propósito generoso. Que para eso se valga de recursos lírico-demagógicos, que reemplace con retórica lo que llama falta de "aptitud analítica", no me parece siquiera justificable, sobre todo en alguien que conoce como pocos el valor y el manejo de las palabras.

Lo primero que vamos a tener en cuenta es el punto de vista del artículo. Cortázar afirma escribir desde el exilio: continuamente aporta elementos que lo ubicarían, de manera inapelable, como exiliado "[...] me incluyo actualmente entre los innumerables protagonistas de la diáspora. La diferencia está en que mi exilio sólo se ha vuelto forzoso en estos últimos años. [...] Al exilio que podríamos llamar físico habría de sumarse al año pasado un exilio cultural [...] Un exiliado es casi siempre un expulsado, y éste no era mi caso hasta hace poco. Quiero aclarar que no he sido objeto de ninguna medida oficial, y es muy posible que si quisiera viajar a la Argentina podría entrar en ella sin dificultad, lo que sin duda no podría ser volver a salir [...] mi reciente exilio cultural, que corta de un tajo el puente que me unía a mis compatriotas en cuanto lectores y críticos de mis libros, ese exilio insupportablemente amargo para alguien que siempre escribió como argentino y amo lo argentino [...]".

¿Tantas palabras para demostrar su condición de exiliado? ¿No bastaba con testimoniar la situación de los que sí debieron abandonar sus países? El propio Cortázar tuvo la honestidad de declarar, alguna vez, que él se fue de la Argentina en 1951 porque los alto-parlantes peronistas no lo dejaban escuchar tranquilo a Bartok. Nunca, hasta ahora, intentó justificarse por su condición de exiliado y si algo realmente lo justificó, para nosotros, fue la obra literaria excepcional que escribió, en París, pero con lenguaje argentino, y su manera de ir modificando aquella primera concepción sobre el ruido y Bartok. Ahora, sin embargo, declara que su exilio sólo se ha vuelto forzoso en los últimos años, o sea, que antes no era forzoso, pero sí era exilio. ¿Exilio? Es válido suponer que al referirse a sus primeros 25 años pasados en Europa, Cortázar está utilizando el término "exilio" en sentido poético, es decir: nostalgia de la tierra en que transcurrieron la infancia y la juventud, extrañeza del idioma, extrañeza de las costumbres, etc. (Literariamente, el recuerdo no es más criticable que cualquier otro: un hombre puede sentirse un exiliado mientras camina entre una multitud por la calle Florida, o en medio de una familia que no lo comprende; más melancóicamente, y siempre en sentido poético, hasta se podría afirmar que todo ser humano es una especie de exiliado) Tal vez Cortázar quiso decir que, de

un exiliado en sentido poético, se convirtió "en los últimos años" en un exiliado en sentido político. Pero no lo dice. Hago hincapié en esto. Porque varios de los malentendidos del artículo se sustentan en el sentido ambivalente que se le da al término "exiliado". La nostalgia del que, *voluntariamente* o no, vive lejos de su tierra, y la situación del que *obligadamente* ha debido marcharse se aluden de la misma manera, las características de uno y otro se amontonan y así resulta que todo aquel escritor que vive lejos de su patria es un escritor exiliado, lo que lo convierte, a la vez, en un nostálgico irremediable y en un expulsado político.

Ya refiriéndose a los últimos años, Cortázar habla de su exilio

físico y su exilio cultural. En cuanto al exilio físico, declara que si bien es *muy posible* que pudiera entrar a la Argentina sin dificultad, lo que *sin duda* no podría es volver a salir. Creo que los dos modos adverbiales son un poco excesivos: matemáticamente es probable que, si Cortázar decide venir, se presente algún tipo de dificultad, salvable o no; en cuanto a que "sin duda lo que no podría..." es mecanismo de argumentar *a priori* se parece bastante al de la autocensura, algo que siempre hace más daño que la censura misma. Verbigarría: si María Elena Walsh hubiera supuesto que *sin duda* su magnífico artículo *Argentina pais-jardin de infantes* no iba a ser publicado y, por lo tanto, no hubiera hecho ningún intento porque se

Los amigos

Antonio Marimón

Se diría: un haz oscuro de relatos ha desplazado la vida. Ellos lo intuyen cuando se rien, cuando entrecruzan. Como en una suave guerra de posiciones, palabras de rencor, ternura, Sarcasmo, amor o humorismo, risas que son filo, histrionismo que es amor Y momentos arquetípicos, actuaciones de sí que llevarán como una marca Hasta la muerte. No son —lo saben— sino sus historias reunidas, el azaroso, desconocido juego de causas y efectos Que los unió, que enhebró sus fragmentos en uno. La figura en el tapiz, una crónica que asoma irregular desde sus caras cargadas de más años Y sus hijos crecidos junto al árbol de navidad. Hasta en el rencor se homenajan con la mutua presencia. Con el cuidadoso recato de los saludos y despedidas. Con el viejo y renovado control de los afectos. Ellos lloran en soledad. Ellos se desmarcan y reconstruyen en los ausentes. En tildes comunes de locura y fidelidad a una ética, o a las cenizas de una ética, Y no dejan de gozar —un poco de perfil— ese relato, como si fuera un buen vino. No dejan de hacerle un mudo espacio en el centro de la mesa. O en un ángulo innostrado de la casa. Verifican que es una memoria densa como un barco fantasma. O —en las noches— un coro de ayes que no les deja dormir en paz. Y al mismo tiempo, que es su historia, el pasado, una morosa y quizás inescrutable torre de lenguaje. Se trata —lo saben— de gente, de veinte años. Se trata de Córdoba, la olla tibia que los coció en un aire pasional y pestífero. De un instante de cada uno para los otros que es mutable y también al mismo. Que es intransferible y colectivo, demencial y lógico. Se trata, ellos lo saben, de los amigos, ahora en una habitación del Valle de México. De hombres o desleídas versiones de hombres, ya cadáveres o ya esperanzas, Encuentros y desencuentros con la apariencia de un destino. Ridículos o conmovedores oyéndose en el eco de los otros, y en el silencio. Los amigos. Y en su turno, un haz oscuro de relatos que ha desplazado la vida. Se trata, lo saben, del turbio deleite de conservar ese texto. Como un simple acto de imaginación, mímica secreta. Herrumbre que los junta y esparce. Y los intercambia en los asientos como imágenes de un carrusel.

publicara, los argentinos habríamos perdido algo que hace directamente a nuestra cuestión cultural y a nuestra libertad. Son los avances que va dando un escritor respecto de los límites impuestos, y no la aceptación protesa de la Facultad, lo que modifica la historia cultural de un país y, por lo tanto, la historia. Cortázar puede elegir o no la tentativa de venir, de acuerdo al sentido que le otorgue a un posible viaje, lo que no puede ser justificar su no-viaje presuponiendo la infalibilidad de la derrota, porque eso es estar fijando, también, un modelo de conducta.

En cuanto al exilio cultural, Cortázar lo fundamenta en que la publicación de su libro *Gente que anda por ahí* sólo habría sido autorizada si se suprimían dos cuentos. Como corresponde, se negó a publicar su libro cercanado, pero, esta situación alcanza para determinar el exilio cultural de un escritor? Arbitrariedades o barbaridades como la que consigna Cortázar constituyen el ámbito en el que, salvo épocas excepcionales, han creído y opinado todos los grandes escritores rebeldes en sus países. Y no es que yo, ahora, defienda la censura, la política editorial antinacional, la prohibición de obras y autores universalmente reconocidos, la desjerarquización de la cultura y hasta la franca cerrazón que debe soportar el sector intelectual —para no hablar de otros sectores bastante más castigados. Simplemente digo que es ésta, y no otra, la situación de nuestros países, la que pretendemos cambiar también con nuestras palabras. Y que aun bajo estas condiciones Latinoamericana viene dando una literatura realmente grande, capaz de encontrar un estímulo y un sentido para el acto creador, justamente en la hospitalidad del medio. Y este trabajo continuo por hacer prevalecer la propia concepción del mundo, hace que un intelectual o un artista se sienta culturalmente integrado a su país; de ninguna manera un exilado cultural. Hay pocos casos en que la expresión "exilio cultural" es apropiada. Uno es el de Leopoldo Marechal, tal vez el más admirable de nuestros escritores y le pasó entre los años 1955 y 1967 sin que hubiera salido nunca de la Argentina. Pero ese silencio que se le impuso —o se impuso—, esa casi muerte obligada, no tiene nada que ver con lo que ocurre con Cortázar, que sigue teniendo absoluta vigencia para nosotros, de quien seguimos comprando los libros y a quien hasta tenemos la suerte de leer en los suplementos culturales de los diarios, pese a la declaración del propio Cortázar de que su "reciente exilio cultural" corta de un tajo el puente que me unía a mis compatriotas en cuanto a lectores y críticos de mis libros...

Y acá llegamos a una segunda cuestión que vale la pena señalar. La negligencia con que Cortázar, que sí parece haber cortado de un tajo con nosotros, sobrevuela nuestra realidad cultural. "Y si hay algo peor —escribe—, es lo que podríamos llamar el exilio interior, puesto que la opresión, la censura y el miedo en nuestros países han aplastado 'in situ' muchos jóvenes talentos cuyas primeras obras tanto prometían. Entre los años 55 y 70 yo recibía cantidad de libros y manuscritos de autores argentinos noveles, que me llenaban de esperanza; hoy no sé nada de ellos, sobre todo de los que siguen en la Argentina".

Sólo me referiré a algunas imprecisiones de este párrafo. 1) Si se le preguntara a cualquier escritor argentino "in situ" y con un mínimo de lucidez, qué es lo que

más lo aplasta en la actualidad, probablemente citaría en primer lugar la situación económica. Su respuesta sonaría menos patética que la enumeración antes consignada pero se acercaría más a nuestra realidad, y sobre todo denunciaría un factor realmente efectivo de censura y de represión cultural. 2) La censura, en efecto, obstaculiza y reduce la difusión de obras literarias, aunque no creo que aplaste la creación literaria en cuanto a la opresión y el miedo, no sólo nunca han conseguido aplastar la producción artística sino que, en general, le han otorgado un sentido y hasta han generado nuevas corrientes formales. ¿Que muchas veces retardan y dificultan la difusión de una obra? Ciertamente. Pero Cortázar no habla de la falta de éxito de los "talentos" sino de su rotundo y fatal aplastamiento; 3) El hecho de que Cortázar ya no reciba tantos libros y manuscritos de escritores argentinos noveles no indica, necesariamente, que los "jóvenes talentos" hayan sido aplastados por nada sino, tal vez, que ya no se les ocurre mandar sus manuscritos a París. Puedo intentar una explicación. En la década del sesenta, Cortázar era el acontecimiento literario más detonante de la época, y tal vez el más polémico —justamente porque vivía en París. Para los que empezábamos a pu-

blicar entonces, era una especie de contemporáneo generacional, de amigo importante. Un escritor cercano, pese a la lejanía cronológica y física. Para la generación que empieza ahora, en cambio, es una especie de clásico; muy querido y admirado, pero clásico al fin. Ya no se lo discute; su obra ha decaído sola, y el Cortázar esencial que queda es sin duda un maestro de la narrativa, pero no tan próximo como para que a alguien se le ocurra mandar un libro primerizo o un manuscrito. En cuanto a esos jóvenes talentos que en el 55 o el 60 llenaban a Cortázar de esperanza (¿Oliveira no diría que lo "llenaban de esperanza", Cortázar?) ya no son tan jóvenes: una parte ha madurado literariamente y, con las dificultades ya consignadas, va configurando su obra. Otra parte ni siquiera tenía verdadero talento. Sueda suceder. Por otra parte la década del sesenta fue tan brillante, tan eufórica —para toda la literatura latinoamericana— que, en comparación, otra época literaria puede parecer opaca. Con malicia, también se podría preguntar qué fue de ese aluvión de obras espléndidas. —Cien años de soledad, Rayuela, La ciudad y los perros, El siglo de las luces, Las armas secretas, El entierro de la mamá grande, Conversación en la catedral—, que a los jóvenes talentos nos llenaban de esperanza en la década del sesenta. Por supuesto que toda esa fiesta

tenía que ver con un fenómeno histórico que parecía extenderse por toda América. Pero, ¿qué hacemos los escritores, ciertos escritores, cuando el fenómeno se revierte? ¿Enmudecemos, hasta que vengan épocas mejores? ¿Cambiamos de país? ¿Agotamos nuestras palabras en las lamentaciones por nosotros mismos? ¿O asumimos por fin, con los riesgos que implica, el poder modificador que, en épocas más propicias, solemos asignarle a la literatura?

La tercera cuestión que quiero señalar es cierta tendencia de Cortázar a generalizar y dramatizar excesivamente cuando se refiere al exilio, de los intelectuales, y sobre todo, a su propio flamante rol de intelectual exilado. "Creo que las condiciones están dadas entre nosotros, los escritores exiliados, para superar el desgarramiento, el desgarramiento que nos imponen las dictaduras (...) El hecho está ahí: nos han expulsado de nuestras patrias (sic) En términos compulsivos y brutales (el exilio) tiene el mismo efecto que en otros tiempos se buscaba en América Latina con el famoso viaje a Europa de nuestros abuelos y nuestros padres. Lo que ahora se da como forzado era entonces una decisión voluntaria y gozosa [...] Ya no se trata de aprender de Europa, puesto que incluso podemos haberlo lejos de ella [...] se trata sobre

todo de indagarnos como individuos pertenecientes a pueblos latinoamericanos..." Súbitamente, Cortázar parece haber olvidado que él, hace veintiocho años que se fue a París, que su viaje a Europa no es demasiado diferente del que emprendieron "nuestros abuelos y nuestros padres", que no se fue "forzado" sino por "una decisión voluntaria", y que en estos veintiocho años regresó una sola vez en calidad de escritor a nuestro país. Hechos, todos estos, que no desmerecen su obra literaria excepcional ni su opción afectiva (y a la distancia) por los movimientos progresistas de América Latina. Pero la de autoritarismo como latinoamericano brutalmente expulsados de su país —en los últimos años.

Creo que Cortázar se ha dejado llevar hasta la exageración por el valor emotivo de las palabras y, a medida que avanzaba en su artículo, se iba olvidando de algo que él mismo planteó al principio: lo que estaba tratando era "un problema de infinitas facetas". Si fuera válido el equivalente exilado-expulsado que él mismo propone, sólo una mínima parte de los escritores argentinos en el extranjero entraría dentro de esta categoría. Un enfoque menos desgarrador pero más realista nos permite ver que el éxodo de escritores argentinos obedece a razones diversas. Entre otras: 1) dificultades económicas y laborales (que, naturalmente, no afectan solo

a los escritores), 2) un problema editorial grave, que obstaculiza las tareas específicas del escritor, 3) una cuestión de aguda sensibilidad poética: sentir que él no puede soportar lo que sí soporta el pueblo argentino, 4) la búsqueda de una mayor repercusión o de una vida más agradable que ésta, 5) la búsqueda de un ámbito de mayor libertad.

Y es este último punto el único en que conviene detenerse, ya que plantea una cuestión de fondo. La libertad, ¿no es el ámbito que le corresponde a un intelectual, a un creador? ¿No es el ámbito que necesita para desarrollar plenamente su pensamiento y su obra artística? Sin duda que sí. Las restricciones a esa libertad, entonces, no son una razón suficiente para que un escritor se sienta obligado a irse aun cuando nadie, explícitamente, lo expulsa? Para responder a este interrogante puede considerarse los dos aspectos: el de la creación y el del testimonio inmediato. En cuanto a la creación (independientemente del trámite posterior, y por supuesto que necesario, de la publicación), sólo el autor puede decidir cuál es el ámbito que necesita para su trabajo. Si le basta con la libertad de su pieza, si necesita una atmósfera cultural libre, si le hace falta oír su idioma y recorrer su barrio y palpar la realidad de su gente, o si por el contrario sólo a la distancia y a través de la nostalgia consigue testimoniar su mundo, ésa son sus elecciones que, a priori, no son ni buenas ni malas. Turgueniev escribió su obra en París y Tolstoi nunca salió de Yasnaia Poliana; Hemingway necesitó vivir los lugares. Cortázar recordará su Buenos Aires personal desde París. Rulfo quedará en México. Sólo sus obras justificarán o no estas elecciones. Son elecciones egoístas, en el sentido unamuniano, que tienen que ver muy poco con el exilio político; no se explican sino por el paradójico condición egoísta del acto creador y sólo pueden ser juzgadas a partir de la obra que produce esa actitud egoísta. Si Gauguin hubiera sido un pintor mediocre, su famoso acto de libertad se hubiera transformado en una intrascendente canalada en entrecasa.

Algo similar puede aplicarse a la obra de pensamiento a largo plazo, a la obra científica, sólo que en ese caso el "ámbito propicio" suele consistir en recursos materiales concretos, con mucha más frecuencia que en el caso de la creación artística, vuelven necesarios el éxodo, o el exilio. En cuanto al aspecto testimonial de la libertad que sólo tiene sentido en tanto actúa ahora y aquí sobre los otros, siempre está condicionado por estos otros. En una isla desierta yo puedo hacer un ejercicio total de mi libertad de expresión, puedo decir mi verdad sobre el mundo tal como la concibo, pero ¿para qué y para quién la digo? Y yendo a una situación menos extrema: ¿qué sentido tiene, para un escritor nacional, testimoniar su verdad si no va a ser leída por aquellos, fundamentalmente sus compatriotas, para quienes esa verdad está destinada? La escritura como acto político necesita el receptor adecuado, no es un grito en el vacío ni tiene un valor absoluto: su valor es circunstancial y, por lo tanto, debe estar inmersa en la circunstancia sobre la que pretende actuar. De modo que, en este caso, la búsqueda de un ámbito de mayor libertad de ninguna manera tendría un carácter compulsivo.

Esto no invalida la elección personal de un escritor de irse a vivir donde le parezca: y mucho menos

niega el hecho de escritores que han debido irse sin posibilidad de elección. Simplemente intenta desvirtuar ciertas generalizaciones que nos están transformando en extraños para nosotros mismos y que nos imponen una realidad estática y aplastante.

No somos héroes ni mártires. Ni los de acá ni los de allá. El alejamiento, la permanencia en el propio país, en sí mismos carecen de valor ético. Los "esfuerzos que los sufridos intelectuales llevan a cabo para mejorar un aspecto de la Argentina", de que habla Marta Lynch en *El duro oficio de ser argentinos* (Clarín, Cultura y Nación, 2 de agosto de 1979) también son una bonita generalización, una manera retórica de justificarnos en montón. Se puede ser un traidor adentro o afuera, un gran escritor en el propio país o en el extranjero. Se puede asumir una perspectiva nacional aun en el exilio y escribir desde la torre de marfil en el propio suelo. Qué hizo, qué hace un escritor con sus palabras, ésa es la cuestión última.

Ya sabemos que no estamos en el mejor de los mundos. Que muera o se silencie un solo hombre, aquí o en cualquier lugar del mundo, sin que nadie responda por su libertad y por su vida, ya es un hecho de tanto peso como para que signe cada una de nuestras palabras y de nuestros actos. Pero no aceptamos que se lo transforme en nuestro símbolo. Porque éso sería aceptar como símbolo la muerte. Y a nosotros, acá, nos toca hacer aquello que Cortázar, ahora sí con toda su lucidez de escritor, recomienda a los latinoamericanos residentes en Europa: sumergirnos en nuestra situación y volverla un hecho positivo. No aceptamos, de París, la moda de nuestra muerte. Es la vida, nuestra vida, y el deber de vivir en libertad lo que nos toca defender. Por eso nos quedamos acá, y por eso escribimos.

Carta a una escritora argentina Julio Cortázar

Querida Liliana Heker: tu artículo "Exilio y literatura" (en *El ornitorrinco*, Buenos Aires enero/febrero de 1980) lleva como subtítulo "polémica con Cortázar". Nunca he olvidado que "Polémica" se emparenta con "polemos", la guerra, y por eso detesto la palabra y prefiero sustituirla mentalmente por "diálogo"; del tono de tu texto deduzco que también ésa es tu intención, y que lo de "polémica" es más bien una ranada del ornitorrinco, si me permitís la hibridación, para que los lectores más bellicosos se relamen las fauces anticipando sillars rotas, tirones de camiseta y otras demostraciones propias de intelectuales ansiosos de verdad. No les daremos el gusto, pero desde luego buscaremos la verdad, tan lejos el uno del otro en el espacio pero desde un terreno común que, lo sé de sobra, compartimos y queremos.

Para esto, sin embargo, hay un problema que no parecés haber pensado: al hacer públicas tus críticas, me invitás obviamente a responder a través de *El Ornitorrinco* o cualquier órgano de prensa argentino. ¿Pero qué prensa? A mi afirmación de sentirme dolorosa-



mente separado de mi pueblo en el plano cultural, después de prohibiciones inequívocas, contestás que exagero puesto que incluso se me lee en los "suplementos culturales de los diarios". Sí, es cierto, en la medida en que esos suplementos seleccionan los textos que les envía la Argentina EFE, a la cual destino también esta carta y que distribuye sus materiales en diversos países. ¿Te has preguntado qué textos seleccionan esos suplementos? Respuesta: los exclusivamente literarios, cuando en estos últimos tres años he escrito sobre todos artículos directamente referidos al estado de cosas en nuestro y nuestros países. ¿Qué satisfacción puede tener alguien como vos leyendo un texto cuyo cuya publicación depende exclusivamente de que no contenga una sola línea que moleste a los dispensadores de la libertad de expresión? En resumen: sí quiero que esta respuesta, que EFE va a enviar a esos diarios que todavía publican allá, te llegue como carta abierta, tengo que redactarla como vos has redactado tu texto, es decir hablando de todo menos de lo que pone en marcha ese todo. Y pasa que yo no tengo por qué escribir así puesto que mis artículos se publican en muchos otros países y ésa es mi manera de dar a conocer lo más ampliamente posible lo que me parece necesario y útil, y a la vez confiar en su ingreso, por diversas vías, a su destinataria natural que es la Argentina. Curioso cambio de cartas abiertas, como ves, en el que vos evitás hablar de lo único que en el fondo me interesa hablar a mí, y yo preveo que mi respuesta sólo te llegará un día indirectamente y no en los suplementos dominicales de Buenos Aires, a menos que estos te la ofrezcan amablemente recordando ad usum delphini.

Para empezar este imperfecto diálogo, se me ocurre que no tenías demasiadas críticas que hacerme, en todo caso el hecho de que apruebes

mi punto de vista general sobre el exilio de tantos intelectuales latinoamericanos (en el sentido de volverlo afirmativo y combativo, quitándole toda la negatividad que encierra como noción estereotipada), analiza casi totalmente sus discrepancias colaterales; pero me gustaría dejar en claro algunas cosas, precisamente para que esa noción positiva del exilio se dé en todos nosotros, aquí y allá, sin ambigüedades peligrosas. Empleo, muy rápidamente, por una rectificación personal: te molesta que yo haya explicado con cierto detalle por qué y cómo me considero un exiliado de la Argentina, y parecés creer que he buscado sumarme ahora —después de tantos años de vivir en Europa— a los que han debido abandonar más o menos forzadamente sus países. Aunque en las frases que citás queda bien claro que no solamente no me estoy "mandando la parte" de exiliado sino que me fui hace mucho del país porque me dio la gana, agrego ahora para vos que las circunstancias actuales me llevan a sentirme tan exilado como cualquier otro, y que sólo en esas condiciones me he creído y me creo con derecho a hablarles a mis co-exiliados de toda América Latina para invitarlos a una lucha positiva y no a la usual nostalgia llorona. No solamente no reclamo una antigüedad injustificada en este triste empleo, sino que en muchas entrevistas que desde luego no conocés por las razones *ut supra* he insistido en la noción para mí compulsiva del exilio, y por lo tanto en que no era para nada mi caso; si en el artículo que criticás se me fue eso de que el exilio "sólo se me ha vuelto forzoso en los últimos años", lamento la patinada involuntaria y dejo definitivamente en claro que jamás fui ni me creí un exiliado hasta eso que más arriba llamé "circunstancias actuales", concretamente el golpe militar del '76 y la censura subsiguiente, expresa o tácita, que impide cosas como la publicación de parte de

mis textos de la misma manera que te impide a vos ahondar explícitamente en las causas fundamentales del exilio. En cuanto a que considere exagerada mi afirmación de que salir de la Argentina me sería más difícil que entrar, lamento que haya pasado por alto la fecha en que se publicó esa afirmación, a fines del '78, cuando la escalada de la tortura, los asesinatos y las desapariciones llegaban a su punto más monstruoso. Ya sé que ahora, mientras escribas tu artículo, la paz del cementerio deja crecer poco a poco los pastos del olvido, y que casi seguramente nadie se metería conmigo en la Argentina a pesar de viejas cuentas por cobrar, tal del Tribunal Russell, por ejemplo, y para de contar. Estas aclaraciones personales eran necesarias aun sin importancia esencial; lo importante me parece la tremenda contradicción entre el principio y el final de tu artículo. Hacía el final te alegrás de que yo haya tomado partido por una dinámica —para mí la más belicosa posible— del exilio; pero al principio me acusás de contribuir directa o indirectamente a una división abstracta y mortecina entre exiliados en el exterior, "condenados fatalmente a vivir lejos de la patria", y exiliados en la Argentina, o sea "mártires o muertos en vida". Bueno, si esto fuera así, me pregunto para qué diablos andaríamos yo y muchos otros removiendo el hormiguero si no hay más que mártires o condenados que remover. Precisamente el temor de que estos destinos puedan pagarse como estatuas prefabricadas (por la Casa Rosada) en la espalda de los exiliados, es la razón que nos lleva muchos a decirle a la Junta por todos los medios a nuestro alcance que el tiro del exilio le ha salido por la culata, y que vamos a seguir peleando desde dentro y desde afuera porque el único exilio que nos parece válido es el que le espera a ella y a sus cómplices internos y externos, igualito que a Somoza, igualito que a Batista.

Pero hablando ahora de nuestro oficio, Liliana, hay algo que no entiendo en tu razonamiento. Discutís mi noción de "exilio cultural" en el sentido de que la supresión o censura del pensamiento escrito es materia corriente en nuestros países, y una vez más te parece que exagero. En primer término, hay eso de que mal de muchos consuelo de tontos; en segundo, lo que ahora nos interesa concretamente a vos y a mí es la Argentina en ese plano, y el hecho de que en Guatemala o Bolivia lo censuren a Fulanito no modifica para nada mi repulsa a toda censura en nuestro país. Vos decís que a pesar de esa situación general, Latinoamericana sigue dando "una literatura realmente grande", lo cual es arcaico-cierto porque los escritores decentes respondemos casi siempre al principio del "challenge and response". Pero aquí no se trata de los escritores sino de los lectores, Liliana; el verdadero exilio cultural se produce cuando cualquiera de nosotros escribe algo y, como en la frase de Jorge Asís que citás, después de haberlo escrito no lo puede publicar en su país. ¿Por qué, como siempre, poner el acento en el escritor, hacer elitismo gremial, cuando el escritor se defenderá como gato panza arriba dentro o fuera del país, y seguirá siendo siempre un escritor? El problema no es ese, sino que de golpe el escritor queda privado de sus lectores, roto el puente de la comunicación; y si esto es duro para nosotros, poco importa frente al hecho infinitamente peor de que todo un sector de lectores queda privado del escritor. Ahí los verdaderamente exiliados son los lectores,



que día a día enfrentan un panorama en el que faltan la mayoría de los libros o artículos escritos en el exterior, y sólo cuentan con los del interior en la medida en que su contenido no vaya más allá de lo tolerado. Acabo de leer en México los textos de Gregorio Selser sobre el grotesco episodio en torno a *El Principito*, nada menos; acabo de publicar en México un libro de cuentos que contiene dos o tres que jamás podrían ver la luz en la Argentina. Que mis lectores leyeran esos cuentos sería mi más alta recompensa, no por haberlos escrito sino porque estarían donde deben estar, en manos argentinas. No será así, salvo mínimas excepciones, y vos lo sabés de sobra. Claro que nadie se va a morir por no leerlos a los de afuera o a los de adentro; pero, como dice la gente, no te morirás pero te irás secando.

Para terminar me acusás de exagerado (lo soy con frecuencia) al hablar de las razones del exilio exterior. En vez de denunciar la causa central de ese exilio (ya sé que no podés hacerlo, pero entonces no habría que tocar el tema públicamente y con fines polémicos) acumulás otras razones que yo parezco ignorar: dificultades económicas, problemas editoriales, cuestiones de "aguda sensibilidad poética" que vuelven insportables las condiciones internas, y búsqueda de un "ámbito de mayor libertad". Todo eso es cierto y malditamente cierto, pero todo eso es nada frente a la razón esencial. Si a los escritores sumás los artistas y los científicos argentinos desparramados en el mundo, te encontrarás con un país atrozmente empobrecido en el plano cultural. Y la gran mayoría de esa gente no se ha ido por las razones que enumerás: si no siempre han sido obligados por la amenaza. Lo han sido por la imposibilidad de seguir diciendo lo que creían su deber decir: cuando un Rodolfo Walsh lo dijo, lo eliminaron cínicamente al otro día. Esto, Lilitana, no nos da a los de afuera ninguna jerarquía con respecto a los que siguen en el país; simplemente, aquellos que un día decidían decir lo que verdaderamente piensan, tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria. Hay y habrá, claro, lenguajes cifrados en la Argentina, muchas cosas se dicen hoy entre líneas, y eso ya es mucho; pero ese tipo de comunicación crítica no va más allá del círculo que conoce las claves, y escapa por completo al lector de la calle, y del vasto interior, ese lector que en cambio comprendería tan bien los últimos cuentos de Umberto Constantini que, por supuesto, serán publicados en México y no en Buenos Aires.

Tenés toda la razón, Lilitana, no somos ni héroes ni mártires, una vez más somos gente harida afuera o aplastada adentro. Discutir estas cosas entre nosotros es perder un tiempo que no pierdan los que nos barren y nos aplastan; por eso no te he contestado para polemizar, como creo que tampoco vos me escribiste para eso. Una vez en un club de aficionados de provincia vi a dos boxeadores que se sublevaron al mismo tiempo contra el árbitro y lo anunciaron que le iban a romper la cara si no los dejaba seguir como les daba la gana en vez de pararlos y censurarlos a cada momento. Así, Lilitana, así creo que vamos a seguir, todos nosotros desde afuera y desde adentro; el ring es grande, y el árbitro lo conocemos de sobra.

David Viñas: "El silencio es la metáfora de Argentina"

Norberto Colominas

P. ¿Se dio cuenta que el silencio vuela, una y otra vez, como un leitmotiv de nuestra conversación, a tal punto que se convierte casi en una metáfora de la Argentina actual?

R. ¡La Argentina del silencio! Una metáfora que podríamos calificar con una trilogía de efes: fín, fría, final, como una navaja.

P. ¿Qué diría de Julio Cortázar en este sentido?

R. Que me parece un modelo ejemplar de todo lo contrario. Diría: Cortázar, hoy, se ha convertido en un paradigma. ¿De qué? Precisamente del movimiento al silencio. Todo lo contrario del que se frota las manos en el confort de sus costumbres, que es una manera de lavárselas. Porque Cortázar es capaz de cuestionar el privilegio inherente a su propia condición de escritor, porque es capaz de autocriticarse en público y sin reservas. Y esto es dos veces importante si se tiene en cuenta que es un hombre formado, precisamente, en el corazón de la revista *Sur*, en el núcleo de todo lo que eso presupone... Tanto es así que toda su producción puede ser leída —de corrido— como un conjuro a ese pegoteo.

Cortázar, el polo opuesto

P. Creo recordar que usted ha polemizado con Cortázar...

R. Varias veces, y por discrepancias también numerosas. Ese antecedente avala mi opinión sobre Cortázar en 1979: lo veo con el polo opuesto, dramática y explícitamente antagónico, del neofascismo dependiente de Videla. En dos planos diferentes. En primer lugar, en eso que se llama "la especificidad del nivel político". A la vez que —en segundo lugar— en el cuestionamiento de la cultura del *establishment* argentino. Ya sea por su inconformismo como por su ironía. Ya por la interioridad de sus textos como por la densidad de sus actos.

P. ¿También le parece un problema?

R. ¿Cortázar? Desde ya. Y así como hace un momento surgió una hipótesis de trabajo respecto de la revista *Sur* y de todo eso, me animo a sugerir la obra y la conducta de Cortázar como un antídoto frente a la "enfermedad actual de Argentina": manipuleos, descrémitos, humillaciones, torturas, miserias de todo tipo. Desde la sanitaria a la educacional, desde la cotidiana a la laboral.

P. ¿Encarnaría Cortázar la posibilidad de una Argentina legítima?

R. Bien puede decirse así. Pero a propósito de Cortázar y de lo que él significa para los argentinos, prefiero ejemplarizar con una figura no argentina sin duda entrañable para todos aquellos que pugnamos, comunitariamente, por salir del pozo. Me refiero a Martí. Sí, a José Martí. A ese hombre cubano que no salió del vientre de su madre hecho estatua de bronce, sino que escribía versos, los tachaba, deambulaba por las tabaquerías de la Florida, pedía apoyo sentado en una desparramada silla de Viena.

A ese hombre que tenía los fondos del pantalón lustroso.

Pero al que nadie podía alzarle el índice para insinuarle el menor menoscabo.

P. ¿Propone usted un movimiento reparatorio, dignificador?

R. En efecto. Una reparación necesariamente lenta, difícil, dolorosa, pero ineludible para recuperar algo fundamental: la credibilidad. De lo contrario, permaneceremos, como dice el tango, "en el mismo lodo todos manoseados".

P. ¿Puede Cortázar conjurar esa penosa alternativa?

R. Cada vez más. A título de ejemplo puede tomarse la última entrevista que le hicieron usted y Soriano y que se publicó en este mismo diario. Lo que no quiere decir que para mí —y es de esperar que para nadie— sus palabras constituyan una especie de catecismo. No. Nada de beaterías, sino un punto de partida concreto y nítido, con el primer verso de un poema. Y ese verso ya lo ha enunciado Cortázar. Con una connotación, para mí, decisiva: sin protagonistas. Tan sólo aludiendo, esbozando una convocatoria.

P. Le sugiero un tema de preocupación. El idealismo rampón, las abstracciones, las expresiones de desojo que no se transforman nunca en actitudes, y todas las combinaciones posibles entre la buena fe y la mala conciencia. En suma, los viejos vicios de la izquierda argentina y probablemente de muchas otras.

R. Los viejos vicios... Tal vez ahora sea más importante que nunca la lucha contra los viejos. Afortunadamente Cortázar parte de premisas imposterizables, bien transparentes: estamos en cero, a partir de cero. La izquierda argentina, en su sentido más amplio, ha sido derrotada; esa derrota no puede ser soslayada, sino —por el contrario— rigurosamente elaborada, con pasión y hasta con humor, lo que me parece una fecunda ecuación. Desde 1959, y a partir del momento más movilizador de la revolución cubana, quienes aprendieron más de ese proceso, lamentablemente, fueron los sectores reaccionarios. Si hay dos signos que debemos tener muy en cuenta —y asumíroslos— son las muertes de Ernesto Guevara y de Salvador Allende.

Me parece esencial la posición actual de Cortázar porque sus palabras tienen una entonación trágica. Esto es: que habla desde la muerte. Bajo la mirada de la muerte... Y en esa zona no hay enroques ni coquetos.

Exilio y combate

P. Afortunadamente el exilio no ha provocado en usted esa parálisis creativa que aqueja a numerosos intelectuales en la misma situación. Siglo XXI publica simultáneamente en España y México su última novela. ¿Puede adelantarse algo al respecto?

R. Puedo contarle la historia de un título, por ejemplo. Inicialmente se iba a llamar *Tango*. Pero entonces alguien carraspeó y dijo: título demagógico. Yo así pensé: al fin de cuentas, todos los títulos son demagógicos puesto que todos tratan de seducir, de establecer una complicidad, que es el primer paso de la lectura. Pero lo cierto es que decidí cambiarlo. Ahora se llama *Cuerpo a cuerpo*. Como usted ve, no deja de ser un tango...

P. ¿Qué evoca para usted ese título?

R. Una especie de *pulseado* entre dos que se enfrentan, que se abrazan y ruedan. Que pretenden tumbarse, ponerse encima del otro, desgarrar al otro. Despanzurarlo... También tiene algo de bíblico.

P. ¿La lucha con el ángel?

R. Exacto. La pelea con Jehová. Tironeando, desgarrándose, frotrándose las mejillas y las palmas de las manos. Y sudando, jadeando juntos... El poder desdenoso y la humillación impotente, pero terca...

P. ¿La novela tiene alguna anécdota central?

R. Algo así. El episodio más notorio cuenta la historia de un general que seduce y humilla a un periodista. Un héroe espectacular y contradictorio frente a un pobre diablo que ejerce una especie de prostitución masculina. A este general le entusiasman los *chongos*. Es un personaje espectacular y macizo a quien le gusta rodearse de *chongos*...

P. ¿Un *chongo* es sólo un macheco o algo más?

R. Esa es una palabra del lunfardo, del "caló" porteño: es alguien, generalmente un muchachito, que se acuesta con un señor adulto, con un *gentleman*, por dinero... Con otras palabras —y me parece que éste es uno de los ejes de libro— ese héroe castrense, ese *h'ová* imponente, fascinante, sonriente y despiadado tiene de-

bilidades. Es un Moloch cuyo secreto lo posee su esclavo.

P. ¿Subyace una alusión a algún general argentino?

R. Ninguna. ¡Por Dios!... Me parecería demasiado obvio. La idea viene de Stanislavsky cuando le sugería a sus alumnos de teatro: "Si quieres hacer un buen verso, acuérdete de cuando es generoso".

P. También podría llamarse *El revés de la trama*.

R. Así es. Pero ya estaba ocupado... Aunque intenté ocuparlo con el siguiente epígrafe, sugerido por un amigo: "Un buen intelectual jamás va a casa del gobernante. Pero un mal gobernante es aquel que jamás se acuerda de la casa del intelectual..."

P. Usted siempre pone dedicatoria en sus libros. ¿En *Cuerpo a cuerpo* también?

R. Sí. Por cierto: a mi hija María Adelaida. Y a mis viejos amigos Rodolfo Walsh, Paco Urondo y Haroldo Conti.

P. ¿Un homenaje?

R. Sí, si usted prefiere. O quizá, un réquiem... No sé... O si sé: una especie de conjuro para sacarme el Moloch que llevo dentro. Al fascista que todos llevamos dentro.

P. ¿Usted volvería a Argentina?

R. No.

P. ¿Por alguna razón en particular?

R. Sí, por miedo.

P. ¿De qué lo maten?

R. De que me maten? No... Ya, no. Eso —supongo— es una especie de *zas*. Y allá dirán. Tengo miedo que me torturen. No sé qué es eso. No estoy preparado para eso.

P. ¿Miedo de que le obliguen a callar lo que sabe?

R. No, no. Miedo de que me obliguen a decir lo que no sé... ●

La literatura dividida Luís Gregorich

Una fácil alternativa parece rondar nuestra literatura en estos últimos años. Los terribles tiempos de violencia que vivió la sociedad argentina devastaron, no sólo cuerpos e ilusiones materiales, sino también la capacidad de juzgar matizadamente. Quien se instala en una de las opciones excluye a la contraria: inmorral por definición, el enemigo no merece siquiera ser tomado en cuenta, carece de estatuto humano.

Por un lado se sostiene que la literatura argentina que se produce en el país está muerta, y que únicamente los escritores exiliados mantienen viva la llama de la tradición creadora. Se han organizado diversos festivales del libro argentino en el destierro, con apreciable cantidad de obras editadas —sobre todo— en España y México, y se ha querido contrastar esta nada deseable proliferación con el estrechamiento del mercado nacional, acusado por el vaciamiento cultural, el auge del "bestsellerismo" y la avasallante presencia extranjera.

Los escritores que se quedaron en el país no son tan pesimistas respecto de sí mismos. Su punto de vista es que los exiliados —políticos y no políticos— no son muchos ni tampoco muy representativos y que la literatura que se ha seguido produciendo y con-

sumiendo entre nosotros tiene, pese a las dificultades, calidad y cantidad aceptables. Después de todo ¿cuáles son los escritores importantes exiliados? Julio Cortázar, pero su exilio no data de 1976, sino de más de un cuarto de siglo atrás.

Debe admitirse que desde una perspectiva numérica, el último razonamiento es el más cercano a la realidad. En efecto, una amplia mayoría de los escritores argentinos continúa viviendo en la Argentina. No han estado directamente involucrados en los enfrentamientos de los últimos años, y por añadidura experimentan desde hace tiempo una fatiga y una frustración políticas que sólo pueden compararse con la ambigüedad de su papel social y las penurias de su realización económica; es injusto exigirles, por tanto, que abandonen el aire mismo en que florece su vocación: el contacto inmediato con su lengua y su gente. Por otra parte, lo que decide es una situación de hecho: familia, trabajo, edad, raíces que no pueden arrancarse. Y si es cierto que, en conjunto, la reciente producción literaria local apenas sobrevuela una discreta mediana, tampoco las obras publicadas en el destierro, por lo que hemos llegado a leer, se aproximan a un nivel magistral. La obsesión documental y las identificaciones maniqueas sirven para una explicable catarsis personal; sin embargo su condición artística es limitada y aun su valor de denuncia se diluye al estar sustraído de sus destinatarios naturales, es decir, los lectores argentinos.

Ahora bien, este triunfo a lo Pirro, esta supremacía aritmética de los escritores residentes sobre los escritores argentinos exiliados, no excluye el surgimiento, aquí y allá, de una crisis ideológica y estética, ni permite silenciar el hecho de que, por lo menos en algunos sectores de nuestra vida literaria, los años de violencia transcurridos han impreso un sello de cuarentena y despoamiento. La situación es particularmente sensible —para ceñiros a un solo género— en el grupo "medio" de la narrativa, constituido por aquellos escritores cuyas edades oscilan, más o menos, entre los 45 y los 55 años, y que, además de los méritos intrínsecos de sus obras, importan como "nexos" entre los jóvenes y los viejos: entre lo que brota y lo que ya está cristalizado. Por una simple comodidad clasificatoria, podría agruparse a estos escritores en la "generación de 1955", dado que la mayoría de ellos —aunque no todos— comenzaron a publicar

sus libros hacia esa fecha, y puesto que la caída del peronismo fue, seguramente, el hecho histórico que vivió su conciencia política y el problemático trance que los obligó a repensar el país.

Una simple enumeración resulta significativa, Haroldo Conti, el autor *Sudeste. Alrededor de la jaula, En vida y La balada del alamo carolino*, y Rodolfo Walsh, el autor de *Operación Masacre*, ¿Quién mató a Rosendo? *Los oficios terrestres y Un kilo de oro*, figuran entre los miles de desaparecidos de los años recientes, y nada autoriza a pensar que estén con vida. La lista de exiliados —voluntarios o no— es más larga. Incluye a David Viñas, una suerte de "líder generacional", espoleado a la vez por la omnipotencia intelectual de Sartre y el deliberado vitalismo de Hemingway, y que también ha hecho una decisiva contribución al campo de la crítica. A Antonio Di Benedetto —durante mucho tiempo preso en Mendoza y La Plata—, el sagaz novelista histórico de Zama y el imaginativo cuentista de *El Juicio de Dios y Absurdos*. A Pedro Orgambide, que asimismo sobresalió por una extensa tarea de periodista y ensayista. A Humberto Constantini, el cuentista urbano y pasticcio de *Un señor alto, rubio, de bigotes y Hábleme de Funes*. A Daniel Moyano —detenido en forma fugaz en La Rioja— sutil creador de un espacio narrativo mítico y entrañable en *Artistas de variedades*. Una luz muy lejana, *El fuego interrumpido, El oscuro, El estuche de cocodrilo*. A Héctor Tizón, el transformador del regionalismo, el narrador "de la frontera", con *Fuego en Casabindo, El cantar del profeta y el bandido, El jactancioso y la bella y Sota de bastos, caballo de espadas*. Y a Manuel Puig, el auténtico renovador de la novela argentina, con *La traición de Rita Hayworth, Boquistas pintadas, El regreso de la mujer araña y Pubis angelical*.

Por supuesto que otros exponentes de esta generación, tempranos o tardíos, han continuado viviendo y escribiendo en la Argentina. Bastaría mencionar a algunas de nuestras mejores escritoras, como Beatriz Guido, Syria Poletti, Marta Lynch y Elvira Ocephé (aunque esta última, por ejemplo, haya tenido que publicar en el exterior su último —y muy notable— libro de cuentos), y entre otros, a Juan José Manauta, Marco De-nevi, Federico Peltzer y Jorge Riestra. Pero incluso estas presencias aluden a las ausencias; ambas son

las que forman, irremplazablemente, el cuadro total.

Por qué —la pregunta es inevitable— las bajas han sido tan marcadas en este grupo y no en otros? Sería demasiado fácil atribuirlos a una obvia militancia política. Sólo unos pocos, de todos los escritores muertos o exiliados, ni reivindicaron expresa y claramente. Y aunque todos la hubiesen compartido, ¿por qué fueron, precisamente, ellos? Quizás haya que atribuir un papel en tal interrogante a la actual y aún no resulta discutido, a la indole del texto narrativo, a la vez comprometido y pasatista, testimonial y estético, redencionista y gratuito. Más decisiva todavía fue, como queda dicho, la dolorosa y frustradora experiencia de participación política y social que esta generación de escritores desanduvo en los últimos 25 años. Eran otros, no ellos, los que tenían el poder y la fuerza.

¿Que será ahora, qué está siendo ya de los que se fueron? Separados de las fuentes de su arte, cada vez menos protegidos por ideologías omniscientíficas, enfrentados a un mundo que ofrece pocas esperanzas heroicas, ¿qué harán, cómo escribirán los que no escuchan las voces de su pueblo ni respiran sus penas y alivios? Puede pronosticarse que pasarán de la indignación a la melancolía, de la desesperación a la nostalgia y que sus libros sufrirán inexorablemente, una vez agotado el tesoro de la memoria, por un alejamiento cada vez menos tolerante. Sus textos, desprovistos de lectores y de sentido, recorrerán un arco que empezará elevándose en el orgullo y la certeza y que terminará abatido en la insignificancia y la duda.

Pero, al mismo tiempo, ¿qué será de los que se quedan, de los que nos quedamos? El escenario, en apariencia, no ha cambiado: los escritores escriben y publican, las librerías están abiertas y los lectores, aunque más tímidamente que en el pasado, leen a quienes les hablan en su propio idioma, sin embargo, todo ha cambiado. Como en 1880, como en 1916, como en 1930, como en 1945, el país ha sufrido un sacudimiento que solo muy lentamente podrá ser asimilado y traído hasta la conciencia. Y así como los escritores desterrados, unilateralmente, convierten a sus obras en la escena donde combaten dioses y demonios, así los que se han quedado no pueden evitar que predomine un espacio de creación y lectura en el que no hay ni combate, ni cielo, ni infierno.

Nada es ilícito en literatura, nada debe ser reglado o prefijado. Pero si hay un punto de confluencia en que puedan reunirse los que están afuera y los que están aquí, si hay un legado que los escritores desterrados puedan dejar a los escritores que se quedaron, seguramente será —al margen de sus fracasos literarios y de sus abusos ideológicos— su maníaca preocupación por el país y su resistencia a aceptarlo tal cual es, o parece ser. La realidad no es inocente, nos dicen los hombres del '55, y es un interesante velo el que produce semejante ilusión mistificadora. Y en los años que vienen será muy necesario recuperar esa tradición argentina de cuestionamiento de la legitimidad, ese espíritu crítico que va de Sarmiento y José Hernández a Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Jauretche y Sebrelli (la mezcla es deliberada), y que últimamente parece haberse dejado el campo libre al miedo, al conformismo y a la indiferencia. ●



CUESTIONES NACIONALES

Armamentismo y energía nuclear

Mauricio Schojett

El tema de la política nuclear argentina en manos del actual gobierno militar es una cuestión tabú o que da para diversos interrogantes como los que ofrece este artículo. Problemas del que se tienen muy pocos datos, que muchas veces equivocadamente se secundariza, que remite a polémicas mucho más amplias de índole político, geoestratégico, ideológico cultural. Por ahora empecemos.

¿Por qué en un país cuyo desarrollo industrial no sólo está estancado sino en franco deterioro, tanto por medidas de desprotección como por la restricción del mercado interno, lo que ha determinado la quiebra de miles de empresas, se le dan todo tipo de facilidades a la industria para que colabore con el Plan Nuclear? ¿Por qué si ese deterioro obviamente limita las posibilidades de autonomía del país, se insiste en asegurar la autonomía en materia de tecnología nuclear, a un alto costo, como el implicado en la compra de una planta de agua pesada que muy pocos países tienen, al igual que la planta de procesamiento de combustible nuclear que está en construcción? ¿Por qué, en una situación en que se han deteriorado los servicios de todo tipo, siendo Argentina el primer país latinoamericano que ha puesto en funcionamiento una central nuclear, las obras de la segunda progresan "a un ritmo frenético, durante las 24 horas del día", de manera que se espera completarla en seis años, lo que contrasta con un promedio mundial de diez y los quince de la central mexicana de Laguna Verde?

¿Por qué esa alta movilización de recursos humanos y materiales, esa continuidad de los programas nucleares a pesar de todos los cambios de gobierno? ¿Por qué estuvo siempre la Comisión Nacional de Energía Atómica bajo control militar desde su fundación? ¿Por qué ha resultado una institución tan estable en un país inestable, habiendo cambiado de director sólo cuatro veces en casi treinta años, con un director —el almirante Quiñillat que duró doce años en el cargo— cuando el país tuvo en el mismo lapso catorce presidentes y cerca de cuarenta ministros de economía? ¿Cuál es la razón de esta sigilosa hazaña tecnológica, la construcción —aparentemente sin ayuda externa— de la planta de procesamiento de combustible nuclear de Ezeiza, que hace entrar a Argentina en el exclusivo club de los países que poseen ese tipo de plantas de operación comercial, que no incluye a los EU pero sí a Francia, Gran Bretaña, la República Federal Alemana y Japón? ¿Cuál es la razón de esa hazaña, en un país cuyo establecimiento científico ha sido diezmado por purgas, por la emigración forzada, por los secuestros y asesinatos auspiciados por la junta, que ha desmantelado al más importante instituto de física aplicada de América Latina? ¿En qué otra área que no sea la energía nuclear y la fabricación de armamentos puede Argentina mostrar alguna otra realización científica y tecnológica?

¿Se pueden tomar en serio las declaraciones de la junta según las cuales Argentina no firma el Tratado de No Proliferación Nuclear ni el Tratado de Tlatelolco, que prohíbe las armas nucleares en América Latina, ni acepta inspecciones bilaterales para garantizar el uso pacífico del equipo nuclear, porque defiende con ello la soberanía nacional, porque esos instrumentos jurídicos serían discriminatorios, porque desarmar a los desarmados, y porque la junta está en favor de la igualdad de derechos de todos los estados, grandes y pequeños? ¿Se pueden tomar en serio las declaraciones del director de la Comisión Nacional de Energía Atómica, contralmirante Carlos Castro Madero, y del físico Jorge Sábato, de que Argentina ha decidido no fabricar armas nucleares? ¿Cómo se compaginan esas declaraciones con las de la cancillería argentina en el sentido de que la junta no firma los tratados antes mencionados porque se reserva el derecho de efectuar explosiones nucleares con fines pacíficos? ¿Tienen algún sentido las explosiones nucleares con fines pacíficos? ¿Qué país las ha hecho y con qué resultados?

¿Los militares argentinos tienen fines pa-

cíficos respecto de los países vecinos, o tienen pretensiones hegemónicas que ponen en peligro la paz? ¿Es verdad que el tema de la política energética es tabú en Argentina y que el cuestionamiento de la política nuclear dentro del país sería equivalente a suicidio? La reivindicación del movimiento obrero canadiense, que exige el embargo contra la venta de tecnología nuclear a Argentina hasta que sean restablecidas las libertades políticas y sindicales, y hasta que Argentina firme los tratados contra la proliferación nuclear, que es además una reivindicación que pone en peligro los empleos de quienes la han levantado, ¿debe considerarse como una intromisión inaceptable contra la soberanía del país o como un ejemplo de internacionalismo proletario?

Sólo pueden tratar de eludir estas preguntas o de minimizar su importancia aquellos que de una manera o de otra están en el juego de la vida, el juego del blanqueo, de la hegemonía y de la guerra.

El origen y significado de la energía nuclear

Desde el momento en que la humanidad aprende en forma dramática, a costa de las vidas de centenares de miles de japoneses, la potencialidad militar de la tecnología nuclear, surge la posibilidad de aplicaciones civiles. En una primera etapa la política norteamericana negó el acceso a la tecnología nuclear hasta a sus aliados más cercanos, como lo era Gran Bretaña, con el argumento de que la difusión de esta tecnología, aunque no se hiciera con fines militares, aceptaría los plazos y los costos necesarios para dominar estas aplicaciones. A partir de 1964, y con la cooperación entusiasta de la Unión Soviética, se lanza la política de "Átomos para la paz", que representa una reversión completa de la anterior. Esta política debe verse como una respuesta a la legítima inquietud que los ensayos nucleares habían despertado en las masas en todo el mundo, y por lo tanto como un bloqueo de las aplicaciones militares, y como una política destinada a favorecer a las compañías eléctricas norteamericanas que estaban en condiciones de fabricar y exportar reactores; para promover esa política el gobierno norteamericano regaló reactores a más de veinticinco países. En 1974, cuando ya Francia y China disponían de armas nucleares, la India hizo explotar su primera bomba, probando con ello que la frontera entre aplicaciones pacíficas y militares es sumamente tenue y que los mecanismos de inspección para garantizar el uso pacífico eran muy poco efectivos, ya que la India consiguió el plutonio para la bomba usando equipo canadiense que estaba sujeto a inspección.

La primera central nuclear comercial fue la británica de Calder Hall, que funcionó en 1956, y cuyo verdadero propósito era la obtención de plutonio para bombas, aunque oficialmente su única finalidad era la producción de energía. En la década de los sesenta comenzó la rápida difusión de esa tecnología, aumentándose muy rápidamente el tamaño de los reactores, en condiciones en que todavía no se contaba con suficiente experiencia en la operación de los reactores existentes. La experiencia de esos años demostró que la tecnología nuclear, seguramente la más subsidiada de toda la historia, que costó a los gobiernos cifras del orden de los centenares de miles de millones de dólares —es decir que fue en todos los casos un producto del capitalismo de estado— ha funcionado en forma muy mediocre, debido a toda clase de problemas imprevistos. El accidente de la Isla de Tres Millas, que fue el más visible pero no el único

en su género (porque hubieron accidentes muy serios que determinaron la destrucción de reactores, como en Detroit y en Lucens, Suiza), puso de relieve su peligrosidad sin precedentes, que pone en juego la posibilidad de grandes dislocaciones sociales y de centenares de miles de víctimas.

El avance de la nuclearización fue acompañada por la creación de instrumentos jurídicos para impedir la proliferación del arma nuclear, como los antes mencionados tratados de No Proliferación y de Tlatelolco. La firma de estos tratados fue acompañada por la promesa de parte de las superpotencias de lograr medidas efectivas de desarme y reducción de sus arsenales nucleares y medios de descarga, que no se han cumplido; y por la resistencia de países que por su capacidad tecnológica podían verse como candidatos a obtener el arma nuclear, y que por lo tanto no firmaron el Tratado de No Proliferación o no la ratificaron. Entre los primeros se encuentran Argentina, Brasil, India, Israel, Pakistán, Sudáfrica y España; y entre los segundos Australia, Bélgica, Egipto, Italia, Japón, Holanda, Suiza y la República Federal Alemana. Algunos de estos países, por ejemplo la India, nunca ocultaron su aversión al Tratado, al que veían como una forma de mantener el *status quo* en favor de las superpotencias, que no se comprometían de manera efectiva hacia el desarme sino que continuaban haciendo crecer sus arsenales. Para estos países la proliferación "horizontal", es decir su propia adquisición del arma nuclear, era menos grave que la "vertical", es decir que las superpotencias continuaran apilando bombas.

La nuclearización fue acompañada por distorsiones ideológicas, por las que los monopolios eléctricos y los gobiernos trataban de persuadirse y de persuadir a sus clientes de que hacer bombas era más difícil y costoso de lo que realmente es. Una de esas distorsiones era la creencia de que el plutonio obtenido de los reactores de potencia, es decir de los que generan energía eléctrica, no servía para ese fin. En realidad desde la fabricación de la primera bomba, que se hizo con uranio enriquecido, cuya obtención se hace a través de un proceso de difusión sumamente costoso y visible, que requiere además de grandes cantidades de energía y de agua, la tecnología nuclear ha evolucionado en dirección a hacer más fácil y barata la obtención del material fisionable para hacer la bomba. El primer gran paso fue la obtención del plutonio a partir de reactores que funcionan con uranio natural, es decir no enriquecido. La separación del plutonio se efectúa en una planta llamada de reprocesamiento, que es una planta química, pero no una planta química cualquiera, ya que debe tratar materiales radioactivos, espontáneamente calientes, tóxicos y sumamente corrosivos.

Esta es la razón fundamental por la cual los países menos desarrollados en el terreno tecnológico y que pretenden construir la bomba han difundido el mito de que prefieren los reactores de uranio natural en vez de los de uranio enriquecido porque les importa la autonomía tecnológica, y porque con ello defienden su soberanía, ya que las plantas de enriquecimiento son demasiado costosas para ellos, y los países que las poseen exigen inspecciones para controlar el uso de la tecnología. La solución de la tecnología permite el armamentismo a un costo menor, y por ello mientras los países menos desarrollados preguntan la búsqueda de la autonomía hacen esfuerzos desesperados por conseguir la tecnología de reprocesamiento, que Argentina parece haber desarrollado por sus propios medios, aunque con ayuda de la República Federal Alemana en una primera etapa, y que varios otros países han tratado infructuosamente de conseguir, como en los casos de Pakistán, Taiwán y Corea del Sur, en que las tratativas para comprar la tecnología a Francia no llegaron a concretarse por violentas presiones de los EU. La situación es la misma en cuanto a la venta de tecnología nuclear de la República Federal Alemana a Brasil. Cabe señalar que tanto el hecho de que los EU no tengan en este momento plantas de reprocesamiento en operación, como varios estudios sobre la justificación comercial del reprocesamiento en cuanto a que éste permite recuperar uranio, indican que esta justificación comercial no existe por ahora, y que el probable uso futuro del plutonio en reactores llamados de frío no pasa de ser una hipótesis. Pero la justificación es indudablemente militar, ya que el plutonio no tiene precio, puesto que nadie vende

plutonio. También hay que señalar que se están desarrollando nuevas tecnologías para el enriquecimiento de uranio, como la de toberas, y la de ultracentrifugación, cuyo mayor desarrollo parece darse en Sudáfrica, seguramente con fines militares.

Cabe preguntar, puesto que la tecnología nuclear funciona en forma muy mediocre en relación a las tecnologías convencionales de producción de energía, ¿cuál es la razón por la que el gran capital de la industria energética y los gobiernos que lo respaldan se obstinan en implantarla?

En primer lugar el capitalismo del siglo XX es diferente del existente en el siglo pasado en dos aspectos fundamentales: la monopolización y la revolución científica y técnica. La segunda implica la posibilidad de crear diversos sistemas tecnológicos para cumplir fines similares, sistemas que no son equivalentes desde el punto de vista de sus efectos sobre determinada configuración de fuerzas de clase. La monopolización determina la dirección de la revolución científica y técnica, orientándola hacia aquellas formas tecnológicas concentradas y gigantes, cuyas condiciones de operación son físicamente extremas —altas temperaturas, presiones, radiación— y que por ello, al requerir además de materiales escasos y experticias monopolizables, se prestan para el control monopolístico, sin producir por ello mercancías que necesariamente tengan un menor valor unitario, es decir un kWh más barato. Por el contrario la tendencia a la centralización, al gigantismo y a las condiciones extremas de operación implican el derroche de recursos no renovables, vulnerabilidades inesperadas y riesgos cualitativamente diferentes, cuya multiplicación puede no ser un inconveniente si además se tiene en cuenta que la peligrosidad de los sistemas puede favorecer el control social sobre toda la población.

La energía nuclear es el sistema tecnológico más subsidiado de la historia, y su abandono implicaría una monstruosa desvalorización de capital para el gran capital de la industria energética. Su permanencia favorece los diseños armamentistas al reducir los costos y los plazos para obtener armas nucleares, pero pone en juego un factor mucho más importante ya que al ofrecer una cobertura para la búsqueda de armas nucleares reduce con ello el costo político de la empresa, que puede ser una consideración más importante que el costo económico. Para los países vendedores de tecnología nuclear —Alemania Federal, Canadá, EU y Francia— su exportación significa la posibilidad de recuperarse del efecto causado por los aumentos del precio del petróleo. Para Francia y la República Federal Alemana la tecnología nuclear es un arma en la sorda lucha que mantienen contra los EU por la posición hegemónica en el mundo capitalista, en la que explotan a su favor las aspiraciones armamentistas de los subdesarrollados.

Pero hay un factor adicional que explica el obstinado empeño en favor de la energía nuclear, y se trata de un factor ideológico. Al correr detrás de la solución nuclear, a pesar de todas las probabilidades de que ésta fracase, la burguesía corre también detrás de un espejismo ideológico: el de la disponibilidad ilimitada de energía. Hace treinta años ésta era una creencia dominante, que se apoyaba en el carácter enormemente concentrado de esa forma de energía. En la actualidad ya no podemos creer en ese potencial ilimitado de la energía nuclear porque hemos acumulado una evidencia creciente sobre el carácter limitado de las reservas de uranio, pero lo que ya no es creíble para la forma actual de la tecnología nuclear todavía puede serlo para el desarrollo de nuevas tecnologías como la de los reactores de fría, forma tecnológica todavía más concentrada y peligrosa que las actuales.

La disponibilidad ilimitada de energía es vista por la burguesía como una pieza clave de un sistema de necesidades ficticias, que incluye tanto al armamentismo como a sistemas no militares, como por ejemplo el transporte automotor individual y privado. El sistema de necesidades ficticias implica enormes transferencias de plusvalor al capital más concentrado y un enorme derroche de recursos.

La energía nuclear en los países menos desarrollados

La implantación de la energía nuclear en los países menos desarrollados tiene como fuerzas motrices al armamentismo y a la moderniza-

ción en tanto que pieza de utilería ideológica.

No es casual que los países que están en el camino de la nuclearización sean países que tienen conflictos graves con sus vecinos, por ejemplo Corea del Sur, Taiwan, India, Pakistán, Libia, Irak, Brasil y Argentina. Tampoco lo es que estos países sean grandes compradores de armamentos, y en el caso de Brasil, Argentina y la India grandes fabricantes de armamentos, y que Brasil se esté convirtiendo en uno de los grandes exportadores. Conviene recordar que la India será un país subdesarrollado en cuanto a su capacidad de alimentar a su población, pero no en materia de armamentos, porque no sólo dispone del arma nuclear sino de medios de descarga que implican una considerable realización tecnológica, como lo son los misiles capaces de llevar una carga de más de una tonelada a cinco mil kilómetros.

La nuclearización significa una mayor dependencia, ya que no sólo son muy pocos los países que venden tecnología nuclear sino que los países que tienen reservas importantes de uranio y que lo venden son menos que los que tienen grandes reservas de petróleo: Australia, Canadá, Nigeria, Sudáfrica y los EU, de los que Australia tiene todavía muy poco desarrollada su capacidad de producción. Ninguno de los países menos desarrollados que ha tomado el camino de la nuclearización tiene reservas suficientes, y varios de ellos no disponen de ningún mineral de uranio a pesar de haber realizado vigorosas actividades de exploración. Ello ocurre en momentos en que la situación en el mercado mundial del uranio es muy incierta. Se reproduce entonces la situación que se dio con el cambio del modelo energético del carbón al petróleo, ya que hubo países como Inglaterra, Francia, Brasil y la India que siguieron entusiastamente ese camino a pesar de tener carbón y no tener petróleo, lo que significó la pérdida de autonomía y de empleos y afectó además adversamente sus balanzas de pagos, siendo esto compensado por las ganancias sociales de la burguesía, la cual gracias al petróleo pudo liquidar o limitar la influencia de los sindicatos de mineros del carbón y los ferroviarios, quienes se encontraban entre los destacamentos más combativos del proletariado.

La nuclearización se da gracias a que ni siquiera se discuten otras alternativas, como el uso del carbón, de la hidroelectricidad, de la geotermia y de las tecnologías "blandas". En algunos casos la nuclearización configura una verdadera aberración técnica, como en el caso de Libia que, como todos los países petroleros, pierde enormes cantidades de gas natural en la atmósfera, en tanto que su sistema eléctrico, que es uno de los más ineficientes del mundo, no puede integrar una central nuclear por razones de incompatibilidad entre el tamaño mí-

nimo de una central de este tipo y el tamaño de la red.

En todos los casos que conocemos, tanto en los países desarrollados como en los menos desarrollados, como en Argentina, Brasil, Filipinas, India y Pakistán, la exageración de las proyecciones de la demanda ha sido uno de los caballo de batalla de la nuclearización, con proyecciones entre optimistas y delirantes, que no se justifican en base a las tendencias históricas del consumo ni del aumento del producto bruto. En tanto que se busca exagerar la demanda de un supuesto crecimiento industrial, se ocultan los derroches debidos a redes ineficientes y al consumo industrial subsidiado, lo que se refleja en valores altos del coeficiente que da el consumo de energía por unidad de producto, que siempre resulta más alto en los países menos desarrollados. También se oculta el hecho de la existencia de masas marginadas que carecen de servicios eléctricos, sobre todo en las zonas rurales, y que serían más fácilmente accesibles a través de sistemas eléctricos descentralizados y de tecnologías "blandas".

El caso argentino

En 1977 la junta anunció que intentaría duplicar la potencia instalada para 1985, para lo cual se preveía la inversión de veinticinco mil millones de dólares en obras hidroeléctricas y nucleoelectricas durante ese periodo, lo que indudablemente hará crecer una ya abultada deuda externa. Además se realizan ampliaciones en las centrales termoeléctricas de Buenos Aires, Bahía Blanca, San Nicolás y Rosario, y está en terminación la central hidroeléctrica de Salto Grande, que se construyó para que la mayor parte de su producción alimentara la red argentina. Por ello creemos que aun cuando no se inicie ninguna obra nueva en los próximos cinco años, la potencia instalada llegará en 1985 a ser un 70-80% mayor que la existente en 1976. Para apreciar lo que ello significa en cuanto a la posibilidad de que haya un considerable exceso de capacidad eléctrica instalada hay que tener en cuenta que el producto bruto ha venido creciendo en los últimos cinco años a menos de un 5% anual. A pesar de ello la junta no ha dado ninguna señal en cuanto a demorar el inicio de las obras de la tercera central nuclear.

La ampliación de la potencia instalada contrasta con la falta de planeación en otros aspectos, lo que dio lugar a apagones generalizados en el Gran Buenos Aires, en los meses de mayo y junio de 1979, por falta de mantenimiento en la central de Puerto Nuevo y porque a pesar de que la central hidroeléctrica de Salto Grande ya estaba en condiciones de entregar energía no se había terminado la línea de transmisión. Es muy probable que la falta de mantenimiento

EL COLOR QUE EL INFIERNO ME ESCONDIERA

CARLOS MARTINEZ MORENO

SOBRE LITERATURA

Premio del género narrativo en el Concurso Nueva Imagen sobre "El militarismo en América Latina".

El jurado estuvo integrado por: Jean Gasimir — Julio Cortázar — Ariel Dorfman — Theotomio Dos Santos — Gabriel García Márquez — Pablo González Casanova — Carlos Quijano — Julio Scherer García — René Zavaleta Mercado

EDITORIAL NUEVA IMAGEN
ESCOLLO 316, MÉXICO 20, D. F. TEL. 680-2894

está relacionada con el hecho de que las relaciones laborales no puedan ser muy buenas con un gobierno que aplastó una huelga del sindicato de Luz y Fuerza haciendo desaparecer a su dirigente Oscar Smith en 1977.

La prensa adicta a la junta mistifica la creación de "polos de desarrollo", con industrias que son grandes consumidoras de energía y que se instalarán gracias a las obras hidroeléctricas y nucleoelectricas. Ello no sólo es una propuesta de racionalidad económica dudosa sino de realización no demasiado probable, porque hay otros países que están en el mismo juego, como Brasil y Guyana. Mientras que *La Opinión* bate el parche sobre las hazañas que rompen el "bloqueo tecnológico" impuesto por los EU, ningún periódico argentino cuestiona la racionalidad de la expansión energética ni la del programa nuclear, ni menciona los problemas de largo plazo que éste acarrea (desechos, etc.).

Ello no es casual, y no es solamente producto del desconocimiento sino de la autocensura. El tema energético es un tema tabú en Argentina, como lo muestra el hecho de que en agosto de 1979 la policía prohibió en Buenos Aires una mesa redonda sobre este tema y arrestó al frustrado organizador.

El contralmirante Carlos Castro Madero puede afirmar con toda soltura que los argentinos no se inquietan por la posibilidad de accidentes nucleares "porque tienen un sentimiento patriótico del desarrollo" (¿los muertos del uranio serán cubiertos con la bandera?), por la simple razón de que la población no está informada, y no podrá estarlo mientras subsista el actual clima represivo y la autocensura de la prensa. El único caso que conocemos de un científico argentino que ha aludido a los problemas ambientales resultantes de la energía nuclear es el de Carlos Argentino Bonetto, un modesto investigador de la Universidad del Noreste, quien en una reunión científica organizada por la OEA en 1977 en Montevideo se refirió en forma un tanto eufórica a la posibilidad de que la polución térmica originada en la central nuclear de Embalse Río Tercero acelere un proceso de eutrofización ya avanzado en el embalse, con lo cual éste terminará por convertirse en un pantano maloliente, liquidando así el potencial turístico que representa una importante fuente de trabajo en la zona.

Nadie podría cuestionar desde la prensa argentina actual la declaración de la cancillería de que el país no firma el Tratado de No Proliferación porque se reserva el derecho de realizar explosiones nucleares con fines pacíficos, ni dar los elementos históricos que muestran que las explosiones nucleares con fines pacíficos no pasan de ser un perro muerto hace muchos años, que es desenterrado de cuando en cuando para engañar a los pueblos.

Nadie podría denunciar que la planta de procesamiento de Ezeiza constituye un peligro para la población, ya que es la única planta de ese tipo que se encuentra sobre el borde de un conglomerado urbano del tamaño del Gran Buenos Aires. Ni que su verdadera finalidad es obtener plutonio para bombas, presumiblemente no una o dos bombas por año sino muchas bombas. Porque se puede conjeturar que el plutonio para una cantidad limitada de bombas hubiera podido obtenerse en la planta piloto que ya existía, o utilizando el laboratorio de pruebas de la fábrica de elementos de combustible nuclear.

La fabricación de armas nucleares es la piedra angular de una política militar agresiva, que sólo puede tener un valor de provocación frente al Brasil y que no tendría sentido en el marco de una política militar defensiva. El movimiento en esa dirección ocurre a pesar de que la cúpula militar brasileña había desalentado previamente un programa nuclear acelerado, dado que hubiera provocado a un enemigo potencial que estaba en una etapa más avanzada del desarrollo nuclear (*Latin America Weekly Report* del 4 de enero de 1980). Podemos conjeturar que una vez comenzada la carrera del armamentismo nuclear en el cono sur ésta sería cada vez más costosa, reproduciendo el patrón de la carrera armamentista de las superpotencias: de los bombarderos a los misiles, a los silos subterráneos para éstos, etcétera.

El movimiento hacia el armamentismo nuclear va acompañado de una densa trama de maniobras diplomáticas, enfiladas hacia otros países del área latinoamericana (Bolivia, Perú, Venezuela), hacia países de otras áreas geográficas que están en el mismo juego (la India, Libia) y hacia los países que pueden proveer la tecnología (República Federal Alemana, Unión Soviética). Ese juego sólo puede dar como resultado la difusión del armamentismo y la

integración de Argentina en alianzas militares, abiertas o encubiertas, y en la realización de grandes ganancias por el gran capital de la industria energética.

La propuesta

Ningún estado, ni el más democrático, ha querido jamás correr el riesgo de tomarse la democracia tan en serio como para decidir la cuestión de la fabricación de las armas nucleares a través de una decisión parlamentaria.

Para un estado que practica el terrorismo, erigido sobre decenas de miles de cadáveres, la cuestión del armamentismo nuclear no es negociable ni susceptible de debate público, por lo que esto tampoco lo es la política energética. Para ese estado se trata de una de las piedras angulares de su política belicista y antipopular, que no será cuestionada por ninguno de los partidos conciliadores de la burguesía.

El cuestionamiento de ese armamentismo, la denuncia de que es una desgracia para los pueblos del cono sur, y la consecuente lucha por la paz y el desarme deben ser ejes de toda política revolucionaria.

Para ello proponemos las siguientes consignas: * La suspensión del programa nuclear hasta que el pueblo haya recuperado las libertades democráticas y pueda decidir libremente, con la información de que ahora no dispone, cuáles son las necesidades energéticas reales, los peligros e implicaciones de la nuclearización y la conveniencia de soluciones alternativas.

* La denuncia del armamentismo y particularmente de su forma más peligrosa, el armamentismo nuclear, por parte de todas las organizaciones democráticas y revolucionarias.

* Que Argentina firme los tratados de No Proliferación y de Tlatelolco, y la creación de un sistema de garantías bilaterales con los otros países del área. El cese de todo intercambio de tecnología nuclear con dictaduras militares o gobiernos cuyos programas nucleares estén bajo control militar.

* Publicación de todos los documentos de la diplomacia nuclear secreta y el repudio contra los monopolios y gobiernos que pretenden ocultar o minimizar las implicaciones militares de la venta de tecnología nuclear a la junta.

POLEMICA (III)

La europaranoia de su majestad

José Ricardo Eliashev

En su edición número ocho la revista presentó un artículo del ensayista español Fernando Claudín, titulado *El expansionismo soviético. A partir de los hechos ocurridos en Afganistán a fines de 1979. Claudín intenta explicar el papel expansivo de la Unión Soviética en el campo internacional. En este número el periodista y comentarista de temas internacionales, José Ricardo Eliashev, desde otros datos sobre la actual coyuntura mundial, discute con Claudín y plantea sus puntos de vista al respecto.*

"Nuestra confusión intelectual, política y psicológica es el resultado de nuestra fe histórica de que no hemos sido ni somos ahora un imperio. Sin embargo, no hay manera de comprender la naturaleza de nuestra difícil situación sino confrontando nuestra historia como un imperio. [...] En realidad, Estados Unidos nació y se formó como un imperio. [...] Desde nuestro comienzo nos definimos y nos consideramos como únicos. Las diferencias entre nosotros y otras naciones no son casuales, pero nada tiene que ver con la cuestión fundamental. Somos diferentes sólo porque adquirimos el imperio a un costo muy bajo, porque las gratificaciones han sido enormes y porque hasta ahora hemos enmascarado nuestra verdad imperial con la retórica de la libertad".

William Appleman Williams,
Empire as a Way of Life

Poco antes de concluir su mandato de cuatro años, Jimmy Carter le regaló al mundo algunos motivos para asombrarse y reflexionar. El 15 de enero, a cinco días de que Ronald Reagan se convirtiera en cuadragesimo presidente de la Unión, Carter envió al Congreso su proyecto de presupuesto federal para el año fiscal 1982, que comienza el primero de octubre. La cifra asignada a los gastos militares equivale al 25 por ciento del total de inversiones de la Nación y es de 184.400 millones de dólares. Invito al lector a repetir junto conmigo la cifra: 184.400.000.000 dólares. Pero, claro, ¿qué nos dice esta cifra? Vémosla de otra manera: equivale a un aumento del 14,5 por ciento sobre los gastos militares autorizados para el año fiscal 1981, que concluye el 30 de septiembre. Pero para ser un poco más truculentos en este juego de realidades ominosas, agreguemos un dato más: los 184.400 millones no son el tope final, porque de acuerdo a los mecanismos federales de asignación presupuestaria en los 12 meses que van de octubre del 81 a septiembre del 82 la cifra podría crecer a un total legal de 196.400 millones de dólares.

Antes de asumir la presidencia el sucesor de Carter, la administración demócrata registraba así un presupuesto militar récord en tiempos de paz. El salto del gasto militar del año fiscal 1981 al 1982 era, así, de 25.000 millones de dólares.¹

¿Merecidos? No todavía, por favor. Sigamos. Los gastos militares propuestos por Carter al Congreso significarían que en el año fiscal 1982 cada uno de los norteamericanos (son más de 226 millones de seres humanos) deberá gastar 870 dólares.² No quiero ingresar ahora en comparaciones geopolíticas, pero aquellos que tengan el entusiasmo necesario pueden trazar niveles de similitud o diferenciación entre estos 870 dólares que cada uno de los norteamericanos invertirá en dicho periodo en gastos militares con el ingreso por cabeza de cualquier ser humano no digamos en Bolivia, Haití o Bangladesh, pero —por ejemplo— México o España.

Otro elemento más, para mantenernos informados. El ingreso personal de cada norteamericano será en el año calendario 1981 de 2.420 dólares y en 1982 de 2.700 dólares. Yo sé que no es muy científico, pero para el caso vale: digamos que el ingreso individual del ciudadano estadounidense puede ser por lo tanto calculado para el año fiscal 1982 en 2.560 dólares. Sobre ese total estimemos la significación de los 870 dólares que cada uno debe poner de su bolsillo para financiar al Pentágono: 34 por ciento.

En otras palabras: el año que comienza el

primero de octubre de 1981 en los Estados Unidos significará que cada norteamericano deberá darle sólo en gastos militares 34 centavos de cada dólar que gane al gobierno federal.³

Esto no es para ahora solamente, por cierto. Al presentar el aspecto militar del nuevo presupuesto federal norteamericano, el secretario de Defensa de la Administración Carter, Harold Brown, anunció que la expansión del sector castrense del país se mantendrá sostenidamente en un 5 por ciento anual en los próximos cinco años. Agréguese a este cuadro primaverales que hasta aquí me he limitado a resumir, las dimensiones militares del presupuesto Carter, pero éste no es necesariamente el presupuesto que el Congreso norteamericano terminará promulgando en septiembre-octubre, cuando arribe a la etapa final del dilatado proceso de discusión y aprobación legislativa. Intentar cifras es riesgoso, sobre todo cuando aquellas que son ya un hecho tienen perfiles tan faraónicos, pero es un hecho que la nueva administración Reagan tiene propuesto incrementar sustancialmente el presupuesto, lo cual la coloca ante graves dilemas.⁴ Ya durante el anteriormente menos republicano Congreso, los legisladores exhibieron mucho más entusiasmo gastador que la Casa Blanca en relación al Pentágono, de modo que luego de la victoria del 4 de noviembre, con un Senado copado por la ultraderecha y la derecha y una Cámara aterrizada por los avances republicanos y dispuesta a conceder todo lo que se pida para hacer buena letra ante el establecimiento militar e industrial, todo permite asegurar que las cifras que terminen aprobándose sean aún mucho más asombrosas que las hasta aquí glosadas.

La evidencia de que así sería fue anunciada en dos oportunidades por una revista líder del mundo empresarial norteamericano. En su edición del 24 de noviembre, afirmaba *Business Week*: "Sea lo que sea, todo aquello que Reagan desee para conseguir una Marina más poderosa, probablemente lo logrará el Congreso. El cuarto portaviones nuclear tipo Nimitz fue forzado dentro del año fiscal 1980 pese a las objeciones de la Administración Carter para que no fuera considerado dentro de ese presupuesto. Y en el nuevo Congreso, y particularmente en el Senado, no debería ser difícil demostrar las necesidades de la Marina ante los recientes acontecimientos militares en el Medio Oriente". Una quincena más tarde, la misma revista admitió que "dada la constitución del próximo Congreso, seguramente Reagan conseguirá todos los dólares que quiera para el presupuesto militar".⁵

En otro orden de cosas, al terminar 1980 las Fuerzas Armadas de Estados Unidos tenían estacionados 502.600 efectivos en el exterior, según cifras del propio Pentágono. Algo importante: esta cifra era equivalente a un 4,6 por ciento más que el número de tropas norteamericanas en ultramar un año antes.⁶ Este más de medio millón de hombres estacionados en todos los continentes observaba un cambio particularmente intenso en los contingentes de rápida intervención. Mientras que en Europa los soldados norteamericanos pasaron de 325.000 en 1979 a 331.700 en 1980 (o sea, el 66 por ciento del total se halla en el Viejo Mundo), en el rubro "otras regiones", o sea Arabia Saudita, Egipto, la isla de Diego García, Canadá, fuerzas navales móviles y otros destacamentos no especificados, el total había pasado de 9.000 a 31.600.

En España, por ejemplo, un país cercado por centenares de divisiones rojas que ya están achicando las fronteras del país de Don Juan Carlos I, los Estados Unidos tenían en diciembre de 1980 nueve mil soldados, 300 más que un año antes. En toda la Europa Meridional (España, Italia, Portugal, Grecia y Turquía), el cuerpo expedi-

cionario norteamericano llegaba esa misma fecha a los 32.000 soldados, 2.000 más que 12 meses antes. En América Latina había 14.900 soldados norteamericanos y en el Pacífico y Extremo Oriente llegaban a 124.400. Bases aeronavales en el hemisferio occidental (Puerto Rico; Guantánamo, Cuba; Panamá; Bermudas); Diego García, Océano Índico; Filipinas, Australia, Japón, Corea del Sur, Turquía, Grecia, España, Portugal, Holanda, Gran Bretaña, Alemania Federal, Bélgica, Italia, Egipto, Somalia, Kenia, Bahrein, Islandia, Guam y las armadas de las VI y VII Flotas con base en el Medio Oriente y el Extremo Oriente respectivamente componían la geografía política de la presencia militar norteamericana en el mundo al momento de asumir la presidencia el hombre que promete convertir a Estados Unidos en "una gran nación" de nuevo.

Para retomar los juegos matemáticos de los párrafos previos, dejemos consignado que una de las fortalezas del pensamiento occidental y cristiano especulaba a fines de 1980 que la nueva administración Reagan trataría de lograr en el año fiscal 1982 un presupuesto militar de 230.000 millones de dólares, o sea casi 34.000 millones más que lo propuesto por el ex presidente Carter.⁷

Si Reagan aceptara, como sugería a comienzos de año *The Washington Post*, las recomendaciones de algunos conservadores e incrementara los presupuestos militares de la nación en un siete por ciento anual, descontada la inflación, y si la inflación se mantuviera en un 10 por ciento anual, "el presupuesto fiscal 1982 de 200.000 millones de dólares aumentaría a 376.000 millones de dólares en el año fiscal 1986".⁸ Comentaba el economista comunista Víctor Perlo que "si los planes de los asesores militares de Reagan —tal como recientemente lo reveló la revista *Fortune*— son consumados, las autorizaciones de gastos para la defensa nacional excederán los 350.000 millones de dólares en dólares actuales hacia 1985 calculando de manera conservadora una tasa de inflación del nueve por ciento".⁹

"Nunca han parecido más justificadas las insistentes advertencias de Pekín sobre los peligros del expansionismo soviético" advertía en marzo de 1980 el español Fernando Claudín.¹⁰ Claudín opinaba entonces que "[...] el imperialismo norteamericano [...] hace el juego al expansionismo de Moscú", y enunciaba en un significativo ensayo que, en una palabra, era preciso unirse "contra los dos imperialismos".

Al principio hablaba de los dos regalos de Carter. El primero fue el presupuesto, el segundo fue la reanudación de la ayuda militar a El Salvador, uno de los países seleccionados por la propia administración como violador de los derechos humanos y por ende castigado con el cese de la asistencia norteamericana. En una resolución que abrió las puertas a un nuevo y sostenido compromiso militar de Estados Unidos en América Latina, el gobierno demócrata le ahoró el trabajo sucio a la diplomacia de Alexander M. Haig anulando las trabas anteriores y colocando a la dictadura militar de Jaime Abdul Gutiérrez, que formalmente encabeza José Napoleón Duarte, bajo el paraguas de seguridad de Washington.

AUSENCIAS Y PRESENCIAS

El Salvador no es un país que preocupe mucho a los intelectuales europeos, que, como Claudín, están preocupados por las tropas soviéticas en Afganistán y no logran visualizar los 9.000 boys norteamericanos en su propio país. Pero la ignorancia de El Salvador, o —para el caso es igual— de Panamá, Puerto Rico y Guantánamo no es producto de la habitual somnolencia que los europeos sienten hacia las tierras que sus ancestros ganaron para Cristo y para Occidente. En su ensayo *El Expansionismo Soviético*, Claudín articula las siguientes tesis:

- 1) Las revoluciones populares anticoloniales de Angola, Yemen, Etiopía y Kampuchea son "regímenes adictos" (a la URSS) instaurados por contingentes cubanos y vietnamitas;
- 2) Los grupos tribales feudales y nacionalistas que operan contra el gobierno de Babrak Karmal en Afganistán son los protagonistas de una "auténtica insurrección popular nacional", "una verdadera sublevación popular nacional";
- 3) La mencionada "insurrección" y "sublevación" de características "nacional-populares" que se estaría produciendo protagonizada por los opositores a Karmal es descripta luego de forma tal que suca divertidas cavilaciones a los an-



siosos de coherencia: "Lenin se enfrentó con esta posición (oponerse al reconocimiento del derecho de autodeterminación por el proletariado revolucionario) arguyendo que todo intento de resolver el problema con una intervención exterior para imponer por la fuerza una solución a favor del proletariado conduciría al resultado contrario: empoderaría a las masas populares a caer bajo la influencia de la burguesía nacional, de los terratenientes, o de otros grupos sociales (como efectivamente ha sucedido en Afganistán, el subrayado es mío, JRE); 4] Cuba y Vietnam son "dictaduras de los grupos más afines ideológicamente al poder soviético, para imponer un modelo en contradicción con las exigencias objetivas de un desarrollo social adaptado a las condiciones específicas del país dado" (sic);

5] "...] el imperialismo soviético juega evidentemente la carta de la liberación nacional de los pueblos del Tercer Mundo, y en este sentido desempeña objetivamente un papel progresista" (subrayado mío, JRE);

6] "...] la ayuda soviética a las luchas de liberación desempeña un papel regresivo" sostiene Claudín, en razón de la subordinación política y económica que —argumenta— ella provoca en quien la recibe.

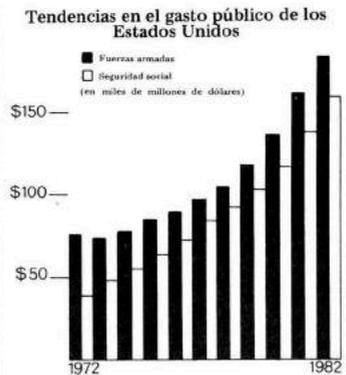
7] el sistema prevaleciente en la URSS y en sus países aliados es un "nuevo sistema social basado [...] en la explotación de los trabajadores, en la opresión de pueblos y nacionalidades".

Los límites autoimpuestos por estas reflexiones impiden afrontar la cuestión del tipo de sociedad existente hoy día en la Unión Soviética y analizar su supuesta condición de sistemas de explotación. Sólo quiero llamar la atención sobre la total ausencia de material documental que soporte las afirmaciones, en términos de producto bruto nacional, apropiación de la renta por una clase privilegiada, existencia de medios privados de producción, existencia fehaciente de un trabajo asalariado del capital y de la apropiación consiguiente del plusvalor generado por dicho trabajo. Pintando un panorama con trazos de brocha muy gorda, Claudín se pasa por unas de las cuestiones más delicadas del socialismo contemporáneo sin preocuparse demasiado ni por matarlas ni por documentarlas. Las cosas son así, y no es necesario ni probarlas ni demostrar por qué se dice lo que se dice.

Prefero en esta oportunidad enfatizar la visión internacional que el ex comunista español propone, en la cual no cuesta mucho encontrar las mismas arbitrariedades e incongruencias que las que asoman en su visión interna del fenómeno soviético. Los desgraciados acontecimientos de Afganistán han producido sin duda una gran conmoción inicial en Europa Occidental, al menos en los primeros meses de su desarrollo y mientras las batallas ideológicas de la derecha dispararon sin cesar su previsible mición pesada. El paso del tiempo ha ido permitiendo la apertura de nuevos encuadres. Los trabajos del periodista británico Fred Halliday, que escribe en las publicaciones norteamericanas *The Nation* e *In These Times*, ambas socialdemócratas y rigurosamente anti-URSS, han desencadenado una nueva dimensión en la visión occidental de los sucesos, no sólo por la reevaluación de Karmal y su gobierno, sino también por la realista pintura que emerge de los grupos opositores, bandas dispersas y generalmente reaccionarias cuya existencia sólo es posible por la ayuda de China y Estados Unidos y la complicidad de Paquistán e Irán.

La gran desinformación proviene de haber tomado a Afganistán como punto de partida de la "reacción" occidental ante el "expansionismo", colocando así al tablero mundial en posición de que la URSS obra como potencia a la ofensiva y Occidente apenas si atina a defenderse. Se trata de una posición que no es exclusiva de Claudín, pero que desatiende soberbiamente a la realidad. La nueva fase de rearme militar y político del poder norteamericano no arranca de Afganistán sino que virtualmente comienza con el segundo semestre de primer año de Carter y crece sostenidamente hasta consumir episodios como el famoso "descubrimiento" de una "brigada soviética de combate" en Cuba, en junio de 1979. Si le quitamos al hecho afgano su condición de iniciador del actual curso confrontacionista de la situación internacional, podemos decir, como Claudín, que "la administración norteamericana (de Carter), que en las condiciones desfavorables de la campaña electoral pugnaba por la ratificación de los (sic) Salt 2, tiene que optar por una política de sanciones económicas, relanzamiento de

la carrera de armamentos y el boicot a los juegos olímpicos". El cuadro adjunto, preparado por *The New York Times*, revela la falsedad total de esta premisa. La siguiente gráfica muestra las tendencias en el gasto federal norteamericano en presupuesto militar y en seguridad social, de 1972 a 1982. En negro gastos militares, en blanco gastos sociales:



Fuente: *The New York Times*, 16 de enero de 1981.

La inexistencia de una relación causa-efecto entre los acontecimientos de Afganistán y el curso de la política internacional norteamericana puede ser abonada con algunos elementos de juicio. Uno de los aspectos menos atendidos en este tipo de análisis es la preocupación que, por ejemplo, concita en los medios dirigidos norteamericanos la escasez de determinadas materias primas estratégicas, cuyo reducido ingreso al territorio de EE.UU. es percibido como la causa de una actual y futura declinación de los niveles de vida en el país. Al presentar su informe sobre el presupuesto militar para el año fiscal 1981, Harold Brown, el secretario de Defensa de Carter, aseguraba que "el modo particular en el cual nuestra economía se ha expandido significa que hemos llegado a depender en no pequeña medida de importaciones y las ganancias derivadas de nuestras inversiones en el exterior para nuestro bienestar material". Brown explicaba que, puesto que estos intereses se hallan amenazados por lo que calificaba como "turbulencia internacional" (o sea las revoluciones del Tercer Mundo que, según implica Claudín, sería obra del activismo soviético), los Estados Unidos deben estar preparados para usar la fuerza cuando sea necesaria para proteger su comercio internacional. "En un mundo de disputas y violencias se disculpaba el jefe del Pentágono— nosotros no nos podemos dar el lujo de ir desarmados al exterior".¹¹ Un año más tarde, a Brown (como Claudín) le venía cómodo valerse de Afganistán y en una entrevista concedida a una revista norteamericana sostenía que "el poder militar ha adquirido una importancia adicional en los últimos dos años y adquirirá una mayor en los próximos dos años, simplemente porque los *soviéticos han mostrado que son expansionistas* y han continuado aumentando su poderío militar".¹² En ambos casos, las cursivas en las citas de Brown son mías, JRE).

Pero la CIA aportó malas noticias en esta coyuntura. Según informaciones de las que la prensa se hacía eco a comienzos de 1981, el presupuesto militar para la década 1970-1979, estimado en dólares a valor constante, "aumentó en un promedio anual del 3 por ciento", o sea la misma tasa que el conjunto de las naciones de la OTAN exhibieron como promedio en los últimos cuatro años. La cita del informe de la CIA no apareció en *L'Humanité* ni en *Pravda*: véase *The New York Times* del 9 de enero de 1981.¹³

Si nos quedamos en el núcleo de la propuesta, entendemos mejor muchas argucias e incoherencias correlativas. Claudín se hace literal eco de las posiciones sostenidas por la franja más reaccionaria de la prensa norteamericana para asegurar con aparente candidez que fue la instalación de los proyectiles soviéticos SS-20 lo que desencadenó la instalación de los norteamericanos Pershing en Europa Occidental, cuando la evidencia y una cantidad innumerable de revelaciones periodísticas en los Estados Unidos demost-

tró con abundancia de detalles que el rearme nuclear de los países del oeste europeo es una estrategia central seguida por Washington desde hace muchísimos años, como lo es el intento para lograr que Alemania Federal, Gran Bretaña, Francia y otras naciones menores aumenten sus presupuestos militares.

En realidad, las tendencias centrales de la política exterior norteamericana se vienen desplegando con robusta congruencia en los últimos años y episodios como el de Afganistán en modo alguno han sido los detonadores de una nueva política. Reagan, sostiene uno de los más autorizados voceros del punto de vista del Pentágono, "está convencido de que el aventurerismo soviético es la fuente de la mayor parte de los problemas norteamericanos en el mundo. Neutralizar el peligro soviético es, en su modo de ver, una cuestión de suprema importancia". Y con respecto al movimiento "popular-nacional" de Afganistán, la misma fuente admite que para Reagan será mucho más imperativo que para Carter "considerar la posibilidad de desarrollar actividades clandestinas a cargo de la Agencia Central de Inteligencia para hacer frente al expansionismo soviético, por ejemplo en Afganistán. En relación a esto, Reagan podrá contar con un Congreso que ya no está más paralizado por Vietnam".¹⁴

Un fenómeno al que Claudín y todos los campeones del euro"comunismo" obvian con sistemática tenacidad es el que explica las razones profundas de la decadencia de la *detente* como estrategia de los círculos dirigentes de los Estados Unidos y su remplazo por una nueva versión de la guerra fría. Es asombroso, en este contexto, verificar la total carencia de base material en la elegante discusión de los salones europeos acerca de las realidades que hoy confronta a la humanidad. El Congreso norteamericano ha sido inundado por numerosa promoción de legisladores conectados a la ascendente Nueva Derecha y el cada vez más agresivo movimiento religioso fundamentalista de la Mayoría Moral predica en todo el país mediante los portentes modernos de la Iglesia Eléctrica, postulando el regreso a los ululantes años macarthistas del 50, con sermones de armamentismo y línea dura contra todos aquellos que con el mundo se han alzado en los últimos años para reconstruir las relaciones internacionales sobre bases más equilibradas.

Los intelectuales de la guerra fría derrotados en Vietnam nunca abandonaron la batalla. Las lecciones de la Ofensiva de Tet, en 1968, fueron aprendidas solo por una minoría de iluminados liberales, a quienes hoy día el nuevo poder en Washington humilla con arrogancia. Pero vale la pena recuperar un poco el tiempo perdido, para determinar hasta qué punto la visión afganicéntrica que Claudín propone, y que en definitiva no es sino un matiz particular de la cosmovisión del gobierno chino, según la cual la Unión Soviética es el principal enemigo de la humanidad, carece de coherencia y —sobre todo— de verdad.

Uno de los principales pensadores de la escuela que podemos llamar pentagónica, nada menos que Paul Nitze, propone la siguiente fórmula: La decisiva ofensiva del Tet en 1968 determinó que "dos escuelas de pensamiento comenzaron a emerger como la adecuada orientación futura de nuestra política de seguridad nacional". Para unos, resume Nitze, la fuerza militar norteamericana debió aumentarse sustancialmente en la era post Vietnam, mientras que para otros los costos económicos del militarismo superaban sus réditos políticos.¹⁵ Tras la debacle política de la derecha republicana con los acontecimientos de Watergate, Carter llegó al gobierno aportando la visión internacionalista y negociadora de la Comisión Trilateral, un organismo mucho menos poderoso e influyente y mucho más voluble que lo que los teóricos del "trilateralismo atlántico" y el "capitalismo científico" creían. Apenas meses duró el poco convencido perfil negociador de Carter y enseguida habría de nacer la "Doctrina Carter". Los intelectuales de la guerra fría (Eugene Rostow, William Van Cleave, el citado Nitze) siguieron su actividad a través del Comité sobre el Peligro Actual, un grupo de presión política que opera en Washington y del cual surgen los cerebros que pueblan los círculos reaganianos alegados a la seguridad nacional.

Nitze no era, a estas alturas, una señorita estrenándose en sociedad. Veterano del poder y de sus corredores subterráneos, él fue quien dirigió un equipo de estimación estratégica secreta al que el presidente Harry S. Truman asignó

en 1950 el estudio de las opciones estratégicas norteamericanas, durante el fugaz (afortunadamente) imperio del monopolio nuclear norteamericano. De ese comité nace lo que ha sido llamado el manifiesto de la guerra fría, la resolución presidencial NSC-68, cuya noción central, tal como la describe el sociólogo Jerry Sanders, es construir una fuerza militar superior y ejercer la amenaza como recurso último de la política exterior norteamericana. El documento NSC-68, diseñado en 1955, firmaba en aquel entonces que "sin poderío militar agregado superior, en su mera existencia y en su capacidad de rápida movilización, una política de 'contenimiento' (de la URSS), que es —en efecto— una política de calculada y gradual coacción no es más que una política de engaño".¹⁶

El grupo que integró el plantel de redactores de NSC-68 (NSC son las iniciales en inglés del Consejo Nacional de Seguridad) provenía del Pentágono y el Departamento de Estado. El documento fue finalmente puesto en circulación un cuarto de siglo después, en 1975, y puede ser consultado en la obra colectiva editada por Thomas H. Ertold y John Lewis, *Containment: Documents on American Policy and Strategy, 1945-1950*, Nueva York, Columbia University Press, 1978.

El documento NSC-68, redactado en 1950, muchísimo antes de los acontecimientos de 1968 en Praga y 1979 en Kabul, sostiene: "La política del Kremlin hacia las áreas que no se hallan bajo su control es la eliminación de la resistencia a su poder y la extensión de su influencia y control. La Unión Soviética es obligada a seguir esta política porque no puede [...] tolerar la existencia de sociedades libres: para el Kremlin la más suave e inofensiva sociedad libre es una afrenta, un desafío y una influencia subversiva. Dada la naturaleza del Kremlin, y la evidencia la tenemos a mano, parece claro que los fines hacia los que esta política está dirigida son los mismos que aquellos donde su control ya ha sido establecido".

Es, como puede verse, una visión metafísica acerca de lo que sería el expansionismo intrínseco de la sociedad soviética, pero una visión que —al menos— luce la coherencia y la honestidad que faltan en el afganicentrismo analizado en este ensayo. Ya antes de NSC-68, una de las figuras consulares de la diplomacia norteamericana, el ex embajador en Moscú George Kennan, sostenía iguales criterios racistas, o sea "los rusos" son malos. En un artículo publicado en 1945 por la revista *Foreign Affairs*, la publicación más prominente del establishment de estudios internacionales de los Estados Unidos, Kennan, firmando como "Mr. X", postulaba que "el imperialismo soviético se basa en el carácter nacional ruso". En el otoño de 1980, uno de los asesores de Reagan para asuntos latinoamericanos, afirmaba que "el crecimiento es una compulsión psicológica orgánica del estado soviético" (Pedro A. Sanjuan, "Why We Don't Have a Latin America Policy?", *The Washington Quarterly*, otoño de 1980).

El periodo que va de 1968 a 1975 es, por consiguiente, una anomalía en la conducta imperial de la diplomacia norteamericana, la que —sin embargo— tiene suficiente vigor en aquellos años como para deglutirse a Chile tres años de desestabilización. Esos siete años que van de la ofensiva de Tet a la paz firmada en París entre vietnamitas y norteamericanos habrán de generar lo que los intelectuales de la guerra fría llaman peyorativamente "el síndrome de Vietnam". El síndrome concluye con la instauración de la Doctrina Carter, o sea la liquidación de la *detente* bajo la argucia de la "amenaza soviética". El Carter trilateral de 1976 culminó su mandato recorriendo 180 grados, empujando como abogado de aquella visión del mundo que él mismo criticó en 1977, cuando en su discurso de la Universidad norteamericana de Notre Dame planteó que Estados Unidos debía liberarse de los efectos que provocaba una política paralizada por un miedo desproporcionado al comunismo. Afirma Sanders: "La interpretación de Carter de la invasión rusa a Afganistán como parte de un modelo global de conquista, en vez de la respuesta de retaguarda de un régimen inseguro, simbolizaba la derrota de aquellos que, como Cyrus Vance, presumiblemente sufrían del 'síndrome posterior a Vietnam'".¹⁷

En realidad, a los abogados del rearme militar norteamericano y la nueva doctrina Reagan de salirle al paso a la "expansión soviética", Afganistán no les importa demasiado. Para el

establishment de la guerra fría, Vietnam se "perdió" porque las bombas fueron pocas, no muchas. Eugene Rostow ha dicho (y Claudín no lo escuchó): la consecuencia de no haber conservado nuestra superioridad militar es la lección central que debemos aprender de Vietnam. "Esta es la verdadera moraleja de Vietnam, por encima y más allá de muchas otras acerca del fracaso en no haber insistido para lograr una victoria militar. El deterioro de nuestro liderazgo nuclear llevó a la erosión de nuestra posición y afectó profundamente las etapas finales del conflicto".¹⁸ El socio de Rostow, Nitze, opina: "Tener la superioridad en el nivel supremo de violencia ayuda en cada uno de los niveles inferiores. En la Guerra de Corea, en el bloqueo de Berlín y en la crisis de los misiles en Cuba, los Estados Unidos tuvieron en definitiva la última palabra por nuestra superioridad en el nivel estratégico nuclear. Esa superioridad se ha esfumado."¹⁹

La muerte del Tratado para la Limitación de

las Armas Estratégicas (Salt) era, pues, inevitable, con Carter o con Reagan, lo cual no quiere decir que ambos sean totalmente equivalentes. Es que la idea misma del Salt supone admitir que hay intereses comunes entre la URSS y los EE. UU. para diseñar juntos un orden mundial estable. Supone, también, que ambas naciones pueden institucionalizar su equivalencia en armas nucleares, como base de aquella estabilidad. El rechazo a la filosofía del Salt pregona por los intelectuales de la guerra fría no deriva pues de los indudables avances de la influencia soviética en los últimos años, sino que es producto directo del orden mundial establecido por los EE. UU. desde 1945 y al cual la confluencia de intereses entre el ascendente Tercer Mundo y la Unión Soviética pone en peligro y deteriora. A partir de los años 60 se acentúa la fase descendente del expansionismo norteamericano neto y barato y comienza un esfuerzo por recuperar el impulso pagando precios mayores y en un contexto más di-

libros discos arte café

gandhi

m.a. de quevedo 128 / 548-1990

Libros Argentinos:

Respiración artificial - Ricardo Piglia	de \$ 190 \$ 133
Colección "Humanismo y terror":	
1.- Crónica de la subversión en la Argentina	\$ 325
2.- El parlamento suicida	\$ 325
3.- Patria sindical vs. patria socialista	\$ 350
4.- Así sangraba la Argentina	\$ 350
5.- La universidad de la violencia	\$ 325
6.- Los destructores de la economía	\$ 325
7.- El terrorismo en la historia universal y en la Argentina	\$ 475
Editorial Belgrano	
La experiencia argentina, José Luis Romero	\$ 900
Testimonios culturales, O. Pelletieri	\$ 750
Los estancieros, M. Saenz de Quesada	\$ 700
Los militares, M.A. Scenna	\$ 700

gandhi

más libros por su dinero

fulcitos. Según Zbigniew Brzezinski, es la conducta soviética en el Tercer Mundo lo que reduce la base de apoyo al Salt-II en Estados Unidos. Tiene razón.²⁰

Cuando los soviéticos hablan de la "nueva relación de fuerzas" que emerge en el mundo, ¿es necesario ser un siervo de Moscú para coincidir en que hablan de algo un poco más complejo que la mera modificación de la paridad militar entre la URSS y los Estados Unidos? Quizá allá en España sea fácil de olvidar, pero de este lado del Atlántico lo que nos interesa, lo que realmente nos importa son los nuevos acontecimientos de Nicaragua y Granada, los cambios decisivos que se han operado en América Central, ninguno de los cuales tiene nada que ver con el inevitable mejoramiento del arsenal soviético. En su cansado discurso apocalíptico, hete aquí de nuevo a los europeos mirando por encima de sus hombros, como siempre. ¿Qué les dicen ellos a Danie, Orestes, Moisés, Hassas y todos aquellos que dirigen la revolución sandinista, confrontados al primer gesto hostil de Reagan, la suspensión de la ayuda a Nicaragua? ¿Qué debe hacer Angola, un país que no existiría si millones de cubanos no hubieran cruzado el Atlántico para sostener la frágil vida de la naciente nación africana agredida por los principales intimidados del "expansionismo soviético", los sudafriicanos? La receta que nos ofrece el euro-comunismo en este punto es ajena a los imperativos de nuestra propia realidad: "Las raíces del expansionismo soviético hay que buscarlas, por tanto, en la naturaleza misma del sistema, y dentro de él desempeña un papel especial y creciente —lo mismo que en el imperialismo occidental— el desarrollo del militarismo, que siendo un producto de la política expansionista tiende a autonomizarse y a convertirse en motor de dicha política" (subrayado mío, JRE). Bien, ¿no será ya hora de que vayamos diciendo que nosotros, en América Latina, no tenemos el gusto de conocer al expansionismo soviético? Si, por cierto, sabemos de los tejes y manejes del gobierno soviético, su equivocada concepción del mundo político de nuestras naciones, su fatal debilidad para cordializar con aquellos gobiernos que significan momentáneamente romances de intensidad comercial. Conocemos la sordidez y la cordedad de vista de muchos partidos comunistas tradicionalmente castrados en su capacidad de ver a sus países como realidades nacionales específicas. Pero cuando Fidel Castro, con su temible capacidad de simplificación popular que asume a menudo características pedagógicas, habla de que en Cuba no existen transnacionales soviéticas extrayendo materias primas o capitalizando de la mano de obra barata, ¿apunta o no a una realidad?

Resulta curioso que en el continente donde hemos conocido las intervenciones norteamericanas de manera reiterada, donde hace sólo ocho años, en Chile, dimos nacimiento mundial al concepto kissingieriano de la desestabilización, e incluso desde la nación misma (México) a la cual el expansionismo de carne y hueso de los Estados Unidos le seccionó mediante conquista la tercera parte de su territorio, estemos ahora dando abrigo y patente de legitimidad a la noción de que los verdaderos enemigos de los pueblos son otros, aquellos que la prensa norteamericana suele caricaturizar como un oso airado y alientado de sangre. ¿No afirma acaso Claudin que los soviéticos no sólo son iguales, sino peores que lo que llama sus "homólogos americanos"? ¿No afirma que los militares soviéticos gozan de una "impunidad mucho mayor" que los de Estados Unidos? Porque, explica el veterano ex comunista español, "la ideología que gana terreno en esos medios del 'complejo militar-industrial' soviético, según informaciones concordantes procedentes de diversas fuentes, es el nacionalismo granuso, que ya Lenin veía como uno de los máximos peligros que acechaban al nuevo estado" (el subrayado es mío, JRE). Informaciones concordantes procedentes de diversas fuentes, para todos aquellos que llevamos años conociendo desde adentro la confección del lenguaje imperial sólo puede querer decir una cosa, porque por su lenguaje los conoceréis. Si alguna seriedad, algún rasgo de credibilidad podría restarle a "El Expansionismo Soviético", aquí se hunde en un final poco glorioso.

Debe reflexionarse, asimismo, sobre la coyuntura internacional en medio de la cual emerge esta prosecta ofensiva de los satinizadores de la amenaza soviética. Desde un país que alberga a 9 000 soldados norteamericanos, Claudin pro-

nuncia la homilía de que el peligro proviene del este. En el oeste, entretanto, cosas curiosas suceden: en las audiencias de confirmación del Senado, el nuevo secretario de Estado, Haig, finalmente tiene el coraje que muchos no tuvieron y lo pronuncia con toda su voz, mirando con esos ojos que han visto Corea, Vietnam y Watergate, "para nosotros hay cosas peores que la guerra". Haig al frente de la diplomacia y Caspar W. Weinberger al frente del Pentágono son el equipo internacional de una administración en la cual el lobby petrolero parece adquirir contornos hegemónicos, luego de haber capturado las carteras de Energía, Interior, Administración y Presupuesto, la secretaria general de la Casa Blanca y la procuraduría general (relación este-oeste, su estrategia en el Tercer Mundo es "desatar" a la CIA para que opere sin limitaciones en lugares como Nicaragua, El Salvador, Angola, Namibia y otros puntos calientes del planeta. A nivel oficial, estamos ante un grupo de gente que no trepidará en regresar al viejo perfil gendarmar en el área inmediata a Estados Unidos, una política para la cual el expansionismo no es un demonio a invocar en la lejanía sino una práctica concreta. Una tarea principal de Haig es convencer al alemán Helmut Schmidt, al francés Giscard d'Estaing y a los siempre imprevisibles holandeses y escandinavos que el verdadero enemigo es la Unión Soviética. Dice a fines de año *U.S. News & World Report*: "Rusia seguirá presionando con su codiciado objetivo de dividir a la Organización del Tratado del Atlántico Norte mediante la seducción de algunos aliados hacia el campo neutralista. Principal complot soviético: nuevos ofrecimientos de negociar la reducción de fuerzas militares y armas en el teatro europeo. Rusia puede ya detectar señales alentadoras en las recientes decisiones de algunos aliados para reducir sus gastos militares y oponerse al despliegue de nuevos sistemas de armas nucleares norteamericanas en su territorio".²¹ El pensamiento de Claudin, recordado sobre aquel comentario de una revista que con tanta fidelidad expresa las angustias del Pentágono, es éste: "[...] cada vez parece más dudosa la disposición real de Washington a arrostrar el desafío supremo para impedir que Moscú adelante en su peones en la coyuntura actual aprovechando una situación momentáneamente ventajosa en escenarios como Europa occidental, los Balcanes, el subcontinente asiático y China". ¿No es delicioso? Lo que sucede, argumenta Claudin, es que a Estados Unidos le falta disposición. El "desafío" proviene de la Unión Soviética (interesante línea política para llevar adelante en El Salvador, Nicaragua, Angola o Namibia, ¿no?). Pero, claro, esos EE.UU. castrados e impotentes eran los de Carter: entra en escena Ronald Wilson Reagan y el mismo 20 de enero de su ascensión del mando en Washington, nos dice con claridad californiana: no nos rendiremos. Después entra en operaciones el General Haig: para nosotros la paz no es el objetivo principal, sostiene, sin pestañear.

La melancolía por el tiempo pasado emerge por todas partes en Estados Unidos. Escuchemos al ex embajador de Richard M. Nixon ante la OTAN, Robert F. Ellsworth: "No sólo estamos cayendo por detrás de los soviéticos y siendo atropellados por los iraníes, sino que en realidad estamos perdiendo una paliza industrial de nuestros aliados. Estamos perdiendo mercados en Europa y en Asia y en el Tercer Mundo ante aquellos a quienes nosotros protegemos militarmente, e incluso esos aliados nos están derrotando en nuestro propio mercado interno. Al menos ése es el creciente sentimiento político en Estados Unidos. Es un sentimiento que alimenta a la Nueva Derecha y no puede ser ignorado".²²

Pero la melancolía no es bucólica, los norteamericanos sienten indignación. Testamento de Brown antes de abandonar el Pentágono: los presupuestos militares de los Estados Unidos —que son ya una parte mayor del producto nacional bruto que cualquier otro aliado de la OTAN y mucho mayores que el de Japón— están creciendo más rápidamente que los presupuestos militares de cualquier otro miembro de la Alianza Atlántica. Mucho de ese gasto está dirigido a hacer frente "a la amenaza común" en el Golfo Pérsico, donde los Estados Unidos están pre-situando recursos militares, fortaleciendo su presencia naval y aumentando su capacidad de transporte aéreo y marítimo. "La dependencia europea y japonesa

en relación al petróleo del Golfo Pérsico y el Sudoeste Asiático empujeñe la de los Estados Unidos, y sin embargo somos nosotros quienes hemos asumido la parte abrumadoramente principal del renovado esfuerzo para proteger el flujo de crudo".²³

Así las cosas, para redondear todo esto, sólo cabe indicar que, en el mejor de los casos, ni las preocupaciones de Claudin ni sus nuestritas, ni sus propuestas tienen nada que ver con nuestra historia, ni con nuestros intereses. Nosotros, aquí, tenemos sincero respeto por españoles como Felipe González que tienen la lucidez de juzgarse por la nueva Nicaragua y por las luchas de El Salvador y no tienen tiempo de andar entonando arias de ópera en duo con Haig y los nuevos héroes del reaganismo.

- 1 George C. Wilson, "\$196 Billion Planned For Arms", en *The Washington Post*, 4 de enero de 1981.
- 2 Richard Halloran, "Carter Seeks \$180 Billion For 1982 Military Budget", en *The New York Times*, 16 de enero de 1981.
- 3 Walter S. Mossberg, "Defense Budget Calls for a 14.2% Increase In Spending For Fiscal 1982 and a Faster Climb For Comings Years", en *The Wall Street Journal*, 16 de enero de 1981.
- 4 George C. Wilson, "Proposed Pentagon Outlay Presents Reagan With Dilemma", en *The Washington Post*, 16 de enero de 1981.
- 5 James Canan, "The Risks in Reagan's Strategic Military Planning", en *Business Week*, 24 de noviembre de 1980; "The Pentagon: Reagan Sets a Course To Reinforce The Navy", en *Business Week*, 8 de diciembre de 1980.
- 6 Robert S. Dudley, "Defense: New Muscle For America?", en *U.S. News & World Report*, 29 de diciembre de 1980.
- 7 "Defense: Front Line Meets Bottom Line", en *The Economist*, Londres, 20 de diciembre de 1980.
- 8 *Ibid.*, nota 1.
- 9 Victor Perlo, "Defense Boomlet", en *The Nation*, Nueva York, 21 de enero de 1981.
- 10 Fernando Claudin, "El Expansionismo Soviético", *Controversia* 8, México, septiembre de 1980. Todas las citas de Claudin a continuación provienen del mismo texto.
- 11 Citado por Michael T. Klare en "Resource Wars", en *Harper's*, Nueva York, enero de 1981.
- 12 Entrevista con Harold Brown, en *U.S. News & World Report*, 26 de enero de 1981.
- 13 Tom Wicker, "Beware of Gapos", en *The New York Times*, 9 de enero de 1981.
- 14 Joseph Fromm, "Putting Up a Tougher Front to the World", en *U.S. News & World Report*, 29 de diciembre de 1981.
- 15 Citado por Jerry Sanders en "The Present Danger Is That The CPD Will Succeed", en *In These Times*, Chicago, 21 de enero de 1981.
- 16 *Ibid.*, nota 15.
- 17 *Ibid.*, nota 15.
- 18 *Ibid.*, nota 15.
- 19 *Ibid.*, nota 15.
- 20 Entrevista con Zbigniew Brzezinski, en *U.S. News & World Report*, 26 de enero de 1981.
- 21 Equipo Internacional de la revista *U.S. News & World Report*, "Foreign Policy: An Acid Test For Reagan", 29 de diciembre de 1980.
- 22 Robert F. Ellsworth, "Reagan and NATO", en *Armed Forces Journal International*, Washington, enero de 1981.
- 23 "Brown's Final Posture Statement Criticizes Allies' Funding", en *Aviation Week & Space Technology*, Nueva York, 26 de enero de 1981.

Oscar Braun

En Amsterdam, absurdamente, en un accidente de automóvil, murió en plena juventud Oscar Braun. Podría decirse, sin exagerar, que era uno de los mejores economistas de la Argentina: sus análisis quedarán por mucho tiempo como un testimonio serio y esculpido de trabajo científico, y en su campo algunos de ellos trascienden la frontera argentina para colocarse en un plano universal.

Pero Oscar vivió siempre ese compromiso académico ligado con otro: con el compromiso militante con su pueblo. Fue —y las palabras no deben asustarnos— un intelectual combatiente. No es necesario haber compartido sus adhesiones concretas —y éste es el caso de quienes hacemos *Controversia*, que habíamos disentido con él— para decir, simplemente, que su muerte —otra joven muerte en el exilio— es grave, además de dolorosa. Mucho iba a brindar todavía, de mucho era capaz. Certo que otros harán lo que él no pudo hacer, pero su vacío quedará para siempre.

POLEMICA (IV)

CO.SO. FAM.:

"Sólo la verdad hará posible la convivencia"

Con cierta frecuencia, tanto en la prensa argentina como en publicaciones del exilio, aparecen expresadas opiniones acerca del problema detenidos-desaparecidos en el país.

Es sobre todo a partir de la aparición de los llamados "testimonios" efectuados por sobrevivientes de campos de concentración que las distintas opiniones se hacen más frecuentes.

De los varios aspectos centrales que resaltan de estos testimonios, en estos momentos interesan principalmente dos de ellos. En primer lugar la implementación de la práctica de terrorismo de estado, con la sistematización del horror como política, de la institucionalización del terror en la sociedad argentina, en sus formas "prácticas", con la tortura como despiadado método de destrucción física y la duda sobre su destino inmediato como elemento de aniquilamiento para el detenido.

El otro aspecto resaltante es, precisamente, la apreciación personal de algunos testimonios acerca de la suerte corrida por la mayoría de los detenidos-desaparecidos.

Repetimos que es desde que estos documentos salen a la luz, que con más asiduidad se conocen posturas al respecto, ya por fuera de los testimonios. Así vemos que las opiniones se dividen en dos grandes grupos con diferencias ideológicas y, a no dudarlo, de objetivos entre sostenedores de una misma opinión. Por ejemplo, los que reclamamos la aparición con vida de los desaparecidos (Familiares de Argentina, Co.So.Fam. de todo el exilio, Madres de Plaza de Mayo, etc.), somos apoyados por organismos de derechos humanos distintos, sectores religiosos, sindicatos, personalidades políticas, etc. Este apoyo varía desde asumir idéntica posición hasta exigir de las autoridades militares una total aclaración del problema por razones de ética y/o justicia (por ejemplo las reiteradas solicitadas en diarios de Buenos Aires).

En el otro grupo se encuentran quienes opinan que "todos los desaparecidos están muertos". Tomando partido por esta casi consigna personal de la más diversa procedencia política y con objetivos que suponemos absolutamente antagónicos, ya que además de algunos testimoniantes, sostienen lo mismo al general Saint-Jean, el doctor Balbín, el señor Schmucler, entre otros. Aunque nuestra tarea específica no es entablar polémicas con personalidades del exilio argentino, quisieramos puntualizar algunas diferencias respecto al trabajo del citado señor Schmucler aparecido en *Controversia* de diciembre de 1980 por considerar que algunos conceptos allí vertidos aluden indirectamente a actividades desarrolladas por nosotros. Además, reiterando que no es nuestro deseo entablar este tipo de polémicas, creemos que respondiendo a algunos de esos conceptos aclararíamos más fácilmente nuestras posiciones.

1) El 1 de diciembre pasado se entregó al gobierno argentino (en Buenos Aires y en varias de sus embajadas) un documento donde se reiteraba la exigencia de que publicaran las listas de detenidos-desaparecidos, motivo de su detención, lugar y estado en que se encuentran. Nos resulta totalmente incomprensible que esta exigencia sea tomada como una inhumana actitud sólo comparable a la inhumanidad del represor, a juicio del articulista. Rebajar a simple "bandera agitativa" el esclarecimiento de la suerte de miles de personas es, por lo menos, absolutamente incorrecto.

2) No creemos que el olvido, postergación del juicio que merecen los crímenes de la dictadura u "olvidar las pesadillas del pasado", ayude a la sociedad argentina a "reparar sus heridas". Por el contrario, sólo con el total esclarecimiento y enjuiciamiento consecuente de las barbaridades de los militares y sus cómplices, con el restablecimiento de la verdad y una verdadera justicia como categorías prioritarias, es que será posible una digna y respetable convivencia entre argentinos. No en vano dice (otra vez!) el general Saint-Jean: "Es muy difícil realizar esclarecimientos que no compliquen más las cosas [...] Lo que conviene a los argentinos es hechar un cuidadoso manto de olvido sobre los desaparecidos".

3) Sin ser citados específicamente creemos que podríamos estar encuadrados en lo que él llama "el coro de los justicieros del exilio" (no así, claro está, en lo que podría denominarse el "coro de los penitentes del exilio). De ser así debemos aclarar que desde nuestro organismo jamás enjuiciamos a ningún testificante ni detenido. No consideramos pertinente analizar los mecanismos que llevarían a supuestas delaciones o "traiciones", etc. Las declaraciones testimoniales aportan, sobre todo, la evidencia de la feroz situación represiva sufrida por miles de personas. Demuestran, por esa vía, la violación sistemática y a niveles casi inimaginables de los más elementales derechos de la persona humana. Y nuestro objetivo principal es, precisamente, la defensa de los derechos humanos en Argentina de las víctimas de la represión, así como obtener su libertad.

Cabe agregar, con respecto a los testimoniantes, que leyendo cuidadosamente sus declaraciones siempre "están, lamentablemente, convencidos" de la muerte de sus compañeros de cautiverio. Nosotros, repetimos una vez más, no enjuiciamos esa actitud. Pero no podemos dejar de señalar que la apreciamos como totalmente subjetiva, ya que *ninguno* da fe de haber

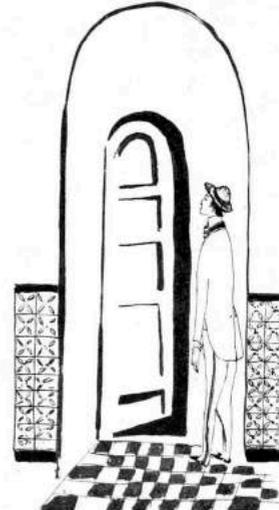
visto morir a tres, cuatrocientos o dos mil prisioneros.

Además, utilizando ese criterio, los mismos testimoniantes hubieran sido dado por muertos, ya que también ellos estuvieron "desaparecidos". Y otra cosa: ¿los más de cien secuestrados en el transcurso de 1979/1980? ¿Por qué pedir por ellos, no es cierto? Por el contrario, según el juicio que no compartimos, sería mucho más coherente y "sensato" ayudar a colocarles la lápida. Porque lo que se olvida es que la "desaparición", como forma de represión instalada en la vida política del país, sigue vigente, como práctica y como latente amenaza contra todo aquel que cuestione seriamente a la dictadura.

Y esto lo sabía Azucena de De Vicente cuando instaba a los demás familiares a congregarse los jueves en la Plaza de Mayo. Y lo sabían Ester Careaga, María del Planes, Patricia Oriedo, Raquel Bulitz y las monjas francesas que

las apoyaban, Alicia Duque y Leoní Domont. Ellas, como tantos otros, corrieron la suerte de sus reclamos. Y lo saben la Comisión de Familiares de Argentina y las Madres de Plaza de Mayo. Lo saben los trabajadores que luchan y se reorganizaron. Pero ellos no cejan. Como tampoco, dentro de nuestras limitadas, modestas posibilidades, no debemos cejar nosotros desde el exilio. Apoyándolos. Denunciando a la dictadura y exigiéndole que sea ella la que responda por la suerte de los "desaparecidos", no aceptando, como las Madres de Plaza de Mayo le dijeron a Balbín, vóceros oficiosos que contestan por ella.

Sin temor a caer en un "lugar común", porque lo consideramos un valor inmutable, no dudamos que el inevitable juicio de la historia, que no será otra cosa que el dictamen del pueblo argentino, decidirá quién estuvo en lo cierto y quién no, tanto en éste como en muchos otros problemas. ●



Carta de los lectores

Señor Director y Consejo de Dirección:

Acabo de recibir, gracias a unos amigos que viven en Ciudad de México, el último número de *Controversia* (9-10), con fecha de diciembre de 1980. Tengo 23 años, y salí de Argentina, para radicarme junto a mis padres en Caracas, a los 17. Aquí estudio Comunicación Social en la UCV (Universidad Central de Venezuela). De Argentina (yo vivía en Córdoba), con 6 años en este país tropical, recuerdo todo a través de mi inocencia y despreocupación. Se vivía la muerte, se oía a pólvora y a represión, a locura desenfundada, a desapariciones, a guerrilleros muertos y a parientes marcados por una historia que me era difícil entender. Tenía 17 años y ni un gramo de conciencia de lo que me rodeaba. Cuando recién empezaba a mirar más allá de mis pies, cuando comenzaba a interesarme ese despelotado país que también era mío, me arrancaron

Hasta pronto:

Sergio Dahbar

El problema del Beagle

Finalmente, el 12 de diciembre pasado, se conocieron detalles de la propuesta papal sobre el diferendo argentino-chileno en el Canal de Beagle. Según lo trascendido a partir del llamado *mapa del Papa*, publicado en *La Prensa* de Buenos Aires del 7 de enero último, se trazaría una línea imaginaria 12 millas al este de las islas Nueva, Evont y Barnevelt que se prolongaría hasta el Cabo de Hornos. Las islas Nueva, Pieton y Lennox quedarían bajo jurisdicción chilena, y todo los islotes ubicados al sur también serían de soberanía chilena. Desde esa línea imaginaria se extenderían 2 rectas de 200 millas que formarían un cuadrante, denominado *Mar de la Paz*, en donde los dos países podrían realizar actividades comunes o concertadas. En una traducción inteligible, la propuesta del Papa significaría renunciar a casi todos los territorios insulares en disputa y compartir con Chile un buen trozo del Atlántico Sur. Es decir, una solución bastante más ventajosa para Chile que el laudo arbitral británico que la Junta Militar rechazara tiempo atrás.

Siendo públicos estos detalles, los chilenos se apresuraron a anunciar su complacencia (que confirmaron oficialmente el 10 de enero), mientras que del lado argentino se advirtieron vacilaciones y confusión. Poco después de los trascendidos, se anunció un viaje a Roma de los negociadores argentinos, Moncayo y Etcheverry Boneo, que aunque anunciaban que se trasladaban para solicitar aclaraciones y precisiones, en realidad parecían ser portadores de una negativa a la propuesta del Vaticano.

La cuestión, como no podía ser de otra forma, comenzó a levantar polvo entre distintos sectores, y las opiniones se dividieron tajantemente desde el comienzo de la discusión. Mientras que rápidamente se conocían la negativa a aceptar el fallo papal por parte del almirante Rojas, de los generales Díaz Bessone y Menéndez, del diario *La Prensa* y de la revista *Cabildo*, por el lado contrario se escucharon las voces de la Iglesia, de Borges y Sábató, del escribano Bittel y de otros políticos. La CGT emitió una declaración el 17 de enero en la que se destacaba el firme principio de que "sólo el pueblo tiene derecho a tomar decisiones, en tanto que en él radica toda la soberanía". En igual sentido se pronunció el radical Antonio Tróccoli, quien afirmó que la "unilateralidad de un gobierno circunstancial no obligará al país".

Curiosamente, Mariano Grondona (quien se ha caracterizado por su tenaz empeño de acercar ideas a los gobiernos militares de turno en los últimos 20 años) elaboró una tesis cuyo resultado se acercaba a lo propuesto por la CGT y Tróccoli. Con el argumento de la necesidad de "des-dramatizar" la situación de conflicto y de no desairar al Papa, acuerda por esta única vez con dar la razón a quienes piensan que la soberanía reside en el pueblo y que se expresa a través del sufragio libre, dándose cuenta

que es una buena excusa para no resolver nada.

Tras unos días de suspenso, se conoció la respuesta oficial. En un breve comunicado de un portavoz de la cancillería, se dijo en tono enigmático que "Argentina no aceptará pero tampoco rechazará" la propuesta del Papa, con lo cual terminó por confundir a todos, incluido el mismísimo Mariano Grondona.

Pese a este delirio de ambigüedades y vacilaciones, las razones ocultas del conflicto parecen comenzar a dibujarse. ¿Se está defendiendo la soberanía de los países, o simplemente se trata de asegurarse una porción de territorio y del mar adyacente en donde se presume con cierta certeza la existencia de una inmensa riqueza petrolífera y gasífera?

Paralelamente a este proceso, cada uno de los litigantes prosigue su carrera armamentista, con el fin de asegurar la cantidad suficiente de elementos letales como para hacer el mayor daño posible al "enemigo". Según las últimas noticias, Sudáfrica habría provisto al gobierno de Pinochet de poderosos misiles antiaéreos juntamente con modernísimos sistemas de radas, por valor de 85 millones de dólares. ●

"Los esfuerzos de guerra deben transformarse en hospitalares, en trabajo y alimentos para nuestros pueblos. Necesitamos una paz definitiva y para siempre en Cristo y por él, y no un acuerdo de paz quebradizo y periférico" (Monseñor Vicente Zaspé, obispo de Santa Fé, *La Nación*, 16-2-81).

"El interés de las grandes potencias como Estados Unidos, la Unión Soviética y el Reino Unido están detrás del conflicto austral argentino-chileno con el objetivo de llegar a la internacionalización de la Antártida. La mediación debe darse por concluida sin aceptarse ni rechazarse y ser recibida como sugerencia, para lo cual es necesario recordar que el mediador no es árbitro" (Ernesto Giudice, ex dirigente del Partido Comunista Argentino, *La Razón* 21-2-81).

"De ser ciertas las versiones referidas al contenido de la propuesta papal, no se cumpliría con el principio bioceánico y se favorecería a Chile aún más que en el laudo de la corona británica. Debemos entender que el Papa actúa sobre información confiable y allí es donde, a mi juicio, debe buscarse el error. La inducción a error podría surgir de un deficiente planteo de nuestros negociadores por instrucciones poco precisas, por excesos de subjetividad en quienes prepararon a nuestros negociadores o, como contrapartida, por mayor

eficiencia y precisión de los negociadores de la otra parte" (Emilio Massera, ex comandante de la marina argentina, *La Razón*, 18-2-81).

"Todas las posibilidades son analizadas; éste es un tema muy serio para el presente y el futuro de la nación argentina. Pero, por ahora, desde el punto de vista del comandante en jefe del ejército, no resulta en este momento de la mediación como imprescindible este tipo de consulta (popular). Cada comando y la cancillería han formulado consultas personales a autoridades jurídicas o a internacionalistas argentinos, a gente —en una palabra— que domina el tema desde todo punto de vista, así que ese tipo de consulta cada comando ya la ha realizado" (Leopoldo F. Galtieri, comandante del ejército argentino, *La Nación*, 28-2-81).

"La verdad objetiva es que YPF ha regalado a Shell y Petrolar un área que la empresa estatal hubiera debido perforar con su plataforma sumergible General Mosconi. El contrato con la Shell tiene estrecha vinculación con la propuesta del Foreign Office, de posponer todo reclamo sobre nuestra soberanía en las Malvinas y entrar a negociar un vasto programa de cooperación económica, relacionado con la explotación del petróleo en la cuenca marina austral y cuenca de las Malvinas" (Adolfo Silenzi de Stagni, *La Nación*, 28-2-81).

